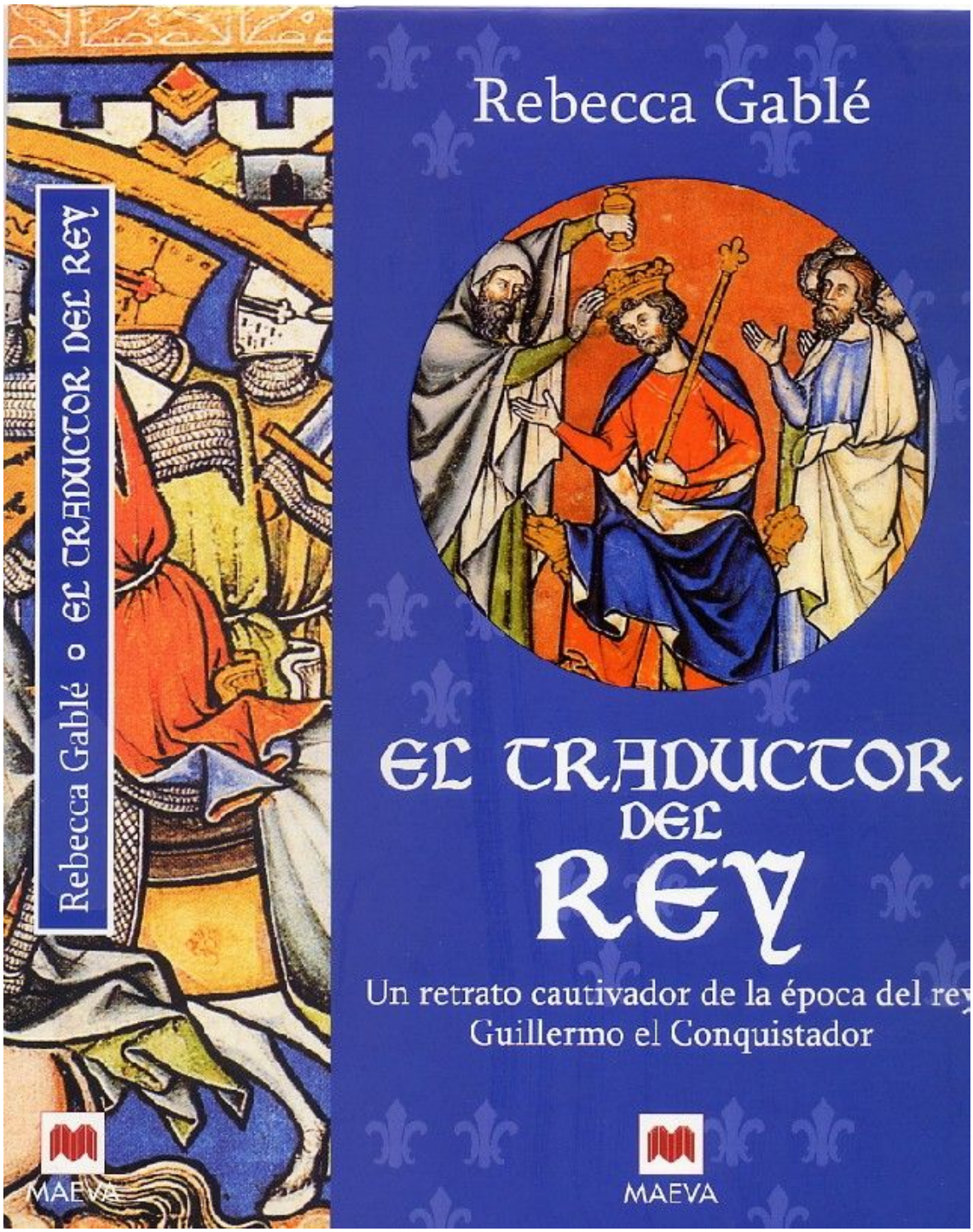
EL TRADUCTOR DEL REY
Rebecca Gablé



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Resumen de

El segundo reino

Resumen de “El segundo reino”

Inglaterra, 1064. Un ataque de piratas daneses pone repentino fin a la despreocupada infancia del joven Cædmon de Helmsby: una flecha lo hiere gravemente y lo convierte en un «lisiado inútil». Su padre se deshace de él enviándolo como traductor de una delegación inglesa a la patria normanda de su madre. El joven acaba instalándose en Normandía, donde se enamora de la joven Aliesa.

Pasados dos años, curado e imbuido de influencias normandas, Cædmon regresa con el duque Guillermo y su ejército conquistador. Tras la batalla de Hastings y la coronación de Guillermo, Cædmon de Helmsby, en calidad de traductor del rey y preceptor de los príncipes, acaba ocupando una posición clave que jamás había deseado: mediador entre conquistadores y vencidos. Tan ingrato papel le granjeará enconados enemigos...

Dramatis personae

A continuación se ofrece una relación de los personajes más importantes. Los personajes históricos han sido marcados con un asterisco.

Helmsby

Cædmon de Helmsby.
Dunstan, Guthric y Eadwig: sus hermanos.
Hyld: su hermana.
Ælfric de Helmsby: su padre.
Marie de Falaise: su madre.
Erik: pirata danés.
Athelstan: hermano de Ælfric, amante de la bebida.
Alfred: su hijo.

Ingleses

Eduardo III *el Confesor*,* rey de Inglaterra (1042-1066).
Haroldo Godwinson*: conde de Wessex y Haroldo II de Inglaterra (1066).
Wulfnoth Godwinson*: su hermano.
Tostig Godwinson*: otro de sus hermanos, conde de Northumbria.
Edwin*: conde de Mercia.
Morcar*: su hermano, conde de Northumbria.
Edgar Ætheling*: príncipe anglosajón.
Hereward *el Guardián*:* rebelde.
Waltheof de Huntingdon*: conde de Northumbria.
Toki Wigotson*: caballero leal al rey.

Normandos

Guillermo *el Bastardo*:* duque de Normandía (1035-1087) y rey de Inglaterra (Guillermo *el Conquistador,* 1066-1087).
Matilda*: su esposa.
Robert, Richard, William, Rufus y Henry*: sus hijos.
Agatha, Adeliza, Cecile, Adela y Constance*: sus hijas.
Guy de Ponthieu*: vasallo veleidoso.
Lucien: su hijo.
Aliesa: su hija.
Jehan de Bellême: veterano.
Guillaume Fitz Osbern*: primo del rey Guillermo, senescal, conde de Hereford y regente de Inglaterra.
Guillaume y Roger*: su primer y segundo hijos, ambos traidores.
Etienne: el menor de sus hijos, amigo de Cædmon y no traidor.
Emma*: hija de Guillaume Fitz Osbern*: primo del rey Guillermo, senescal, conde de Hereford y regente de Inglaterra. Traidora al igual que sus dos hermanos.
Robert de Mortain*: hermanastro del rey Guillermo, conde de Cornualles.
Ralph Baynard*: comandante de la milicia londinense.
Roland: su hijo.
Beatrice: su hija.
Guillaume de Warenne*: noble normando.
Roger Montgomery*: conde de Shrewsbury.

Religiosos

Hermano Oswald: monje aficionado a viajar.

Odo*: hermanastro del rey Guillermo, obispo de Bayeux, conde de Kent, regente de Inglaterra.

Aldred*: arzobispo de York.

Stigand*: arzobispo de Canterbury, excomulgado repetidas veces.

Lanfranc*: abad de San Etienne en Caén; más tarde, arzobispo de Canterbury, regente de Inglaterra.

Nombres y gentes

La «æ» en nombres como Cædmon, Ælfric, etc., es un carácter de origen rúnico frecuente en la lengua anglosajona de entonces y que se pronuncia como la «e» española.

Guillermo en realidad debería llamarse Guillaume, dado que los demás nombres normandos de esta novela quedan en francés. No obstante, puesto que este rey ha entrado en la historia en lengua española como «Guillermo», así es como se le llama aquí.

Los apellidos tal como hoy los conocemos no existían en el siglo XI. Pese a todo, he utilizado apellidos como Godwinson, Fitz Osbern o Montgomery como tales para que, teniendo en cuenta la gran cantidad de personajes, quede claro quién es hijo o hija de quién.

Libro primero

«Pero muchos de quienes parecían nobles
y leales al rey se aliaron con sus enemigos
y traicionaron a sus hermanos y a sus padres y
a sus señores supremos. Y de ese modo el
reino sufrió más con los suyos que con la
saña bélica de sus enemigos y se vio
consumido por un mal interno.»

Ordericus Vitales, *Historia eclesiástica*

Exning, agosto de 1075

-¡El *thane* de Helmsby! –exclamó con alegría el novio-. Nos complace que nos honréis con vuestra presencia en este día.

Cædmon le estrechó la mano.

-Os deseo mucha suerte y la bendición de Dios, Ralph. -A continuación se inclinó ante la novia-. Lo mismo os deseo a vos, Emma.

Ésta lo miró con ojos radiantes y risueños.

-Gracias, Cædmon.

No la había visto en aproximadamente diez años y no le sorprendió comprobar que se había convertido en una beldad. Al fin y al cabo era la hermana de Etienne Fitz Osbern. Dejó sitio al resto de quienes querían expresar sus parabienes, que pugnaban por aproximarse, y se acercó al hermano mayor de Etienne y Emma.

-Me alegro de que al menos vos estéis en Inglaterra, Roger; de lo contrario, Emma habría tenido que caminar hasta el portal de la iglesia sola como la una.

El cabello de Roger Fitz Osbern era demasiado claro y sus rasgos demasiado angulosos para parecerse a sus agraciados hermanos, pero su encantadora sonrisa era idéntica.

-Sí, estoy seguro de que Etienne habría dado cualquier cosa por estar aquí en lugar de en Maine con el rey. Pero al menos ha venido su esposa para reforzar la delegación Fitz Osbern. -Se dio la vuelta un instante-. ¿Aliesa? Aquí está Cædmon de Helmsby.

La muchacha se disculpó ante los amigos bretones del novio con los que estaba charlando y se volvió sonriente.

-¡Cædmon! ¡Qué alegría!

Este hizo una leve reverencia. Siempre le desconcertaba verla de pronto tras una larga separación, pero la ejemplar y dosificada cortesía de Aliesa le facilitaba mostrarse natural.

-¿Habéis pasado un verano agradable en Herefordshire, *madame*?

Ella hizo un breve gesto desdeñoso.

-Oh, la campiña es terriblemente aburrida, pero supongo que ahora que el rey no se encuentra en Inglaterra también la corte estará tranquila, ¿no es así?

Cædmon asintió.

-Sosegada. Yo diría que un tanto monótona. Echamos en falta vuestra belleza, *madame*.

Lo dijo casi abstraído; un cumplido trivial que muchos hombres hacían a muchas mujeres, ya fueran hermosas o feas. Ella lo aceptó con la sonrisa afectada que se merecía, pero alzó los párpados un instante y lo miró a los ojos. La mirada no duró ni un suspiro, mas respondió a todas las preguntas. Casi un año había transcurrido desde su último encuentro, pero nada había cambiado.

-Una celebración suntuosa, ¿verdad? -añadió Aliesa.

-Espléndida -aprobó él, si bien no le apasionaban las grandes reuniones con música ruidosa y jolgorio.

-Sí, Cædmon es un gran amigo de las bodas, siempre que no se trate de la suya propia -observó el obispo Odo con sequedad, uniéndose a ellos con un vaso rebosante en la mano.

Cædmon hizo una amplia reverencia.

-Qué alegría veros, *monseigneur*.

-Oh, apuesto a que sí. -Odo soltó una risita y preguntó significativamente-: ¿Cómo le va a vuestra preciosa prometida, Cædmon?

-Eh..., bien, por lo que sé.

-¿Ah sí? He de confesar que me sorprende un tanto; esa chiquilla debe de tener la paciencia de un ángel.

Risueña, Aliesa sacudió la cabeza.

-Estáis poniendo al pobrecito en un aprieto, *monseigneur*.

Pero Cædmon restó importancia al comentario.

-No, no. Mi eterno compromiso matrimonial lleva siendo motivo de hilaridad en la corte

demasiado tiempo como para que me ponga en un aprieto a estas alturas, *madame*. Al fin y al cabo, todo el mundo sabe que mi prometida preferiría casarse con vuestro hermano y que yo preferiría seguir soltero.

-Pese a todo, deberíais desposarla en breve -aconsejó Odo-. Antes de que encanezca y se arrugue -agregó con malicia-. Y ahora contadnos, Cædmon, ¿cómo les va a mis principescos sobrinos?

El aludido se enfrascó aliviado en el nuevo tema y relató cómo habían pasado el verano.

-Richard y Rufus se han convertido en cazadores realmente avezados; apenas pasa un día sin que salgan a cabalgar unas horas. Henry, por el contrario, ha desarrollado una curiosa predilección por escribanías y libros enmohecidos.

-Sólo tiene siete años -observó Aliesa en defensa de su amado principito-. Pronto le apasionarán los caballos, las armas y todas las cosas que tan indispensables consideráis los hombres.

Odo rió al ver el ceño desaprobador de la muchacha y le preguntó a Cædmon:

-¿Y Richard y Rufus? ¿Se llevan mejor?

Cædmon negó con la cabeza y suspiró.

-No, en el fondo no. Se evitan mutuamente. Cuando coinciden son corteses, pero en realidad cada vez están más distanciados.

-Es lamentable -dijo Odo.

-Sí, lo sé, *monseigneur*. Y he hecho lo que he podido por cambiarlo, mas sin éxito alguno. Sencillamente son demasiado distintos. En cambio, Rufus y mi hermano Eadwig siguen inseparables.

-Bueno, algo es algo. A veces me preocupa que nuestro Rufus se encierre cada vez más en sí mismo.

Cædmon asintió, pero contestó:

-Para ser sincero, en este momento me inquieta más Richard. Le ha ofendido enormemente que, en su ausencia, su padre haya nombrado regente a Lanfranc y no a él.

Odo hizo una mueca casi cómica.

-Bah, decidle que eso no le pasa a él solo. También a mí me ofendió que Guillermo no me cediera el cargo, pero tanto yo como Richard hemos de hacernos a la idea de que Lanfranc es el más apropiado. Yo soy demasiado comodón y Richard es demasiado joven.

-Tiene veinte años, *monseigneur*. Cuando su padre tenía su misma edad...

-Su padre es un hombre con el que mortales normales y corrientes no deberían compararse -lo interrumpió Odo, y en su voz no había rastro de ironía.

-No. -Cædmon suspiró-. Eso es bien cierto.

-Ahora que me acuerdo, *thane*, quería pediros consejo. Como sabéis, rara vez abandono Kent. Para encontrar a las mejores bordadoras de Inglaterra, ¿adonde he de dirigirme?

-¿Bordadoras? -repitió Cædmon perplejo.

Odo asintió.

-Veréis, pronto estará terminada mi catedral de Bayeux. Ya sabéis cómo son estas cosas, al fin y al cabo vos mismo estáis construyendo una iglesia; todo tarda más y resulta más costoso de lo previsto, pero espero que esté acabada el próximo año por estas fechas, y deseo un ornamento para mi iglesia que el mundo jamás haya visto: un tapiz que cuente la historia de la conquista normanda de Inglaterra.

«Extraño tema para una iglesia», pensó Cædmon, si bien lo único que dijo fue:

-¿Toda la historia? Tendrá que ser un tapiz enorme.

Odo asintió imperturbable.

-En mi opinión, unos doscientos pies de largo. La iglesia es verdaderamente grande.

Cædmon reprimió toda manifestación de asombro, pero Aliesa suspiró sonoramente.

-Para eso necesitaréis a un ejército de bordadoras.

-Sí, probablemente -convino el obispo con despreocupación-. Pero sólo de las mejores. Quiero que sea una sorpresa para Guillermo; a fin de cuentas ha respaldado la construcción de

mi iglesia con gran generosidad. Este tapiz le honrará, pero para ello ha de hacerle justicia. Y bien, Cædmon, ¿qué me aconsejáis?

Éste reflexionó un momento.

-Bueno, a bote pronto sólo se me ocurre una mujer adecuada para vuestro... colosal proyecto.

-Decid tranquilamente megalómano. ¿Quién?

-Mi hermana. Sus labores ya eran elogiadas tiempo atrás en toda East Anglia y más allá, sobre todo su arte para esbozar motivos e imágenes.

-Ah, ésa es la mujer que necesito. ¿Dónde puedo encontrarla?

-Ése es el primer problema. Vive en York. Y el segundo problema es...

-Sí, lo imagino. Si vive en York, seguro que no tendrá la menor intención de honrar al rey -gruñó Odo.

Cædmon asintió con timidez.

-Me temo que bien podría ser así.

-Con todo, enviadle un mensajero. Decidle que la haré rica.

Cædmon no pudo por menos que echarse a reír.

-Con dinero no podréis atraerla, *monseigneur*.

-En tal caso, decidle que satisfaré cualquier deseo suyo. Decidle lo que sea preciso, porque quiero ese tapiz.

-Veré lo que se puede hacer -prometió Cædmon, aunque en realidad sus esperanzas no eran muchas.

Continuaron hablando un rato de esto y lo otro, de Inglaterra, Escocia, Normandía y Maine, pero Odo no tardó en despedirse. Antes de irse le susurró a Cædmon:

-No permanezcáis mucho tiempo aquí con ella, amigo mío. No os voy a perder de vista, no lo olvidéis.

La boda fue una fiesta verdaderamente suntuosa. Ralph de Gael era uno de los nobles bretones más importantes de Inglaterra. Su padre ya había prestado leales servicios al rey Eduardo, y el propio Ralph había llegado con Guillermo hacía casi diez años, poseía extensas propiedades en el este y el sur de Inglaterra y, desde que tomara posesión de la herencia de su padre, la enorme residencia de la familia en Bretaña. Era duque de Norfolk y Suffolk y, por tanto, uno de los vecinos más influyentes de Cædmon. Su matrimonio con Emma Fitz Osbern lo unía a uno de los linajes normandos más poderosos y constituía un importante paso en su camino hacia la prominencia política a la que a todas luces aspiraba. El rey había sentido profundamente la muerte del viejo Gael, y el joven Ralph hacía lo que podía por sustituir al leal vasallo del rey.

Cuando los invitados se sentaron para regalarse con el banquete nupcial, Cædmon dejó vagar la mirada por las damas y los caballeros exquisitamente ataviados y pensó que algún día el rey tendría que hacerse a la idea de que se había producido un cambio generacional. Al fin y al cabo, no se hacía ningún favor ignorando y pasando por alto constantemente a los hijos adultos de sus viejos compañeros de fatigas. Esto no era aplicable en último término a Roger, hermano de Etienne, que en ese preciso instante se dirigía tambaleante hacia él y se dejaba caer enfrente, en un asiento libre.

-Cædmon.

-Roger.

-¿No es maravilloso que dos personas se casen?

Cædmon lo escudriñó con recelo.

-Supongo que no pretenderéis sumaros a la campaña de desgaste que dirige contra mí el obispo Odo, ¿no es así?

Roger parpadeó.

-¿Qué?

-Eh..., nada. Sí, una boda siempre es algo conmovedor.

-Mmm, ojalá Etienne estuviera aquí. Se alegraría mucho de ver a nuestra Emma tan radiante y feliz.

-También yo lo creo.

Roger lo miró con ojos de lechuza.

-Os ama más a vos que a sus hermanos, ¿sabéis? Etienne, me refiero.

-Sí, sí. Estáis como una cuba, Roger.

-Cierto. ¿Me haríais un favor?

-Si está dentro de los límites de lo razonable, claro.

-Volvéis a la corte, ¿no?

Cædmon asintió.

-Me quedaré unos días en Helmsby, ya que estoy cerca, pero después regresaré a Winchester.

-¿Os importaría llevar con vos a mi cuñada?

-¿Cómo decís?

-Aliesa debía volver conmigo a Hereford, pero... -soltó una risita conspiradora- de camino tengo que resolver unos asuntos para los que preferiría no tener testigos, ¿entendéis?

-Naturalmente. ¿Quién es la afortunada?

Fitz Osbern esbozó una sonrisa encantadora.

-¿Me haréis el favor?

Cædmon sacudió la cabeza.

-¿Cómo se os ocurre semejante idea? Yo viajo solo y...

-Oh, no temáis. Os pondré una escolta y le encontraré una dama de compañía a Aliesa.

-En tal caso, no se hable más.

Fitz Osbern suspiró aliviado.

-Sabía que podía contar con vos.

Cædmon apenas podía creerse su suerte. Acompañados únicamente por dos caballeros de Fitz Osbern y por la prima quinceañera de Ralph de Gael, Anne -que, tras el mortal accidente de caza sufrido por su anciano esposo y un adecuado luto, regresaba a la corte y, por consiguiente, al mercado marital-, llevó al día siguiente a Helmsby a Aliesa, cumpliendo así un sueño largamente acariciado.

Había unas veinte leguas desde Exning, pero, dado que podían realizar casi todo el trayecto por la calzada real que unía Londres con Norwich y que las damas no tenían nada en contra de cabalgar a buen paso, el viaje apenas supuso más de media jornada a caballo.

Aliesa miraba a su alrededor con ojos resplandecientes.

-¿Quién dice que East Anglia es un erial llano?

-Vuestro hermano, por ejemplo, madame -replicó Cædmon.

-Pero mis ojos ven unas colinas allí arriba. -Señaló las onduladas elevaciones al este de Exning.

-Las llaman los Downs -explicó-. Y las gentes dicen que en esas lomas la hierba crecería hasta el cielo si no se la comieran las ovejas. Si uno se adentra un tanto en los Downs, pasa por un despeñadero con forma de caballo blanco.

-¿Un caballo blanco?

Cædmon asintió.

-Los hay aquí y allá en toda Inglaterra. Hace mucho tiempo alguien recortó la hierba y la maleza de esa colina de tal modo que bajo ella queda visible la nívea roca en forma de caballo. Alguien sigue acudiendo a recortarla.

Aliesa chasqueó la lengua en fingida desaprobación.

-Eso suena muy pagano. ¿Acaso no era al dios Odín al que vuestros antepasados ofrendaban caballos?

-Así es. Igual que vuestros antepasados. -Ambos rompieron a reír, pero Cædmon continuó-: Los caballos blancos ya estaban aquí mucho antes de la llegada de los anglosajones. Supongo que los hicieron los antiguos pobladores.

-¿Y qué es eso de ahí arriba? -Señaló a la izquierda, donde, en el mar típicamente llano de hierba y juncos de los pantanos, se extendía hasta el horizonte un terraplén-. Casi parece obra de la mano del hombre.

-Lo es. Los de aquí lo llaman el dique del diablo. Dicen que los anglos de East Anglia lo levantaron para protegerse de sus vecinos del norte, de Mercia, poco después de la colonización.

-¿Quiénes eran esos vecinos del norte? ¿Sajones? ¿Jutlandeses?

-No, también anglos. Pero, pese a ello, no hacían buenas migas. -Sonriente, se encogió de hombros-. Antes éramos un pueblo guerrero y no nos dejábamos conquistar con tanta facilidad como ahora.

Lo cierto era que no le sorprendía que Aliesa fuera una de las pocas personas capaces de sacar algo en claro de la silenciosa uniformidad de los pantanos. Tenían los mismos gustos en más de un aspecto; más bien le habría asombrado que Aliesa no hubiese encontrado agradable y reparadora la queda melancolía del paisaje, como le ocurría a él. Tampoco le desconcertó que la muchacha no tardara en conquistar el corazón de su eficiente primo Alfred.

-Bienvenido a casa, *thane* -saludó éste en la puerta, como de costumbre.

Cædmon desmontó.

-Gracias, Alfred. -Ayudó a Aliesa a bajar de la silla y la llevó hasta él-: Aliesa, éste es mi primo Alfred, mi mayordomo -le dijo a ella en normando; y a Alfred, en inglés-: Aliesa Fitz Osbern, la esposa de mi amigo Etienne.

-Lástima -musitó Alfred antes de inclinarse y emplearse a fondo con todo su vocabulario normando-: *Enchanté, madame*.

Aliesa le tendió la mano con una dulce sonrisa y dijo en un inglés fluido, casi sin acento:

-Me siento halagada, Alfred.

Éste se puso rojo como un tomate, tomó la mano como en trance y la estrechó diligente. Cædmon vio la mirada aturdida de Aliesa y le costó reprimir una sonrisa.

-¿Habláis nuestra lengua, madame? -preguntó Alfred entusiasmado.

-Llevo casi diez años viviendo en Inglaterra. Es mi hogar. Tendría que avergonzarme si en todo este tiempo no hubiese aprendido su hermosa lengua.

Alfred sonrió.

-Si todos los normandos pensaran igual, estarían tan ocupados avergonzándose que no les quedaría tiempo para exprimirnos.

Cædmon suspiró quedamente.

-Alfred...

Pero Aliesa levantó la mano imperiosa.

-Está bien, Cædmon. Vuestro primo tiene toda la razón. -Tomó el brazo de Alfred, ya que éste no daba muestras de ofrecérselo, y cruzó con él el patio en dirección al puente levadizo-. ¿Y cómo le va a vuestro padre, el famoso tío Athelstan, del que tanto he oído hablar...? -la oyó aún decir Cædmon.

Los siguió un instante con la mirada, meditabundo, hasta que recordó a sus demás invitados y, con cierto retraso, ayudó a desmontar también a la joven viuda.

No sólo el tío Athelstan, sino todo Helmsby quedó a los pies de Aliesa. Para ello no se esforzó especialmente en ganarse las simpatías de la gente; no se mostró en exceso campechana con la servidumbre ni manifestó gran interés por los *housecarls* de Cædmon o sus esposas. Después de todo, no era más que una invitada de paso y, aun cuando las gentes la miraban con respeto y curiosidad al ser una noble normanda y confidente de la reina, ella se encargó de advertirles a todos que resultaría inoportuno hacer demasiado ruido acerca de su visita. Sólo trató con

verdadera cordialidad a la familia de Cædmon, dando con el tono adecuado en cada caso: ironía bondadosa con Alfred, balbuciente y constantemente sonrojado; respeto con el tío Athelstan, que quedó profundamente halagado; auténtica veneración por Marie, que reaccionó con más calidez maternal de la que mostraba hacia su propia hija en los últimos años.

-Me alegro de veros tan dichosa y tan bien de salud, niña mía.

-Gracias, *madame*. En lo tocante a mi bienestar, siempre estaré en deuda con vos.

Marie le acarició el brazo.

-Dios mío, de eso hace mucho tiempo. ¿Y desde entonces?

Aliesa bajó los ojos y sacudió la cabeza.

-Bueno, para vuestra salud no cabe duda de que es mejor así, pero ciertamente supondrá una decepción para vuestro esposo -comentó Marie.

-Sí, me temo que así es.

-Se encuentra en el continente con el rey, ¿no es cierto?

Aliesa asintió.

-Espera estar de vuelta antes de Navidad...

Cædmon estaba sentado en el banco de espaldas a la sala, frente al fuego, tocando suavemente el laúd y escuchándolas, y una vez más se sorprendió de la facilidad con que las mujeres normandas podían hablar con aparente sinceridad, esquivando toda suerte de temas conflictivos, aun cuando ambas no pensaran en otra cosa. Seguramente Marie consideraba reprobable y poco inteligente la presencia de Aliesa en Helmsby. Seguramente a Aliesa le habría gustado aclararle que no había sido idea suya ni de Cædmon. Sin embargo, ni en sueños se les habría ocurrido decir semejantes cosas.

Cædmon le había cedido generosamente a Aliesa sus aposentos y compartía alojamiento con Alfred. Cuando su primo se quedó dormido, se levantó con sigilo y se deslizó hasta la habitación de su amada. La noche era muy cálida, y Aliesa había abierto de par en par tanto las colgaduras de la cama como los postigos de la ventana. La luna llena de agosto inundaba la estancia, bañándola en una luz argéntea. La amplia cama arrojaba sombras de un azul profundo.

Avanzó hacia ella despacio y permaneció un instante contemplándola casi con devoción. Aliesa estaba sentada en la cama, apoyada contra el ancho cabecero y con una almohada en la nuca. La oscura cabellera le caía suelta hasta el faldón de su blanca camisa. Al verla de tal modo se le hizo un nudo en la garganta.

Se arrodilló en el borde de la cama, la estrechó entre sus brazos con impaciencia y la besó.

Sus dedos se entrelazaron en la nuca de Cædmon, y él sintió la presión suave, mas deliciosamente firme, de sus pechos. Deslizó la mano bajo su camisa y se la levantó. Aliesa despegó sus labios de los del amante.

-No estaba segura de que fueras a venir -musitó.

Cædmon alzó la cabeza perplejo.

-¿Cómo has podido dudarlo?

-Dicen que has hecho voto de castidad. No obstante, las opiniones difieren en cuanto a si se trata de uno, de dos o de más años.

Él rió quedamente y le bajó los tirantes, mirando cómo la escotadura de encaje resbalaba por su cuerpo.

-El cuento del voto de castidad es el último baluarte contra mi inminente enlace con Beatrice Baynard. Ni siquiera fue difícil difundir el rumor.

Todo el mundo se había mostrado dispuesto a creerlo, ya que todos sabían que Cædmon de Helmsby había comenzado la construcción de una iglesia de piedra, una empresa costosa, y estaban de acuerdo en que debía tratarse de una penitencia impuesta por él mismo o por su confesor por algún grave pecado -aun cuando, por desgracia, nadie podía decir de qué se trataba- y de la que también formaba parte el susodicho voto.

-Fue una buena idea. Incluso el rey lo cree, y ahora ni siquiera él puede atormentarme a

causa de Beatrice.

Aliesa detuvo las manos de Cædmon, en silencioso descenso, y las apartó.

-Será mejor que conviertas la mentira en verdad.

Él dejó caer las manos y se la quedó mirando.

-¿Qué te ocurre?

-Nada, pero Etienne lleva seis meses en el continente, Cædmon. Si quedara encinta ahora, tendríamos un buen problema.

Él se tumbó a su lado entre suspiros y la atrajo hacia sí. -Sí, lo sé. No quedarás encinta, pierde cuidado. -Pero ¿cómo vas a impedirlo?

-¿Cómo? -Rió suavemente-. Ven aquí, alma de Dios, y te lo enseñaré.

Cabalgó con ella hacia Helmsby y la llevó hasta las obras de su iglesia. Aliesa quedó profundamente impresionada.

-¡Dios mío! No sabía que tenías la intención de erigir una catedral.

Él le lanzó una mirada divertida.

-Bueno, no exageres. No será mucho mayor que la capilla de la corte de Winchester.

Pero hasta él tuvo que admitir que los altos y macizos muros del coro con el ábside a medio terminar se veían imponentes; a su sombra uno siempre parecía diminuto y frágil. La condujo al interior, donde se habían levantado las cuatro primeras robustas columnas que un día sustentarían la bóveda del techo. Cada uno de los pilares circulares presentaba un motivo distinto.

-Será maravillosa, Cædmon -afirmó Aliesa con sincero entusiasmo-. Y, según veo, la estás construyendo al estilo normando.

Él asintió.

-Es muy superior al de las iglesias anglosajonas. Las normandas no sólo son más hermosas, sino que además sus techos se hunden con menor frecuencia. -Aliesa pasó el dedo por el ornamento acanalado de la columna delantera izquierda-. Espero que disculpes mi franqueza, pero has de ser más rico de lo que suponía.

Cædmon rió misterioso.

-Yo diría que no puedo quejarme, pero esto se lleva todo lo que gano.

-¿Por qué lo haces?

El apretó los ojos y miró con fingida concentración el capitel.

-Hice un trato con Dios: le pedí algo y le ofrecí esta iglesia a cambio.

-De modo que conseguiste lo que le pediste, ¿no es eso?

-Oh, sí.

-¿Vas a decirme de qué se trataba?

-Lo siento. Dios y yo acordamos guardar el secreto.

Ella rió con suavidad.

-Sea como fuere, espero que, a pesar de los elevados costes, estés satisfecho con el trato.

-Lo estoy, a diferencia de mis pobres campesinos. Ellos consideraban la vieja iglesia más que suficiente y no les hace ninguna gracia la presencia de todos esos trabajadores extranjeros en Helmsby, por no hablar de que el maestro de obras sea normando.

LIBROS LIBRES LIBROS LIBRES

-¿Quién es?

-Turold de Canterbury. Me lo ha prestado Lanfranc, aunque su nueva catedral dista mucho de estar terminada, pero dijo que tenía maestros de sobra.

-Tal vez tu hermano intercedió por ti.

-Probablemente. -Le ofreció el brazo-. Venga, vámonos. Ten cuidado: el suelo está lleno de piedras rotas.

Ante la iglesia se toparon con el padre Cuthbert y Offa, el herrero. Cædmon les presentó a Aliesa e intercambió unas palabras con ambos hombres. A Aliesa le sorprendió la naturalidad

entre el *thane* y las sencillas gentes de Helmsby. Éstas lo trataban con respeto pero sin asomo de timidez, y era fácil ver que se alegraban de verlo. «Qué distinto es con los campesinos de Etienne en Cheshire o Herefordshire», pensó. Aunque éste era un patrono indulgente y no toleraba que en sus propiedades se maltratara a nadie, ya fueran campesinos, vasallos o esclavos, todos temblaban ante él como las gallinas ante el zorro. Y eso era algo que jamás mejoraría mientras él no dominara su lengua, pero se negaba a hablar del tema. «Para eso tengo a mis mayordomos», solía decir...

-Aliesa, ¿estás soñando?

-Perdona. ¿Qué decías?

-Te llevaré de vuelta al castillo y después iré hasta Metcombe -repitió Cædmon.

-A verla a ella -añadió Aliesa. Ni su voz ni su mirada traicionaron sus celos. Había sabido esconderlos desde que Cædmon le hablara por vez primera de Gytha, ya que él jamás había dado a entender que sintiera celos de su esposo. Y si él era capaz, ella no iba a ser menos.

-A ver a mis hijos -la corrigió él sin hacer especial hincapié.

-Llévame contigo -le pidió, impulsiva-. Me gustaría mucho conocerlos.

-Lo harás. Voy a traerlos unos días a Helmsby, pero es mejor que me dejes ir solo. No sería conveniente que desapareciéramos los dos en el bosque durante horas.

En el molino reinaba una intensa actividad. El lugar estaba lleno de una neblina de polvo de harina que se colaba por las rendijas del suelo de madera del piso superior, donde giraba la muela, y se arremolinaba en torno a los sacos que había bajo la tolva en la planta baja. El ruido de la molienda era acallado por el incesante chirriar de la rueda y el rugir y el espumear siseantes de su impulsor, el Ouse.

Cædmon se quedó en la puerta. No tenía el menor interés en cubrirse de polvo de pies a cabeza.

-¿Hola? ¿Hengest? ¿Gytha?

Oyó unos pasos ágiles a su espalda y se volvió.

-¡Padre! ¡Padre!

Ælfric, de seis años, corría hacia él por la pradera y su hermano -dos años menor que él- lo seguía como mejor podía.

Impetuoso, Ælfric pegó un salto y Cædmon lo atrapó risueño.

-¡Ælfric! ¿Cómo estás, hijo mío?

-¿Has estado en la guerra, padre? ¿Cuánto tiempo vas a quedarte?

Cædmon depositó en el suelo a su vivaracho primogénito y le acarició sus aterciopelados y rubios rizos. Ælfric siempre le recordaba a Eadwig a esa edad. Cædmon no era consciente de lo mucho que el niño se parecía a él mismo.

-No, ahora mismo en Inglaterra no hay guerra, gracias a Dios, pero no creo que tarde mucho en aparecer el siguiente foco de agitación. -Apoyó las manos en los muslos y se agachó para decirle a su hijo menor-: ¿Y bien, Wulfnoth?

El pequeño, delgado como un elfo, se agarró al manto de su padre, lo miró con seriedad y no dijo nada.

Cædmon posó sus manos en los hombros del niño y le dio un beso en la frente.

-¿Sabes quién soy?

Wulfnoth asintió y dijo:

-Padre.

-¿Y aun así me temes?

El pequeño sacudió la cabeza con tanta energía que su cabello trigueño se alborotó. Cædmon no pudo por menos que sonreír.

-Bueno. Había pensado llevaros conmigo a Helmsby unos días, pero si os da miedo y preferís quedaros con vuestra madre, decídmelo sin más.

Wulfnoth se limitó a mirarlo con fijeza, y Cædmon no fue capaz de descifrar su mirada. No

conocía mucho a sus hijos. Hengest salió del molino, se acercó a ellos sonriendo y se limpió la mano en el delantal antes de tendérsela a Cædmon.

-*Thane.*

-Hengest.

El molinero miró a Ælfric.

-Corre, ve a buscar a tu madre.

Obediente, el mayor de los muchachos entró en la casa.

Hengest y Cædmon se sentaron en el banco que había ante el molino y no encontraron nada que decir, como venía sucediendo los últimos años. Hengest se había tomado a mal el papel desempeñado por Cædmon en la represión de la última resistencia anglosajona en Ely. Claro que no sabía a ciencia cierta lo que había sucedido en detalle, pero Edwin de Mercia había muerto, Morcar estaba preso en Ruan, Hereward *el Guardián* había desaparecido hacía años sin dejar rastro y el propio hermano de Cædmon había fallecido mientras él estaba vivo y gozaba más que nunca del favor del rey normando. Hengest no necesitaba saber más.

Por su parte, Cædmon le reprochaba al molinero sus convicciones rebeldes, pero sobre todo que se hubiera casado con Gytha. Él nunca había estado realmente celoso de Etienne Fitz Osbern. Pensaba lo menos posible en lo que ocurría entre Etienne y Aliesa, pero el hecho en sí jamás lo había enojado. A Hengest, en cambio, habría preferido retorcerle el pescuezo. Y sin embargo era a Aliesa a quien quería, no a Gytha. Había pasado innumerables noches en vela analizando sus sentimientos y tratando de comprender tan extraña contradicción, pero sólo había conseguido llegar a la conclusión de que, en semejantes cuestiones, la razón no contaba demasiado.

-¿Queréis llevaros a los muchachos a Helmsby? -preguntó Hengest. Sonaba neutral, pero los surcos de su frente se habían ahondado casi imperceptiblemente.

-Si su madre está de acuerdo, sí. -No deseaba ser brusco, pero lo que quería decir era: «¿A ti qué te importa?».

Hengest miró el pequeño alfalfar de la pradera que se extendía ante ellos y asintió.

-¿Puedo ofreceros una cerveza, *thane*?

«Antes ibas por ella sin preguntar», pensó Cædmon.

-No, gracias.

Ambos hombres se sintieron aliviados cuando Gytha salió del molino. Llevaba de la mano al pequeño Hengest, de tres años, y en brazos a Oswin, de seis meses. Ælfric iba pisándole los talones y Wulfnoth caminaba discretamente a su lado.

Cædmon se levantó y se acercó a ella sonriendo.

-Gytha.

-Así que estás aquí. -No lo miró a los ojos.

-Aquí estoy -dijo él mecánicamente. Miró al niño dormido en sus brazos y, al alzar la cabeza, sus miradas se cruzaron sin querer. Sonrió-. Has sido bendecida con numerosos hijos.

También a ella la traicionó su sonrisa.

-Y llega otro más. Apuesto a que será una niña. No te imaginas lo mucho que me gustaría tener una hijita.

Él asintió.

-Bueno, en ese caso posiblemente sean gemelos.

Ella dejó oír su juvenil risa y a continuación preguntó:

-Ælfric dice que quieres llevártelos un tiempo, ¿es cierto?

-Si estás de acuerdo, sí.

-Ahora tenemos mucho trabajo en el molino -comentó Hengest, que seguía sentado detrás, en el banco-. A decir verdad, no podemos prescindir de Ælfric.

Sin girarse, Cædmon le dijo a Gytha:

-Pero Ælfric nunca será molinero de Metcombe, eso es algo que todos sabemos.

Gytha asintió y renunció a plantear la pregunta, del todo justificada, de qué sería Ælfric en vez de eso. Y Wulfnoth. Lo habría hecho si hubiesen estado solos, pero la presencia de

Hengest la cohibía. Miró a su esposo, como era su deber.

-Si tú lo estás, yo estoy de acuerdo.

El molinero asintió sin vacilar.

-Por mí vale.

A Cædmon no le agradó que hubiera que pedirle permiso al molinero para que sus hijos se fueran con él, y se vengó diciendo:

-Entonces despedíos de vuestra madre, muchachos.

Cædmon no tenía mucha práctica en lo de ser padre, pero, una vez en Helmsby, todo fue más fácil de lo esperado. Aliesa sintió enseguida debilidad por el pequeño Wulfnoth, callado y tímido, quien guardaba mayor semejanza con su madre que con el último de los Godwinson, cuyo nombre llevaba. El impetuoso y vivaz Ælfric halló en su tío Alfred y su tío abuelo Athelstan unos grandes amigos. De ese modo, a Cædmon le quedaba bastante tiempo para dedicarse a las descuidadas tareas de administración de su propiedad, que entre tanto se habían vuelto en exceso complicadas, y a la construcción de su iglesia, si bien se esforzaba por pasar cada rato libre con sus hijos. Su jornada no tardó en encarrilarse. Por primera vez desde hacía muchos años disfrutaba de su estancia en Helmsby y se sentía extrañamente libre de preocupaciones. Con la facilidad casual de un malabarista, repartía sus días entre sus numerosos cometidos y sus hijos. Y las noches eran para Aliesa.

Entre ellos había surgido una intimidad desconocida hasta entonces. Su complicada situación los atormentaba; compartir la cama sin consumar el acto carnal era una prueba que se repetía cada noche, casi un ritual. Sin embargo, las cosas que hacían en su lugar eran, en cierto modo, más personales. Y hablaban mucho, más que antes. Se sentaban en la cama, con las piernas encogidas y apoyados en el cabecero, compartían un vaso de vino o cerveza y charlaban casi hasta el alba.

-¿Cædmon?

-¿Sí?

-¿Qué planes tienes para tus hijos?

-Aún no lo sé. Espero que algún día vengan a la corte de donceles, cuando Richard sea rey. Quiero decir, puede que no sean más que bastardos, pero posiblemente sean los únicos hijos que voy a tener. Si de mí dependiera, Ælfric, como heredero mío, pasaría a ser *thane* de Helmsby. Y Wulfnoth... -Se encogió de hombros-. Es tan serio y callado. Como Guthric antes. Quizá un día sienta la llamada de la vocación.

Aliesa asintió ensimismada.

-Sea lo que fuere lo que te propones, ¿te enfadarás si te doy un consejo?

Cædmon sacudió la cabeza.

-Si es un buen consejo, no.

Ella rió con suavidad.

-Hablo en serio, Cædmon.

-Soy todo oídos.

-No los mandes de vuelta a Metcombe. Si deseas que un día sean caballeros, no deberían vivir entre campesinos.

-Bueno, aún son muy pequeños y necesitan a su madre.

-Pero el molinero no los trata bien.

Él levantó la cabeza.

-¿A qué te refieres?

Aliesa encogió los hombros con impaciencia.

-¿Tú qué crees? Les pega. Sobre todo a Wulfnoth.

Cædmon restó importancia a la confidencia.

-De eso no has de preocuparte. Si no se hace, los niños se descarrían, créeme, sé lo que me digo. Mi padre tampoco se anduvo con tonterías, y ello no nos hizo daño a ninguno.

-No -aprobó ella, sarcástica-. Sólo te convirtió en un patán insensible.

-Aliesa...

La joven alzó la mano, imperiosa.

-Mírate. Mírate atentamente y después juzga por ti mismo.

-Cielo santo... -Una llamada a la puerta lo hizo enmudecer al instante.

Cambiaron una mirada de horror. Llamaron de nuevo.

Aliesa miró suplicante a Cædmon, se aclaró la garganta y preguntó con voz fingidamente soñolienta:

-¿Qué ocurre?

-Cædmon, sé que estás ahí -dijo Alfred en voz baja-. Siento no poder seguir haciéndome el sordo, pero Waltheof de Huntingdon está abajo, en la sala, e insiste en hablar contigo ahora mismo.

Cædmon hizo un gesto tranquilizador y susurró:

-No te preocupes, Alfred es de confianza. -Acto seguido repuso-: Bajo enseguida.

Sacó las piernas de la cama y echó mano de sus calzas.

Aliesa le agarró el brazo.

-Sea lo que fuere lo que Waltheof de Huntingdon quiere de ti, ten cuidado.

El se puso las calzas y se levantó.

-¿Por qué?

Ella se recostó en la almohada.

-Simplemente hazme caso.

-¿Acaso no lo hago siempre?

Waltheof de Huntingdon era el último de los grandes condes anglosajones que aún gozaba de una buena posición, a pesar (o quizá precisamente a causa) de que nunca había desempeñado un papel tan destacado como la casa de Mercia o la casa Godwinson. El rey lo tenía en gran estima. Waltheof mantenía buenas relaciones con Northumbria -su padre, Siward, era un danés que en su día había sido conde allí-, y aunque seis años antes apoyara el levantamiento del norte, Guillermo no sólo lo había perdonado, sino que recientemente incluso lo había nombrado conde de Northumbria con la esperanza de que el hijo de Siward tal vez lograra lo que ninguno antes de él había conseguido: reconciliar la tumultuosa provincia con el régimen normando. No obstante, Waltheof prefería mil veces sus propiedades de Huntingdon y Northamptonshire que el duro norte, y por tanto era vecino de Cædmon.

Éste bajó la escalera a toda prisa con un candil de aceite en la mano mientras se preguntaba, intranquilo, qué significaba tan inusitada visita a esa hora aún más inusitada.

-¡Waltheof! Sed bienvenido.

-Perdonad la molestia, Cædmon.

-Vuestra visita es siempre un honor, milord, sea cual fuere la hora.

-No diréis lo mismo cuando oigáis lo que he de contaros.

Cædmon se lo quedó mirando. Exteriormente Waltheof no se parecía en nada a su rubio progenitor vikingo de ojos color mar, que a tenor de las leyendas era grande como un trol y, en sus numerosas guerras contra el rey Macbeth, había despachado a docenas de escoceses sólo con su puño. Waltheof tendría unos treinta y tantos años y estaba casi calvo. El poco pelo que conservaba era ceniciento y lo llevaba arreglado a la manera normanda. Tenía el pecho de pichón y estaba casi ciego del ojo izquierdo. Sin embargo, Cædmon sabía que habría sido un error dejarse engañar por el aspecto externo.

-Permitid que os ofrezca un vaso de aguamiel, estáis sin aliento.

Waltheof negó con la cabeza, lo tomó del brazo y señaló con el mentón los inmóviles cuerpos que yacían en la paja, a lo largo de las paredes.

-¿Podemos ir a otra parte donde no nos molesten?

Cædmon asintió y cogió dos vasos llenos que le ofrecía Alfred.

-Seguidme, milord.

Lo condujo a la planta superior del castillo, a una pequeña escribanía en la que Alfred y el padre Odric -el capellán escribano de Cædmon- llevaban los libros de la propiedad. En la pequeña cámara el aire estaba estancado y hacía calor.

-Disculpad tan modesto sitio, pero tengo invitados y la casa está llena. Aquí estaremos solos.

Waltheof asintió, bebió con gratitud del vaso que Cædmon le entregó y empezó sin más preámbulos:

-Hay una conspiración, Cædmon.

Este dejó el vaso en el suelo y se dio cuenta de que se le aceleraba el corazón.

-¿De quién contra quién?

-Contra el rey, claro está. Pretenden aprovechar su ausencia para hacerse con el control de Inglaterra.

-¿Quiénes?

Waltheof lo miró a los ojos.

-Ralph de Gael y Roger Fitz Osbern.

Cædmon estalló en carcajadas. Waltheof frunció el entrecejo.

-¿Veis?, ésa es la razón por la que he acudido a vos en lugar de dirigirme primero a Lanfranc. Nadie lo creerá. Esa es su gran ventaja. Nadie lo creerá hasta que ocurra.

Cædmon lo miró inseguro.

-Pero ¿cómo se os ocurre semejante idea? ¿Qué motivo podrían tener para querer derrocar al rey? Son pocos los que gozan de sus simpatías tanto como ellos dos, pocos quienes poseen más tierras en Inglaterra.

-Quizá sea justamente eso lo que los ha vuelto codiciosos. No sé por qué. Quieren más poder del que el rey confiere a sus vasallos. Les desagrada que, como representantes de la Corona, los sheriffs recorten el poder de los condes en sus condados. Están hartos de financiar las campañas de Guillermo. Y de repente opinan que el trono de una nación cristiana no debería estar ocupado por un bastardo. Felipe* también está en el ajo, ¿comprendéis?

-¿El rey de Francia? -preguntó Cædmon casi inexpresivo.

-¿Quién si no? Se ha hecho mayor, Cædmon, y no le gusta tener en el norte un vecino más poderoso que él. Ha pactado con Flandes y los insurrectos de Maine. Ahora ha puesto su codiciosa vista en Bretaña, y allí Ralph de Gael es un hombre muy influyente.

Cædmon carraspeó.

-¿Cómo es que sabéis todo esto?

Waltheof lo miró a los ojos.

-Me pusieron al corriente en la boda, hace dos semanas. Necesitan a Northumbria, de lo contrario su plan no resultará.

-¿Lo sabéis desde hace dos semanas?

-Comprenderéis, *thane*, que estos hombres no están del todo equivocados en lo que dicen, y me vi obligado a sopesar... -Se interrumpió de súbito cuando Cædmon dio un paso atrás y el contenido del vaso se derramó en la paja.

-Lo que decís es traición.

-¿Y qué clase de rey es aquel al que no se puede criticar sin ser un traidor?

-Vos no lo criticáis, queréis derrocarlo -afirmó Cædmon-. ¡Aun cuando os ha colmado de honores y os ha dado sobradas pruebas de simpatía! ¡Os ha desposado con su sobrina!

-Sin embargo he acudido a vos para impedir que suceda lo peor. Precisamente por Judith.

Cædmon resopló desdeñoso.

-Si no es demasiado tarde ya. -Sacudió la cabeza desconcertado-, Santo cielo, ¿sabéis realmente lo que le estáis haciendo a Inglaterra? Vos erais el último conde anglosajón en el que Guillermo estaba dispuesto a confiar. A pesar de haber sido engañado por Edwin y

* Felipe I (1052-1108), rey de Francia (1060-1108), hijo de Enrique I y Ana de Kiev. **(N. de los T.)**

Morcar, por no hablar de Haroldo Godwinson. A vos os dio una oportunidad. ¿Y cómo se lo agradecéis? En verdad, no es de extrañar que aplaste al pueblo inglés teniendo en cuenta el lugar en que la nobleza inglesa deja al pueblo.

Por un instante Waltheof pareció tentado de reaccionar con indignación y recordar a Cædmon a quién tenía ante sí, pero no pudo resistir su mirada. Encorvó la espalda y asintió, consciente de su culpabilidad.

-Todo lo que decís es verdad. Id a ver a Lanfranc, Cædmon. No se mostrará más dispuesto a creerlo que vos, pero vuestro hermano es su confidente y el arzobispo os tiene en gran estima a vos y a vuestra familia. Tenéis que convencerlo y él deberá actuar deprisa.

Cædmon asintió furioso.

-Podéis apostar a que lo hará. Y ahora decidme exactamente qué se proponen.

Waltheof tragó saliva.

-Marcharán desde dos direcciones: Roger Fitz Osbern vendrá del oeste con sus hombres y Ralph partirá desde aquí. Tan pronto se hayan reunido, se dirigirán al sur.

Cædmon gruñó desdeñoso:

-¿Cómo pueden esperar salir airosos? ¿Cuántos hombres tienen? ¿Doscientos? ¿Trescientos? -Al no recibir respuesta, miró con recelo a su apocado visitante-. ¿Acaso hay algo más que deba saber?

Waltheof hizo un esfuerzo y alzó la cabeza.

-Han pedido apoyo al rey de Dinamarca. El príncipe Canuto está equipando una flota.

Cædmon se lo quedó mirando un instante sin decir palabra. A continuación dijo en voz queda:

-Dios os perdone, Waltheof. -Se encaminó bruscamente a la puerta, la abrió e hizo un gesto de invitación-. Después de vos, milord -dijo sarcástico.

Waltheof bajó apresuradamente la escalera. Alfred aguardaba inquieto a la entrada de la sala con el entrecejo fruncido. Cædmon iba a pedirle que despertara a sus hombres cuando se percató de que todos se encontraban ya junto al fuego, avivado a toda prisa, con vasos y trozos de pan en la mano y hablando en susurros.

Cædmon expresó su agradecimiento a Alfred y le informó en voz baja. Éste se mostró visiblemente afectado.

-¿Qué..., qué vamos a hacer?

-He de ir a Canterbury sin pérdida de tiempo. -Cædmon se volvió-. Edric, ve a despertar al mozo de cuadra y a su hijo. Que ensillen primero a *Widsith*.

-Sí, *thane*.

Cædmon se dirigió nuevamente a Alfred.

-Explícaselo todo a mi madre y a Aliesa. Procede con cautela: Roger Fitz Osbern es cuñado de Aliesa, será un golpe tremendo para ella, pero debo partir de inmediato.

Alfred asintió.

-Descuida, se lo diré. -Señaló con la cabeza a Waltheof-. ¿Qué hay de él?

-Vendrá conmigo a Canterbury, pero no puedo esperarlo. Que lo lleven allí tres hombres y que no permitan de ningún modo que escape; de lo contrario, tendremos problemas.

-Bajo ninguna circunstancia trataré... -repuso Waltheof indignado.

Pero Cædmon lo interrumpió:

-Oh, sí, ya lo creo que lo haréis. Tal vez aún no os hayáis percatado, pero sois mi prisionero, milord. Alfred, átale las manos.

Alfred miraba inseguro ora a uno, ora a otro.

-Pero, Cædmon...

-¡Hazlo!

-De acuerdo. -Alfred sacó una tira de cuero de su bolsa y maniató al conde sin mirarlo a los ojos. Lo hizo de un modo inusitadamente vacilante, como si esperase ser golpeado en cualquier momento desde el más allá por el legendario puño de Siward.

Cædmon asintió satisfecho.

-Que Wulfstan recorra las aldeas y granjas, y que todos se preparen para un posible ataque danés. El que se una a Ralph de Gael hará bien en no volver a presentarse ante mí. Y mis hijos permanecerán en el castillo hasta que todo esto haya acabado.

-Sí, *thane*.

-Envía a uno de los hombres a York. Si Erik está allí, seguro que sabrá desde hace tiempo que vienen los daneses, pero puede que se encuentre en el mar. En tal caso, que Hyld venga aquí con los niños.

Alfred asintió.

-Ponte en camino, Cædmon. Yo me ocuparé de todo, no te preocupes.

Canterbury, septiembre de 1075

Lanfranc, Guthric, el príncipe Richard y Cædmon se hallaban sentados en una estancia espaciosa y de monacal sobriedad, a la luz de dos candiles de aceite, en torno a una mesa de roble macizo. Cædmon había relatado sus novedades, y la incredulidad, el temor, la indignación y la perplejidad se habían ido alternando para acabar dando paso a un largo y plúmbeo silencio.

Finalmente Richard se pasó ambas manos por el cabello y soltó un profundo suspiro.

-Dios santo, esto afectará terriblemente al rey.

Lanfranc le sonrió.

-Mi príncipe, que penséis primero en la ofensa de vuestro padre dice mucho en vuestro favor, pero ahora deberíamos centrarnos en lo que hay que hacer. El tiempo apremia.

Cædmon le dio la razón.

-Debemos impedir como sea que los conspiradores aunen sus fuerzas. Mientras los mantengamos separados, no será demasiado difícil acabar con ellos.

-No hemos de olvidarnos de la flota danesa -terció Guthric-. ¿Cuántos barcos?

-No lo sabemos -respondió Cædmon.

Tras un instante de reflexión, Lanfranc apoyó las manos en la mesa con resolución.

-En primer lugar tenemos que informar al rey y convencerlo de que no abandone Maine, sino que deje que nosotros nos ocupemos de reprimir esta rebelión, ya que seguro que ése era uno de los objetivos del rey Felipe... si es que de verdad está implicado en esta historia. Guthric, haced el favor de mandar llamar a un escriba.

Guthric negó con la cabeza y se levantó.

-Si me lo permite, *monseigneur*, será mejor que yo mismo escriba la carta. Cuantas menos personas sepan de esta cuestión, tanto mejor. Y algunos de nuestros amanuenses son chismosos como verduleras.

El arzobispo asintió.

-Tenéis razón, amigo mío.

Guthric se acercó al pupitre y empezó a escribir rápida y fluidamente al dictado de Lanfranc. Cædmon contemplaba a su hermano con un orgullo cuidadosamente oculto. Era una suerte para Inglaterra, pensó, que, a diferencia del hermano Oswald, Guthric no hubiera vuelto al monasterio. No ocupaba ningún cargo oficial en la sede arzobispal de Canterbury, pues no lo deseaba, pero de todos era sabido que era la mano derecha de Lanfranc.

Una vez lacrada la misiva, Lanfranc hizo venir a varios de sus caballeros para enviarlos a transmitir el mensaje: dos al rey, al continente, para entregarle la carta secreta, y sendos mensajeros a Odo, Montgomery, Warenne y los obispos de Evesham y Worcester, con el ruego de que se dirigieran de inmediato a Winchester.

-Allí nos reuniremos con ellos -aclaró a los demás-. Perderíamos demasiado tiempo pidiéndoles que vinieran aquí. Si operamos desde Winchester, estaremos más o menos en medio de ambos conspiradores, y desde ese punto trataremos de separarlos.

Ni siquiera resultó especialmente complicado.

Los dos obispos ingleses Wulfstan y Æthelwig, así como Montgomery, conde de Shrewsbury, llevaron a sus tropas hacia el oeste y rodearon a Roger Fitz Osbern en Herefordshire, mientras Cædmon, el príncipe Richard, el obispo Odo y el moqueante Warenne partieron hacia el este a enfrentarse a Ralph de Gael, el cual se enteró del avance del ejército y se atrincheró en Norwich. Mientras las tropas monárquicas sitiaban la ciudad, huyó sin que nadie se diera cuenta y dejó la defensa en manos de su jovencísima esposa, Emma Fitz Osbern. Al cabo de unos días, ésta se rindió y abrió las puertas a los sitiadores.

La flota danesa llegó demasiado tarde y el levantamiento fue aplastado. Así pues, el príncipe Canuto se contentó con atacar algunas Poblaciones costeras y, dado que se trataba de una hermosa y vieja tradición, con saquear York. La castigada ciudad comercial del norte llevaba cinco años en calma, acababa de ser reconstruida y gozaba de renovada prosperidad cuando cayeron sobre ella

LIBROS LIBRES
LIBROS LIBRES

los daneses, que la desvalijaron y redujeron a cenizas. El comandante de la guarnición normanda fue más listo que su predecesor: levantó tanto el puente levadizo como la cabeza y se limitó a esperar a que todo hubiera acabado. Apenas en condiciones de acarrear su botín, los daneses se fueron y pusieron rumbo a su hogar. Cædmon compadecía a la gente de la desdichada ciudad, pero sabía que Hyld y sus hijos estaban a salvo en Helmsby. Erik había ido a Groenlandia con dos barcos cargados hasta los topes en primavera y no se esperaba que volviera hasta el siguiente año, de modo que Hyld no vaciló en aceptar la oferta de Cædmon y refugiarse en su castillo hasta que volviera a reinar la calma.

Entre tanto, Ralph de Gael había alcanzado la desembocadura del Yare en uno de los barcos daneses y -según supieron después- llegado sano y salvo a sus propiedades en Bretaña, donde aguardaba como una araña en su tela, intrigando de nuevo impunemente contra el rey.

Esa fue la única amargura de una victoria por lo demás completa. Vigilado por los hombres de Montgomery, Roger Fitz Osbern permanecía en su castillo de Hereford a la espera de la sentencia del rey. Su hermana Emma había ingresado voluntariamente en un convento en Shaftesbury. Más de cincuenta caballeros bretones que habían apoyado a Ralph de Gael fueron encerrados en Norwich y sus alrededores, y la figura más triste de toda la conspiración, Waltheof de Huntingdon, se pudría en una mazmorra de Winchester. Obispos y nobles normandos e ingleses habían frustrado la caída del rey gracias a su resuelto proceder conjunto y eso -dijo el franco Montgomery a Cædmon- había contribuido más a reconciliar a ambos pueblos de lo que jamás habría conseguido un personaje lastimoso e incapaz como Waltheof.

Cædmon le dio la razón.

Cuando, pocos días antes de Navidad, el rey regresó a Inglaterra de una campaña al final exitosa, encontró su reino nuevamente apaciguado. Pese a todo, estaba de mal humor y clamaba venganza. Dio las gracias a los hombres que habían aplastado la sublevación y repartió entre ellos las propiedades inglesas que confiscó a Ralph de Gael. Después pronunció crueles sentencias contra los bretones disidentes y dio orden de llevarlas a efecto antes de que comenzaran las fiestas. En la plaza de Norwich la sangre corrió a raudales, formando humeantes charcos de color pardusco que no tardaron en helarse.

-¿Y qué va a ser de Roger Fitz Osbern y Waltheof de Huntingdon, *sire*? -quiso saber Montgomery.

Pensativo, el rey paseó la mirada por los hombres que se encontraban reunidos en su estudio y se detuvo en Etienne cuando contestó en voz queda:

-Roger Fitz Osbern no volverá a ver el sol.

Etienne no mostró emoción alguna y sostuvo su mirada sin decir palabra.

-¿Morirá, *sire*? -Warenne se sorbió la nariz nervioso.

Guillermo se encogió lentamente de hombros.

-Algún día, no cabe duda, pero no bajo el acero de un verdugo. Se pudrirá en prisión. Sólo será ajusticiado Waltheof -concluyó en voz baja.

Se oyó un desagradable ruido de pies.

Cædmon hizo acopio de valor y dijo:

-Os ruego que reconsideréis vuestra decisión, *sire*.

El rey esbozó una mueca de desencanto.

-Habría apostado mi Corona a que diríais eso. La respuesta es no.

-Pero... -Sintió el huesudo codo de Richard en las costillas: el bienintencionado consejo de mantener la boca cerrada. Nervioso, Cædmon se frotó el mentón contra el hombro-. *Sire*, los ingleses pensarán que aplicáis un doble rasero.

-En tal caso, los ingleses se equivocarán -replicó Guillermo sin inmutarse-. Quien me conoce sabe que no hago ejecutar a nadie si se puede evitar, pero a Waltheof no puedo dejarlo vivir. Si lo encarcelara, enseguida se convertiría en una figura simbólica para posibles rebeliones inglesas.

-La muerte lo haría mártir.

-O lo relegaría al olvido.

-*Sire*, es el esposo de vuestra sobrina -insistió Cædmon con prudencia, mas Guillermo lo cortó con un gesto.

-Razón de más para ajusticiarlo. Sacrifiqué a Judith en aras del entendimiento entre normandos e ingleses, pero no permitiré que se la arrincone por ser la esposa de un traidor y que, con apenas diecinueve años, deba buscar refugio en un convento. Después de que él haya muerto, dentro de uno o dos años, ella podrá casarse con un conde francés o un príncipe gales. Y ahora dejad de rogar por él, Cædmon, no lo merece. Un traidor que traiciona a los traidores, ¿podría haber criatura más repugnante?

-No ruego por él, *sire*, sino por Inglaterra.

-Cuyo rey soy yo, y por eso soy yo quien decide qué es mejor para Inglaterra -rugió, pero al comprobar una vez más que Cædmon no se dejaba impresionar por sus leoninos rugidos, se moderó, meneó la cabeza y respiró hondo-. Entiendo vuestros motivos, Cædmon, pero debo rechazar vuestra petición. Había depositado grandes esperanzas en Waltheof, pero me ha engañado muchas veces y es demasiado peligroso dejarlo con vida.

Cædmon se dio por vencido y asintió en silencio.

Guillermo no pudo reprimir una pequeña indirecta:

-Ánimo, *thane*. La mitad de sus fincas de Huntingdon irán a parar a vos. -Aguardó en vano a que el muchacho reaccionara, y acto seguido añadió-: Y ahora pasemos a ocuparnos de Felipe de Francia, *monseigneurs*...

Cædmon caminaba arriba y abajo, muerto de frío, ante la capilla y se sintió aliviado cuando por fin llegó Etienne. Intercambiaron una mirada sin decir palabra y regresaron despacio a la sala.

-Aliesa dice que tienes unos hijos maravillosos -comentó Etienne con aparente despreocupación-. Siente especial simpatía por el pequeño Wulfnoth.

-Creo que es mutua. Wulfnoth es un muchacho tranquilo. Me cuesta llegar a él, mas ella lo ha logrado sin esfuerzo.

-Ha disfrutado de esos días en Helmsby.

-Me alegra oírlo, pues ha honrado grandemente mi casa.

Etienne asintió ensimismado.

-Cuando pienso que Roger la envió contigo a Helmsby para poder pactar a sus anchas con Ralph de Gael y Waltheof de Huntingdon... -Su voz sonaba grave y queda-. Sencillamente no lo entiendo, Cædmon.

-No, lo sé. Y yo que creía que quería librarse de tu esposa por algún lío de faldas.

-Ojalá hubiera sido así -repuso Etienne, deteniéndose de súbito y cruzándose de brazos-. ¿Qué clase de demonio se apoderó de él? Quiero decir... Dios, Cædmon, no imaginas lo mucho que nos sermoneaba mi padre con lo de estar siempre de parte del rey, pasara lo que pasase. Lo mucho que lo veneraba. Sé que a Roger le sacaba de quicio, pero esto... Y ahora el rey desconfía de mí.

-Tonterías.

-¿No has visto cómo me miraba?

-No desconfía de ti, Etienne. Está ofendido y colérico, y busca culpables sobre los que poder descargar su ira. Eso es todo. En cuanto se haya calmado, dejará de lanzarte miradas suspicaces. Ya lo conoces.

Etienne tenía sus dudas.

-No lo sé... Después de todo, a ti nunca te miró así después de enterarse de que tu hermano era fiel a Hereward.

-Mi hermano no era hijo de su primo y senescal. No era un Fitz Osbern, sólo un anglosajón obstinado y estúpido. Ésa es la diferencia.

-Cædmon, no tiene gracia.

-Lo digo en serio. ¿Has hablado con Roger?

Etienne negó con la cabeza.

-No quiero verlo, pero estoy seguro de que el rey me encargará que le comunique la sentencia cuando vaya a casa por Navidad. -Levantó la cabeza y miró a Cædmon-. Me da pavor.

Cædmon asintió y le puso la mano en el hombro un instante.

-No obstante, será mejor que seas tú quien se lo diga, pues probablemente seas el único hombre de Inglaterra que aún siente una pizca de compasión por tu hermano.

La Navidad en Gloucester fue una suntuosa celebración que, como siempre, propició algún que otro reencuentro. Cædmon se alegró de que Lanfranc trajera consigo a Guthric, y finalmente los hermanos volvieron a encontrar tranquilidad para hablar con calma. Con su impecable hábito negro, Guthric parecía ascético y casi eminente entre los cortesanos, vistosamente ataviados, y no ocultaba su desaprobación de toda aquella pompa derrochadora, si bien se desenvolvía con habilidad entre los poderosos del reino: estaba acostumbrado a tratar con ellos. Y les relató a Cædmon y a sus amigos las divertidas historias sobre Felipe de Francia que referían los espías de Lanfranc desde París, y también les habló del papa Gregorio, que anteriormente se llamaba Hildebrand de Soana y se había convertido en el azote divino de la Iglesia y el mundo cristiano. Decían que el joven kaiser alemán Heinrich, aún por coronar, quería destituirlo, ya que no le agradaban las ansias de poder de este diligente Papa nuevo. También se decía que Gregorio había amenazado con excomulgar a Heinrich. Al igual que sus amigos, Cædmon disfrutaba con todas estas espeluznantes historias, tanto más cuanto que no afectaban a Inglaterra, pues Guillermo se llevaba bien con el papa Gregorio. No estaba más dispuesto que Heinrich a dejarse tutelar o admitir órdenes con respecto a la elección de los obispos, pero dado que Guillermo perseguía los mismos objetivos de reforma que el Papa, no daba pie a pruebas de fuerza.

Por el contrario, a diferencia de la presencia de Guthric, la de su prometida en la navideña corte no fue motivo de alegría para Cædmon. Beatrice, que entre tanto había cumplido dieciocho años, causó sensación con su cabellera rubia platino y su magnífica indumentaria. Los jóvenes nobles normandos la colmaron de atenciones, sobre todo Lucien de Ponthieu, y Cædmon hizo un gran esfuerzo por imitarlos, pero el rictus de amargura que Beatrice solía mostrar últimamente al verlo no facilitaba las cosas.

El día de Año Nuevo, el rey lo hizo llamar antes del almuerzo a sus aposentos privados para soltarle:

-Cædmon, ya está bien.

-¿*Sire*?

-El domingo después de Pascua os casaréis con Beatrice. Estoy harto de tener que ocuparme siempre de este asunto. Habéis hecho subir la dote de un modo absolutamente indecente y no hacéis más que inventar nuevas excusas, pero se acabó. El domingo después de Pascua. En Winchester.

-Pero, *sire*..., no puedo.

Guillermo apretó los labios, imposible decir si divertido o desdeñoso.

-Ah, sí, ese dudoso voto de castidad... Bueno, a decir verdad me da igual que en vuestra noche de bodas juguéis a las tres en raya con vuestra desposada, pero os casaréis en cualquier caso. ¿Está claro?

Cædmon no respondió al instante. Se había acostumbrado a que el rey dispusiera de su persona sin respetar en modo alguno sus deseos, pero esta vez el impulso de rebelarse, de negarse sin más, era casi incontenible.

-Estoy esperando, Cædmon -dijo Guillermo con voz sospechosamente baja.

El muchacho respiró hondo.

-El domingo después de Pascua, *sire*.

Guillermo lo obsequió con un gesto casi altanero.

-Podéis retiraros, *thane*. Baynard anunciará la boda esta noche, y yo celebraría veros junto a vuestra prometida en tamaña ocasión.

Cædmon se inclinó en silencio. Al volver a la sala, se sentía apático y torpe.

Winchester, marzo de 1076

-¿Y? -preguntó Odo con curiosidad.

Cædmon se apartó de la frente los empapados cabellos y sacudió la cabeza compasivo.

-Me temo que no hay nada que hacer. Mi hermana ha dicho que no.

-Pero...

El obispo fue interrumpido por Richard, que venía hacia ellos.

-Cædmon, Eadwig, ¿os ha sorprendido un aguacero?

-Sí -gruñó Eadwig al tiempo que retorcía sus largos rizos para escurrirlos-. Nos ha caído un chaparrón mientras veníamos de Helmsby a Winchester.

El príncipe se echó a reír.

-En ese caso, acercaos al fuego para secaros.

Ambos lo siguieron hasta la sala principal, y el príncipe le indicó a un paje que les llevara vino caliente. Hacía un frío inusitado para esa época del año; en las laderas septentrionales y en las zonas umbrosas de los bosques aún había nieve.

El obispo Odo fue tras ellos.

-Cædmon, no me doy por satisfecho con un no.

Éste rodeó su vaso con la helada mano y sopló con cuidado el brebaje, que estaba hirviendo.

-Le daré el recado, pero me temo que no cambiará nada.

El príncipe los miró con una sonrisa de incomprensión.

-¿De qué se trata? ¿Quién dice no a qué?

Odo lanzó a Cædmon una mirada de advertencia, y fue Eadwig quien repuso:

-El obispo Odo desea que nuestra hermana le haga una labor bordada: un... pequeño ornamento para su catedral de Bayeux. Pero ella se niega.

-Ah. -Richard arrugó la frente y Cædmon reprimió una sonrisa, pues de nuevo estaba claro lo que el príncipe pensaba: consideraba «descortés» la reacción de Hyld a las pretensiones del obispo.

Richard se volvió hacia Odo y se encogió de hombros.

-Pero si Inglaterra está llena de excelentes bordadoras, tío.

Odo sacudió categóricamente la cabeza.

-Me he estado informando. Ninguna de aquellas de las que me han hablado ha creado

nunca nada como lo que tengo en mente. Hasta en Canterbury me dijeron que Hyld de Helmsby era la mejor.

Cædmon bebió un trago de vino y observó:

-No es de extrañar que siempre os digan lo mismo si siempre acudís a las mismas fuentes. Estoy seguro de que esa información procede de mi hermano Guthric.

Odo revolvió los ojos con impaciencia.

-Iré en persona a Helmsby a hablar con vuestra hermana.

Eadwig hizo una cómica mueca a hurtadillas y musitó:

-Me temo que eso tampoco servirá de nada.

Odo lo miró huraño y Richard rió para sí. Se volvió hacia Cædmon y dijo:

-¿Y bien? ¿Están listos los preparativos para el gran día?

Cædmon frunció el entrecejo.

-Oh, sí. Mi madre sólo está esperando a que haga buen tiempo para salir de Helmsby e ingresar en el convento de Maldon. Mi tío hace grandes esfuerzos por beber hasta reventar antes de que mi prometida se mude a mi castillo, y mi servidumbre está poniendo la sala patas arriba con el desesperado afán de caerle en gracia. Sí, se podría decir que los preparativos se están llevando a cabo con el necesario empeño.

Richard se mordió el labio inferior.

-Perdona, no debería haber sacado el tema.

-¿Por qué no? -dijo su tío con ligereza-. No hay motivo para que tengamos en cuenta que Cædmon considera el fin del mundo que el rey lo case con una mujer a la que no ama.

Cædmon asintió escueto.

-Tenéis razón, *monseigneur*. Eso ya le ha ocurrido a hombres mejores que yo.

-Ocurre, por así decirlo, todos los días -coincidió Odo.

-Sí, pero es la primera vez que me ocurre a mí. He logrado evitarlo seis años. Es amargo acabar sucumbiendo.

Richard lo miró preocupado.

-Pero ¿por qué te opones de tal modo? Es una mujer realmente hermosa, de la mejor familia y...

-Sí, Richard, sólo que por desgracia odia Inglaterra -repuso Cædmon acaloradamente-. Y a mí.

El príncipe dejó su vaso en una mesa y cruzó sus largos brazos.

-Estoy seguro de que sabrás hacerla cambiar de opinión.

Cædmon arrugó la frente.

-¿Cómo?

Richard soltó una risotada.

-Ay, Cædmon. Todo lo que sé sobre mujeres me lo has enseñado tú, al igual que tantas otras cosas, y ¿ahora eres tú quien me pregunta a mí?

Cædmon sonrió sin querer. Lo cierto era que el príncipe no había necesitado muchas lecciones en ese terreno. Era un muchacho bien parecido, con el cabello y los ojos oscuros, y la elevada estatura y complexión atlética de su padre. Con apenas veinte años ya había adquirido fama de excelente comandante y guerrero valeroso. No era tan osado como Rufus o su hermano mayor, Robert, se sentía a disgusto siendo el centro de atención y en presencia de su padre aún se mostraba tímido, pero su humor y su encanto natural hacían flaquear a las damas.

-Sí, tú bien puedes reírte -repuso Cædmon lastimero-. Tu prometida escocesa sólo tiene tres años. Te quedan por lo menos diez de respiro.

-Está bien que así sea -gruñó Odo-. Eso es lo mínimo que necesita para sentar la cabeza. Se oyen cosas escandalosas de ti, muchacho. Me sorprende que tu padre lo consienta.

Richard sofocó una sonrisa.

-Soy discreto, tío. Igual que vos.

Odo se sumó a las carcajadas, si bien no tardó en recuperar la gravedad y preguntarle a

Cædmon:

-¿Y bien? ¿Qué he de hacer para persuadir a vuestra hermana?

Antes de que Cædmon pudiera replicar, se acercaron Rufus y Leif. Tras darle sendos abrazos de bienvenida a Eadwig, Leif preguntó:

-¿A Hyld? A Hyld no hay quien la persuada, *monseigneur*.

Odo miró al joven caballero danés con disgusto.

-¿Qué sabéis vos al respecto?

-Es la esposa de mi hermano. Nos salvó a Eadwig, a mi hermana y a mí de los jinetes de la muerte. Tendríais que haberla visto. Ni el invierno ni el hambre pudieron doblegarla.

Burlón, Odo enarcó las cejas.

-Muchacho, se me antoja que en vos se esconde un poeta. Tal vez tengáis la madera de uno de los grandes bardos de vuestro pueblo.

-Prefiero ser fiel a la verdad, *monseigneur* -contestó Leif con inusitada seriedad-. Nadie más que yo podría escribir una crónica neutral sobre los acontecimientos ocurridos en Inglaterra durante los últimos diez años, ya que soy danés, inglés y normando. Ahora que lo pienso, incluso soy noruego.

Odo lo agarró del brazo.

-¿Estáis escribiendo una crónica?

Leif asintió.

-El pergamino es tremendamente caro y avanzo con suma lentitud, pero ya he concluido el año de la conquista.

-¡Excelente, muchacho! Desconocía que sabíais escribir.

A Leif le extrañó un tanto el inesperado interés del obispo, pero explicó con sinceridad:

-Aquí todos tuvimos que aprender a leer, *monseigneur*. De leer a escribir no hay más que un paso.

-No -suscribió el obispo-. No si a uno se le ocurre primero una idea tan abstrusa. Venid conmigo, Leif Guthrumson. He de hablar con vos... -Lo llevó a la puerta, y Leif lo siguió desconcertado, mas de buena gana.

-¿Qué significa eso? -quiso saber Rufus, sorprendido.

-Desde hace poco a tu tío le interesa sobremanera la historiografía inglesa -le confió Eadwig entre murmullos.

-¿Ah, sí? -Rufus cogió una avellana tostada de un platillo de latón que descansaba en la mesa, la lanzó al aire y la atrapó hábilmente con la boca. A continuación agarró el vaso de su tío y lo vació de golpe-. En tal caso, alguien debería participarle que en cinco o seis monasterios del país se está escribiendo una crónica que abarca desde el principio de la colonización anglosajona de Inglaterra hasta la actualidad. Supongo que allí encontrará todo lo que quiera saber.

-Estás bien informado, Rufus -observó Cædmon.

El príncipe esbozó una amplia sonrisa.

-Tanto si lo crees como si no, Cædmon, a veces escuchaba cuando tratabas de enseñarnos algo.

-Eso disipa todas mis dudas sobre el sentido de mi existencia.

Rufus suspiró satisfecho.

-Vaya, he vuelto a hacer feliz a un hombre. Vamos, Eadwig, ven a ver mi nuevo corcel. Vas a palidecer de envidia... -Se llevó a su amigo a la puerta.

Cædmon y Richard se quedaron solos.

-¿Y qué hacemos nosotros? -preguntó Cædmon.

-Quizá lo mejor sería que hicieras saber al rey que has llegado. Hay una delegación de *thanes* de Northumbria que aguardan audiencia desde primera hora. Quieren pedir por la vida de Waltheof, y mi padre ha dicho que no los recibiría hasta que tú estuvieses aquí.

Cædmon suspiró.

-Los *thanes* northumbrios han hecho un largo camino en vano. Waltheof ha firmado su

propia sentencia. Dios sabe que desearía que fuese de otro modo, pero los motivos del rey son absolutamente irrefutables.

Richard asintió abatido.

-Pero nadie más que tú podría decírselo a los *thanes* con tanta cautela ni mitigar las rudas palabras del rey con tanta diplomacia. Quién sabe, quizá tengamos suerte y no se produzca ninguna revuelta en Northumbria.

Cædmon lo observó un momento, pensativo.

-Tú podrías traducir para tu padre tan bien como yo.

Richard soltó una risita.

-¿Yo? Dios mío, Cædmon, ni siquiera me confiaría su halcón, ¡imagínate sus asuntos de Estado!

-¿Y no te importa?

El príncipe reflexionó un instante.

-Sí, claro. -Sonrió con despreocupación y se encogió de hombros-. Pero creo que prefiero dejar en tus manos el ingrato cometido de ser la boca y los oídos de Guillermo. Aparte de que si tuviera que traducir para él, las negociaciones se prolongarían innecesariamente. Ya sabes cómo balbuceo con sólo estar en la misma estancia que él.

Risueño, Cædmon le dio unas palmaditas en la espalda.

-Ya llegará tu hora, Richard. Dime, no sabrás por casualidad dónde está Etienne Fitz Osbern, ¿no?

El príncipe asintió.

-Con Malachias *el Judío*. Mejor dicho, con su padre. Pretende convencerlo para que abra una sucursal de su negocio en Chester. Etienne opina que en Inglaterra el comercio se concentra excesivamente en el sur y el norte, y que cuando sea sheriff de Cheshire la cosa deberá cambiar.

Cædmon abrió los ojos de par en par.

-¿Etienne va a ser sheriff?

-¿Es que no lo sabías? Y no me extrañaría que tú fueras el próximo. Tan pronto se resuelva esa pequeña y tonta formalidad de dentro de dos domingos, claro está -añadió malicioso.

Cædmon alzó la mano. De eso no quería saber nada.

-Bueno, espero que esto libere a Etienne de su pueril preocupación de que el rencor que el rey alberga contra su hermano podría hacerse extensivo a él.

-Bueno, para serte sincero..., no estoy muy seguro de que esa preocupación sea tan injustificada.

Finalmente, por Pascua, la primavera hizo su entrada en el sur de Inglaterra, y el día siguiente a las festividades un nutrido grupo se puso en marcha para practicar el arte de la cetrería. Muchos nobles ya habían emprendido el camino de vuelta a casa, pero, así y todo, esa fría y soleada mañana de domingo unos treinta caballeros y damas -y más o menos el mismo número de halconeros y criados- cabalgaban por el bosque del sur de Winchester que tanto amaba el rey.

-Buenos días, Beatrice.

-Bonjour, Cædmon.

-Delicioso día para ir de caza, ¿no crees?

La joven lo miró, y él admiró la facilidad con que manejaba a su malhumorada yegua.

-Sí, lo sería si pudiera esperar que, excepcionalmente, dejarais en el cinto vuestra honda de campesino y cazarais como un noble.

-¿Tan grande sería el favor que os haría?

Beatrice asintió en silencio y Cædmon se encogió de hombros.

-Está bien. En cierto modo es lamentable, pues seguramente alguien querrá apostar conmigo, y en este terreno tendría posibilidad de ganar.

Ella levantó la barbilla y lo miró: sabía expresar como nadie desaprobación y desprecio, eso había que reconocérselo.

-Mi dote debería compensaros lo bastante por la apuesta que habéis perdido.

Cædmon se aclaró la garganta.

-Bueno, madame, es posible que encontréis rústicos mis métodos de caza; por mi parte, prefiero no pronunciarme sobre lo cortesanas o delicadas que son vuestras observaciones.

Ella se ruborizó un tanto y bajó los ojos.

-Beatrice, lamento que mis medidas os hayan ofendido. Sólo lo hice porque quería evitar algo que no satisface ni vuestros deseos ni los míos, pero dado que las cosas están como están, estoy dispuesto a llevarlo lo mejor posible. -Habló con voz queda y persuasiva, intentando como tantas otras veces llegar a ella, pero su semblante era impenetrable. Por eso añadió-: Espero lo mismo de vos.

De pronto a los ojos de la muchacha asomaron las lágrimas. Apartó la cabeza y musitó:

-Os aseguro que no tendréis motivo de queja de mí, *monseigneur*.

-No, madame. Estoy seguro. -Contempló con disimulo su bello perfil y se preguntó, abatido, qué ocurriría cuando dentro de tan sólo cinco días se encontrara a solas con ella en un tálamo lujosamente ornado. Claro que podía aferrarse al cuento del voto de castidad, pero en cuanto el rey los dejara marchar de la corte, tendría que llevar a Beatrice a Helmsby, y algún día no le quedaría más remedio que... descongelar a esa princesa de hielo. La sola idea le superaba.

Rufus y Eadwig se acercaron y se pegaron a Cædmon y su prometida.

-¿Una pequeña apuesta, Cædmon? -propuso Rufus-. Mi pájaro contra tu honda.

Compasivo, Cædmon sacudió la cabeza.

-Hoy no, mi príncipe.

Rufus lo miró confuso.

-Por todos los demonios, ¿por qué no?

-Simplemente digamos que hoy no tengo ganas.

Rufus miró a Beatrice y de nuevo a su amigo:

-Comprendo -gruñó-. Bueno, tal vez la próxima vez.

El terreno se volvía más escarpado por momentos y el bosque se iba aclarando. El suelo aún estaba muy mojado y los numerosos cascos no tardaron en hollar la hierba del sendero hasta convertirlo en un lodazal. Con todo, las primeras aves trinaban en los desnudos árboles, el aire olía a hojas caducas y madera humedecida, y al borde del camino se veían los primeros narcisos y glorias de las nieves. Por lo común, Cædmon no sabía apreciar las bellezas de la naturaleza, pero el contraste entre su intenso amarillo y el profundo azul violáceo al resplandeciente sol de primavera lo cautivó incluso a él.

La partida de caza se dividió. En grupos de tres o cinco, tomaron posición junto con sus halconeros a lo largo de la cresta de la colina, siempre a la debida distancia los unos de los otros, de forma que no se disputaran las presas, pero así y todo tan cerca que se veían brillar los vistosos vestidos de las damas entre los deshojados árboles.

Cædmon y Beatrice se unieron a Etienne, Aliesa y Richard, y cobraron buenas presas. El bosque bullía ahora de caza menor y aves, en particular los faisanes. Cædmon le hizo una señal a su halconero, tomó el pájaro en el enguantado puño izquierdo y se acercó a Beatrice.

-Tomad, *madame*. A decir verdad, tenía la intención de regáloslo en nuestras nupcias, pero hoy parece el día adecuado.

El rostro de su prometida resplandeció de alegría; alzó despacio las manos para no asustar al ave y, tras enrollar el fiador a la muñeca, la posó en su guante exquisitamente bordado y le retiró el capirote de la cabeza.

-Oh, Cædmon, qué hermoso es. ¡Tan claro!

Él sonrió satisfecho y sintió por vez primera cierta calidez hacia ella.

-Es un halcón siciliano, de ahí el plumaje claro. El comerciante juró que lo adiestró el mismísimo Roger Guiscard, pero yo tengo mis dudas...

Todos se echaron a reír, e incluso Beatrice se sumó a ellos por una vez, con una aguda risa de chiquilla. Luego bajó los ojos.

-Os doy las gracias, *monseigneur*.

Cædmon le dedicó una breve reverencia.

-Espero que os sea tan fiel como yo lo soy, *madame*.

-¿A quién le toca? -preguntó el príncipe.

-A mí -replicó Beatrice sin apartar los ojos de su valioso juguete siciliano-. Que nos muestre de lo que es capaz.

Cædmon no había tenido tiempo de probar el halcón y por un instante pensó con inquietud que, si en efecto el ave le era igual de fiel a Beatrice que él mismo, ascendería hacia lo alto y jamás regresaría.

La joven levantó el puño y todos clavaron la vista en ella, cuando de pronto se oyó un crujido a la izquierda. El halcón hinchó su maravilloso plumaje, ladeó la cabeza y no se movió. Dos de los caballos que estaban atados a unos árboles cercanos relincharon atemorizados y tres se soltaron y huyeron bufando al bosque. Antes de que nadie pudiera ir tras ellos, un poderoso jabalí macho salió de un pequeño calvero. Cædmon nunca había visto un ejemplar mayor. Sus hirsutas cerdas eran casi negras, si bien aquí y allá se distinguían grandes calvas, tenía un colmillo partido, sus ojillos presentaban un color amarillento y sangraba por la cabeza. Sin duda se había peleado con un rival, había salido perdiendo y ahora buscaba venganza.

Salvo Beatrice, que gritó asustada, nadie dijo ni pío. Cædmon agarró a su prometida del codo, no precisamente con suavidad, la situó tras de sí y sacó en el mismo instante la espada. Etienne se puso delante de su esposa e hizo lo propio.

Todo sucedió a una velocidad de vértigo y pareció durar un suspiro. El jabalí hundió el colmillo ileso en la mullida tierra negra y, con la cabeza gacha, arremetió contra el príncipe, que estaba intentando divisar su valioso caballo huido.

-¡Cuidado, Richard! -exclamó Cædmon. También Etienne abrió la boca para proferir una advertencia, aunque de ella no salió ningún sonido. La certeza de que se trataba de una pesadilla a menudo soñada que se hacía realidad le cortó la respiración.

Etienne y Cædmon se lanzaron hacia delante para cerrarle el paso al jabalí, pero éste, imparable como una roca rodante, se coló por aquel hueco que se iba estrechando y estrelló su colosal testuz contra Richard, sin que éste hubiera logrado sacar la espada más de la mitad de la vaina. Fue tal el ímpetu del impacto que el gallardo joven salió despedido por los aires unos siete u ocho pies, mientras Etienne y Cædmon clavaban sus aceros hasta la empuñadura en el lomo y el pescuezo de la abominable criatura. El jabalí se estremeció, y el suelo del bosque tembló cuando el animal cayó de costado y, entre resuellos, exhaló el último suspiro.

Cædmon soltó el arma y corrió hacia Richard, que yacía de lado, encogido al pie de un haya.

-¿Richard? -Se arrodilló a su lado, lo puso boca arriba y le palpó el corazón. Latía. Cædmon apoyó la cabeza del príncipe en su regazo y le apartó los negros rizos de la frente-. Richard... -Volvió la cabeza-. Ve en busca de ayuda, Etienne.

Su amigo asintió y subió a lomos del caballo que su halconero le sujetaba, mientras Aliesa se esforzaba por tranquilizar a la compungida Beatrice. Tras pasarle un consolador brazo por los hombros, la apartó un tanto del lugar del terrible suceso, si bien no dejaba de lanzar preocupadas miradas a Cædmon y Richard. Dos criados se adentraron en el bosque en busca de los caballos que habían escapado; los demás permanecieron junto a las damas.

El rostro de Richard, ya pálido de por sí, se veía ceniciento. El príncipe movió los exangües labios y abrió los ojos.

-Cædmon...

-No te muevas, Richard. Etienne ha ido por ayuda, te llevaremos a casa en un santiamén.

La tersa frente se arrugó de pronto.

-Ha vuelto para cumplir su maldición. La vieja se escondía en esa bestia, lo vi en sus ojos.

Cædmon tomó su mano, fría y húmeda.

-Qué tontería. No era más que una anciana desesperada, y su maldición no puede hacerte nada.

La respiración de Richard se tornó más superficial y el muchacho empezó a jadear. Una mancha de sangre se iba extendiendo a la izquierda del ombligo por su vestimenta verde oscura. Cædmon apartó la desgarrada prenda para examinar la herida. El colmillo había abierto un feo orificio que sangraba abundantemente, aunque no era grande.

-No parece grave, Richard. Todo irá bien.

El príncipe no parecía oírlo.

-Si hubiese sido benévolo con ella... Si alguna vez hubiese sido benévolo con alguien..., pero ¿para qué? -Rió a duras penas-. Bien puede renunciar a mí. Tiene... bastantes hijos. -El sudor perlaba su frente.

Cædmon lo enjugó con su propia manga.

-¿Sientes dolor?

La mirada de Richard se paseó por las desnudas copas de los árboles buscando torpemente, hasta encontrar el rostro de Cædmon. Asintió.

-Es como si estuviese desgarrado por dentro... -Sus palabras se volvieron confusas-. Cædmon...

-No debes hablar tanto.

-Pero es importante. Rufus... Tienes que... -Le sacudió un escalofrío y acto seguido de su boca brotó un alarmante borbotón de sangre que fue a parar al manto de Cædmon, y la cabeza se desplomó hacia un lado. Cædmon escuchó su trabajosa respiración y empezó a rezar.

Se oyó un ruido de cascos cada vez más cercano, y del pequeño claro salió el rey a toda prisa y desmontó de un salto.

Richard murió antes de que su padre llegara hasta él.

El rey hincó una rodilla en el barro y permaneció casi tan inmóvil como su hijo muerto. Luego alzó lentamente la siniestra y cerró circunspecto los oscuros e inertes ojos. El dolor hacía sentir a Cædmon débil e insensible, y pensó amargamente: «Ojalá le hubieras dedicado un gesto de cariño como ése mientras vivía».

Guillermo apartó la cabeza y se puso en pie.

-Limpiadle la sangre del rostro antes de que lo vea su madre -ordenó con voz ronca. Y fue hacia su caballo.

Cædmon no dijo nada y lo hizo.

El pequeño calvero no tardó en llenarse de gente. Etienne se quedó un rato junto a Cædmon, que seguía arrodillado en el suelo con la cabeza de Richard en el regazo, miró al príncipe profundamente afligido y después le puso la mano en el hombro a su amigo y se volvió para dar unas instrucciones en voz baja. Les dijo a los hombres que separaran la cabeza del jabalí del cuerpo y la clavaran en una lanza para exhibirla sobre la puerta de la sala, y que el resto lo quemaran.

Cuando Guillermo guió a la reina hasta el haya que se alzaba al borde del calvero, enmudeció incluso el leve cuchicheo y las gentes se apartaron para dejarles pasar.

Matilda se apoyaba pesadamente en el brazo de Guillermo. Cuando Cædmon vio por el rabillo del ojo los pequeños zapatos de piel, alzó la cabeza y la miró a los ojos. Los labios de la reina temblaban. Hasta el momento se había ahorrado lo que la mayoría de las madres sufrían mucho antes. Richard era el primero de sus hijos que moría, pero mantuvo la compostura. Desconcertado, admirado y extrañado a un tiempo, Cædmon observaba el rostro de la soberana, cómo contenía el dolor, sofocaba un grito de protesta y dejaba todo aquello para más tarde, cuando estuviera sola. Volvió la cabeza un tanto y sus miradas se cruzaron.

-Llevad al príncipe a casa, Cædmon -pidió.

-Naturalmente, *madame*.

Rufus, Leif y Eadwig eran quienes más se habían alejado de la partida de caza, y cuando llegaron, Guillermo y Matilda ya se habían marchado. Y es posible que fuera mejor así, pues, a diferencia de sus progenitores, Rufus pensaba que mantener una férrea disciplina en todas las situaciones no era una virtud que mereciera la pena. Cayó al frío suelo junto a su hermano, lo agarró y estrechó su cuerpo sin vida, lo abrazó y lo meció. Tenía los ojos cerrados y las lágrimas le corrían por el rostro.

-Oh, Richard... -Lloró con tal desespero que algunos de los presentes apartaron la cara; si compasivos o avergonzados fue algo que Cædmon no logró desentrañar-. ¿Qué voy a hacer sin ti, hermano? ¿Qué voy a hacer ahora?

Leif y Eadwig se situaron delante de los príncipes para contemplar a su amigo muerto y al mismo tiempo protegerlos a él y a su consternado hermano de las miradas curiosas.

Cædmon se levantó despacio y a punto estuvo de caer: se le habían dormido las piernas. Su hermano le ofreció la mano para que se sostuviera, pero Cædmon negó con la cabeza, se apoyó contra el tronco del haya, contempló aquella imagen desolada y pensó: «Sí, Rufus, tienes toda la razón. ¿Qué vamos a hacer ahora?».

Llevaron a Richard a Winchester en unas parihuelas hechas torpemente con ramas y capas. La gente de la villa que vio la triste comitiva por las calles refirió con horror lo ocurrido a sus vecinos, y por la tarde casi toda la población ya se había reunido ante la cerrada puerta para transmitir sus condolencias al rey y la reina, mas sobre todo para presentar sus respetos al difunto príncipe. Al igual que Rufus, Richard era querido por las gentes de a pie por el sencillo motivo de que eran jóvenes príncipes aguerridos y apuestos que devolvían en las calles el respetuoso saludo del pueblo en su lengua.

Richard fue velado en la capilla y Odo ofició una misa por su difunto sobrino. «Posiblemente agradezca poder hacerlo de espaldas a la abarrotada iglesia», pensó Cædmon, ya que durante la silenciosa ceremonia el obispo no cesó de pasarse la manga por los ojos con disimulo.

También la muerte y el luto obedecían a un ritual impuesto. Muchos lo encontraban reconfortante, pues de ese modo, pese a su sordo desamparo, todos se mantenían ocupados en algo. Rufus, Eadwig, Leif, Cædmon, Etienne y los demás jóvenes de la corte velaron de seis en seis al difunto en la capilla día y noche. Acudieron canteros a sacar un molde de arcilla del rostro del finado, según el cual se conformaría el de la estatua yacente que descansaría sobre su ataúd de piedra. La servidumbre se encargó de los preparativos para el entierro y, naturalmente, de los de la boda que se celebraría sólo tres días después, aunque, debido al luctuoso suceso, con menos boato de lo que Baynard había previsto en principio. A Cædmon le daba igual; sencillamente no pensaba en ella. El luto por el príncipe muerto se había extendido por lo más íntimo de su ser como un frío paralizador, de tal forma que todo le era indiferente e irrelevante. Se sentía como uno de esos enigmáticos juguetes mecánicos que los normandos traían de vez en cuando de tierras moras: un trozo de madera inanimado que se movía mediante algún dudoso hechizo.

La noche previa al entierro, la sorda indiferencia cesó de pronto sin motivo aparente, y Cædmon corrió a refugiarse a hurtadillas en el rincón más apartado de la lóbrega corte, tras el gallinero, donde se sentó en el frío suelo y lloró como no lloraba desde que su padre lo mandara lejos de casa.

Así lo encontró Aliesa. Su amada tenía un olfato realmente infalible para localizarlo, de eso ya se había dado cuenta hacía tiempo. Vio una sombra oscura recortándose contra el nocturno cielo estrellado y oyó su suave voz.

-¿Cædmon?

Éste se avergonzó terriblemente y se llevó el brazo a la boca y lo mordió, mas, a pesar de todo, se le escapó un sollozo ahogado.

-Déjame, te lo suplico.

Pero Aliesa se inclinó sobre él, le estiró el manto y se sentó encima. Acto seguido recostó la cabeza de Cædmon en su hombro y la sostuvo así. Él cerró los irritados ojos, aún derramó unas serenas lágrimas sobre el inmaculado vestido verde de la joven y de pronto sintió que podría dormir un año entero.

Ella le besó la sien.

-Te sientes decepcionado, ¿verdad? Tienes la sensación de que llevamos años pagando el pato y ahora no recibes nada a cambio.

Cædmon levantó la cabeza, sorprendido.

-¿Cómo lo sabes?

-Ay, Cædmon... -Aliesa sonrió con tristeza-. A veces es posible leer tus pensamientos como las páginas de un libro. Siempre que el rey hacía algo que desaprobabas, antes o después tu mirada se posaba en Richard. Y cuando veías que el príncipe coincidía contigo, que consideraba las cosas desde el punto de vista inglés, en tu rostro aparecía una sonrisa satisfecha y casi podía verse que pensabas: algún día, algún día, cuando Richard sea rey de Inglaterra, todo cambiará.

A Cædmon le vinieron a la memoria cientos de ocasiones en las que había pensado exactamente eso, y volvió a sentir un nudo en la garganta que consiguió tragar a duras penas.

-Sí, era justamente así. Sólo hace unos días que hablé con él al respecto. Ya llegará tu hora, le dije. Me... equivocaba.

Aliesa le acarició la cabeza y por un instante reinó el silencio. Luego dijo en voz queda:

-Ahora será la hora de Rufus. Todos tendéis a olvidarlo.

Cædmon respiró hondo, aspiró el aroma de Aliesa, que era como un bálsamo para sus sentidos, y pensó un momento.

-Rufus... es inteligente y no comparte los prejuicios de su padre contra Inglaterra, pero tampoco la ama especialmente. Rufus ama sobre todo a Rufus.

-Puede ser. No lo conozco bien, pero igual que olvidáis a Rufus, olvidáis a Henry.

-Henry tiene ocho años.

-Pero no siempre será así. Y también está Robert. Es el único hijo del rey al que domina la misma ambición que a su padre. Ya gobierna Normandía prácticamente solo, pero no le bastará. Cuando llegue el día en que deba nombrarse un sucesor del rey, Robert hará valer sus pretensiones, créeme. Y no estoy segura de que alguno de sus hermanos vaya a estar a su altura, ni siquiera Richard lo habría estado.

Cædmon sacudió la cabeza.

-Es posible. No lo sé. Creo que de momento me da igual, Aliesa. Hecho tanto de menos al príncipe... Sé que lo superaré, pero de momento me da igual que Richard no vaya a ser rey de Inglaterra. La razón por la que estoy aquí lloriqueando como un niño es que no voy a volver a verlo.

-Lo sé. -Ella le tomó la mano y se la llevó a la mejilla-. Lo sé, *mon amour*.

Cædmon permaneció un instante arropado por el consuelo de su presencia como en un cálido manto, pero al poco se puso en pie y la levantó a ella.

-Será mejor que nos vayamos. Esta noche son tantos los que no concilian el sueño que alguien podría vernos.

Aliesa lo besó, le echó los brazos al cuello y lo estrechó contra sí.

-Ven mañana después de medianoche a la lencería -le susurró al oído.

-Conforme.

Sepultaron a Richard en la iglesia del viejo monasterio de Winchester. Lanfranc había regresado de Canterbury y celebró la misa de réquiem junto con Odo. Fue una ceremonia silenciosa y solemne, y muchos hallaron consuelo en ella.

También silencioso y solemne fue el almuerzo que se ofreció a continuación. Las conversaciones en las mesas de la sala, medio llena, se sostuvieron en voz baja. La reina, que

asistió al sepelio de su hijo con los ojos secos, se sentó en su sitio, pálida y callada, y no tocó la comida. «Afligida mas serena -pensó Cædmon-, exactamente igual que mi madre antaño, después de que padre cayera en Hastings.»

Como de costumbre, era imposible saber qué sentía el rey. Cædmon estaba convencido de que lloraba la muerte de Richard, pero sólo se le notaba en que su lengua era aún más afilada que de costumbre y su iracundia se desataba con mayor facilidad. En la iglesia abofeteó y mandó salir a Henry, que sólo tenía ocho años, porque el pequeño no podía parar de llorar cuando depositaron a su hermano mayor en el frío sepulcro de piedra.

Rufus parecía tan ausente y apático que Cædmon se preguntó si el príncipe no estaría borracho como una cuba, pero desechó la idea cuando Rufus se levantó de su sitio en la mesa elevada y se dirigió prudentemente a su padre:

-*Sire*, ¿puedo decir unas palabras?

Guillermo alzó la cabeza ceñudo, mas asintió.

Rufus cogió aire y carraspeó.

-Padre, sé que os desagradan los discursos largos, pero lo que debo deciros a vos y a la corte me resulta muy difícil. Os pido paciencia.

Eadwig, que se encontraba sentado hacia el extremo del banco, se levantó de repente.

-Rufus, por el amor de Dios...

Rufus parpadeó casi imperceptiblemente, miró a su amigo con tristeza y volvió a centrarse en su padre.

El rey pasó por alto la inoportuna interrupción de Eadwig y dijo:

-Habla, Rufus. Te escucharé, tienes mi palabra.

Rufus se humedeció los labios.

-Hace unos años hice un descubrimiento que me dejó absolutamente consternado. Concernía a un asunto que, a decir verdad, debí poner en vuestro conocimiento en el acto, pero afectaba a personas cercanas a mí y no sabía qué hacer, de modo que acudí a mi hermano Richard, me confié a él y le pedí consejo. Richard me hizo prometer que guardaría el secreto. Me sentí aliviado, ya que de ese modo os ahorraba la preocupación a vos y a los demás. Sin embargo el secreto empezó a atormentarme, pues me convertía en cómplice de un grave delito. -Se interrumpió como si de pronto le faltara el valor.

El rey tenía la mirada clavada en su hijo, la cabeza ligeramente ladeada, la diestra laxa en torno al intacto vaso.

-Continúa. Creo que rara vez has tenido un público más atento.

Rufus juntó las manos y bajó los ojos.

-Siento..., siento aumentar vuestra pena, *sire*, en lugar de ofreceros consuelo, pero Richard ha muerto y está enterrado, y mi promesa ya no me compromete. Las circunstancias me obligan a hablar hoy y no esperar más. Vos habéis... dicho recientemente que del adulterio a la alta traición no hay más que un minúsculo paso, pues quien comete adulterio contraviene el orden del mundo al igual que el mandamiento divino, ¿no es eso?

Guillermo inclinó aún más la cabeza.

-¿Quién? -preguntó en voz baja.

Rufus lo miró a los ojos como el conejo devuelve la mirada de la serpiente, con fijeza, completamente embobado.

-Cædmon de Helmsby y la esposa de Etienne Fitz Osbern, *sire*.

Todos los ojos de la sala estaban pendientes de sus labios. Sólo Cædmon tenía la vista clavada en una mancha del mantel desde que se diese cuenta de lo que Rufus intentaba decirle a su padre, y luchaba por no perder el control ni de su vejiga ni de su vacío estómago. Cuando se oyeron los nombres, vio de reojo que Etienne se estremecía a su lado.

En la sala se hizo un silencio sepulcral.

-Eso no es verdad -musitó Etienne, y se puso despacio en pie. Repitió con más decisión-: Eso no es verdad. ¿Cædmon?

Éste apartó la mirada de la mancha de salsa y asimismo se levantó.

-Es verdad -insistió Rufus, de espaldas a Etienne-. Lo siento, pero lo que vi fue inequívoco.

Etienne miró fijamente a su mejor amigo, y cuando leyó la admisión en sus ojos, los suyos se abrieron horrorizados. Retrocedió (a punto estuvo de tropezar al abandonar el banco) y, sacudiendo la cabeza, miró ora a Cædmon ora a su esposa, que estaba sentada donde le correspondía, a la izquierda de Etienne, muy erguida y con el semblante del todo inexpresivo. También pareció estremecerse al verla. A continuación debió de caer en la cuenta de que toda la corte lo estaba mirando. Por un momento se quedó con los brazos caídos, sin fuerza, como si no supiese qué hacer. Finalmente se aclaró la garganta y miró al rey, que asintió en silencio. Etienne agarró del brazo a su esposa. El gesto parecía suave y considerado, pero la aferró con tal firmeza que los nudillos de su enorme mano se tornaron blancos.

-*Madame*...

Ella se levantó inmediatamente y, al volverse hacia la puerta, su mirada se cruzó un instante con la de Cædmon. El miedo y el dolor oscurecían sus ojos verde grisáceo, eran como un espejo de los propios sentimientos de Cædmon. Luego se fue. Él escuchó un momento sus pasos presurosos, que se iban desvaneciendo lentamente. Una vez extinguidos, Cædmon se giró hacia la mesa principal. Rufus había bajado la cabeza y, con los hombros caídos, parecía un niño al que hubiesen reprendido. Lanfranc y la reina miraban a Cædmon con abierto desprecio; el pequeño Henry, temeroso y desconcertado; Odo y el rey, con evidente ira.

Acto seguido el rey hizo una señal a los guardias y apuntó a Cædmon con la barbilla. Luego les dijo en voz baja:

-Encerradlo y encadenadlo. Debo pensar qué haré con él. -Volvió la cabeza hacia una figura vestida de oscuro que, inadvertida para el resto, se amparaba en la sombra de las columnas-. Primero es vuestro, Lucien.

Los soldados arrastraron a Cædmon hacia la puerta sin que opusiera la menor resistencia. «Etienne, qué vas a hacerle», era el único pensamiento del que era capaz, «qué vas a hacerle». El último rostro que vio en la sala antes de bajar la cabeza del todo fue el de su hermano. Eadwig estaba en su sitio, pálido e inmóvil, pero no era a Cædmon a quien miraba con fijeza, sino a Rufus.

Los guardias lo sacaron al patio y Cædmon respiró agradecido el fresco aire vespertino. Luego lo hicieron bajar por una escalera para encerrarlo en una pequeña garita iluminada por una tea y en cuya pared, colgando de unos ganchos, se veían cadenas herrumbrosas de distinta longitud. El carcelero, que estaba cenando sentado a una mesa coja, se levantó ceremoniosamente, calculó la estatura de Cædmon con ojo experto y escogió dos. Conocía su trabajo. Cuando los fríos y ásperos grilletes rodearon sus manos y pies, conservaron suficiente holgura como para no cortarle la circulación. El carcelero despachó al cautivo y a sus acompañantes con un gruñido malhumorado y un ademán impaciente, y los guardias condujeron a Cædmon hasta una puerta por un corto y oscuro pasillo.

Lucien los había seguido.

-No, ahí no. A la siguiente -ordenó.

Los soldados obedecieron: uno descorrió el cerrojo y abrió, y el otro lo hizo entrar de un empujón. Cædmon tropezó en el umbral, dio un traspié debido a los grilletes, a los que no estaba acostumbrado, y se golpeó duramente contra el apisonado suelo de barro.

Lucien entró tras él con una tea que dejó en una anilla de hierro de la pared.

-Largo -ordenó a los soldados, que retrocedieron y entornaron la pesada puerta de roble.

Cædmon se incorporó a medias y echó una ojeada en derredor. En sus veintiséis años de vida había visto más calabozos que la mayoría de sus amigos, pero ése -le bastó un vistazo- era el más terrible de todos. Ninguna ventana, ningún respiradero, por minúsculo que fuera, lo unía al exterior. El suelo estaba húmedo y parecía rezumar un frío glacial, en las paredes se distinguía el verdín del moho. La puerta, guarnecida de herrajes, era maciza e infranqueable. Gruesos pilares de piedra sustentaban el abovedado techo, pues la estancia era relativamente

grande. Sin embargo, cuando la tea se consumiera de poco le serviría. La oscuridad sería total.

-¿Por qué aquí y no al lado? -preguntó.

-Necesito espacio -aclaró Lucien, mirándolo con suma concentración.

Cædmon se frotó el mentón contra el hombro y reprimió un escalofrío.

-Desearía que fueras a impedir que Etienne haga algo de lo que más tarde se arrepienta. Aquí puedes volver después, ¿no?

Lucien sacudió la cabeza despacio.

-Haga lo que haga, Etienne está en su derecho. Y lo que le ocurra a mi hermana te lo deberá exclusivamente a ti.

Cædmon asintió y trató de incorporarse, mas una fuerte patada le dio en el hombro y cayó de costado.

-No te muevas, no aguantarías mucho de pie -dijo Lucien en voz baja. Metió la mano que le quedaba bajo su oscuro manto y la sacó con un látigo para bueyes enroscado-. ¿Recuerdas lo que te dije cuando me robaste el caballo? -preguntó, y sacudió el látigo, cuyo extremo quedó en el oscuro suelo como una delgada serpiente.

-No, no exactamente. De eso hace más de once años, Lucien.

-Cierto. Ha sido una larga, larga espera, Cædmon.

Retrocedió un paso, calculó la distancia entornando los ojos, concentrado, y aún dio otro paso atrás. Cædmon se protegió la cabeza con los brazos, se mordió una manga y se dispuso a saldar su cuenta.

Vivió, ajeno a su persona y al tiempo, en el dolor y la oscuridad; se perdió en confusas y luminosas visiones durante horas o días, no lo sabía. Soñó con su infancia en Helmsby, recuerdos olvidados hacía tiempo, luego nuevamente cosas que había soñado y que nunca habían ocurrido, con Richard, con Aliesa, con el hijo que ésta perdió, y en sus sueños aquella cosa sin rostro ni sexo que casi acaba con ella era una chiquilla con rizos oscuros y ojos de color verde grisáceo. Y a veces era tal su ensimismamiento que creía ver a lo lejos un corredor del que salía una luz deslumbrante, mas no cegadora. Experimentó una atracción mágica por esa luz, que se le antojaba cada vez más cercana, para finalmente regresar siempre al dolor y la oscuridad. Hasta que el dolor terminó por calmarse y llegó Eadwig y expulsó la oscuridad con su tea.

A diferencia de la mágica luz de su ensoñación, la de la antorcha laceró sus ojos y lo deslumbró. Cædmon parpadeó varias veces antes de reconocer a su hermano, que se encontraba en la puerta, atónito, y se había llevado la mano a la boca.

-Oh, Dios mío... ¡Cædmon!

-¿Quién iba a ser? -Su insulsa broma fracasó, ya que su voz no fue más que un áspero graznido, y carraspeó-. No vayas a desmayarte, muchacho. Y deja de mirarme así.

-Perdona. -Eadwig hizo un esfuerzo y se arrodilló junto a su hermano, le levantó con cuidado la cabeza y le acercó una jarra a los labios.

Cædmon bebió con avidez. Estaba completamente seco.

Eadwig posó la jarra en el suelo.

-Despacio. Habría venido antes, pero no me han dejado.

-Dame más. -Cædmon jadeó como si acabase de correr un buen trecho pero se apoyó en un codo y dio otro largo trago. A continuación dijo-: Posiblemente temían que estirara la pata y, en tal caso, habrían preferido contarte un bonito cuento chino.

-Me encargaré de que el rey se entere de esto -espetó su hermano, furioso-. Él jamás aprobaría...

-No harás tal cosa. Lo aprueba, estate seguro. Guillermo cree firmemente que, en último término, les presta un servicio a las personas cuando les hace expiar sus pecados en la tierra. -Hizo una pausa-. Quién sabe, tal vez tenga razón. ¿Qué ha sido de Aliesa?

Eadwig se encogió de hombros.

-Etienne no le ha tocado un pelo. Fuentes bien informadas, es decir, las criadas que han puesto la oreja en la puerta o espiado por una rendija, afirman que pasaron la noche entera

fornicando como... Disculpa, Cædmon.

-No importa, continúa.

-A la mañana siguiente le hizo saber al rey que no quería volver a verla. El rey se la entregó a su hermano. La ley dice que, en caso de adulterio, será el obispo quien castigue a la mujer; y el rey, al hombre. Pero Guillermo no quiso encomendar el asunto al obispo de Winchester, sino que prefirió confiárselo a Odo. Éste la ha enviado a Caen, a un convento.

Cædmon apoyó la cabeza en los brazos y cerró los ojos.

-Lejos de Inglaterra.

Eadwig no respondió nada. Con unas manos asombrosamente diestras y delicadas, le quitó a su hermano el jubón roto y ensangrentado todo lo que le permitieron las cadenas y le limpió la sangre seca del cuerpo con agua templada de un cubo que había traído. Pecho, espalda y brazos estaban llenos de enormes verdugones que empezaron a sangrar de inmediato.

-Dios maldiga a Lucien de Ponthieu -espetó Eadwig con voz ahogada-. Es un monstruo.

Cædmon no dijo nada. Esta vez ni siquiera estaba en vena para defender a Lucien de Ponthieu.

Eadwig le pasó una manta por los hombros con cuidado.

-Aquí abajo hace un frío de mil demonios. Procura no pescar un resfriado.

-Tal vez sería lo mejor.

-Cædmon..., domínate.

-Sí, por supuesto.

Durante un rato reinó el silencio. Finalmente Cædmon levantó la cabeza, tomó la jarra con ambas manos y bebió. Por primera vez se apercibió de lo que su lengua paladeaba: era dulce aguamiel. Todos los ingleses confiaban ciegamente en ella: era la panacea para todas las situaciones de la vida, consuelo espiritual en la mayor de las miserias. A continuación le tendió la jarra a su hermano, quien también dio un buen trago.

-Está casi vacía. Traeré más.

-¿Cómo están las cosas? ¿He sido desposeído?

Eadwig sacudió la cabeza con energía.

-No. La próxima semana el rey regresa al continente. Ha encargado al obispo Odo que te lleve con él a Dover y te encierre allí. Parece temer de verdad que vuelvas a escaparte, como aquella vez en Penistone.

Cædmon sonrió enigmático.

-Allí las cosas eran diferentes. En Penistone, Lucien me subió a mi caballo y dejó que me marchase.

-¿Qué? ¿Por qué?

-Por Aliesa. Él lo ha sabido todo el tiempo, desde el principio. Pero como ama a su hermana con toda el alma, se mostró dispuesto a aplazar el rencor que me guardaba hasta... Bueno, hasta que ocurrió lo que acaba de ocurrir. Hasta que fui responsable de la ruina de Aliesa. -Se interrumpió y se llevó la diestra a los cerrados párpados-. Así que un convento en Normandía para Aliesa y un lóbrego agujero como éste en Dover para mí, ¿no es eso?

-De momento eso parece, sí.

-Y... ¿Etienne?

-Vuelve a Cheshire, al fin y al cabo es sheriff allí y tiene que ocuparse de todo. Ya no me habla, pero me ha hecho saber que no desea verte, ni tampoco a su mujer.

Cædmon asintió con los ojos cerrados.

-Continúa, Eadwig. No me hagas sonsacarte cada palabra.

-Estaba..., me preocupaba cómo te lo tomarías -admitió su hermano, abatido.

Cædmon abrió los ojos.

-¿Temías que me afectara más que todo lo demás? Bueno, en cierto modo tienes razón, pero contaba con ello, ¿sabes? Siempre supe que cuando lo nuestro saliera a la luz, la vida se convertiría en un infierno. Los dos lo sabíamos y lo asumimos.

-Debes de quererla mucho.

Cædmon pasó por alto el comentario.

-Supongo que tampoco Roland Baynard vendrá aquí abajo a visitarme por mor de nuestra vieja amistad, ¿no?

-Así es. La hermosa Beatrice está mortalmente ofendida, y él opina que la has deshonrado. No obstante, no acabo de entender por qué está tan alterado, ya que la muchacha se casa dentro de dos semanas con Lucien de Ponthieu y, según dicen, él sólo pide la mitad de lo que tú querías, de modo que los Baynard deberían estar agradecidos.

-Bueno, al menos Beatrice debería estarlo. Era fácil ver que adoraba a Lucien. ¿Y qué hay de Rufus? Me imagino que esta historia le habrá dado muchos quebraderos de cabeza.

Eadwig bajó los ojos.

-¿Podrás perdonarlo algún día, Cædmon?

-Tarde o temprano, seguro.

-Su padre se ha esforzado lo indecible por liberar a Rufus de su conflicto, y le ha dicho repetidas veces que ha actuado como un hijo leal y fiel, pero, a pesar de ello, está desgarrado.

-Pobre Rufus -se lamentó Cædmon con amargura-. Es típico de él. Mete el carro en el pantano y cuando se hunde, él se siente destrozado. Acláramelo, Eadwig. Estoy seguro de que tú sabes la verdad. ¿Cuándo y cómo se enteró?

-Poco después de que yo llegara a la corte. En una cacería. Te siguió cuando te alejaste del grupo porque quería estar a solas contigo y os vio.

Cædmon recordaba bien esa cacería, al poco de su regreso de Flandes. Y también se acordaba de que sus problemas con Rufus habían comenzado por esa época.

-¿Y qué significa lo de la «promesa» a Richard? Conozco a Rufus, ninguna promesa le compromete. Richard debía de tener algo contra él para obligarlo a callar. ¿Qué era?

Eadwig alzó la cabeza y lo miró a los ojos.

-¿De verdad no lo sabes?

Cædmon tenía un presentimiento.

-¿Compartes cama con él? -Sí.

-¿Desde hace mucho?

-Desde el primer día.

Cædmon asintió. No estaba escandalizado, pero desde luego la Iglesia lo prohibía. Los curas normandos en particular maldecían con ahínco el amor entre hombres, y el rey lo reprobaba y afirmaba que era la clase de lujuria más repugnante. También los anglosajones gustaban de hacer chistes desagradables sobre ello, pero pocos eran quienes consideraban tal cosa especialmente grave. Al fin y al cabo, todos sabían lo que pasaba de noche en los monasterios. Y nadie creía en serio que los rudos y belicosos guerreros ávidos de oro que un día poblaran las salas de *thanes* y condes anglosajones y combatiesen en sus guerras sin fin se habían enrollado siempre solos en sus mantas cuando oscurecía en la sala, y sin embargo los viejos cantares hablaban muy poco de mujeres...

-Empezó..., bueno, empezó aquella vez que acabé en manos del príncipe danés -explicó Eadwig.

Cædmon sacudió la cabeza.

-Lo siento, hermano.

-No, no me malinterpretes. Fue muy bueno conmigo. Una liberación después de los días que pasé en el barco. No me habría resultado tan insoportable permanecer a su lado. El príncipe Canuto es un hombre bueno, créeme.

-Que no te oigan decir eso las gentes de York.

Eadwig sonrió con tristeza.

-Sí. Un guerrero bárbaro, mas un dulce amante.

-Y eso también lo sabía Richard, y amenazó con revelárselo al rey si Rufus le contaba lo mío con Aliesa, ¿correcto?

-Así es. Y Rufus mantuvo el pico cerrado, claro. Tiembla con sólo pensar que su padre pudiera enterarse. Rufus estaría definitivamente acabado.

-Sí, no cabe duda.

-Y cuando Richard murió...

-¿Sí?

-Le supliqué que no lo hiciera y me dijo que se lo pensaría. Luego lo hizo sin advertirme. Fue muy duro para él, ¿sabes? Depende mucho de ti. Pero creía que, en el fondo, no te debía nada, pues siempre has preferido a Richard.

-Me temo que así era. ¿Y qué hay de ti? ¿Puedes perdonar a Rufus? Me imagino que tampoco tú lo tendrás más fácil ahora en la corte.

Eadwig suspiró y se encogió de hombros.

-No, pero a pesar de todo lo he perdonado. Se lo perdono todo, Cædmon. Rufus lo sabe de sobra, y se aprovecha de ello descaradamente.

La puerta se abrió de golpe y en el umbral apareció un guardia.

-Ya basta. Largo, muchacho.

Eadwig se puso en pie de un salto.

-Volveré, Cædmon. ¿Hay algo que pueda traerte? ¿El laúd?

Cædmon negó con la cabeza.

-No. Quizá otra manta. Y expresa mis parabienes a Lucien y Beatrice por sus esponsales.

Eadwig revolvió los ojos.

-Mejor no.

Dover, mayo de 1076

El obispo Odo, con la frente fruncida, estaba inclinado sobre un pergamino que llevaba el sello papal. Le preocupaba la creciente tensión entre Gregorio y el joven Heinrich: se preguntaba qué consecuencias podría tener para Inglaterra y Normandía que el soberano alemán saliera vencedor en aquella lucha por el poder y depusiera al Papa. Por otro lado, se planteaba la cuestión de si realmente les serviría de algo que Gregorio opusiera más resistencia y saliera fortalecido. El pontífice ya era bastante arrogante ahora...

Odo levantó la vista al oír que llamaban a la puerta.

-¿Qué ocurre? -preguntó desabrido.

Un guardia entró e hizo una reverencia.

-Una dama desea hablar con vos, *monseigneur*.

El rostro de Odo se iluminó. Llevaba semanas esperando una señal alentadora de cierta joven dama. Tal vez fuera un tanto osado que se acercara hasta allí, pero, bueno, el rey estaba fuera, de modo que ¿a quién iba a incomodar?

-¿De quién se trata? -inquirió para guardar las apariencias.

-De Hyld de Helmsby. Inglesa -añadió el soldado innecesariamente y se sorbió la nariz.

Era lo último que habría imaginado el obispo, pero venció deprisa su sorpresa, reprimió sus deseos amorosos y ordenó sus ideas.

-Es la hermana del *thane* de Helmsby, de manera que mostradle el debido respeto -ordenó con aspereza al soldado, y agregó con más moderación-: Hazla pasar.

Antes de levantarse del sillón brocado e ir al encuentro de la visitante el prelado comió una fresa temprana y arrugó la nariz al sentir su acidez.

El guardia abrió la puerta, pero antes de que pudiera anunciarla formalmente, una joven pasó a su lado como una centella y entró en la sala; tras echar un vistazo en derredor, clavó en Odo sus oscuros ojos azules.

-¿Milord obispo?

Este sonrió y se prohibió perderse en aquellos ojos garzos tan desconcertan-temente parecidos a los de Cædmon.

-*Madame*. Qué... inesperado placer.

Ella desoyó impaciente su galantería normanda, aguardó a estar a solas con el hermano del

rey y fue directa al grano.

-Mi hermano me dijo que deseabais un tapiz monstruosamente grande, ¿no es así?

Odo ocultó una sonrisa divertida.

-¿Eso os dijo? Bueno, en principio es verdad, sí.

Hyld asintió, cruzó los brazos y observó con desaprobación el aposento, fastuosamente amueblado.

-Vosotros los normandos no vivís mal a nuestra costa.

Odo carraspeó.

-Bueno, *madame*, no estoy seguro de adonde...

Ella lo interrumpió con un gesto que a él le recordó de un modo en extremo inquietante a su madre, figura central de su más tierna infancia.

-Seré franca con vos, *monseigneur*.

Él se apoyó en su mesa bizantina y cruzó los brazos.

-Sí, *madame*, apuesto a que así será.

-Mi hermano Cædmon es vuestro prisionero.

-Así es.

-Y está enfermo.

-Me temo que eso también es verdad.

-Y, a pesar de eso, ¿no os da vergüenza permitir que se consuma en un agujero sin luz?

Odo sacudió la cabeza.

-No. Mi hermano el rey dio instrucciones muy claras antes de partir. Y, al igual que todos los ingleses, es probable que sepáis que más vale satisfacer sus deseos.

-Oh, sí. Conozco bien al rey, creedme.

-Y veo que no lo tenéis en alta estima. -Odo llenó dos vasos con una jarra de estaño que descansaba en la mesa y le ofreció uno a su invitada.

Hyld se acercó un tanto, lo tomó vacilante y bebió un trago. Era cerveza inglesa, algo con lo que no contaba. Odo rió suavemente.

-Puede que nos encontréis arrogantes y es posible que tengáis razón, Hyld de Helmsby, pero por encima de todo somos flexibles. Sólo gracias a eso nuestro reino se extiende (con algunas interrupciones, hay que reconocerlo) desde el extremo meridional de Sicilia hasta la frontera escocesa. Cuando conquistamos un país, observamos lo que hay y asimilamos lo que nos parece bueno. Hace ciento cincuenta años, cuando llegamos a Francia, fue la fe cristiana. En Inglaterra son el comercio de la lana, el derecho, el sistema monetario y la cerveza.

Ella miró sus risueños ojos negros y por un momento se desvió de su objetivo. No había contado con que fuese tan simpático, sobre todo tan encantador. Bebió un buen trago apresuradamente para ocultar su desconcierto antes de decir:

-He venido para haceros una propuesta.

-Soy todo oídos.

-Vos queréis vuestro tapiz y yo quiero a mi hermano. Yo os doy lo que queréis y vos me dais lo que quiero.

-Me temo que sea imposible, *madame*, aunque con gusto aceptaría, pero el rey me cortaría la cabeza.

Hyld hizo una mueca sarcástica.

-¿No queréis sentaros, *madame*?

-Sí -repuso ésta para su sorpresa-. Gracias.

Odo se acomodó en su sillón, a la cabecera de la larga mesa; Hyld, en la primera silla de uno de los lados. Cruzó las manos, las apoyó en el reluciente tablero y lo miró.

-¿Qué ha ordenado exactamente el rey en lo tocante a mi hermano?

-Que lo custodie debidamente y no lo deje escapar.

-Mmm. ¿Y en qué consiste exactamente el tapiz que deseáis?

-La historia de la conquista. Desde la visita de Haroldo Godwinson a Normandía hasta la coronación de Guillermo en Winchester.

-¿La verdadera historia?

-La verdadera, siempre y cuando haga honor a mi hermano. He construido mi catedral para alabar a Dios. Quiero el tapiz para honrar al rey. Se lo merece, es un gran hombre.

-Y vos lo queréis mucho, ¿no es así?

Odo alzó la cabeza, sorprendido, y reflexionó un instante.

-Bueno, no resulta fácil, *madame*, pero al menos puedo decir que lo respeto profundamente. Y a menudo se le rehuye sólo porque mi madre no era la esposa de su padre. Es una tacha con la que ni Robert ni yo hemos tenido que cargar. Y eso es algo que quiero reparar.

Hyld asintió despacio.

-Muy bien. De modo que lo queréis. Yo, por el contrario, no lo quiero en modo alguno, *monseigneur*. Me ha costado un hijo y, de un modo u otro, todos mis hermanos, ¿comprendéis?

-Sí, creo que sí.

-No obstante, estoy dispuesta a acceder a vuestro deseo. Dadme veinte bordadoras, y esbozaré y bordaré el tapiz que deseáis. Os prometo que no os decepcionará. Quién sabe, quizá incluso llegue a asombrar al mundo cuando vos y yo hayamos caído en el olvido. Pero tiene su precio.

Odo se había acodado en la mesa, ligeramente inclinado. Sin dejar de mirarla, le pasó el platillo dorado.

-Tomad una fresa, Hyld.

Desde hacía más de dos meses Cædmon se hallaba incomunicado y a oscuras, y, en su opinión, ya había expiado más pecados de los que un hombre podía cometer en su vida. Si en verdad Jehan de Bellême había sobrevivido a aquello más de un año es que no era un ser humano, sino un demonio, como Cædmon siempre creyó secretamente. Sabía que en el mundo exterior era primavera desde hacía tiempo, mas allí abajo seguía haciendo tanto frío que su aliento formaba nubes de vaho. Claro está que únicamente lo veía las escasas veces que entraba un guardia con una tea para darle unas sobras. No tenía mantas, ni capa. No tenía nada. Y como ya había llegado allí debilitado y sumido en una profunda melancolía, no tenía nada para resistir el frío, la oscuridad y el hambre. Se rindió sin luchar a la fiebre. Incluso le era agradable, pues lo apartaba de aquel lugar sombrío y lo sumía en el mundo luminoso, cada vez más deslumbrante de la fantasía.

Cuando estaba en su sano juicio, intentaba comer y despertar sus anquilosados miembros, pero pronto se sentía demasiado débil para moverse o masticar el duro pan, y además tampoco tenía hambre, de forma que todo lo que le llevaban los guardias iba a parar a las ratas. Sabía que se estaba muriendo. A veces la idea le horrorizaba, a veces lloraba de soledad y desesperación, pues ya no tenía a nadie que fuera a ayudarle, hasta que volvía a subirle la fiebre y lo envolvía como una cálida y confortadora manta.

Se sobresaltó al oír el cerrojo. Estaba despierto desde hacía una o dos horas, despierto como hacía días que no lo estaba. Igual que otras veces antes, la fiebre había dado paso a violentos escalofríos, y yacía aovillado en el suelo como un niño en el seno materno, tiritando, castañeteando los dientes, cuando el guardia apareció en el umbral con la tea en la mano.

Cædmon se quedó mirando en silencio, parpadeando ante el rechoncho hombre del casco y la cota de malla que lo iluminó brevemente con la antorcha, dio media vuelta y salió fuera.

-Ya no hay nada que hacer, *monseigneur* -le oyó decir Cædmon-. Está muerto.

-¿Ha muerto?

La voz del obispo Odo, reconoció Cædmon perplejo. Trató de reprimir el castañeteo para oír mejor lo que decían fuera.

-Casi -replicó el soldado.

De nuevo se hizo la claridad cuando el mismísimo Odo apareció en el umbral sosteniendo

la tea en alto. Miró a Cædmon impasible. Su rostro no reflejaba compasión, ni asco, ni complacencia, aunque Cædmon intuyó que ésos eran los tres sentimientos que tan cuidadosamente ocultaba el obispo.

Sus miradas se cruzaron un instante. Luego Cædmon cerró los ojos sin más y apartó la cabeza para escapar al resplandor de la llama.

-Marchaos.

La oscuridad regresó, y él apretó aún más los dientes para no llamar a Odo, para no suplicarle. Sin embargo, no percibió el familiar ruido sordo con que se cerraba la puerta. En su lugar entraron dos guardias que lo miraron un momento indecisos.

-Creo que con este saco de huesos puedo yo solo -observó uno con desdén.

Cædmon retrocedió instintivamente cuando el hombre se inclinó sobre él, pero no sirvió de nada. El soldado agarró las cadenas de las manillas, lo levantó sin miramientos y, cuando Cædmon se desplomó, lo cogió y se lo echó al hombro. Cædmon tuvo la sensación de que cada gota de sangre que aún le quedaba se le iba a la cabeza, que empezó a martillearle de tal modo que él abrió la boca para protestar. Sin embargo, antes de proferir sonido alguno se desmayó.

Cuando Hyld vio a su hermano, lo primero que le pasó por la cabeza fue maldecir a aquel réprobo obispo normando y romper el execrable acuerdo. Tomó la abrasadora mano de Cædmon y se la llevó a la mejilla. Las cadenas cencerrearon.

-¿Me oyes? -musitó.

Cædmon no mostró reacción alguna. Desconcertada, Hyld clavó la vista en el demacrado rostro. La larga e hirsuta barba que le cubría media cara estaba enmarañada y era casi por completo cana. Extrañamente, eso le afectó más que cualquier otra cosa.

Al oír unos silenciosos pasos a su espalda, la joven se dio la vuelta

-Vos...

Odo alzó la mano derecha a la defensiva.

-Sí, lo sé. Lo siento, Hyld. La verdad es que no sabía que estuviera tan enfermo.

-¡No habríais tenido más que ir a verlo para averiguarlo!

-Pero no quería saber nada de esto. Ya me resultaba difícil estar furioso con él. Lo quiero demasiado.

Su franqueza la desarmó un instante, pero igualmente espetó con frialdad:

-Habéis controlado admirablemente tan extraño arrebato, *monseigneur*.

-Sí -admitió el obispo, apocado-. Estoy seguro de que mi hermano diría lo mismo. No debéis olvidar que Cædmon ha cometido un delito muy grave.

Hyld miró con tristeza a su moribundo hermano y le enjugó la húmeda frente con la manga del vestido.

-No sé qué hacer. Tal vez mi madre podría ayudarlo, pero no vendrá.

-¿Ah, no? -preguntó Odo sorprendido.

Ella sacudió la cabeza.

-Me ha dicho que no quiere volver a verlo hasta que su honor quede reparado. Y lo dice en serio.

-Ya. Pese a todo, me extraña. Sabía desde hacía años lo de Cædmon y Aliesa.

Hyld se encogió de hombros.

-Mi madre es normanda, *monseigneur*.

-¿Y eso qué quiere decir?

-Que a sus ojos lo que cuenta no es el delito, sólo la vergüenza pública.

Odo puso cara de dolor.

-De modo que nos consideráis un pueblo hipócrita, ¿no es eso?

-Sí.

-Lo lamento, *madame*, pero ceremonia y sinceridad no son excluyentes -repuso en voz

queda. Miró un momento a Cædmon antes de añadir-: He enviado un mensajero a Winchester. Mañana regresará con un médico que tal vez pueda hacer algo por él.

-¿Os referís al Judío? Pero si él y su familia son absolutamente leales a Etienne Fitz Osbern. No moverán un dedo por Cædmon.

Odo sacudió la cabeza.

-Hacen negocios con Fitz Osbern y lo aprecian, pero no le son leales Son lo bastante listos para confiar únicamente en sí mismos. Y espero que eso signifique que, en caso de altercado entre un noble normando y uno inglés, mantendrán la neutralidad.

Cædmon había empezado a jadear y respirar entrecortadamente. Se puso de lado, presa de convulsiones, y con una fuerza asombrosa, entre cencerreos, apartó la fina manta con los pies.

-Richard... -se lamentó con voz ahogada-. Cuidado con el maldito bosque, Richard...

Odo se giró bruscamente, vio al soldado que esperaba junto a la puerta, indeciso, y le ordenó:

-¡Quitadle de una vez las malditas cadenas!

-Sí, *monseigneur*.

El obispo se marchó dando zancadas.

Hyld estaba desconcertada. No sabía qué le pasaba a su hermano. No era pulmonía, como en principio pensara, pues no tosía ni escupía sangre. Hizo lo que también hacía con sus dos hijos cuando tenían fiebre alta: pidió que le prepararan un baño frío. Cuando estuvo listo, ordenó a los soldados que introdujeran a Cædmon en la tina de madera y luego los mandó salir. Tan pronto estuvo a solas con su hermano, cortó los harapos de su flaco y maltratado cuerpo, lo sujetó firmemente con un brazo para que no se hundiera y fue cogiendo agua fría para vertérsela por la cabeza.

El remedio surtió efecto. La respiración de Cædmon se sosegó, y al final abrió los ojos. Eran febriles, con las pupilas excesivamente dilatadas, pero lúcidos.

-¿Hyld?

-Sí, hermano.

-¿Qué..., qué estás haciendo aquí?

-Te estoy afeitando. -Le enseñó la afilada hoja.

-¿Por qué lloras?

-Mírate.

-No..., no, prefiero no hacerlo.

Dejó caer la cabeza y encontró una almohada maravillosamente blanda. Una parte de su mente sabía que se trataba del pecho de su hermana, pero estaba demasiado enfermo y confuso para sentir vergüenza. La cabeza le pesaba, se mareaba y la vista se le nublaba, pero se encontraba en una estancia soleada, descansaba en los brazos de su hermana en lugar de entre sus propios excrementos en una mazmorra fría y sin luz. Cuando volvió a dormirse, se notó limpio y reconfortado.

Poco a poco el mundo empezó a cobrar forma, y Cædmon comprobó que su campo visual lo ocupaba un rostro barbado con largos bucles en las sienes. Unos ojos oscuros lo observaban con gravedad y atención.

-¿Os ha mordido algo, *thane*? ¿Tal vez una rata?

Otra vez uno de esos malditos sueños, pensó Cædmon, y cerró los ojos para dejarse llevar.

Sin embargo, una mano le sacudió el hombro.

-Responde, Cædmon, te lo ruego -suplicó Hyld.

Se obligó a abrir los ojos y los dejó vagar por aquellos dos rostros desiguales que se inclinaban sobre él.

-Hyld...

-Sí.

-Y Malachias... ben Levi.

-Así es, *thane*. ¿Os ha mordido una rata?

Una risa alocada cascabeleó en su estómago, mas estaba demasiado débil para dejarla salir.

-No deberíais estar aquí. Etienne Fitz Osbern es...

-Lo sé, lo sé. -Malachias alzó la mano-. No os preocupéis por eso. ¿Vais a responderme ahora?

-Sí, me han mordido varias veces. Cuando uno... no puede moverse, vienen a probar...

-¿Cuándo?

-No lo sé... Tengo mucho frío.

-Siempre es igual -dijo Hyld en voz baja-. De pronto baja la fiebre y le entran los escalofríos.

Malachias cogió una manta doblada y la extendió sobre el enfermo.

-Pedid más mantas. Tenemos que mantenerlo caliente cuando tenga escalofríos y refrescarlo cuando le suba la fiebre, como ya habéis hecho.

-¿Sabéis qué tiene?

-Creo que sí. -Palpó el cuello, las axilas y la región inguinal de Cædmon y asintió como si confirmara una sospecha. A continuación exploró todo el cuerpo del enfermo hasta dar con una inflamación encima del codo izquierdo, donde la piel presentaba un tono rojizo. Al apretarla con cuidado, Cædmon se estremeció y trató de zafarse, pero Malachias se lo impidió. Se lo mostró a Hyld para que lo viera-: Mirad. Ahí es donde le ha mordido la rata infectada.

-No entiendo. ¿Qué significa infectada?

-Que portaba la enfermedad y se la transmitió a él. Por eso en Oriente a esta enfermedad se la llama fiebre de las ratas.

-¿Tendréis que cortarle el brazo? -preguntó ella angustiada.

Malachias enarcó sarcásticamente sus pobladas cejas.

-Veo que mi dudosa fama me precede...

-Disculpad, no quería...

-Lo sé. No, eso habría servido de algo a lo sumo una o dos horas después de que lo mordiera. Ahora es demasiado tarde. Os daré unos polvos que habréis de disolver en agua y administrarle: sirve para bajar la fiebre. No podemos hacer mucho más. Debe beber mucho líquido. La enfermedad es larga, pero con el debido tratamiento no suele ser mortal. A menos que el afectado ya estuviera debilitado o no tenga muchas ganas de vivir. -Miró a Hyld a los ojos.

Ésta tragó saliva.

-Creo que se dan ambas cosas.

El joven médico judío asintió con gravedad.

-Me quedaré uno o dos días para ver lo que puedo hacer. Ahora marchaos, el obispo os espera impaciente.

Hyld dirigió una mirada vacilante a Cædmon, que parecía dormir más tranquilo.

-Está bien. Haré que os traigan algo de comer.

Malachias levantó las manos para rechazar el ofrecimiento, al parecer un tanto asustado.

-No, muchas gracias. He traído pan, de momento me basta.

Hyld lo miró estupefacta.

-¿Teméis que alguien de aquí intente envenenaros?

Él reprimió una sonrisa.

-Bueno, según cómo se mire... No, no. Pero no puedo comer lo que vos coméis, *madame*. Ni carne de cerdo, ni de caballo, ni mejillones, ni ostras, con los que ingleses y normandos por igual están encaprichados, y sobre todo nada que contenga leche o sangre. Mi religión lo prohíbe.

-¿Por qué?

-Porque el Dios de Abraham así lo ordenó.

-Ah. ¿Y por qué lo hizo?

Esta vez el médico sonrió y extendió los brazos al tiempo que sacudía la cabeza.

-Hay muchos motivos. Prácticos y religiosos, sencillos y complicados, tal vez incluso buenos y malos, pero tardaría al menos diez años en enumerároslos y explicároslos todos.

Hyld estaba fascinada con lo insólito de aquel precepto, pero entonces algo le vino a la cabeza.

-Bueno, los viernes nosotros no podemos comer carne (aparte de barnacla) ni beber aguamiel, y en Cuaresma y Adviento no podemos comer prácticamente nada.

-¿Por qué sí barnacla? -preguntó él, extrañado.

Hyld pensó que, para ser sanador, sabía poco del mundo, y le aclaró lo que en Inglaterra sabía cualquier niño:

-La barnacla nace en el mar, del percebe, y por tanto la barnacla es un pez, aun cuando parezca un ave, y los viernes podemos comer pescado.

Malachias pensó que todo lo que tenía pico y alas ciertamente era un pájaro. Probablemente en Inglaterra nunca habían visto los huevos de ese pato porque los ponía e incubaba en países lejanos antes de llegar a la isla, puesto que los gansos eran aves migratorias, igual que los judíos. Los anglosajones eran tan increíblemente incultos que a veces se quedaba impresionado, y los normandos no eran mucho mejores. No obstante, procuró que no se le notara su escepticismo, y en su lugar dijo:

-Bueno, me parece que las normas que rigen vuestra alimentación son aún más extrañas y complejas que las nuestras, *madame*.

Ella vio en el brillo de sus negros ojos que le estaba tomando el pelo, y sonrió.

-¿Qué os parece algo de fruta?

Él hizo una leve reverencia.

-Excelente.

Dover, julio de 1076

Una tira de lienzo de unos dos pies de ancho descansaba en la valiosa mesa bizantina, y sobre ella había tres cabezas diligentemente inclinadas.

-Sólo deberíamos representar los tres o cuatro primeros caballos galopando uno detrás de otro -afirmó Hyld pensativa-. Los siguientes los dibujaremos entremezclados, así daremos la impresión de que hay una sucesión compacta de jinetes y dotaremos la imagen de mayor densidad.

-Pero han de ser suficientes para que parezca un ejército -le recordó Odo por enésima vez.

-Y el grupo de jinetes ha de alargarse lo bastante para que encima quede sitio para la inscripción -indicó el hermano Oswald.

-¿Cuál es la inscripción? -quiso saber Hyld entre suspiros. Aquella absurda sopa de letras en sus artísticas imágenes se le antojaba insufrible.

Oswald consultó un pergamino.

-Veamos... Aquí está: «Y fueron a la guerra contra el rey Haroldo». De modo que sería algo como: *Et venerunt ad prelium contra Haroldum rege*.

-*Regem* -corrigió Odo en tono de reproche.

-Naturalmente tenéis razón -admitió el hermano Oswald, y se irguió y se llevó la mano a la dolorida espalda-. Estoy tan cansado que ya no sé hablar latín -reconoció.

Hyld pasó por alto su excusa.

-Dibujad las letras, hermano, para que vea cómo debe ser el grupo de jinetes. ¿Y qué va a haber arriba y abajo, en el ribete? -le preguntó al obispo.

Odo pensó un momento.

-Arriba tal vez un anglosajón y su esposa. Ella le lleva a toda prisa la armadura antes de que él le haga por última vez...

-¿Queréis aún más personas desnudas en el ribete? -inquirió Oswald con incredulidad.

El hermano del rey le dio al monje unas palmaditas en su magra espalda.

-Sólo porque vos las trazáis magníficamente, amigo mío. Y este tapiz ha de plasmar el mayor número de detalles posible...

-¿Por qué no me dejasteis en mi monasterio de Winchester? -gruñó Oswald-. Tendré que pasarme un año de rodillas para expiar todas estas indecencias.

Odo se echó a reír.

-De ser así, sólo veríamos a benedictinos arrodillados, teniendo en cuenta todas las mujeres desnudas que introducís en vuestras piadosas iluminaciones... Ejem, os pido disculpas, *madame*.

Hyld sonrió burlona y se acercó a la ventana, junto a la cual había cinco mujeres sentadas en torno a un largo y estrecho bastidor que sujetaba una de las tiras de lienzo, confeccionando los bordados según los dibujos elaborados por Oswald y Hyld. Empleaban hilo de lana de ocho colores distintos, y Hyld tuvo que admitir que el resultado ciertamente era magnífico y vistoso; las posturas de los caballos y los rostros de los jinetes eran tan vivos que uno podía pensar que de un momento a otro iba a oír el retumbar de los numerosos cascos y verlos salir del tapiz a galope tendido.

-Este escudo es fantástico, Hedwig -elogió a la novicia de Canterbury, la más joven e insegura de las bordadoras.

-Pero tardaremos años en bordar todas esas pequeñas anillas de tantas y tantas cotas de malla -se lamentó la hermana Mildred, compañera de Hedwig-. ¿No podríamos dotar de armadura únicamente a los dos reyes..., quiero decir al rey Guillermo y a Haroldo Godwinson?

-No, *madame* -negó Odo, que se había acercado-. Porque queremos atenernos a la verdad, y todos los caballeros normandos, al igual que muchos de los *housecarls* ingleses, llevaban soberbias armaduras. ¿No fue así, Cædmon?

El aludido se hallaba sentado con las piernas flexionadas en el amplio poyete de la ventana, mirando fijamente el soleado patio.

-Claro, *monseigneur* -musitó.

Odo puso los brazos en jarras.

-¿Tendríais la bondad de mirarme cuando os hablo, *thane*?

Cædmon volvió la cabeza ostensiblemente despacio, y Odo suspiró y rectificó.

-No, tal vez sea mejor que no. Esa mirada herida me saca de quicio. Sabría apreciar sobremanera que deseaseis implicaros un tanto en tan difícil cometido. Al fin y al cabo, vos y yo somos los únicos aquí que estuvimos en Hastings. Y seguro que del lado inglés visteis más detalles que yo. ¿Qué tal si nos prestaseis algo de apoyo?

Cædmon se levantó con parsimonia de su cálido sitio en la ventana y se apoyó contra la pared.

-¿O qué?

-Dios mío, qué porfiado sois, Cædmon. Únicamente os pido un poco de ayuda.

-Tal vez podría entusiasmarme más con vuestro tapiz si me llevarais con vos a la inauguración de vuestra catedral de Bayeux.

Odo se acercó más a él, cruzó los brazos y se lo quedó mirando.

-Para que os escapéis y vayáis a Caén, ¿no es eso? ¡Ya se os puede ir quitando de la cabeza! Aunque lograrais llegar hasta allí, las hermanas tienen órdenes rigurosas de impedir que establezcáis contacto con ella bajo ninguna circunstancia y sea cual fuere el pretexto.

Cædmon parpadeó casi imperceptiblemente, se volvió con brusquedad y dejó plantado al obispo. Al pasar por su lado les dijo a las bordadoras:

-*Ladies*, el color que necesitáis es, sobre todo, el rojo.

El guardia de la puerta le cerró el paso. Cædmon se detuvo ante él mientras el soldado intercambiaba una mirada con Odo, que vaciló un instante antes de conceder su permiso con un gesto de enojo. El soldado abrió la puerta y le franqueó el paso, si bien lo siguió de cerca hasta su dormitorio. Una vez dentro, el hombre cerró la puerta, echó el cerrojo y ocupó su

puesto ante ella. Cædmon, por su parte, se dirigió despacio a la ventana, que era demasiado pequeña para escaparse, aunque no hubiese estado en la tercera planta. Miró el trozo de patio y la empalizada, que había llegado a conocer hasta el último detalle, y luego levantó la vista y la clavó en el mar, que se veía a lo lejos como una alfombra azul con motas blancas. Un punto cada vez más pequeño avanzaba en dirección al horizonte. Cada día salían barcos de Dover que cruzaban el canal rumbo a Flandes, Dinamarca, los puertos alemanes del mar del Norte o Normandía. En su imaginación, Cædmon siempre iba a bordo, había escapado de su cómoda -había que reconocerlo- prisión, alcanzado el puerto sin despertar sospechas y subido a un mercante. En su imaginación, la situación había dado un giro a su favor: el velero llevaba lana inglesa a Fécamp o cuero inglés a Dieppe, donde él desaparecía fácilmente entre el gentío del puerto, recorría unas leguas a pie antes de birlarle un caballo a un campesino e iba cabalgando hasta Caén...

A veces se pasaba horas sumido en tales fantasías. No podía comer, ni rezar, ni dormir, ni siquiera podía tocar el laúd. Lo único capaz de sacarlo de su letargo era la contemplación del mar y las imágenes que evocaba. Sabía que se estaba abandonando de un modo absolutamente infame, pero no se le ocurría nada por lo que mereciera la pena moderarse. Recordaba que durante su enfermedad no había deseado la muerte, mas tampoco deseaba esa vida.

Hyld hizo una ronda de inspección por las habitaciones vecinas, en cada una de las cuales había cuatro o cinco mujeres bordando las cinco partes restantes del tapiz, ya esbozadas y dibujadas. En general estaba satisfecha. Sólo a su amiga Gunnild, a la que llevara consigo de Helmsby, había tenido que pedirle repetidas veces que rehiciese un trozo bordado indebidamente. Se planteó que Gunnild se encargara sólo de los motivos del reborde, pues todas sus figuras parecían gnomos deformes, tanto normandos como ingleses.

-...No tardaré mucho en perder la paciencia con él -le oyó gritar al obispo al volver ella a los aposentos privados de Odo, ubicados sobre la sala.

Se hallaba a solas con el hermano Oswald; las aplicadas bordadoras habían hecho una merecida pausa y bajado al patio a estirar las piernas. Hyld tomó su puntiagudo carboncillo, se inclinó sobre el grupo de jinetes a medio hacer y dijo de pasada:

-Si volvéis a encerrarlo, ya podéis ir bordando vos mismo los motivos de la gloriosa batalla de Hastings, *monseigneur*.

Odo resopló y se sirvió un vaso de vino.

-No se trata de eso. Es que sencillamente no puedo entender que un hombre se suma en tal melancolía por causa de una mujer.

-No, cómo ibais a hacerlo -observó ella mordaz-. Vuestra pasión siempre se extingue mucho antes de que pueda transformarse en un sentimiento profundo.

Hacía dos meses que pasaban juntos casi todas las horas del día, y el colosal cometido que se habían fijado había dado lugar a una insólita familiaridad. Habían llegado a conocerse a la perfección. Hyld no ignoraba que al hermano del rey le habría gustado añadirla a su larga lista de conquistas, y le había hecho saber, con prudencia y rotundidad a un tiempo, que de eso ni hablar. Y aunque lo hubiese rechazado (o quizá precisamente por ello), Odo era su amigo y consentía que ella le dijera cosas que jamás hubiera perdonado a otros.

-El ejemplo de Cædmon demuestra que más vale que el hombre evite el trato profundo con una mujer -replicó imperturbable.

-Sobre todo más vale que un obispo no tenga líos de faldas -susurró el hermano Oswald al hombre desnudo que acababa de dibujar.

Hyld se giró y se sonrojó un tanto al ver la potente erección de la figura.

-¡Hermano Oswald! -exclamó escandalizada-. En verdad obligáis a una a preguntarse hacia dónde va vuestra imaginación. Pensad al menos en las pobres hermanas que tendrán que bordar eso.

Oswald retrocedió un paso, ladeó la cabeza y contempló su obra.

-¿Demasiado grande? Bueno, aún no es definitivo. -Pasó el dedo por la fina línea hasta hacer desaparecer el magnífico miembro. A continuación lanzó el carboncillo a la mesa y se desperezó-. Creo que necesito un descanso. -Se sentó en el poyo de la ventana, encogió una pierna y cruzó los brazos sobre ella-. Tal vez deberíais dejar que Cædmon fuera a casa, *monseigneur*. La cosecha va a dar comienzo, y además él está construyendo una iglesia. Tendría tanto que hacer...

-Ni pensarlo, hermano -replicó Odo, impaciente-. No podría fiarme de él ni aunque me diera su palabra de no abandonar Helmsby. Es imprevisible cuando se trata de Aliesa.

-Creo que ninguno de vosotros entendéis lo que le pasa -intervino Hyld-. Lo solo que se siente.

-Pero siempre lo supo, Hyld -objetó Odo-. Sabía que sucedería algún día y que entonces perdería tanto a su amigo como a su amante.

-¿Y de qué le sirve que lo supiera? Cuando un ladrón roba una moneda de oro, sabe que el sheriff le hará cortar la mano. ¿Es que saberlo hace más soportable la pérdida? ¿O el dolor?

-No -admitió Odo.

-Y os estáis olvidando del príncipe -continuó ella, y tuvo que pararse para recordar su nombre-. Richard.

Odo bajó la cabeza y asintió.

-A todos nos cuesta superar su pérdida.

-Sí, pero, por amor de Dios... ¡Cædmon los ha perdido a todos a la vez! ¿Es que no lo entendéis? Se encuentra con las manos vacías. Sé que en verdad no le tomáis a mal su relación con Aliesa de Ponthieu, *monseigneur*, eso es sólo algo que..., ejem..., que no podíais permitir. Tened un poco más de paciencia con él y sed indulgente hasta que recupere el buen juicio.

Odo se quedó mirando embelesado aquellos ojos azules que, cuando estaban enfurecidos, se oscurecían un tanto, y preguntó:

-*Madame*, ¿cuándo decís que esperáis el regreso de vuestro pirata de Groenlandia?

Hyld soltó un ay y se volvió hacia Oswald en busca de ayuda, pero antes de que el monje tuviera tiempo de hacer un comentario agudo, entró un criado y anunció:

-Monseigneur..., el príncipe Rufus, el príncipe Henry, Eadwig de Helmsby y Leif Guthrumson.

El semblante de Odo se iluminó.

-Que pasen. Y haced venir al *thane* de Helmsby.

Cædmon habría declinado gustosamente la petición, pues no tenía la menor necesidad de volver a ver a Rufus, pero el guardia de la puerta decidió por él. Después de que el criado transmitiera la noticia, el soldado abrió la puerta y miró a Cædmon con gesto amenazador. Éste sabía que, si se negaba, el hombre lo agarraría y lo llevaría abajo a rastras, de manera que prefirió ir por su propio pie.

Los observó un momento desde la puerta. Leif y Eadwig estaban admirando la parte medio acabada del tapiz en el bastidor que se hallaba junto a la ventana. Hyld había tomado del brazo a su hermano y a su cuñado y les explicaba lo que representaban las imágenes y lo que faltaba. Mientras tanto, Odo y el hermano Oswald aclaraban a Rufus el esbozo que descansaba sobre la mesa. Henry estaba de puntillas frente a la ventana, intentando asomarse a ella en vano.

Eadwig volvió la cabeza de pronto y vio a su hermano.

-¡Cædmon! -Sonreía, pero a su hermano no se le escapó que, por un brevísimo instante, sus ojos se abrieron como platos, sobresaltados. ¿De verdad su aspecto era tan terrible?

Rufus alzó la cabeza al oír el nombre.

Cædmon se acercó a él e hizo una cortés reverencia.

-Mi príncipe.

-Cædmon. -Rufus sonrió inseguro. De pronto no aparentaba los veinte años que tenía, parecía casi aniñado. Tragó saliva visiblemente-. Hemos oído que estabas enfermo. Espero que estés restablecido.

-Sí, gracias. -Miró al príncipe con fijeza a los ojos, sin percatarse de lo prolongado de su mirada, y Rufus experimentó un inmenso alivio cuando Eadwig se acercó y le dio un fuerte abrazo a Cædmon.

-¡Hermano! Sigues igual de flaco que una vaca en primavera.

Cædmon sonrió brevemente.

-Por eso se esfuerza tanto Hyld en cebarme. ¿Qué os trae por aquí?

-Lanfranc mandó llamar a Rufus, y Winchester es tan terriblemente aburrido que se nos ocurrió acompañarlo. Y nos hemos traído al pequeño majadero porque últimamente anda muy melancólico. Su madre pensó que un viaje le haría bien. -Señaló a Henry, que a la sazón tenía ocho años.

-¿Qué hay de nuevo en Winchester? -quiso saber el hermano Oswald.

Eadwig se encogió de hombros, cogió agradecido el vaso que un criado le ofrecía y bebió un trago. Luego respondió:

-Nada de nada. El último gran acontecimiento fue el ajusticiamiento de Waltheof de Huntingdon hace dos meses. Supongo que querréis oír que rompió a llorar en medio del padrenuestro y humilló profundamente a los ingleses.

-¿Tú estabas allí? -preguntó Hyld con desaprobación.

Eadwig asintió.

-El sheriff temía que se produjeran disturbios, todos los hombres disponibles estaban allí, pero la cosa fue pacífica. Waltheof ofrecía un aspecto tan tristón que hasta los ingleses sintieron alivio cuando el verdugo puso fin a sus lamentaciones.

-¿Cómo puedes hablar así? -dijo ella furiosa-. ¡Sin él probablemente habrían derrocado al rey! ¿Y cómo le agradece éste a Waltheof su lealtad?

-Waltheof tardó demasiado en dar prueba de su lealtad, *madame* -terció Odo cauteloso.

-Puede ser, pero los verdaderos traidores siguen con vida -replicó ella.

-Ralph de Gael sólo porque huyó -afirmó Rufus-. Y Roger Fitz Osbern... -su mirada vagó sin querer hacia Cædmon al pronunciar el nombre, pero terminó la frase- es sobrino de mi padre, *madame*. Debéis admitir que ello marca una diferencia que nada tiene que ver con la cuestión de si son ingleses o normandos. Creedme, cuando se trata de traidores, el rey no establece distinciones...

A Cædmon le invadió una sensación de mareo. No quería oír nada de aquello. Se acercó discretamente a la ventana. Henry había renunciado a su tentativa de asomarse a ella. El banco le llegaba más o menos a la nariz, pero era tan ancho que no veía nada.

-¿Quieres que te levante, Henry? -preguntó Cædmon en voz baja.

La rubia cabellera rizada se volvió hacia él, y los ojos que lo miraron le recordaron tanto a Richard que se le encogió el corazón. El príncipe asintió en silencio.

Cædmon lo agarró por las axilas y lo subió al poyete.

-Mira, ¿lo ves? Eso de allí es el mar.

El niño miró aquel mar azul oscuro en el que los rayos del vespertino sol centelleaban como piedras preciosas, tanto que al final los obligó a parpadear a los dos.

-A veces sueño con un barco blanco en el mar -le susurró Henry.

-¿Sí? ¿Y es un barco grandioso? ¿Un barco real?

-No. -Apartó la cabeza-. Es un barco de muerte.

Cædmon le puso la mano en el hombro y ambos se miraron sin decir palabra.

-¿Vienes conmigo al mar, Cædmon? Me gustaría verlo de cerca.

-No puedo ir más allá del puente levadizo, pero si quieres podemos subir al parapeto. Desde allí se disfruta de una magnífica vista del mar.

Henry asintió con vehemencia. Cædmon lo bajó del banco y ambos se dirigieron a la puerta. Odo estaba enfrascado en una animada conversación sobre historiografía con Leif,

pero los vio con el rabillo del ojo y le hizo una discreta señal de conformidad al soldado, de manera que Cædmon y el príncipe abandonaron la estancia libremente.

Atravesaron el patio en silencio, subieron la escalera de madera que conducía a la empalizada y Cædmon volvió a alzar al niño y lo sentó en su brazo para que pudiese ver por encima de los puntiagudos postes.

Henry hizo de visera con la mano y comenzó a otear el horizonte.

-¿Se puede ver Normandía?

-No, por desgracia no.

-¿Tan lejos está?

-¡Qué va! Si el viento es favorable, no se tarda más que si vas a caballo de Winchester a Dover.

El niño lo miró con los ojos muy abiertos.

-¿Es verdad?

-Yo nunca te mentiría, Henry.

-Le pregunté que si estaba triste por tener que estar en un convento en Normandía.

Cædmon cayó en la cuenta de que no era sólo la muerte de Richard lo que tan consternado tenía a Henry, sino que también le había afectado la repentina desaparición de Aliesa. El pequeño príncipe era su sombra desde su más tierna infancia, se había escapado de su ama de cría para seguir los pasos de Aliesa y había llorado cuando ella no estaba en la corte.

-¿Y qué dijo?

-Que no, porque en el convento se ha hecho mayor y sabe lo maravilloso que es el jardín. Y dijo que está ansiosa por leer todos los libros. Y mi hermana Cecile se fue con ella, así que no estaba sola. Y Cecile tampoco.

Cecile tenía catorce o quince años, y era la única de las princesas mayores que aún no estaba casada, ya que había expresado el deseo de tomar el velo. Era igual de grácil que su madre y, como ésta, también sabía hacerse respetar. En todo caso, el rey no la había instado a contraer un matrimonio político en contra de su voluntad. Por eso Cecile había vivido en la corte de su padre más que todas sus hermanas mayores, y probablemente Henry también la echara de menos.

-¿Y a ti qué te pasa, Henry? ¿Te sientes solo a veces, ahora que Aliesa y Cecile se han ido?

Henry asintió.

-Y Richard -musitó.

-Sí. Y Richard.

Sus grandes e infantiles ojos castaños se fueron anegando de lágrimas que resbalaban lentamente por sus mejillas e iban a parar a la manga de Cædmon. Ambos se miraron un instante y enseguida volvieron la cabeza y siguieron contemplando el mar.

Dover, abril de 1077

-Muy bien, Ælfric -alabó el hermano Oswald-. Ahora dale el libro a tu hermano, enséñale dónde estabas y que Wulfnoth nos lea en alto los dos o tres renglones siguientes.

Obediente, el niño le pasó a su hermano pequeño el abultado infolio y le indicó con el dedo el lugar adecuado. Wulfnoth miró ceñudo la pardusca página de pergamino y leyó a trompicones:

-«También allí nacen hombres con cabeza de perro a los que llaman *cono... conopoenas*. Tienen crines como los caballos y colmillos como los jabalíes y cabeza de perro, y su aliento es como una llama abrasadora. Esta tierra se encuentra cerca de ciudades rebosantes de riquezas terrenales, al sur de Eg... Egipto.» -Se quedó mirando a su preceptor con los ojos como platos-: ¿De verdad existen? ¿Hombres con cabeza de perro y aliento de dragón?

Oswald encogió sus descarnados hombros.

-No lo sé, Wulfnoth. Creemos que se trata de la traducción de una antiquísima descripción

de un viaje que hace mucho, mucho tiempo efectuó un griego que recorrió Oriente. Que realmente viera todos esos prodigios o que aún existan..., ¿quién puede saberlo? Dale el libro a tu padre. Cædmon, te toca.

Este le quitó el mamotreto a Wulfnoth, encontró el lugar fácilmente y comenzó a leer:

-«En dicha tierra nacen hombres que miden seis pies de alto.» -Levantó la vista un instante y observó-: El rey no es mucho más bajo, -Y continuó-: «Lucen una barba que les llega hasta la rodilla, y el cabello les crece hasta los pies. Los llaman *homodubii*, que quiere decir "hombres que dudan", y viven del pescado crudo que comen.»

El hermano Oswald lo miró risueño y meneó la cabeza.

-Cædmon, Cædmon. Si me lo hubiesen dicho hace cinco años, no lo habría creído. -Se levantó del tajuelo y extendió los brazos-. Podéis iros en gracia. Estoy muy satisfecho.

Sus cuatro pupilos -tres pequeños y un adulto- sonrieron orgullosos y también se pusieron en pie. Ælfric, Wulfnoth y el príncipe Henry salieron a toda prisa al patio para desfogarse tras tan larga sentada. Cædmon los siguió más despacio, agarró su laúd y se sentó al primaveral sol para tocar un rato y observar a los niños.

Alisó la descolorida cinta de seda verde que le sonsacara a Aliesa hacía años y que había anudado al cuello del laúd, la acarició un instante y se puso a pensar en la muchacha. Y cuando comenzó a tocar, se acordó de Wulfnoth. No de su hijo, que se peleaba a escasos pasos de él con su hermano mayor y el príncipe por una pelotita de cuero, sino de su amigo de Rúan, al que de pronto le unían tantas cosas. Al igual que Wulfnoth, él era un prisionero en una jaula de oro. Al igual que Wulfnoth, había descubierto cuan eficaz podía ser el remedio de la palabra escrita contra la monotonía y la melancolía, cuan fascinante era conquistar ese mundo letra por letra para finalmente dominarlo y sumirse en él cuando la realidad resultaba demasiado gris y desoladora. Los libros del hermano Oswald le habían ayudado a superar más de un día sombrío, sobre todo en invierno.

Y al igual que Wulfnoth, tocaba el laúd para rendirse a su melancolía y su nostalgia. Podía pasarse horas tocando y recordando, imaginando dónde estaría Aliesa y qué haría. Hubo un momento en que deseó que ella o él mismo hubiesen muerto, ya que sencillamente no soportaba hallarse en el mismo mundo que Aliesa y, sin embargo, estar separado de ella. A este respecto seguía sin hacer grandes progresos, no lo llevaba con resignación, si bien se alegraba de que ambos estuviesen vivos.

El hermano Oswald, que había salido al patio, echó un vistazo escrutador y se acercó vacilante al ver a Cædmon en el peldaño inferior de la escalera que conducía al parapeto.

Cædmon le indicó al menudo monje que se aproximara y se hizo a un lado para que se sentase junto a él. Ambos estuvieron un rato viendo a los niños jugar a la pelota.

-Unos hijos maravillosos, Cædmon -comentó Oswald finalmente-. Los dos.

-Gracias.

-Mandarlos aquí fue una excelente idea de tu hermana.

Cædmon asintió.

-Sí. Le hacen bien a Henry. Y a mí. -Estiró las piernas y apoyó con cuidado el laúd contra la barandilla-. No tiene nada que ver con Richard, ¿sabes? Richard sólo era cinco años menor que yo. Claro que yo era su preceptor, pero en el fondo crecimos juntos. Henry está creciendo con mis hijos.

-¿Estabas más unido a Richard?

-Sin duda, pero creo... -Lo que creía era que sin Henry no lo habría logrado, que Dios le había enviado a ese pequeño desconsolado, que quizá fuera aún más infeliz que él, para que se ayudaran a salir de aquel sombrío valle mutuamente. Mas esas cosas no se decían-. Bueno, lo que creo tal vez no sea tan importante. Henry se parece a Richard en muchas cosas.

-Y tú lo quieres mucho, lo sé, pero no deberías olvidarte de Rufus.

-No me olvido.

-Podría acabar siendo rey de Inglaterra.

Cædmon alzó la mano.

-Eso ya no me importa, Oswald. También a ese respecto he fracasado. He hecho lo que he podido por Inglaterra mientras ha podido ser, pero he perdido la confianza del rey, toda influencia política de que pudiera gozar se ha desvanecido. En lo sucesivo, ingleses y normandos deberán arreglárselas sin mi ayuda.

-Eso sería una dolorosa pérdida para ambas partes.

Cædmon sonrió para sí.

-No deberías sobrestimarme. ¿Qué es lo que he conseguido? ¿Cuándo me ha hecho caso Guillermo? Hombres como Montgomery o Etienne Fitz Osbern pueden hacer mucho más que yo en pro de la reconciliación.

-Así y todo, sigues siendo el *thane* de Helmsby y...

-Y llevo más de un año sin ir por allí y... -Se interrumpió de pronto y se levantó al reconocer al jinete que estaba cruzando el puente levadizo.

-¿Quién es? -preguntó Oswald.

-Mi cuñado.

Oswald enarcó las cejas.

-¿El vikingo? Dios nos asista.

Erik, que había visto a Cædmon, se dirigió a él y desmontó. Lucía una barbita oscura, pequeñas arrugas rodeaban sus ojos y su tez estaba curtida como la de tantos marinos. Se quedaron un instante mirándose vacilantes, y después se dieron un parco abrazo.

-Erik, ¿va todo bien? Espero que no estés buscando a tu familia. Hyld hace tiempo que está en Helmsby.

-Lo sé. Vengo de allí y están todos bien. -Saludó a Oswald con una leve inclinación antes de volverse hacia Cædmon-. ¿Puedo hablar contigo a solas?

El monje se levantó de la escalera.

-De todos modos, estaba a punto de irme a la capilla.

Se marchó sin prisa, y Cædmon subió la escalera con su cuñado. Ambos apoyaron los antebrazos en la empalizada y contemplaron el puerto.

-Supongo que tu largo viaje habrá sido rentable, ¿no? -quiso saber Cædmon.

Erik asintió.

-Oh, sí. Estás pálido y flaco, cuñado.

-Gracias. Por el contrario, tú tienes un aspecto magnífico. Pero no es de extrañar, al fin y al cabo todos sabemos que la vida de pirata te sienta bien. Sin embargo, supongo que no habrás venido hasta aquí para comprobar mi estado de salud.

Erik alzó una mano.

-En cierto modo sí. Dime, Cædmon, ¿qué disparate es ese que me ha contado Hyld sobre un tapiz que le ha hecho al hermano del rey? -preguntó ceñudo.

De manera que es eso, pensó Cædmon. Y meneó la cabeza.

-Tendrías que haberlo visto, Erik. Sí, ciertamente deberías ir a Bayeux a verlo. Es... único. Quiero decir, siempre he sabido que Hyld es experta en tales cosas, pero su capacidad, el talento para el dibujo del hermano Oswald y la visión en verdad megalómana de Odo han creado algo que no se puede comparar con nada de lo que hayas visto.

-He visto muchas cosas.

-Insisto.

-¿Y han tardado más de un año?

Cædmon lo miró a los ojos.

-Ni siquiera las cuatro paredes de la gran sala de este castillo bastaron para colgar entero el tapiz, y eso que lo intentamos. De hecho, mide más de doscientos pies. -Cómo le habría gustado ver el rostro de Guillermo cuando entró en la nueva catedral de Bayeux y vio aquella incomparable obra que narraba la historia de su mayor triunfo-. ¿Qué te ocurre, Erik? ¿Tan poco confías en tu esposa? ¿Acaso no te alegras de lo que ha hecho? Y, si es así, ¿por qué me haces estas preguntas a mí en lugar de a ella?

-Me sacaría los ojos -musitó el navegante, a quien no asustaban ni las tempestades ni las

costas desconocidas-. Pues claro que confío en ella, pero... ha cambiado.

-Has estado dos años fuera, no puedes esperar que todo siga igual a tu regreso. Estoy seguro de que tus hijos también han cambiado. Harold ya casi es lo bastante mayor para hacerse a la mar contigo, y Guthrum ni siquiera andaba cuando te fuiste.

-Sí, pero contaba con ello.

Cædmon asintió.

-A mi juicio, no hay nada de lo que debas preocuparte.

Erik se quedó mirando fijamente el mar y también asintió. Luego cambió súbitamente de tema.

-Nos vamos de York.

-¿De veras?

-Hemos ayudado a reconstruirla dos veces. Ahora vuelve a estar reducida a cenizas, y esta vez no han sido los normandos quienes la han asolado, sino mis propios compatriotas. Si no te hubieses llevado a Hyld y a los niños a tiempo a Helmsby, tal vez habría vuelto a casa para encontrarme tres tumbas. Tenías razón, ¿sabes? Inglaterra se ha vuelto normanda, pero las gentes del norte jamás se harán a la idea. Unos pactan con Malcolm de Escocia, otros miran a Dinamarca. York siempre está entre la espada y la pared, y no quiero que mis hijos crezcan allí.

-¿Qué vas a hacer?

-Eso depende. Tengo dinero, Cædmon. Bastante. Tengo tres barcos y he traído dos de ellos cargados de valiosas pieles de Groenlandia. He vendido las pieles y casi nado en dinero. Podría ir a Londres. Es una villa cada vez más rica, un buen mercado para las pieles, y éste seguramente no será mi último viaje a Groenlandia. Allí la gente no tiene nada de lo que para nosotros es natural: nada de lana, poca madera, ni siquiera tiene pan, pues allí no se puede plantar grano. Están dispuestos a pagar una fortuna por esas cosas tan humildes. En pieles. Es lo único poseen en abundancia. Focas, zorros, osos, todo lo que te imagines.

-¿Qué son? ¿Vikingos?

-Sí. Noruegos.

-La suya debe de ser una vida muy pobre.

-Lo es.

-De modo que os vais a Londres. Me tranquiliza. Y tampoco está tan lejos.

Erik se acarició la barba y asintió.

-Es una posibilidad, sí. O irnos de Inglaterra. A Haithabu. -Volvió la cabeza y lo miró a los ojos-. Si quieres venir con nosotros... Podría sacarte de aquí, ¿sabes?

Cædmon le devolvió la mirada sin decir palabra.

-Lo tengo todo bien pensado -prosiguió Erik-. Puedo venir aquí con tres o cuatro carros, como si fuera un vendedor ambulante. Ni siquiera el piadoso hermano me reconocería. Me quedaré un día, y todas las criadas y los soldados de este castillo se apiñarán alrededor de mis carros, se armará un tremendo follón. Con todo ese jaleo, será fácil ocultaros a ti y a tus dos hijos en un carro. Y luego al puerto y al mar.

-Al mar... -repitió Cædmon ensimismado, y respiró hondo. Imaginó cómo sería vivir en el extranjero con Hyld, su familia y sus propios hijos, en uno de los mayores puertos comerciales del mundo. Podría surcar con Erik el ancho mar, tal vez un día incluso comprar un barco y gobernarlo. Empezar una vida totalmente nueva. La idea tenía su atractivo. Sin embargo, finalmente sacudió la cabeza-. Te estoy muy agradecido por tu generosa oferta, Erik, pero no puedo.

-¿Por qué no?

-Nunca permitiría que llevaras a tu familia a un lugar desconocido por mi culpa.

Erik rechazó la objeción.

-No sería desconocido en modo alguno. Yo crecí en Haithabu. Es un buen sitio, créeme. Contrariamente a la opinión generalizada, allí la gente se bautiza (al menos la mayoría), no hace más frío que aquí y tampoco tenemos icebergs detrás de las casas. Desde hace tiempo

reina la paz con Noruega; a diferencia de esto, allí no hay que contar cada día con el ataque de barcos enemigos. Y si fueses con nosotros, ello no significaría forzosamente que no volvieras a verla, ¿sabes? -Cædmon apartó la cabeza, mas Erik continuó imperturbable-: Esperaremos seis meses, hasta que se haya echado tierra al asunto, y después iremos a buscarla al convento. Podéis vivir juntos en paz; en Dinamarca a nadie le importa un comino la ira de un rey normando o sus vasallos. Estaríais a salvo.

Cædmon intentó imaginarse a Aliesa en la casa de un comerciante, en una bulliciosa ciudad portuaria llena de tipos pendencieros y burdeles. A duras penas reprimió una melancólica sonrisa.

-No, Erik, es imposible.

-Pero ¿por qué? -repuso su cuñado sin entender.

-Me exilié voluntariamente una vez y juré no volver a hacerlo. Moriría, créeme. Y ella también.

-Es extraño -refunfuñó Erik-. Habría creído que harías cualquier cosa por recuperarla.

Y así era. Pero sabía que, si aceptaba la propuesta de Erik, no haría sino complicarle las cosas a Aliesa. Al igual que él, ella había perdido su honor, sus amigos y su libertad, pero siempre le había gustado vivir en un convento. Seguro que allí hallaba consuelo, quizá incluso paz. La vida que él podría ofrecerle en su lugar la haría sumamente infeliz. Y entonces ¿qué? Sacudió la cabeza con energía.

-Te equivocabas. Debo quedarme aquí a ver qué pasa. Por Helmsby. Si huyo, el rey me desposeerá y el feudo pasará a manos de Dios sabe quién.

-Bueno, eso es verdad -concedió Erik de mala gana-. Si fuera a parar a tu vecino normando, no cabe duda de que para Helmsby sería una calamidad.

-¿A quién te refieres?

-A Lucien de Ponthieu. Sus propiedades lindan con las tuyas, ¿no lo sabías?

-No.

-Tu primo Alfred anda enemistado con él por unos campos en Blackmore; no se ponen de acuerdo sobre a quién pertenecen. De Ponthieu ha amenazado con llevar el asunto al sheriff, y como éste es normando, es fácil suponer cómo acabará el asunto.

Cædmon se lo quedó mirando.

-Estás bien informado.

-No hay más que pasar unos días en Helmsby para oír estas cosas. Además, tu primo esconde de vez en cuando a algún esclavo o campesino huido de las propiedades de De Ponthieu. Un éxodo puro y duro. Lucien es muy severo, pero su mujer es aún peor, según dicen.

-La divina Beatrice...

-Sí.

-Dile a Alfred que cuenta con mi bendición, pero que tenga cuidado. Si Lucien se entera y se queja de nosotros al sheriff o al rey, las cosas se pondrán feas.

Erik sonrió.

-Alfred es precavido, descuida. Un muchacho astuto. Por cierto, va a casarse con mi hermana Irmingard.

Cædmon esbozó una sonrisa.

-¿De veras?

-Ya va siendo hora. Está encinta y se le nota. Puedes imaginarte lo que dice tu madre al respecto.

-Perfectamente. Dale mis parabienes a Alfred e Irmingard.

Erik asintió, y estaba a punto de decir algo, quizá de intentar hacer cambiar de opinión a Cædmon, cuando un alboroto en la escalera desvió su atención. Tres pequeños jinetes, a la cabeza de los cuales iba el príncipe, tomaron por asalto el parapeto.

-¡Cædmon! Oh..., disculpa. No sabía que tenías visita.

-Henry, éste es Erik Guthrumson, hermano de Leif y esposo de mi hermana Hyld.

-O también Erik el Pirata, como sueles decir -terminó la presentación el príncipe con una sonrisa picara. Hizo una cortés reverencia-. Es un honor. Hasta ahora no conocía a ningún pirata.

Erik le sonrió, pero antes de que pudiera responder que en realidad el mayor pirata de todos era el padre de Henry, Ælfric se abrió paso a codazos.

-¿Tú eres el tío Erik, el que ha navegado hasta el fin del mundo?

Erik matizó la respuesta con humildad.

-Sólo casi, Ælfric. Detrás de Groenlandia aún hay más mar, luego está la legendaria Vinlandia, donde viven los pieles rojas, y sólo tras ella se encuentra el fin del mundo.

-¿Vas a ir allí? -preguntó el niño, emocionado.

-No estoy tan loco. Dicen que hay monstruos marinos. Y uno se cae por el borde de la tierra y va a parar sabe Dios dónde.

-No, me refiero a Vinlandia.

-Dentro de poco.

-¿Me llevas contigo?

Erik rompió a reír.

-Tal vez. Creo que un tipo como tú podría venirme bien. ¿Y tú qué dices, Wulfnoth? ¿También quieres hacerte a la mar?

El hermano pequeño de Ælfric sacudió la gacha cabeza.

-No. Como mucho iré hasta Normandía.

Erik gruñó.

-¿Y qué se te ha perdido precisamente allí?

El muchachito se encogió de hombros.

-Yo voy donde vaya Henry.

-Comprendo. Ya veo que has salido a tu padre, muchacho.

Cædmon le puso la mano en el hombro a su hijo menor. Se daba cuenta de que, con su voz grave y su negra barba, aquel extraño le daba miedo.

-Vamos, Wulfnoth. Y vosotros también. Es hora de vísperas, y después a cenar. Quédate a cenar con nosotros, Erik, danos esa alegría.

Erik habría preferido despedirse y detenerse en cualquier otra parte donde no tuviera que rezar primero por su comida, mas accedió sin vacilar. Intuía que Cædmon sentía nostalgia y deseaba oír alguna historia más de Helmsby.

La comida al atardecer, la principal del día, solía ser a la sazón un asunto tranquilo y sencillo, pero apenas se hubieron sentado oyeron entrar en el patio un nutrido grupo de jinetes. Ælfric se levantó del banco de un brinco, desoyó las advertencias de su padre y se precipitó hacia la ventana.

-¡Es el obispo Odo! -exclamó agitado-. Tu tío ha vuelto, Henry. ¡Y ahí está Eadwig! -Y se disponía a ir corriendo a la puerta cuando Cædmon ordenó enérgico:

-Ven a sentarte, Ælfric. Y no vuelvas a levantarte de la mesa sin pedir permiso, ¿está claro?

Ælfric se lo quedó mirando asustado y regresó a su sitio tímidamente.

-Sí, padre.

Cædmon asintió y recordó que, hacía seis meses, sus hijos vivían entre campesinos. Era culpa suya y de nadie más que los modales de su progenie dejaran tanto que desear.

El retorno del señor de la casa no sólo llenó de nerviosismo a Ælfric. El cocinero se retorció las manos con desesperación, alzó la vista a los cabrios y le preguntó a Dios por qué el obispo no le había enviado a un mensajero. ¿Qué diría el delicado hermano del rey cuando le pusiera delante sopa verde y nada de pan recién horneado? Bajó a toda prisa a la cocina para obrar un pequeño milagro con rapidez.

Poco después entró en la sala Odo con un séquito de unos veinte hombres, saludó al

mayordomo, al camarero y al copero, máximos servidores de su casa, antes de dirigirse a sus demás invitados, voluntarios e involuntarios.

Cædmon no tuvo más que ver su radiante rostro para saberlo todo.

-Veo que estáis satisfecho, *monseigneur* -dijo risueño.

Odo asintió.

-Ha sido fabuloso. Una ceremonia conmovedora; el arzobispo de Rúan es un hombre de talento y tiene mucha práctica en consagrar iglesias.

-¿Y el rey?

Los oscuros ojos de Odo centellearon.

-Bueno, al ver la catedral por fuera afirmó que era tan grande y soberbia que albergaba la esperanza de que Dios me perdonara al menos la mitad de mis innumerables pecados. Y cuando entró y vio el tapiz...

-¿Sí? -preguntó Cædmon con curiosidad.

-No dijo nada más. Se lo quedó mirando fijamente, como si no diera crédito a sus ojos. Después se acercó al principio y lo recorrió entero. Tardó horas, o eso me pareció. Demoró el inicio de la ceremonia Dios sabe cuánto; el arzobispo se estaba impacientando, pero Guillermo no se percató. Cuando había visto más o menos una cuarta parte me indicó que me aproximara y señaló la inscripción ante la que se encontraba. No podía decir nada, Cædmon. Por primera vez en mi vida vi a mi hermano sin palabras. Fuimos contemplando juntos imagen por imagen, mientras yo le leía los rótulos. Y cuando llegamos al final... -El prelado se interrumpió.

El rey había llorado y abrazado a Odo, experiencias ambas desconocidas hasta entonces para su hermano pequeño. Permanecieron inmóviles un instante, emocionados los dos. A continuación Guillermo dio un paso atrás, le puso la mano en el hombro y asintió mientras las lágrimas le resbalaban por el rostro. Pero era imposible narrarlo. Había sido un momento demasiado personal.

Cædmon asintió.

-Ya. Comprendo, *monseigneur*. Y me alegro de que tan duro trabajo haya tenido su recompensa.

Odo respiró hondo.

-En efecto. Yo..., yo nunca había visto al rey tan profundamente conmovido. Quizá sea terrible que lo diga, pero ni en el natalicio de su primogénito, ni en su coronación, ni cuando Richard murió reflejó su rostro semejantes sentimientos.

«Tal vez tenga que ver con el hecho de que el tapiz es algo que alguien ha hecho para Guillermo por propia iniciativa y sin interés personal», pensó Cædmon. Una experiencia extraordinaria para un hombre al que tan mal se le daba despertar amor o afecto en las personas, que tan poco se esforzaba en ello.

Odo lo miró con ojos de lechuza.

-Me gustaría saber qué estáis pensando, pero aquí llegan Rufus y su fiel sombra, vuestro hermano.

Cædmon volvió la cabeza.

-Rufus.

-Cædmon.

-¡Eadwig! -Cædmon atrajo a su hermano hacia sí y le dio unas palmaditas en la espalda-. Tienes mala cara.

Eadwig hizo una mueca y restó importancia a la afirmación.

-La mar estaba gruesa -aclaró.

Cædmon rió con malicia.

-Creo que nuestro Eadwig no sirve para tu próximo viaje a Groenlandia, Erik.

Eadwig saludó cordialmente a su cuñado, que escudriñaba al hermano del rey con recelo. Rufus se acercó a Cædmon y le dijo en voz baja:

-¿Puedo hablar contigo?

-Claro.

-Entonces ven. -El príncipe señaló la ventana, y Cædmon lo siguió hasta allí. Rufus dejó vagar la mirada por el revuelo de la sala antes de hacer acopio de valor y mirar a los ojos a Cædmon-. Posiblemente..., posiblemente sepas que uno de mis principales objetivos es satisfacer los deseos de mi padre, defender sus intereses y ser un hijo fiel y leal.

-Sí, Rufus, ya me he dado cuenta. He sentido claramente tu afán a este respecto.

Rufus asintió, sin que al parecer le afectara el sarcasmo de Cædmon.

-Y que nunca le contradigo ni digo nada que pueda provocar su indignación o quebrantar su confianza en mí. Además, en su presencia me sigue invadiendo un miedo cerval.

Cædmon se lo quedó mirando sin estar seguro de cómo valorar tan sincera confesión. El príncipe le devolvió la mirada aparentemente imperturbable, mas su porte era tenso.

-Pues bien, después de la ceremonia en la catedral de Odo me desvié de mis principios, ya que pensé que probablemente nunca volvería a encontrar a mi padre tan relajado, casi de buen humor, y le pedí que enterrara su rencor contra ti y te dejara en libertad.

Cædmon no mostraba emoción alguna y daba la impresión de estar aburriéndose con lo que Rufus le contaba, mas de pronto tenía las manos húmedas.

-Y comprobaste que no fue una idea demasiado inteligente, supongo.

Rufus sacudió la cabeza.

-Al contrario. Dio su consentimiento. En Pentecostés debo volver con Henry a Rúan. Desea que nos acompañes.

Eadwig le contó los detalles más tarde, después de que encontrara a Cædmon en su lugar de costumbre, en el parapeto, escrutando la oscuridad y escuchando el embate de las olas contra los blancos acantilados

-En un primer momento pensé que el rey agarraría a Rufus de las orejas y lo lanzaría de cabeza contra la pared. Por el rostro le pasó fugazmente algo en verdad sombrío y no dijo palabra. Rufus es muy valiente cuando algo le merece la pena, ¿sabes? Y se limitó a seguir hablándole a su padre y confesarle lo mucho que le atormentaba ser el responsable de tu cautiverio. Ejem..., ni que decir tiene que todos pensaban que estabas en un oscuro agujero en el que te ibas pudriendo poco a poco.

Cædmon sonrió con tristeza.

-Vuestra inmerecida compasión me resulta en extremo embarazosa.

Eadwig bajó los ojos y carraspeó nervioso.

-Perdona, Cædmon. No pretendía...

-Está bien, está bien. No te tomes tan a pecho todo lo que digo. Antes no lo hacías.

Su hermano sonrió aliviado y continuó:

-El rey en efecto lo escuchó. Luego intercambió una de esas miradas disimuladas con la reina, como suele hacer, y de pronto cedió. «Muy bien, Rufus», dijo, «accedo a tu petición». Y sonrió tan contento. Francamente, a veces no entiendo cómo le funciona la cabeza. Después le encomendó a Rufus que volviera aquí con el obispo para comunicarte que en Pentecostés te espera en Ruan. Hasta entonces eres libre de ir donde quieras, pero no más al norte de Helmsby y no más al oeste de Winchester.

-No quiere que vaya a ver a Etienne.

-Aja.

Cædmon guardó silencio y reflexionó un instante.

-Bueno, no puedo decir que me corra especial prisa. ¿Para qué? Nada de lo que pudiera decirle a Etienne cambiaría nada. Ciertamente el rey debe de estar de un extraño humor -observó-. No es muy suyo malgastar el tiempo pensando en los sentimientos de los demás.

-Es probable que no se trate de eso -dijo Eadwig en voz queda-. La verdad es que, en opinión de Rufus, lo que no quiere es que te reconcilies con Fitz Osbern. Al rey no le agrada la situación en Chester. Lanfranc le ha informado que la administración no es buena y que el

sheriff se emborracha desde el desayuno.

-¿Etienne? -dijo Cædmon sorprendido-. Oh, maldita...

-No empieces a hacerte reproches. Para ser sinceros, siempre ha bebido demasiado. Y la cosa empeoró desde que su hermano se rebeló contra el rey junto con Ralph de Gael y cayó en desgracia.

«Sí, y ha empeorado desde que sabe que su mejor amigo lo engañaba con su esposa», pensó Cædmon, si bien dijo:

-No me imagino a Etienne descuidando sus obligaciones. El esmero es algo innato en él, por mucho que beba.

Eadwig se encogió de hombros.

-Es posible. Si te refieres a que el rey mira con especial recelo al que fuera tu amigo, posiblemente tengas razón. Desde que su hermano intentara derrocarlo ya no confía tanto en él.

-Pero eso es ridículo, Etienne jamás traicionaría al rey. ¿Cómo se le ocurre? A ti y a mí nunca nos imputó lo que hizo Dunstan.

-Tampoco nosotros íbamos a ver a Dunstan al calabozo cada semana para llevarle mantas de lana y pollo asado.

-¿Eso hace Etienne? -preguntó Cædmon mientras se pasaba la mano por la frente, fatigado-. Bueno, yo diría que eso hay que valorarlo en su justa medida. Roger es y siempre será su hermano. Dunstan fue tan considerado como para clavarse un puñal en el corazón, por eso nosotros nos ahorramos el dilema. Pero ¿cómo puede pensar Guillermo que la compasión de Etienne por su hermano es motivo de desconfianza?

Incómodo, Eadwig se encogió de hombros.

-No lo sé, Cædmon. Tú conoces al rey mucho mejor que yo, pero a veces tengo la sensación de que para él cualquier cosa, por pequeña que sea, es motivo de desconfianza. Y cuanto más viejo es, tanto más desconfiado se vuelve.

Ruan, junio de 1077

Cædmon observaba desde la mayor distancia posible a Rufus y Henry saludando al rey, a la reina y a Robert, su hermano mayor. También el séquito que los había acompañado se apiñaba en la sala, viejos amigos y hermanos se saludaban tras meses o incluso años de separación, aquello era una barahúnda nada normanda. Cædmon buscó en vano el rostro de Wulfnoth en la mesa izquierda.

Cuando la aglomeración amenazaba con disgregarse, se dirigió hacia la mesa principal para acabar con lo inevitable e hincó la rodilla ante el rey, que estaba enfrascado en una conversación con su primogénito.

-Mi rey.

Guillermo no le hizo ningún caso y lo tuvo esperando un rato antes de fingir verlo por casualidad.

-Ah, Cædmon de Helmsby. Levantaos, *thane*. Bienvenido a Ruan.

Aliviado, Cædmon se puso en pie.

-Gracias, *sire*. -Acto seguido hizo una reverencia ante la reina Matilda, la cual le lanzó una mirada glacial e inclinó la cabeza levemente. Cædmon se frotó el mentón contra el hombro y se volvió de nuevo hacia el rey.

Sus miradas se cruzaron. Guillermo se percató de su malestar y su nerviosismo, y los negros ojos centellearon maliciosos.

-¿Os acordáis de mi hijo?

Cædmon hizo una nueva reverencia, esta vez ante el príncipe.

-Robert.

El joven no parecía percibir en modo alguno la tensión, y obsequió a Cædmon con una sonrisa sencilla y sincera.

-Cædmon. Me alegro de veros, *monseigneur*.

A éste le sorprendió un tanto lo formal del tratamiento. No habían pasado mucho tiempo juntos en la dura escuela de Jehan de Bellême, pero sí lo bastante para haber derramado juntos sangre, sudor y lágrimas, y ello volvía un poco ridículas las formalidades. Hoy lo odiaban todos sus amigos de entonces, pero si tuvieran que volver a hablar con él, seguro que a ninguno se le ocurriría llamarlo *monseigneur*. Sin embargo, respondió con idéntico formalismo:

-Os lo agradezco, *monseigneur*.

Guillermo lo despachó con una despreocupación más bien ofensiva.

-Espero que estéis a mi disposición, *thane*, lo que significa que no abandonaréis este castillo sin una orden expresa mía.

Cædmon apretó los dientes, asintió y se dio la vuelta. Caminó a paso lento y tuvo tiempo de ver que Eadwig y Rufus conversaban animadamente con Edgar Ætheling, el príncipe anglosajón, y que Henry estaba sentado algo perdido, mas con semblante estoico, entre el obispo de Avranche y su prima Judith. Al abandonar la sala, suspiró aliviado y se dirigió a la escalera, si bien no tuvo que llegar a la tercera planta para encontrar al hombre que buscaba.

Wulfhoth Godwinson lo esperaba en la antesala. Se miraron un instante a los ojos y se dieron un afectuoso abrazo. Wulfnoth lo llevó hasta sus dependencias, abrió la puerta y le indicó con un gesto que entrara antes de que hubieran pronunciado una sola palabra.

Tras cerrar la puerta, Wulfnoth le señaló la mesa.

-Como puedes ver, no moriremos de hambre ni de sed.

Cædmon se sentó, sacó su cuchillo y cortó un trozo de suculento queso curado, mientras con la otra mano agarraba la jarra y servía vino. Lo maravilloso de volver a ver a Wulfnoth era que todo se desarrollaba siempre como si se hubiesen separado ayer.

Wulfnoth se sentó frente a él y se cortó asimismo queso y un trozo de pan.

-Siempre te dije que ella te amaba -comentó entre bocado y bocado.

-Es cierto -reconoció Cædmon-. ¿Y qué ha sido de la misteriosa dama casada por la que acostumbrabas a arriesgar la vida? Ahora sé que te admiraba mucho por ello. Probablemente todo esto haya ocurrido porque quería emularte.

Wulfnoth esbozó una sonrisa.

-No hay que olvidar que yo nunca tuve tanto que perder como tú. Al igual que la tuya, mi misteriosa dama siguió a su esposo a Inglaterra poco después de la conquista. Seguro que me ha olvidado hace tiempo, como yo a ella. Ya ves que no era un amor tan inmortal como el tuyo.

Cædmon asintió ensimismado antes de cambiar de tema.

-He visto que el príncipe Edgar está aquí. Creí haber oído que había escapado y acudido a su cuñado, el rey de Escocia.

-Bueno -repuso Wulfnoth con la boca llena, e hizo una pausa para masticar y tragar la comida-. Seguro que no te cuento nada nuevo si te digo que hay distintas categorías de rehenes. Por un lado están los rehenes inútiles, olvidados, entre los que me encuentro. Luego están los que de verdad son prisioneros políticos, grupo al que pertenece el pobre Morcar.

-Ahora que lo mencionas, ¿dónde está? -interrumpió Cædmon.

Wulfnoth negó con la cabeza.

-Ya no está en Ruan. El rey se lo ha entregado a Roger de Beaumont, que lo tiene encerrado en uno de sus castillos. Lo cierto es que no me cambiaría por Morcar. Y después están los rehenes poderosos con influencia política. Entre ellos se cuenta Edgar Ætheling. Es uno de los principales confidentes del príncipe Robert, y va y viene como le place. Un verdadero trotamundos, créeme. Ahora en Flandes, luego en Escocia después en París.

-¿Con el rey Felipe? -preguntó Cædmon con incredulidad-. ¿Quieres decir que pacta con los enemigos de Guillermo? Entonces, ¿cómo puede ser amigo de Robert?

-Yo no me atrevería a decir que pacta. Tal vez lo haga, no estoy seguro, pero si Robert le da plena libertad, seguro que lo hace con el consentimiento de su padre. Edgar es de

naturaleza débil: cambia constantemente de bando, no es de fiar. Tú lo sabes, yo lo sé, Guillermo lo sabe y sus enemigos también. A nadie se le ocurriría confiar en Edgar, por eso es inofensivo.

-A nadie salvo a Robert, según parece -señaló Cædmon-. Y de naturaleza débil o no, Edgar es un príncipe anglosajón. Me inclinaría a pensar que precisamente por ello supone una valiosa garantía para los enemigos de Guillermo.

Wulfnoth lo observó risueño.

-Teniendo en cuenta lo mal que te ha tratado el rey, sus intereses te importan bastante.

Cædmon desechó la opinión lanzando un suspiro.

-¿Se te ha ocurrido preguntarle por qué no te deja ir a casa de una vez? Wulfnoth asintió.

-La pasada semana. Y adivina qué, Cædmon: dijo que no.

Afligido, éste se quedó mirando fijamente el borde de la mesa. Al parecer algunas cosas sencillamente no cambiaban.

-Ahora háblame de ti, Cædmon. Nadie me cuenta mucho, pero hablé con Odo cuando estuvo aquí. Éste ha sido un mal año para ti. Cædmon no levantó la vista.

-Sí.

Reinó el silencio mientras Wulfnoth aguardaba paciente. Cædmon clavó la punta de su cuchillo en el trocito de queso que tenía delante y o partió en dos. A continuación volvió a dividir cada una de las mitades, y cuando las migajas eran tan pequeñas que no podían trocearse más, la emprendió con una corteza de pan. Finalmente empezó su relato. Cuando hubo terminado, Wulfnoth hizo girar su vaso entre las manos y contempló su interior, como si en el fondo de aquel vaso residieran las respuestas a todos los enigmas del mundo.

-¿Y ahora qué? -preguntó finalmente.

Cædmon se encogió de hombros.

-En lo fundamental nada ha cambiado mucho. Guillermo dispone de mí como siempre ha hecho, sólo que ahora seguramente ya no tendrá la intención de nombrarme sheriff de Norfolk, de lo que me alegro. Nunca me entusiasmó la idea de recaudar en su nombre unos impuestos que no paran de subir o mutilar a pequeños y grandes malhechores. Y es aún más rudo que antes, pero eso tampoco me afecta. No sé para qué me ha hecho venir aquí, pero francamente me da igual. A decir verdad, la mayoría de las cosas me dan igual. Mi vida es una ruina. ¿Sabes?, el pasado año por esta época creía haber perdido todo lo que me importaba. Primero Richard, luego Aliesa y Etienne, después mi libertad y mi reputación. Ahora sé que no es cierto. Tengo a mis hermanos, que me han ayudado a su manera. Hasta Guthric fue a verme a Dover para animarme, aunque desaprobaba mi relación con Aliesa y Lanfranc no lo veía con buenos ojos. Tengo dos hijos. A pesar de todo aún me quedan algunos amigos. Incluso conservo mis tierras. No, en el fondo no puedo quejarme...

-... Pero sin ella nada de eso vale nada. -Wulfnoth terminó la frase por él.

Cædmon se encogió levemente de hombros y asintió con una sonrisilla tímida; a continuación se puso en pie, se acercó a la ventana y miró el patio.

-¿Dónde está Jehan? Aún no lo he visto.

-Está enfermo -repuso Wulfnoth lacónico.

Cædmon se volvió hacia él.

-Ha sufrido un ataque -explicó su amigo-. Está paralizado y apenas puede hablar. Yo voy a verlo todos los días. Aguarda la muerte y, para variar, tiene poca paciencia.

La vida en Ruan no era en modo alguno desagradable. En cierto sentido Cædmon se alegraba de estar lejos de Inglaterra. Aun cuando posiblemente todo el mundo en Ruan supiera lo que había hecho, allí la mayoría le eran extraños y a él le daba igual lo que pensaran o cuchichearan a sus espaldas. Pasaba el tiempo con Rufus, Eadwig y Henry o con Wulfnoth, y esperaba sin excesiva curiosidad a que el rey le hiciera saber para qué lo había mandado llamar.

-¿Puedo sentarme con vos un momento, *thane*? -inquirió cortésmente una joven voz en inglés.

Cædmon levantó la vista y se mordió la lengua para no responder: «No, mejor no». Ante él se hallaba el último príncipe anglosajón, ya demasiado alto y atlético para llamarlo «pequeño» Edgar, si bien en su veintena seguía irradiando una despreocupación infantiloide y una inocencia absolutamente engañosa, como si nunca hubiera roto un plato. Cædmon ocultó su recelo tras una educada sonrisa.

-Será para mí un honor, milord. Pese a todo, he de advertiros que en este momento no gozo de las simpatías de Guillermo, una enfermedad que puede ser terriblemente contagiosa. En determinadas circunstancias basta con sentarse a mi lado para pillarla.

Edgar Ætheling se sentó junto a él, impávido.

-Los príncipes Rufus y Henry y sus caballeros no se dejan intimidar por ella -observó-. Para ser un hombre que ha caído en desgracia, rara vez estáis solo.

-Rufus y Henry y sus caballeros están a salvo de mi enfermedad por motivos que tardaría demasiado en explicar. Pero ¿y vos?

El príncipe rechazó la objeción.

-Para seros sincero, me importan un bledo las simpatías de Guillermo.

-¿De veras?

-Mmm. Tengo las de Robert. Y creedme, eso aquí, en Normandía, vale cien veces más.

Cædmon se lo quedó mirando ceñudo.

-Ojalá no os equivoquéis. No cabe duda de que Robert domina Normandía, pero Guillermo domina a Robert.

-La cuestión es durante cuánto tiempo más -susurró Edgar-. Robert tiene muchos amigos poderosos en Normandía y entre sus vecinos. En Flandes, en Anjou, en Bretaña, incluso en Aquitania.

-¿Y en París? -le preguntó Cædmon mirándolo a los ojos.

Edgar se encogió de hombros despacio.

-Es difícil de decir. Sea como fuere, los tiene aquí. Los hombres de confianza de Guillermo envejecen y mueren o han ido con él a Inglaterra. Ahora son sus hijos quienes mandan aquí en heredades y castillos, y ésos son los amigos de Robert. Hombres de nuestra edad, *thane*. Hombres jóvenes que piensan en el futuro. En el futuro de Normandía e Inglaterra. ¿Comprendéis lo que quiero decir?

-Sinceramente, no.

El príncipe inglés revolvió los ojos con impaciencia y bajó la voz.

-Es hora de que el rey dé cierta libertad a Robert. De que le ceda Normandía bajo su sola responsabilidad.

Cædmon rió suavemente.

-¿Queréis decir que Guillermo debería convertir a Robert en duque de Normandía? Antes se helará el infierno, mi príncipe.

-Si no lo hace voluntariamente, habrá que obligarlo -respondió el joven, ocultando a duras penas su vehemencia.

Cædmon se llevó su vaso a los labios y bebió un trago. Después lo dejó en la mesa con aire meditabundo y dijo:

-Creo que será mejor que no continuéis hablando, milord. Suena demasiado a alta traición. Y aunque en este momento el rey y yo no nos llevemos precisamente bien, para eso no contéis conmigo.

-¿Qué hay de traición en que un hijo haga valer ante su padre un derecho legítimo? -inquirió Edgar impasible.

-Robert sólo tendrá ese derecho el día que su padre se despida de este mundo.

-Pero ¿por qué? Ni siquiera el poderoso Guillermo puede estar en dos sitios al mismo tiempo. Con frecuencia lo ha intentado, pero tan pronto viene aquí, se rebelan sus nobles ingleses, y cuando está allí, aquí hay revueltas. Lo razonable sería separar ambos dominios.

Cædmon asintió sin que ello significara que le daba la razón al príncipe. Había vivido lo bastante en Normandía para saber expresar una negativa asintiendo.

-¿Y por qué me contáis a mí todo esto, milord? Mi influencia en el rey (que de todos modos siempre ha sido escasa) se encuentra en su punto más bajo. ¿Para qué queréis pues convencerme?

Edgar sonrió, conspirador y encantador a un tiempo.

-Vuestra influencia en él no ha sido ni es tan escasa como pretendéis hacer creer a vos mismo y a los demás. Fue, por ejemplo, lo bastante grande para salvar mi vida. No creáis que no sé lo que os debo, *thane*.

A Cædmon le vino a la cabeza la pregunta de si con ello le había hecho un gran favor a Inglaterra.

-Estáis equivocado. Ésa fue una decisión únicamente suya. También él tiene escrúpulos, aunque no siempre lo parezca. Fue benévolo con vos porque erais un niño indefenso. Le debéis vuestra vida a su compasión cristiana, y por eso no deberíais intrigar contra él.

El príncipe no reaccionó con indignación. Impaciente, se limitó a soslayar ese punto.

-Es admirable que estéis de parte suya, pero es hora de que reflexionéis en lo que eso os ha aportado últimamente. ¿Tierras? Bueno, también podría dároslas Robert aquí si Normandía fuese suya. Y podría sacar a cierta dama de cierto convento. Nadie en Inglaterra podría impedírselo. Nadie allí tendría por qué enterarse.

Cædmon estaba sentado inmóvil, mirando con fijeza su vaso, durante un rato reinó el silencio. Finalmente preguntó en voz baja:

-¿Y qué es lo que Robert quiere a cambio?

Edgar Ætheling sonrió satisfecho.

-Dinero, claro está. Es lo que más necesita para la consecución de sus propósitos.

Cædmon más bien pensaba que, después de todo, el dinero era el verdadero objetivo de esos propósitos. Tanto Lanfranc como el obispo Odo le habían confiado a Cædmon que les preocupaba la prodigalidad de Robert. El príncipe adoraba el lujo y la pompa como todos los hombres de su familia, pero, a diferencia de su padre y su tío, no sabía ingresar dinero en la medida en que lo gastaba, y su impulsiva y a menudo exagerada generosidad para con sus favoritos era tristemente célebre.

-En mi bolsa hay alrededor de una libra y siete chelines en monedas de plata, milord. No creo que el príncipe Robert llegue muy lejos con eso.

Edgar hizo caso omiso del comentario.

-Pero, según dicen, vuestra es la mitad de Norfolk.

-Exageran. Además, cuando no estoy encerrado, construyo una iglesia en la que he invertido todo lo que he ganado en los últimos años.

El príncipe inglés lo miró a los ojos y siguió insistiendo:

-Sé que mantenéis buenas relaciones con los judíos de Winchester. Podríais empeñar la próxima cosecha y el dinero podría estar aquí en pocos días. Con gusto me haré cargo de los trámites pertinentes sin que el rey se entere. Pensad en ello.

-Lo haré.

Edgar apoyó las manos en la mesa para levantarse, mas entonces se acordó de algo.

-Ah, una cosa más, *thane*...

-¿Sí?

-Me gustaría que me dierais vuestra palabra de que esta conversación quedará entre nosotros.

Cædmon le habría dado su palabra sin titubear de no haber percibido tan inequívoca amenaza en la voz del príncipe. Vaciló de mala gana, y Edgar se puso en pie sin prisa y se inclinó risueño sobre él.

-Nada me complacería menos que poner en conocimiento del rey lo que hacen Rufus y vuestro hermano cuando creen que nadie los ve -susurró-. Estoy seguro de que Guillermo se mostraría profundamente encolerizado. Tiene depositadas sus esperanzas en Rufus desde que

Richard murió, ¿no es así? Sin duda su decepción sería amarga.

Cædmon volvió bruscamente la cabeza, pero Edgar se inclinó aún más sobre él y le susurró al oído:

-¿Qué creéis vos que le haría cortar Guillermo a Eadwig para infligirle el debido castigo?

Cædmon se levantó y miró al príncipe a los ojos.

-Tenéis mi palabra, milord, pero no os engañéis. Mi hermano es el único responsable de sus actos. Es mejor que no penséis que podéis chantajearme con lo que creéis saber.

El príncipe sacudió la cabeza con fingida indignación.

-Pues claro que no, *thane*. -Rió con suavidad, le guiñó un ojo con familiaridad y abandonó la habitación parsimonioso.

Cædmon no tenía intención de ir a ver al enfermo Jehan de Bellême; el padecimiento le causaba malestar. Además, cuando pensaba en su antiguo preceptor, la repugnancia seguía siendo el sentimiento predominante. Sabía que sólo a Jehan le debía la curación de su pierna entumecida. Y las artes, las técnicas y las desagradables artimañas que le enseñó el viejo veterano a menudo habían resultado provechosas y probablemente le habían salvado la vida en alguna que otra ocasión. Sin embargo, siendo pesimista, cabía preguntarse si no se habría librado de todo aquello de haber seguido siendo un lisiado o de haber caído en la batalla de Lincoln. Cuanto más lo pensaba, más se convencía de que Jehan no le había hecho sino un flaco favor, posiblemente por pura maldad.

No obstante, empezó a remorderle la conciencia después de que Wulfnoth le dijera que Jehan había expresado el deseo de volverlo a ver. Y cuando oyó que la enfermedad del viejo soldado se había agravado y parecía tocar a su fin, resolvió de mala gana quitarse tan molesta obligación antes de que Jehan estirara la pata y, como último acto de hostilidad, por así decirlo, lo dejara con un fuerte remordimiento de conciencia.

Subió a regañadientes los peldaños que llevaban a la última planta, recorrió el crepuscular corredor y abrió la puerta antes de que pudiera cambiar de opinión.

La pequeña cámara, casi desamueblada, no olía a enfermedad, orina y podredumbre como esperaba. El luminoso sol estival entraba por la ventanita y dibujaba un resplandeciente rectángulo sobre las grises baldosas. Alguien había puesto en la mesa un ramo de flores silvestres en un vaso de estaño. Cædmon distinguió hojas de salvia y ramitas de romero, que despedían un tenue y agradable aroma.

Se aproximó, un tanto aliviado, a aquella cama más bien angosta con austeras colgaduras deshilachadas. Jehan lo había visto entrar. Su redonda calva estaba increíblemente arrugada, y él parecía haber encogido y envejecido de un modo inimaginable. El señalado rostro surcado de arrugas estaba desfigurado, y de la mitad de la torcida boca le caía un hilillo de saliva. Con todo, los oscuros ojos seguían tan crueles y penetrantes como de costumbre.

La comisura de la boca que aún podía mover se curvó hacia arriba.

-Te has tomado tu tiempo..., hijito -musitó Jehan con bronquedad. Era la débil voz de un moribundo, si bien aún rebosaba burla y maldad furtivamente satisfecha. O al menos eso le pareció a Cædmon, que se acercó vacilante.

-Sí. No quería veros.

Jehan empezó a jadear. Cædmon tardó en darse cuenta de que se estaba riendo. La respiración del enfermo era dificultosa y silbante.

-¿Sigues teniéndome miedo?

Cædmon sacudió la cabeza.

-Creo que no. Ya no son muchas las cosas que me dan miedo.

-Ya. Así les sucede a todos aquellos cuyos peores temores ya se han hecho realidad, pero no te vanaglories.

-¿Qué queréis de mí?

Jehan cerró un momento los ojos, y de pronto pareció frágil, mucho más enfermo,

absolutamente inofensivo. Hasta que volvió a abrirlos.

-Quiero confiarte un secreto que no debe morir conmigo. Creo que tú eres la persona adecuada para guardarlo. Es lo único... que ata corto a Robert... -Jadeó de nuevo.

Cædmon se lo quedó mirando expectante.

-Ahora sientes curiosidad, ¿eh?

-Sí.

-Dame de beber.

Cædmon miró en derredor. En la mesa había una jarra y un vaso. Llenó este último, lo llevó a la cama y se lo puso a Jehan en los secos y exangües labios. Más de la mitad se derramó y corrió por el flaco cuello del veterano, pero su respiración se vio un tanto aliviada.

-Dime, Cædmon, ¿amas a tu rey?

-No. Pero le he prestado juramento. Defender a él y a los suyos y su reino a este y al otro lado del canal de todos sus enemigos con todas mis fuerzas y, si fuera preciso, con mi vida y demás. Y así lo hago, cuando me deja. ¿Soy lo bastante bueno para saber vuestro secreto?

-Creo que sí. Acércate más...

Cædmon se inclinó sobre él, pero entonces la chirriante puerta se abrió y entró el rey. Cædmon se irguió e hizo una escueta reverencia. -*Sire*.

Guillermo se aproximó con una débil sonrisa en los labios.

-Me alegro de que no hayáis olvidado a vuestro antiguo instructor, *thane*.

Cædmon sofocó una mueca irónica y prefirió no hablar de sus inolvidables recuerdos de Jehan de Bellême.

El rey se sentó en un tajuelo junto a la cama, que crujió bajo su peso, y tomó la viejísima mano de Jehan con una de sus callosas zarpas.

-¿Cómo os encontráis hoy, amigo mío?

Jehan sonrió; Cædmon nunca había visto en los ojos del viejo veterano la expresión con que miró a Guillermo. Era una mirada de profundísima veneración y lealtad, no muy distinta de aquella que el perro de caza preferido de Cædmon le dirigía a su dueño cuando éste sostenía un hueso en la mano.

Un tanto asqueado, Cædmon se volvió.

-Os dejaré solos.

Guillermo asintió sin levantar la cabeza.

-Vuelve -musitó el enfermo con insistencia.

-Claro, Jehan.

Bajó al patio pensativo. En la pista de arena, su hermano Eadwig y un caballero de Robert celebraban un combate de exhibición que seguían atentamente más de dos docenas de personas. Wulfnoth se hallaba un poco apartado, mas también observaba con interés.

Cædmon se unió a él.

-¿Un hacha inglesa contra una espada normanda? ¿Es que se está repitiendo aquí la batalla de Hastings? -inquirió, y se estremeció casi imperceptiblemente cuando Eadwig eludió un malicioso mandoble con un hábil salto.

Wulfnoth asintió.

-En cierto modo. Los caballeros de Robert y Rufus discutían las respectivas ventajas de las técnicas de lucha inglesas y normandas. A este respecto, los jóvenes normandos están más que convencidos de su superioridad.

-Desgraciadamente con razón.

-Eso lo sabemos tú y yo, pero tu hermano le propuso a ese muchacho de ahí (que, por cierto, es hijo de Roger Montgomery) someter a prueba las diferencias. Se suponía que iba a ser una demostración puramente técnica. El vencedor correrá con los gastos del vencido esta noche en la ciudad, pero la lid se vuelve más reñida por momentos.

Lo cierto era que parecía tornarse más veloz y encarnizada a cada golpe. El joven Roger Montgomery combatía dura y rápidamente, y al menos se encontraba un tanto protegido gracias a su escudo almendrado. Eadwig, por contra, sostenía su pesada hacha de largo mango

con ambas manos y, por tanto, dependía enteramente de su destreza.

-Vaya, el joven es bueno, Cædmon. ¿Le has enseñado tú eso?

Éste negó con la cabeza.

-Mi primo Alfred. Yo apenas sé manejar el hacha. Al fin y al cabo me formé aquí.

-Ahora que me acuerdo, ¿has estado con Jehan? -preguntó Wulfnoth sin perder de vista a los combatientes.

-Sí, claro. La conversación se estaba poniendo interesante cuando llegó el rey y nos interrumpió... ¡Ahora, Eadwig, ahora está descubierto por abajo!

Pero su hermano no necesitaba sus consejos. Descubrió el hueco en la defensa de su adversario, le dio de lado con el hacha en el escudo, arrancándoselo de la mano, y al mismo tiempo dejó caer el largo mango de fresno del hacha sobre el brazo derecho de Roger cual garrote, de forma que éste soltó la espada y, apretando los dientes, se llevó la siniestra al brazo herido.

Eadwig bajó su arma, retrocedió y se inclinó, risueño, ante su oponente.

-No os lo toméis a mal, Montgomery.

Los espectadores comenzaron a aplaudir, y el grupo de Rufus prorrumpió en gritos de júbilo. El perdedor esbozó a duras penas una sonrisa.

Cædmon y Wulfnoth dieron media vuelta para marcharse cuando un mensajero entró a toda velocidad en el patio. Tras desmontar de un salto justo delante de ellos, miró a Wulfnoth y luego a Cædmon e hizo una reverencia.

-*Thane*, ¿dónde puedo encontrar al rey?

Cædmon lo observó con curiosidad. A pesar del corte de pelo normando, el joven era inglés, y le resultaba vagamente conocido, si bien no sabía de qué.

-Venid conmigo, os llevaré ante él.

Cruzaron el patio deprisa, y el mensajero lo miró con una tímida sonrisa.

-Creo que no tenéis un buen recuerdo de mí, ¿no es cierto, *thane*?

-Para ser franco, no estoy seguro.

-La última vez que nos vimos derramé vino tinto sobre vuestro manto. Seguro que lo eché a perder.

Cædmon se detuvo y escudriñó su rostro. Claro, era el paje que le había dado el recado de Aliesa aquella vez en Winchester.

-Ya me acuerdo. No os he vuelto a ver después. ¿Adónde os fuisteis de repente?

El mensajero se puso a su altura y se encogió de hombros.

-Mi hermano murió y tuve que volver a casa, pero hace dos años que estoy de nuevo al servicio del rey. Estuve a su lado en el sitio de Dol -afirmó orgulloso.

-¿Cómo os llamáis?

-Toki Wigotson.

-¿Es vuestro padre Wigot de Wallingford?

-Sí. ¿Lo conocéis?

-Conozco a todos los nobles ingleses que aún conservan un pedazo de tierra. El de vuestro padre no es precisamente reducido.

-Es cierto. Ha servido al rey con lealtad desde el principio, *thane*. Igual que vos.

Cædmon hizo una dolorosa mueca furtiva y cambió de tema.

-¿Traéis buenas o malas noticias?

Toki suspiró.

-Terribles.

Cædmon lo llevó a la sala y le dio unas palmaditas en la espalda.

-En ese caso será mejor que bebáis algo antes de comunicárselas al rey. Iré a buscarlo.

Toki le arrebató un vaso lleno a un sirviente que pasaba por allí presuroso, bebió con avidez y asintió.

-No os deis demasiada prisa.

Sonriente, Cædmon se volvió y subió una vez más la escalera que conducía a la última

planta. Llamó con suavidad a la puerta de Jehan antes de entrar.

Guillermo estaba sentado en el borde de la cama y acunaba el cuerpo espantosamente escuálido del enfermo; la calva y arrugada cabeza descansaba contra su ancho hombro. Los ojos del rey estaban llenos de tristeza y tenían un brillo sospechoso.

Cædmon se acercó con cautela. Jehan yacía completamente inmóvil entre los brazos del monarca, la trabajosa respiración había cesado.

Cædmon bajó la mirada y se santiguó.

-Lo siento, *sire* -dijo con torpeza. No le resultaba agradable hallar al rey tan afectado. Y lo aborrecía por llorar más la muerte de un monstruo como Jehan de Bellême que la de su propio hijo.

-El pobre quería volver a hablar con vos a toda costa -musitó Guillermo.

A Cædmon no se le ocurrió una respuesta adecuada. Guillermo apoyó con sumo cuidado al difunto en la almohada y se puso en pie. Cædmon contempló el viejo, yerto rostro, y pensó: «Así que te has llevado contigo tu secreto, Jehan». Posiblemente todos acabaran lamentándolo, mas Cædmon se sintió aliviado por librarse de semejante carga.

-Era... un vasallo fiel -musitó el rey.

-Sí, *sire*. Sin duda.

-Aún recuerdo como si fuera ayer cómo me sacó de Ruan clandestinamente después de que mi tío intentara envenenarme. Yo tenía..., ya ni lo sé. Ocho o nueve años. Estaba atemorizado. Iban tras nosotros, sin tregua, pero Jehan se deshizo de ellos y me llevó con mi madre a Falaise. -De pronto levantó la cabeza y miró a Cædmon-. Y con la vuestra. Le afectará mucho saber que ha muerto.

Cædmon asintió.

-*Sire*..., lamento tener que interrumpir esta despedida, pero Toki Wigotson espera abajo, en la sala, con importantes nuevas.

Guillermo contempló un momento a su antiguo protector y le colocó las arrugadas manos sobre el hundido pecho. Luego se levantó y se volvió hacia Cædmon con determinación.

-¿Toki, decís? Voy ahora mismo. Avisad a mi capellán del fallecimiento de Jehan. Que disponga todo lo necesario.

-Naturalmente, *sire*.

Cædmon le abrió la puerta. En el corredor se toparon con un joven monje al que mandó buscar al capellán, y luego siguió al rey hasta la sala, donde aguardaba impaciente el joven mensajero inglés vaso en mano, apoyándose ora en un pie ora en el otro. Al ver entrar a Guillermo, dejó el vaso en la mesa, avanzó unos pasos hacia él e hincó la rodilla.

-Mi rey.

A esa hora -primera de la tarde-, la sala estaba casi vacía. El cálido sol estival había invitado a la mayoría a salir fuera; una nutrida partida de caza había abandonado hacía un rato la ciudad camino de los bosques. Guillermo se dejó caer en su trono e indicó al mensajero que se levantara.

-¿Qué nuevas me traéis del Vexin, Toki?

-Me temo que nada bueno, *sire*.

Guillermo apoyó el mentón en el pecho.

-Os escucho.

Toki Wigotson se humedeció los labios.

-El joven conde Simón de Vexin ha sido fiel a su palabra, *sire*. Desde que sucedió a su padre, el rey francés no ha parado de llamar a su puerta en vano. Simón hizo caso omiso de sus promesas y defendió nuestra frontera sudeste de Felipe. Luego..., luego el joven Simón se desposó con Judith, la hija del conde de Auvergne. -Se interrumpió.

Guillermo cruzó los brazos, un gesto de impaciencia a duras penas contenida.

-Nada de eso me es nuevo, yo mismo arreglé ese enlace.

El mensajero se aclaró la garganta.

-Lo sé, *sire*. La boda se celebró hace una semana. Yo estuve allí. Fue... una fiesta muy

alegre con unos desposados dichosos, o eso parecía. Mas a la mañana siguiente..., a la mañana siguiente Simón anunció que su esposa y él habían decidido durante la noche renunciar al mundo y...

-¿Qué?

-Él partió de inmediato a Saint-Claude, al convento, *sire* -prosiguió Toki, y tragó saliva con nerviosismo.

El rey se había aferrado de tal modo a los brazos del sillón que sus enormes nudillos se volvieron níveos.

-Continúa.

-De la noche a la mañana, el Vexin quedó sin guía. Y el rey de Francia tenía docenas de espías en la boda y se enteró inmediatamente de tan inesperado giro. Simón... El polvo que levantó tras emprender el viaje al monasterio apenas se había asentado cuando las primeras tropas francesas entraron en el Vexin, mi rey. Yo conseguí cruzar la frontera por poco. Felipe de Francia se ha hecho con el Vexin hasta el río Epte.

Guillermo brincó del sillón, propinó un par de bofetones al agorero y le dio un fuerte empellón.

-¿Y me entero *ahora*? ¿Dónde estabais vos?

Las mejillas imberbes del muchacho se encendieron. Volvió a doblar la rodilla ante el rey y bajó la cabeza compungido.

-He venido todo lo aprisa que he podido, *sire*, lo juro, pero los franceses han cortado los caminos y... -Se calló al ver que Guillermo le iba a dar un puntapié.

Mas Cædmon protegió al arrodillado metiéndose en medio.

-No es culpa suya, *sire*.

-Apartaos -gruñó el rey amenazador-. Será mejor que no olvidéis que vuestra cabeza aún pende de un hilo.

-¿Y por qué iba a importarme? -replicó Cædmon en voz baja-. *Sire*, ¿cómo es que sólo sabéis apreciar la lealtad en los muertos y siempre pisoteáis a los vivos que os la demuestran?

El rey clavó la vista en él un instante. Ninguno de sus hermanos, de sus más estrechos confidentes, ni siquiera ninguno de sus hijos se había atrevido jamás a decirle algo así, y estaba, más que cualquier otra cosa, perplejo. Por un momento pareció inseguro, incapaz de decidir si calmarse o dar rienda suelta a su famosa iracundia. Entonces se oyó una dulce voz a su espalda:

-¿Es el fiel Toki Wigotson quien nos trae nuevas, *mon ami*?

Guillermo se sobresaltó un tanto, como un ladrón de huevos sorprendido en flagrante, y enseguida se volvió e hizo una reverencia ante su grácil esposa.

-Así es, *madame*.

Matilda se acercó sonriente, le puso la mano en el brazo y dijo:

-Bienvenido a Rúan, Toki.

Cædmon se hizo a un lado, contempló a la reina -tan diminuta al lado de su esposo, como una muñeca- con auténtica admiración y se preguntó cuánto tiempo llevaría en silencio en la puerta.

El joven mensajero tragó saliva.

-Gracias, *madame*. Sólo temo que mis novedades tampoco a vos os serán bienvenidas.

Matilda esbozó la más altanera de sus sonrisas, que, para sorpresa de Cædmon, resplandeció un momento en su dirección.

-Mas seguro que el rey sabe apreciar la lealtad que le profesáis cuando exponéis sin falsear incluso lo enojoso, ¿no es así, *sire*?

-Eh... Naturalmente, *madame* -musitó el rey.

Cædmon apenas tuvo tiempo de esbozar una sonrisa furtiva antes de que Guillermo se volviera hacia él y ordenara:

-Dad con mis hijos y mis comandantes, hacedlos venir y enviad mensajeros a mis vasallos. Saldremos en cuanto las tropas estén reunidas.

-Sí, *sire*.

El repentino arrebato piadoso de Simón de Vexin suscitó asombro, inútiles discusiones e inoportuna hilaridad. Más o menos abiertamente se especulaba con qué tendría la buena de Judith para haber asustado al pobre Simón de tal modo que se desterrara al monasterio y arrastrara consigo a su jovencísima desposada.

Sin embargo, las consecuencias de tan extraño, aunque en modo alguno inaudito, acto eran todo menos hilarantes. De pronto Felipe de Francia se hallaba ante las puertas de Guillermo. El Vexin rendía vasallaje a Francia y a Normandía desde hacía mucho tiempo, y prácticamente había creado una zona neutral, un mullido cojín que amortiguaba más de una conmoción. Ahora, de súbito, estaba en manos de Felipe. En la frontera opuesta acechaba la amenaza del renegado Ralph de Gael y sus tropas bretonas. Y todos se temían que Malcolm, el rey de Escocia, no dudara en aprovechar el momento y abrir un tercer frente en la frontera septentrional del reino anglonormando. Guillermo seguía siendo el soberano más poderoso a ambos lados del canal, su territorio estaba intacto, mas, de repente, una gran amenaza se cernía sobre éste.

-Cruzaremos la frontera por St. Clair y ocuparemos el Vexin. En tres o cuatro días estaremos ante Mantes -aseguró Robert.

Pero el rey sacudió la cabeza.

-No haremos nada de eso. Iremos con mil o dos mil hombres a la frontera y le enseñaremos a Felipe nuestros efectivos. Por el momento será todo.

-Pero, padre, ¿vais a dejar pasar esta ofensa así sin más?

-¿Por qué ha de ofendernos que Felipe ocupe el Vexin? -medió Rufus-. Ni siquiera nos pertenece. A lo sumo podría ofenderse Simón, mas últimamente se ejercita en la pobreza monacal y seguro que le dejaría gustoso su reino a Felipe.

Los hombres que se hallaban reunidos en los aposentos privados del rey soltaron una risita, pero Robert, furioso, fulminó a su hermano con la mirada.

-Dios sabe que no le veo la gracia a esta situación. Por lo demás, esto no es de tu incumbencia, así que cierra el pico y ocúpate de tus asuntos ingleses.

-Permíteme -replicó Rufus, las cejas enarcadas-. Todo lo que ocurre en Normandía y en sus fronteras es un asunto inglés. Además, tu propuesta es tonta, estrecha de miras y...

-Ten cuidado, Rufus... -gruñó Robert, dando un amenazador paso hacia su hermano menor.

-¡Basta! -ordenó el rey en un tono tan rudo como casual, como si sus hijos fuesen dos perros de pelea. Y sin dignarse siquiera a pensar en lo mucho que aquello dañaba la imagen de Robert ante los nobles, comunicó-: Rufus tiene toda la razón. No empezaré una guerra con Felipe hasta que entre en territorio normando. Ése sería un buen motivo para ocupar el Vexin y tomar Mantes.

-Una excelente base desde la cual lanzar un ataque a París -musitó Rufus.

Su padre le dedicó una breve sonrisa conspiradora y asintió en señal de aprobación.

-Pero para eso aún no disponemos ni de fuerzas ni de dinero. Seguirá siendo un sueño... de momento. Y ahora vayamos al grano, *monseigneurs...*

Cuando se disolvió el consejo, Robert se acercó a su padre.

-¿Puedo hablaros a solas, *sire*? -preguntó.

El rey estampó su sello al final de la nota de protesta dirigida a Felipe que acababa de dictar a su escriba y le tendió el gran sigilo a Cædmon.

-Guardadlo bajo llave. -A continuación se volvió hacia su hijo con los brazos cruzados-. ¿Para qué? ¿Para volver a exponerme tus insolentes pretensiones? Para eso no tengo tiempo. Serás duque de Normandía el día que yo muera, no antes. Y ahora déjame solo.

-Pero, padre..., ¿es eso todo lo que puedo esperar a cambio de diez años de leales servicios? ¿Una rotunda negativa y una humillación pública?

Guillermo soltó torpemente el prendedor que mantenía cerrada la capa en la barbilla, se

desembarazó de ésta y la lanzó sobre una silla.

-Tus servicios no han sido más que aquello que un hijo obediente le debe a su padre. Has administrado Normandía con corrección y cautela, Robert, eso jamás te lo negaré, pero acabas de demostrar que careces de experiencia y perspicacia para gobernar solo. Y siempre que hagas una propuesta poco inteligente no vacilaré en decírtelo, lo oiga quien lo oiga. Ahora vete.

-Pero ¿cómo voy a mantener mi corte y mi séquito con los escasos ingresos de mis modestas tierras personales? Exigís que haga todo lo que haría un duque sin poner a mi disposición los medios...

-Sé que el verdadero motivo por el que quieres Normandía es el dinero -lo interrumpió Guillermo en voz queda-. Y precisamente por eso no vas a tenerla. Esta discusión ha terminado, no quiero oír más del tema. Y si no te vas ahora, Robert, quizá un puntapié mío te ayude.

Robert se sobresaltó ligeramente, retrocedió e hizo una perfecta reverencia ante su padre.

-*Sire*.

Acto seguido salió a toda prisa. El rey, que pareció olvidarlo al instante, se quitó la espada y la dejó en la mesa.

-¿Podríais traerme la cota de malla del arca, *thane*?

«Yo no soy tu ayuda de cámara, pero lo haré», pensó Cædmon, y alzó la maciza tapa de roble del arcón y sacó el pesado bulto envuelto en lana oscura. Una vez en la mesa, lo desenvolvió y sostuvo la cota de malla a la altura de los hombros.

-Excelente pieza -musitó admirado.

Guillermo se la colocó con hábiles movimientos y luego se puso en jarras profiriendo un gruñido de insatisfacción.

-Pero demasiado estrecha. ¿Cómo es posible que esté cada día más grueso cuando no como nada? -preguntó malhumorado, y procedió a deshacerse del pesado arnés, que le llegaba hasta la rodilla. Al depositarlo en un tajuelo, las pequeñas anillas tintinearon suavemente-. Decidme qué pensáis, Cædmon.

-Con los años, la mayoría de la gente engorda un poco, es normal. Mandad hacer una cota nueva y se acabó.

-¡Santo cielo, no me refiero a la maldita cota de malla! Quiero que me digáis qué pensáis de esta situación.

Cædmon se lo quedó mirando ceñudo.

-¿Por qué?

-¿Por qué? Porque deseo oír vuestra opinión -contestó Guillermo como si fuera la cosa más normal del mundo, como si fuera totalmente ajeno a su naturaleza hacer cortar la lengua a quienes expresaban su opinión con sinceridad. Al ver la mirada medio incrédula, medio burlona de Cædmon, ni él mismo pudo contener del todo una sonrisa, y admitió-: La reina estima que debería escucharos más.

-Veo que la reina sigue tramando nuevas formas de castigar mis pecados -gruñó Cædmon.

Guillermo se sirvió vino en un vaso, bebió y se lo quedó mirando un momento, ensimismado.

-Quién sabe. Sea como fuere, asegura que os encontráis en el estado de ánimo adecuado para decir verdades molestas y que en Ruan no hay muchos hombres así.

Cædmon se encogió de hombros.

-Sin duda la reina está en lo cierto en una cosa, *sire*: he pasado años viviendo con tantas mentiras que a menudo hasta yo mismo me resultaba insoportable, y me he jurado no volver a enredarme en falsedades. O en ilusiones y engaños. Y si su majestad cree que ahora soy más irreflexivo que antes porque ya no tengo tanto que perder, posiblemente también tenga razón; mas si cree que mi ánimo es tan suicida como para jugarme la vida sin más, se equivoca.

El rey revolvió los ojos con impaciencia.

-Oyéndoos se podría pensar que soy un tirano -refunfuñó.

Cædmon lo miró con incredulidad. ¿Acaso era posible que Guillermo hubiese olvidado que lo había amenazado hacía tan sólo unos días, en presencia de Toki Wigotson? ¿Y todas las demás veces? «Sí, posiblemente lo haya olvidado», reconoció. Guillermo, que por lo demás tenía una memoria notable (sobre todo cuando se trataba de no olvidar una humillación), con frecuencia no parecía recordar lo que decía cuando estaba enfurecido. Como si la fría ira paralizara una parte de su entendimiento. «Una idea inquietante», pensó Cædmon.

Guillermo lo observaba desafiante, con los brazos cruzados y una mansa sonrisilla, como si quisiera decir: «Menudo cobarde estás hecho».

Cædmon se frotó el mentón contra el hombro. Luego dijo vacilante:

-Bueno, *sire*, estoy seguro de que es sensato restregarle el reluciente acero al rey de Francia por las narices. Os teme desde la infancia y...

-¿Cómo es que sabéis eso?

-Uno de los espías de Lanfranc en la corte de París, un criado, es hijo del ama del rey. Prácticamente se ha criado con Felipe y ha informado de que, cuando el pequeño príncipe Felipe no era obediente, el ama lo amenazaba con que Guillermo de Normandía iría a buscarlo.

El rey sonrió divertido.

-¿Aún vive esa mujer? Podría ofrecerle una renta anual...

Cædmon no pudo por menos que sonreír.

-Lanfranc le contó la historia a mi hermano Guthric, y Guthric a mí. Y aparte de que para Felipe de Francia vos seáis el coco, os teme porque sabe que sois un gran estratega y más poderoso que él. Deberíamos aprovechar este miedo. Lo que, por el contrario, no haría ningún bien a nuestra causa sería empujar a sus brazos a vuestro hijo Robert.

-¡Cædmon! -rugió el rey indignado-. ¿Cómo os atrevéis?

-Eso era lo que queríais, *sire*, mi opinión. He de admitir que ha ido mucho mejor de lo que yo creía...

-Pero ¿cómo podéis pensar que Robert se enfrentaría a mí?

-Oh, no digo que vaya a hacerlo, pero le ha ofendido vuestra actitud negativa. Y sobre todo que prefiráis a Rufus.

-¡Eso es ridículo! ¡No es cierto!

-No, lo sé, pero da esa impresión.

Cædmon comprobó sorprendido que, efectivamente, Guillermo pareció detenerse a pensar en sus palabras. Por lo visto, lo que quiera que le hubiese dicho la reina había dado lugar a algunos buenos propósitos; propósitos que, en opinión de Cædmon, durarían más o menos hasta la cena, siempre y cuando las condiciones fueran favorables.

-No puedo entregar Normandía a Robert -dijo Guillermo enérgicamente, mas sin ira-. No está preparado. Y mi reino todavía no está lo bastante consolidado para dividirlo. Tal vez más adelante, si Dios aún me concede unos años para pacificarlo, ponerlo en orden y fortalecerlo. Pero no ahora.

Cædmon asintió.

-Eso sin duda es sabio, *sire*, pero tal vez deberíais tomaros la molestia de aclarar vuestra postura a Robert.

Guillermo se ciñó la espada. Sus manazas se pusieron a toquetear la hebilla del cinto con la impaciencia que tanto le caracterizaba.

-No le debo ninguna explicación. Es mi hijo y ha de obedecerme.

Sin aguardar respuesta, el rey abandonó la estancia precipitadamente.

L'aigle, octubre de 1077

-Dios, cómo detesto a ese Edgar Ætheling -espetó Eadwig asqueado-. Es escurridizo como una anguila, taimado como un zorro, falso como un gato y...

-Los gatos no son falsos -protestó Henry-. Son criaturas orgullosas e incomparables cazadores. A mí me gustan los gatos. Además, el príncipe inglés es amigo de Robert, y no deberías decir esas cosas de él.

Eadwig miró al niño con una sonrisa contrita.

-Henry tiene razón -observó Cædmon-. Deberías tener cuidado con lo que dices, Eadwig. Aquí las paredes oyen.

-Pero si estamos al aire libre -musitó su hermano, y se remetió los largos cabellos tras la oreja izquierda, aunque en vano. Se acarició sin darse cuenta la corta cabellera: hacía dos días se había hecho cortar el pelo a la manera normanda. Era el precio por haber perdido una apuesta hecha con el joven Montgomery en estado de embriaguez. Cædmon desconocía cuál había sido el objeto de la apuesta y tampoco quería saberlo. Lo único que sabía a ciencia cierta era que todos ellos se aburrían, que cada vez estaban de peor humor y que la propensión a hacer tonterías iba en aumento. Eso era válido tanto para él como para su hermano, los príncipes y su séquito. Cruzó los brazos entre suspiros y se apoyó contra el muro del establo, que se hallaba en el patio del modesto y pequeño castillo.

-No te aflijas, Eadwig. Ya crecerá.

-Espero que no tarde -repuso su hermano, y suspiró con tanta tristeza que Leif y Rufus rompieron a reír.

-De todos modos tienes toda la razón en lo del príncipe Edgar -intervino Rufus-. Yo digo que es una víbora, y me da igual quién me oiga. No para de sonreír.

Leif dirigió una mirada inquisitiva a Cædmon.

-He notado que últimamente te busca a todas horas. ¿Qué quiere de ti?

-Dinero -respondió Cædmon.

Los demás asintieron sin decir palabra. Sólo Henry preguntó:

-¿Para qué?

Se hizo un breve silencio antes de que su hermano le pusiera la mano en el hombro y explicara:

-Para Robert, Henry. Nuestro hermano tiene deudas.

-Ah. ¿Por qué? Tiene más tierras que tú y yo juntos.

Todos lo miraron con perplejidad. Para ser un niño de nueve años, Henry a veces sabía las cosas más sorprendentes. «Posiblemente sea porque es un magnífico interlocutor y observador, y tan silencioso que muchos tienden a pasar por alto su presencia y se ponen a hablar como si no estuviera allí», pensó Cædmon. A ese respecto Henry era igual que Guthric, que ya de pequeño, en Helmsby, conocía los secretos mejor guardados, un don que ahora, siendo la mano derecha del poderoso arzobispo, resultaba en extremo provechoso. Rufus suspiró.

-Con franqueza, tampoco yo acabo de entender por qué Robert tiene problemas de dinero. ¿Tú lo sabes, Cædmon?

Éste sacudió la cabeza.

-Edgar Ætheling se limita a lanzar significativas insinuaciones.

-Pero es obstinado -comentó Rufus-. ¿Con qué trata de engatusarte?

Cædmon lo fulminó con la mirada.

-No es asunto tuyo, pero todos deberíais tener cuidado con él. Y eso va sobre todo por ti.

Rufus se encogió de hombros, cohibido, y fingió no entender la advertencia.

-Oh, sé que me detesta porque cree que mi padre me prefiere a mí antes que a Robert.

-Robert también lo cree -musitó Leif.

Se impuso un breve silencio incómodo.

-Si al menos nos fuéramos de este agujero de mala muerte... -suspiró Henry con languidez-. Ojalá estuviéramos en casa, en Inglaterra.

Cædmon sentía lo mismo.

En su momento no tuvo nada en contra de Ruan, pues allí estaba Wulfnoth, cuya compañía le hacía bien. La paciencia con que Wulfnoth Godwinson aceptaba su suerte y soportaba un

cautiverio de casi veinticinco años, su ironía consigo mismo y su serenidad poco menos que jovial constituían un ejemplo que avergonzaba y animaba por igual a Cædmon. Habían tocado el laúd, leído los libros de Wulfnoth y conversado, y Cædmon casi había sentido físicamente cuan saludable era su amistad. Sin embargo, cuando estalló la crisis del Vexin, el rey empezó a recurrir a él constantemente, y todos se habían marchado e iban de castillo en castillo desde hacía meses para consolidar las fronteras e impedir que el rey francés se ganara a nobles normandos para su causa. Había sido un verano húmedo, agotador y triste, y todos se preguntaban cuánto más pretendía seguir Guillermo jugando al gato y al ratón con Felipe.

-Venga, vámonos, está empezando a llover -dijo Eadwig.

-Pero ¿qué vamos a hacer en la sala? -refunfuñó Rufus.

-Podemos jugar a las adivinanzas -propuso Henry.

Los muchachos no tuvieron reparo en bostezar.

-Cielo santo, Henry, no conozco a nadie que esté tan obsesionado como tú con los acertijos -comentó su hermano.

-Richard era igual -recordó Leif, mirando risueño al pequeño príncipe-. Os parecéis en muchas cosas, ¿sabes?

Henry sonrió con orgullo.

-¿De verdad?

-Pero no te hagas ilusiones -gruñó Rufus-. Quiere decir que tienes la nariz igual de ganchuda y que montas igual de mal que él.

Henry lo miró ofendido.

-¡Richard no era un mal jinete!

Cædmon miró a Rufus y sacudió la cabeza en señal de reproche. Sabía que no era su intención empañar el recuerdo de Richard o herir a Henry, era sólo una de esas observaciones típicamente mordaces e irreflexivas en las que era tan pródigo como su padre.

-¿Entonces qué, Cædmon? -insistió Henry-. ¿No te sabes ningún acertijo que aún no conozcamos?

-Sí, es posible.

Se dirigían a la sala cuando un grupo de unos doce jinetes entró precipitadamente en el patio. Henry iba mirando a Cædmon, de modo que casi se metió bajo los cascos de los recién llegados. Eadwig lo agarró por el brazo y tiró de él hacia atrás.

-¿Estás ciego, zoquete? ¡Ten más cuidado!

El grupo se detuvo. Los jóvenes caballeros normandos desmontaron, y el que iba a la cabeza se aproximó parsimonioso a ellos. Se plantó ante Eadwig con los brazos en jarras.

-¿Qué habéis dicho?

El joven inglés se lo quedó mirando confuso.

-¿Qué?

-«¿Estás ciego, zoquete?» ¿He oído bien?

Eadwig comprendió y esbozó una sonrisa.

-Oh, no me refería a vos, Montgomery.

-¿No? ¿A quién, pues?

Eadwig abrió la boca, pero no quería admitir que había llamado zoquete a su príncipe, pues ésa era precisamente la espontaneidad inglesa que allí nadie entendía.

El joven normando se quitó el yelmo y lo tendió, junto con las riendas de su caballo, a un mozo de cuadra que acudió corriendo. También se llevaron los demás caballos, y los normandos se reunieron en torno a Montgomery, que se cruzó de brazos y le cerró el paso a Eadwig.

-¿Y bien? Soy todo oídos.

Eadwig sacudió la cabeza y se encogió de hombros.

-No tengo nada que deciros. No me he dirigido a vos y tampoco tengo motivo para ofenderos. Ahora haced el favor de dejadme pasar. -Con una mueca casi cómica, se llevó la mano a la nuca-. Está lloviendo, y es una sensación horrible que la lluvia le dé a uno en la

nuca. No sé cómo lo soportáis los normandos.

-Nosotros no somos unos blandengues como vosotros los ingleses -replicó Montgomery.

Eadwig resopló y se apartó para rodear a los normandos, mas Montgomery hizo el mismo movimiento.

-Primero os disculpáis, y luego os ponéis a cubierto.

-¿Qué significa esto, Montgomery? -inquirió Cædmon indignado-. Él no os ha ofendido.

-¡Ay, ay, ay! -Montgomery se llevó la mano al corazón fingiendo estar impresionado-. El intrépido *thane* defendiendo a su hermanito.

Las manos de Eadwig se tornaron sendos puños, mas antes de que pudiera decir o hacer nada, Rufus se acercó a Montgomery y le advirtió en voz baja:

-Buscáis pelea y estáis borracho. Será mejor que os esfuméis antes de que el rey os vea así. Marchaos a dormir la mona.

Montgomery no se atrevió a soltarle al príncipe lo que a todas luces tenía en la punta de la lengua, pero su cara de desprecio lo decía todo.

Rufus le puso la mano en el brazo a Eadwig.

-Venga, vámonos.

Eadwig vaciló antes de echar a andar. Su sombrío semblante delataba su ira, mas se dominó. Sin embargo, al volverle la espalda a Montgomery, otro normando le puso la zancadilla, y él cayó al embarrado suelo. Antes de que pudiera ponerse en pie, el normando sacó un puñal, pero Leif tiró hacia atrás de Eadwig y le arrebató el arma al desconocido. Otros tres normandos se abalanzaron al momento sobre él: dos lo cogieron por los brazos y el tercero lo golpeó hasta que Eadwig lo agarró y lo derribó de un tremendo puñetazo. Cuatro de los caballeros ingleses de Henry salieron de la garita de la puerta, se hicieron cargo de la situación y se sumaron con entusiasmo a la trifulca. Todos llevaban semanas padeciendo la altanería de los adeptos a Robert, así como las tensas circunstancias y la interminable espera de una batalla que no comenzaba, de manera que aquella pequeña distracción era más que bienvenida.

Cædmon agarró casi por casualidad a uno de los normandos que le había propinado a Eadwig una patada en los riñones y lo arrojó con fuerza al lodazal más cercano antes de coger a sus príncipes y sacarlos de la zona de peligro. Con una mezcla de asombro y espanto, vieron que un número cada vez mayor de hombres acudía a meter baza. Los caballeros de Robert se enzarzaron en una enconada pelea con los de Rufus y Henry, que al poco se convirtió en una refriega monumental.

Rufus se mordió la uña del pulgar y gruñó:

-Dios, cómo me gustaría participar. -Lanzó una mirada a Cædmon y se encogió de hombros, risueño-. ¿A qué viene esa cara de desaprobación? Déjalos. Les viene bien desahogarse un poco.

-Esta no es una riña inocente, Rufus -contestó Cædmon-. Es mucho más que eso.

-Por favor. Además, tú tampoco es que suelas hacerte de rogar.

Cædmon rehusó responder. Cuando vio que Montgomery y un caballero de Rufus sacaban sendas espadas y las cruzaban, se apartó.

-Ven conmigo.

-Pero, Cædmon... -protestó Rufus.

-Por favor, Rufus, sólo por esta vez haz lo que te digo. Esto no es ninguna diversión.

Rufus se encogió de hombros con frustración, mas siguió el ejemplo de Henry y acompañó a Cædmon a la sala. Ambos príncipes se detuvieron en el último peldaño para no perderse la animada escaramuza, a la que entre tanto se habían sumado al menos treinta jóvenes.

Cædmon se precipitó a la sala principal, donde se encontraba el rey con su hijo mayor y el comandante del castillo.

-... Habrá que confiscar una parte de la cosecha si pretendéis pasar el invierno aquí, *sire* -decía el noble normando con seriedad-. Y eso significa...

-Lamento molestaros, *sire*, pero os ruego que salgáis fuera conmigo -interrumpió Cædmon

con rudeza.

Los tres hombres se lo quedaron mirando ceñudos.

-¿Qué os habéis creído, Cædmon? -preguntó indignado el príncipe Robert.

Cædmon no le hizo caso -otra descortesía imperdonable- y miró al rey a los ojos.

Guillermo se levantó sin decir palabra, siguió a Cædmon y una vez en la puerta murmuró:

-Espero por vuestro bien que sea importante, *thane*.

Cædmon no dijo nada, sólo lo condujo lo más aprisa posible al patio.

Guillermo se detuvo en la entrada, junto a sus hijos, y examinó la frenética algarabía. Tres o cuatro hombres yacían inmóviles y embadurnados de barro en medio del aguacero. Un carro con sacos de harina había volcado y derramado su carga en el patio; algunos sacos habían reventado y su valioso contenido corría hacia la puerta formando pequeños regueros lechosos. Los soldados de la guardia habían abandonado su puesto y permanecían al margen de brazos cruzados, mirando sonrientes.

El rey bajó unos peldaños y bramó:

-¡Basta!

Lo mismo le habría valido susurrar. Sólo lo oyeron los que se peleaban al pie de la escalinata, que se separaron en el acto y se quedaron inmóviles con los hombros caídos y el semblante turbado, sin atreverse a mirarlo. Los demás siguieron atizándose, y aquí y allá algunos incluso habían desenvainado.

Guillermo terminó de bajar la escalinata, paseó la mirada por la barahúnda y finalmente enganchó con su poderosa mano a uno de los participantes más diligentes y lo quitó de en medio. Éste, a quien tan groseramente acababan de incomodar, se volvió con los puños en alto, enfurecido, y como el rey no se movió un ápice, se vio prácticamente pegado a él. El terror crispó su carnosa boca bajo la protección nasal, y el pendenciero hincó la rodilla al instante, bajó la cabeza y se quedó inmóvil. También Guillermo permaneció impertérrito. Aquel extraño remanso de paz no pasó inadvertido. Poco a poco fue llamando la atención de quienes se hallaban inmersos en la trifulca, que suspendieron la brutal zurra. Algunos quedaron encorvados, jadeantes. Otros se pasaban la manga por el ensangrentado rostro o se llevaban la mano a las heridas. Y todos se miraban apocados la punta de los pies.

Finalmente volvió a reinar la tranquilidad y un silencio tan absoluto que se oía el rumor de la lluvia.

-¿Quién es el oficial de guardia? -inquirió Guillermo en voz queda.

-Hamo Fitz Hugh, *sire* -contestó Rufus.

-Ve por él -ordenó el rey sin alzar la vista. Acto seguido le dijo al hombre que tenía arrodillado ante sí-: Dejadme ver vuestro rostro.

El aludido se quitó el yelmo.

Guillermo lo miró impasible.

-¿Guillaume Fitz Osbern?

Cædmon se estremeció casi imperceptiblemente y clavó los ojos en el desconocido. No había duda. El parecido con Etienne era inmenso. Aquel hombre era el primogénito del antiguo senescal.

-Sí, *sire*. Yo..., yo... -Fitz Osbern tragó saliva y volvió a bajar la cabeza-. Perdonadme, *sire*.

Guillermo no dijo ni sí ni no.

-No sabía que estabais aquí. ¿Cuándo pensabais venir a presentarme vuestros respetos?

-Acabo de llegar, mi rey.

-Vaya, vaya. Y no lo habéis hecho precisamente con discreción. Me alegro de que vuestro padre no tenga que ver esto, Guillaume. ¡Deberíais avergonzaros!

-Sí, *sire*.

Rufus volvió con el oficial, que hizo una respetuosa reverencia.

-¿Mi rey?

Guillermo levantó la vista distraído, como si hubiese olvidado para qué lo había hecho traer; luego señaló a los soldados de la guardia, que trataban sin éxito de alcanzar la puerta a

hurtadillas.

-Esos hombres han abandonado su puesto, Hamo. Ocúpate de que sean castigados.

-Ahora mismo, *sire* -asintió Hamo Fitz Hugh.

Guillermo volvió a su joven y compungido pariente.

-Podéis levantaros, Fitz Osbern, pero exijo una explicación. ¿Cómo se ha armado tan indigno escándalo?

Avergonzado, Guillaume Fitz Osbern se pasó la manga por el sanguinolento labio, miró alrededor y apuntó con el dedo a Eadwig.

-De camino aquí, me encontré a Robert Montgomery y a algunos amigos, *sire* -contó-. Al entrar en el patio, ese bruto inglés ofendió a Montgomery. Cuando éste le pidió cuentas, el inglés escurrió el bulto. Trató de escabullirse, yo se lo impedí, y entonces aquel perro danés de ahí me golpeó.

-¿Leif? ¿Eadwig? ¿Qué tenéis que decir? -preguntó el rey con visible impaciencia.

Ninguno habló. Sabían que, dijeran lo que dijesen, su palabra no valía nada contra la de un Fitz Osbern.

El rey asintió y dijo a Rufus:

-Son tus caballeros. Tú los llamarás a capítulo.

Rufus sacudió la cabeza con incredulidad.

-Pero, *sire*, no ocurrió así. ¡Yo estaba presente!

Antes de que el rey pudiera responder, Robert, que también había salido al patio, se adelantó y se plantó ante su hermano.

-¿Pretendes acusar a Guillaume Fitz Osbern de mentiroso? -inquirió con cara de asombro-. ¿Estás seguro de que sabes quién es?

Rufus resopló ruidosamente, más confuso que enfadado.

-Pues claro que sé quién es, Robert, y no pretendo acusar a nadie. Sólo digo que no ocurrió así. -Se volvió al joven, más poderoso y respetado, Fitz Osbern-. Os equivocáis, *monseigneur*. Eadwig de Helmsby no ofendió a Montgomery.

-¿Helmsby? -Fitz Osbern escupió el nombre con desdén-. Ahora sí que no me sorprende.

El rey no dejó de lanzarle una mirada maliciosa a Cædmon, que se había puesto blanco como la cal, antes de volver a Rufus.

-En tal caso, cuéntame qué pasó.

El príncipe describió con pocas palabras los hechos desencadenantes de la pelea.

-No sé por qué Fitz Osbern se sintió amenazado -concluyó-, pero, sea como fuere, sacó su puñal cuando Eadwig yacía en el suelo, y Leif reaccionó instintivamente para proteger a Eadwig. De haber estado en su lugar, yo habría hecho lo mismo, *sire*.

Guillermo no dejó de mirarlo mientras preguntaba:

-¿Henry?

Su hijo menor se encogió de hombros con desagrado, si bien contestó resuelto:

-Fue como dice Rufus, padre.

-¿Cædmon?

«¿Por qué me preguntas a mí?», pensó éste molesto. «Eadwig es mi hermano y Guillaume Fitz Osbern, mi enemigo; por consiguiente, mi respuesta restará crédito a la verdad.» No obstante se limitó a decir:

-Sí, *sire*, así fue.

El rey se volvió hacia su primogénito.

-Al parecer fueron tus caballeros los que provocaron tan infame incidente.

-Un momento -repuso Robert, tan indignado que olvidó las formas-. ¿Dais más importancia a la palabra de un embustero convicto, además de inglés, que a la de un noble normando que es pariente vuestro, *sire*?

Guillermo ni siquiera pestañeó.

-No veo qué tiene que ver la nacionalidad con este asunto, Robert. ¿Y qué hay de la palabra de tus hermanos?

-¡Es evidente! Están protegiendo a sus caballeros.

-Igual que harías tú, ¿no es cierto?

-¡Naturalmente!

-¿De veras? -Guillermo miró fijamente a su hijo mayor-. Así que me mentirías.

Robert se vio en un apuro e hizo lo que su padre habría hecho: emprendió la huida hacia delante.

-Se podría pensar que queréis tergiversar mis palabras. Yo no estaba presente, de modo que no puedo decir lo que ocurrió, y estoy en desventaja con respecto a mis hermanos; sin embargo, no tengo necesidad de mentir por mis caballeros, pues sé que Fitz Osbern y Montgomery dicen la verdad.

Guillermo frunció el entrecejo.

-Montgomery ni siquiera se ha pronunciado. -Miró sin mucha simpatía al hijo del valeroso conde de Shrewsbury-. ¿Y bien, Montgomery? Estoy impaciente.

El joven normando sacudió la gacha cabeza.

-No..., no comprendo lo que está pasando aquí, *sire*. ¿Cómo..., cómo podéis poner en duda la palabra de Fitz Osbern? ¿Acaso no es el hijo de vuestro más leal e íntimo confidente?

-Y el hermano de un traidor -espetó el rey con frialdad.

Un murmullo indignado se levantó entre los caballeros de Robert.

Montgomery miró suplicante al rey.

-¿Y qué hay de mi padre? ¿Es que no era para vos como un hermano?

El rey clavó la vista en él, y fue tal el desprecio que destilaban sus negros ojos que Montgomery no consiguió resistir la mirada.

-Apeláis a vuestro padre para desviar la atención de vuestra lamentable debilidad -contestó el monarca, glacial-. Porque vos no tenéis nada, absolutamente nada, que hable en vuestro favor. -Luego se volvió hacia su primogénito y señaló las gachas cabezas del patio-. Robert, apartarás a todos estos hombres de tu servicio. Abandonarán hoy mismo este castillo. No quiero volver a ver a ninguno.

Robert había palidecido. Cædmon observó que un músculo se contraía en su mejilla derecha: el príncipe también había heredado eso de su padre.

-Si desterráis a mis caballeros de vuestra corte, yo me iré con ellos -amenazó Robert en voz baja.

Guillermo lo contempló un momento con incredulidad y esbozó una fría sonrisa.

-¿Ésas tenemos? Y esperas que me afecte, ¿no es así? -Señaló la puerta con la barbilla y se volvió bruscamente-. Seguiremos hablando a solas. -Subió los peldaños sin esperar a Robert, que fue tras él a toda prisa.

Rufus se apoyó contra la tosca pared de madera contigua a la puerta de la sala y ocultó el rostro entre las manos.

-Oh, Dios... -musitó-, me cuesta tanto creer en ti. Pero si quisieras demostrarme que existes, éste sería el momento adecuado.

Cædmon se esforzó por ignorar las miradas asesinas de Guillaume Fitz Osbern y consoló al príncipe posando la mano en su brazo.

-Ven, Rufus, aquí no. Entremos.

Tanto Rufus como Henry lo siguieron a la sala. Eadwig y Leif subieron juntos la escalinata y se unieron a ellos.

-Ay, Cædmon, ¿qué pasará si mi padre y Robert se enemistan? -preguntó Rufus consternado-. Yo..., yo no lo pretendía. De verdad que no. Pero Fitz Osbern mintió, y Leif y Eadwig no decían nada para defenderse... ¿Por qué, por qué siempre traigo la desgracia a aquellos a los que quiero?

Nadie llegó a saber qué se dijeron a solas el rey y su hijo, pero la conversación desembocó en una ruptura definitiva. Antes incluso del ocaso, el príncipe Robert se marchó del castillo de

L'aigle con su séquito, y el rey no se dejó ver esa noche ni al día siguiente, y tampoco estaba para nadie.

Robert reunió a sus incondicionales, hizo caso a las lisonjas de Edgar Ætheling y otros protegidos, y llevó a cabo la audaz pero increíblemente insensata tentativa de tomar Ruan. El comandante del castillo repelió el ataque con facilidad, más estupefacto que seriamente apurado.

Con todo, la discordia abrió una grieta en la dinastía que no tardó en afectar y dividir a todo el país. Tras el infructuoso sitio de Ruan, Robert corrió a refugiarse con sus huestes en la corte de su tío, el duque de Flandes, enemigo declarado del rey. Allí recibió a enviados del rey de Francia y no dudó en intrigar contra su padre. Y a medida que pasaban los meses, cada vez eran más los nobles normandos que se adherían a él, sobre todo los hijos mayores de aquellos a quienes Guillermo se había llevado consigo a Inglaterra y enfeudado allí. La mayoría de los primogénitos, coetáneos de Robert, se habían quedado en casa para administrar la residencia paterna, igual que hiciera Robert para su padre, de manera que no era sino lógico que se sintieran más unidos al príncipe que al rey. Y Guillermo, que se encontraba en Ruan, tuvo que ser testigo de cómo los hijos de sus leales vasallos se unían al hijo renegado en Flandes. También Ralph de Gael, antiguo conde de Norfolk y esposo de Emma Fitz Osbern, el mismo que planeara con su hermano la caída de Guillermo, le ofreció a Robert su ayuda, así como los castillos bretones que le sirvieran de base.

Eadwig se echó la culpa de aquella grave discordia familiar, y le pidió al príncipe Rufus que lo apartara durante un tiempo de su servicio para retirarse unos meses a un monasterio normando a rezar, ayunar y hacer penitencia.

Sin embargo, Rufus se lo negó. Al igual que su padre, también él sabía pasar cruelmente por alto las súplicas de sus caballeros, aunque, a diferencia de su progenitor, él al menos daba una explicación.

-No es culpa tuya, Eadwig, sino mía. En todo caso, eso piensa el rey. ¿Cómo voy a soportar el temor a su ira si no estás aquí? Y está iracundo, ¿sabes? ¿No dices que quieres hacer penitencia? Pues entonces quédate aquí.

Ruan, diciembre de 1078

Cædmon llamó a la puerta de los aposentos privados de Guillermo, sobre la gran sala, y entró sin más, pues Toki Wigotson lo había avisado de que el rey quería hablar con él de inmediato. No obstante, al ver la escena que se desarrollaba en la estancia, deseó haber esperado a que lo invitaran a pasar. Debía aprender de una vez a observar la etiqueta.

La reina estaba ante su esposo llorando amargamente.

-Por favor, trata de comprenderme, Guillermo.

-¿Cómo voy a entender que me engañes? -inquirió él con frialdad.

-¡Pero es mi hijo!

Cædmon se quedó en la puerta, inmóvil, y cerró los ojos. «Oh, no. Por favor, no. Quiera Dios que no haya vuelto a hacerlo...»

-Es un traidor -espetó el rey, al parecer sin inmutarse ante la súplica.

Guillermo estaba a sólo un paso de su esposa, descollando por encima de ella, alto como una torre. En condiciones normales, Matilda ya resultaba menuda y delicada cual sílfide a su lado, mas acurrucada y medrosa parecía frágil como un junco.

La reina había tardado mucho más que el rey en perdonar su delito a Cædmon, lo había tratado con la mayor de las condescendencias hasta hacía unas semanas y despreciado la mayor parte de las veces, de forma que Cædmon experimentó una efímera satisfacción al verla así. No obstante se avergonzó inmediatamente, pues sabía que era una mujer desesperada, muy triste y, en ese instante, amenazada. Cædmon vio con sus propios ojos lo

que jamás habría creído posible: el rey tentado de levantarle la mano a su idolatrada Matilda.

Cædmon hizo acopio de valor, respiró hondo y preguntó:

-¿Me habéis hecho llamar, *sire*?

Ambas cabezas se volvieron hacia él, pero Matilda la apartó y musitó:

-Por favor, volved más tarde, *thane*.

-¡Quedaos! -se opuso Guillermo, que miró a la pobre pecadora y preguntó-: ¿Cuánto ha sido esta vez?

Ella no dijo nada, sólo retrocedió, casi vacilante, y se dirigió a la ventana.

Guillermo la siguió.

-*Madame*, ¡se me ha agotado la paciencia!

Ella clavó la vista en él, intimidada y atónita, los labios temblorosos. Tan deplorable estampa era demasiado incluso para Guillermo, pero antes de que ablandara su corazón, se giró hacia Cædmon y ordenó:

-Id en busca de Hamo Fitz Hugh y decidle que es mi deseo que el mensajero de la reina sea torturado hasta que desvele cuánto dinero entregó a los rebeldes.

-¡No! -exclamó Matilda horrorizada-. No, por favor. Fueron..., fueron dos mil libras -confesó sin aliento.

Guillermo la miró con incredulidad. Dos mil libras era una suma ingente. Por un momento la perplejidad sustituyó a la ira. El rey fue despacio hasta la mesa y se dejó caer en un sillón.

-Con eso puede pagar a todo un ejército -masculló con voz bronca-. ¿Cómo has podido hacerlo, Matilda? ¿Cómo has podido?

La engañosa calma le infundió un soplo de valor a la reina.

-Has de entenderlo, tiene muchas deudas. Para eso era el dinero, no para pagar soldados -trató de explicarle.

Guillermo soltó un bufido.

-Eso era lo que él quería que creyeras.

-No, no es así. Lo sé por informadores fiables de Flandes. Desde que derrotaste a Robert en Rémalard, su situación es... desesperada.

El rey dio un respingo, como si se hubiese pinchado con algo.

-¡Y ésa era precisamente mi intención! ¡Si todos sus partidarios y aliados lo hubiesen abandonado y él se hubiera sentido lo bastante desesperado, quizá habría venido a pedirme perdón!

-¿Cómo va a hacerlo después de comunicarle que lo matarás a golpes si lo vuelves a ver? -repuso ella con voz entrecortada, las lágrimas resbalando de nuevo por su rostro-. Siento haberte engañado, pero había tanta desesperación en su súplica... ¿Qué iba a hacer? ¡Al fin y al cabo es mi hijo, Guillermo!

El rey le devolvió la mirada con el semblante impasible.

-Acabo de comprobar, no sin extrañeza, que no sois ante todo duquesa y reina, sino madre, *madame*. Por tanto me veo obligado a desposeeros por el momento del control de vuestra fortuna personal. Aunque es posible que vuestro error acarree graves consecuencias, estoy dispuesto a perdonaros una vez más, pero no a vuestro mensajero. Lo haré cegar.

Matilda lo escuchó cabizbaja. Cuando su esposo terminó, se acercó a él despacio y, para su gran turbación, Cædmon presenció cómo la reina doblaba la rodilla ante su marido.

-Por favor, *sire*, sed benévolo con mi caballero. Él sólo hizo lo que le encomendé.

-Que os sirva de lección para que en el futuro sopeséis más vuestras órdenes -repuso él en voz queda, casi amable.

-Guillermo, os lo suplico...

-Es inútil. Cædmon, llevad a la reina a sus aposentos y ocupaos de que se cumpla de inmediato la sentencia contra su mensajero. Y que no se os vuelva a olvidar, *thane* -concluyó amenazador.

Cædmon apretó los dientes y negó con la cabeza.

-No, *sire*.

Después se aproximó a Matilda y le ofreció la mano. Estaba seguro de que ella haría caso omiso, mas, para sorpresa suya, la reina posó encima la siniestra, aceptó la ayuda y salió con él sin oponer resistencia. Ya en el corredor, Cædmon la cogió del brazo y la sostuvo. Al entrar en sus aposentos, las dos damas que allí se encontraban intercambiaron una mirada de espanto, si bien no dijeron nada ni se movieron.

Cædmon titubeó un instante antes de preguntar:

-¿Hay algo que pueda hacer por vos, *madame*?

Ella alzó la cabeza y lo miró. Iba recobrando la serenidad poco a poco. Cædmon vio en su rostro que el dolor daba paso a la resignación. Con fuerza de voluntad, irguió sus estrechos hombros.

-No, no podéis hacer nada. Ya ni siquiera os escucha a vos. Ni a mí.

-Le amarga profundamente la rebelión de Robert, *madame* -intentó explicar él con tacto-. Con razón.

Matilda esbozó una débil sonrisa.

-Naturalmente. ¿Cómo se me habrá ocurrido pensar que en esto estaríais de mi parte y no de la suya?

Cædmon bajó la vista, infeliz.

-*Madame*, yo...

-No importa. -Mostró un atisbo de su altiva sonrisa real-. Posiblemente acabéis de hacerme un gran favor, y os estoy muy agradecida. Teniendo en cuenta lo dura que he sido con vos, habría entendido que os hubieseis escabullido sin más.

Él se inclinó ante ella.

-Estáis equivocada, *madame*. Os debo mi vida, así como mi regreso del exilio, y siempre estaré en deuda con vos. Además, vuestra dureza no era inmerecida.

La reina se lo quedó mirando pensativa.

-De eso ya no estoy tan segura, *thane*, ahora que sé cuán fácil es pasar del amor al engaño y la traición, al ser aquél más fuerte que la conciencia. Estos últimos meses no he podido evitar pensar en vos, ahora que he experimentado en carne propia lo que se siente al estar entre dos seres queridos y no poder amar a uno sin engañar al otro. Y de pronto ya no puedo condenar lo que habéis hecho. -Sonrió con tristeza..-. Ya sabéis, Cædmon, al que al cielo escupe, a la cara le cae.

Él la miró a los ojos y por un momento no supo qué decir. Luego hincó la rodilla ante ella, tomó la mano que le tendía y se la llevó un instante a los labios. Encontró muy valientes, mas sobre todo generosas, sus palabras.

-Os lo agradezco, *madame* -dijo en voz queda-. Y haré lo que pueda por vuestro mensajero.

-No, Cædmon -negó ella asustada-. He oído la advertencia del rey, no haréis sino atraer la desgracia sobre vos. Por..., por terrible que sea que el pobre Gilbert tenga que pagar tan cara su lealtad hacia mí, vos no podéis impedirlo.

Cædmon se puso en pie y esbozó una sonrisa casi conspiradora.

-No, probablemente no pueda impedirlo del todo, pero tal vez la guardia sea negligente y sólo le ciegue un ojo. Y dentro de unos días, cuando la cólera que siente el rey por vuestro caballero se haya aplacado, tal vez la guardia sea un poco más negligente y deje escapar al leal Gilbert.

Ella lo miró con incertidumbre.

-¿Sería eso... posible?

Cædmon asintió. Michel, su viejo amigo de la guardia del castillo de Ruan, lo arreglaría de un modo u otro si Cædmon le explicaba la situación sentados en un rincón tranquilo con un vaso de vino.

-Oh, Cædmon... -La reina se llevó una mano a la boca y tuvo que hacer un esfuerzo para no llorar de nuevo-. Os estaría tan agradecida. Si hay algo que pueda hacer para demostraros mi agradecimiento...

Él la miró un instante a los ojos y sonrió débilmente.

-Sería muy poco caballeroso tomaros la palabra. Además, parecéis olvidar que sois mi reina y tenéis derecho a mis servicios sin ofrecer compensación alguna. Sin embargo, si escucháis de nuevo los dictados de vuestro corazón y al hacerlo constatáis que no sólo me habéis perdonado a mí, sino también a Aliesa, escribidle una carta y hacédselo saber, *madame*. Significaría..., significaría mucho para ella.

La reina asintió sin vacilar.

-Naturalmente que lo haré.

En la escalera Cædmon se preguntó por qué lo habría hecho llamar Guillermo, pero no volvió para averiguarlo. Últimamente, nadie se acercaba al rey de buen grado.

Cuando atravesaba la sala, vio a Wulfnoth con el laúd en su eterno sitio y se dirigió a él.

Wulfnoth levantó la ya canosa cabeza y sonrió.

-Cædmon, siéntate a mi lado. Tienes pinta de necesitar beber algo urgentemente.

-Así es, pero no puedo quedarme.

Wulfnoth desoyó la negativa.

-¿Qué puede ser tan apremiante que no te permita tomarte un vaso de vino?

Cædmon suspiró hondo. En los últimos meses había envidiado más de una vez a Wulfnoth por su retirada existencia de rehén, que lo apartaba de todos los incidentes políticos. Wulfnoth siempre había sido víctima, moneda de cambio y espectador pasivo. Lo sabía todo, veía el juego de todos, pero desde que, por así decirlo, su familia se había quedado fuera de la competición, podía permitirse el lujo de analizar las cosas con distancia y sazonarlas no pocas veces con comentarios burlones. Por el contrario, Cædmon, confidente involuntario del rey, siempre se veía implicado en las intrigas políticas y las luchas por el poder, y en ocasiones incluso pensaba que la libertad no era un precio demasiado alto por el privilegio de escapar de esa ciénaga.

-Un asunto en extremo perentorio, Wulfnoth -aclaró con amargura-. Alguien perderá la vista hoy sin falta.

Su amigo posó la mano en las cuerdas del laúd.

-¿Quién?

-Un mensajero de la reina.

-Santo cielo, ¿es que ha vuelto a enviarle dinero a Robert?

-Dos mil libras. Si quieres hacer una buena obra, ve a verla. Creo que necesita el consuelo de un amigo.

Wulfnoth lanzó un suspiro y asintió.

-Sí, iré a verla más tarde.

-Cuando estés seguro de no encontrarte con Guillermo -advirtió Cædmon.

-Ya. Como bien sabes, su humor nunca mejora al verme. -Se inclinó sobre el laúd-. ¿Por qué iba a exponerme de buen grado a él?

La Navidad no fue especialmente feliz ni apacible. En Nochebuena llegó un mensajero con la noticia de que el príncipe Robert se había instalado con sus partidarios en el castillo francés de Gerberoi, cerca de la frontera oriental con Normandía. El rey francés había puesto dicha fortaleza a su disposición, demostrando así lo que todos temían desde hacía tiempo: Robert hacía causa común con Felipe de Francia, adversario declarado de Guillermo. Los normandos jóvenes cruzaban clandestinamente la frontera para unirse a Robert, pero ahora también se le adherían caballeros franceses.

Ceñudo y con el mentón apoyado en el puño, Guillermo escuchó atentamente al medroso mensajero. Cuando el joven caballero terminó, el rey alzó la cabeza.

-¿Eso es todo?

-Sí, *sire* -confirmó el mensajero sofocado.

-Cielo santo, deja de temblar, muchacho, es lamentable -bramó el rey.

El joven se irguió y tragó saliva visiblemente.

-Disculpadme, *sire*.

-Dices que te envía Roger de Beaumont, ¿no es así?

-Sí, mi rey.

-En tal caso has hecho un largo camino con un tiempo endemoniado. Ve a comer y beber algo a la sala.

El alivio que reflejó el semblante del mensajero fue tal que hasta el rey sonrió divertido. Después de que se cerrara la puerta, se volvió hacia su segundogénito.

-¿Y bien, Rufus? ¿Tú qué harías?

-Pediría refuerzos a Inglaterra y sitiaría a Robert, *sire*.

-¿De veras?

Rufus miró a su padre inseguro, mas habló con toda la decisión de que pudo hacer acopio, pues estaba convencido de la validez de su opinión.

-Sí. Robert ha querido convertirse en cómplice de Felipe. No hace sino recrudecer su traición y..., y me duele, padre, como seguro que también a vos. Ése es un motivo más para poner fin a tan criminosa rebelión. Con el respaldo de Inglaterra somos incomparablemente superiores a lo que jamás podría serlo Felipe. Y Robert no es un buen soldado, no tiene mucha experiencia. Lo sitiaremos en Gerberoi con la misma facilidad con que lo hicimos en Rémalard, y esta vez no lo dejaremos escapar.

-¿Y qué haremos con él? -quiso saber su padre.

Rufus profirió un sonoro suspiro.

-No..., no lo sé. Eso es algo que sólo podéis decidir vos, *sire*.

-De manera que no estás dispuesto a compartir esa carga conmigo ¿no es eso? -preguntó el soberano.

Rufus le dirigió una mirada triste. No se percató de que su padre sólo estaba jugando cruelmente con él. Rufus nunca se percataba.

Cædmon acudió en su ayuda y musitó:

-Antes de que os devanéis la cabeza con eso, hay que vencer y capturar a Robert.

Para sorpresa de Rufus, Guillermo esbozó su sonrisa lobuna, se acomodó en el sillón y asintió.

-Sabias palabras, Cædmon. Haced venir a un escriba, he de informar a Lanfranc. -Se volvió hacia Rufus-. Comparto plenamente tu opinión. Bien es cierto que es peligroso dejar desamparada Inglaterra, ya que el rey Malcolm de Escocia está armando tropas para atacar Northumbria, pero Lanfranc y tu tío pueden prescindir de doscientos o trescientos caballeros del sur y el oeste. Ya he hecho pedir refuerzos; los primeros hombres podrían llegar en cualquier momento. Nada más terminar las fiestas partiremos hacia Gerberoi. -Miró de nuevo a Cædmon-. ¿A qué estáis esperando?

-Todos vuestros escribas se encuentran en la capilla, *sire*. Hoy es Nochebuena.

El rey asintió distraído.

-Qué clase de mundo es éste en el que ni siquiera se puede vivir en paz la festividad más importante... -comentó entre suspiros-. En ese caso escribid vos mismo a Lanfranc, Cædmon.

-¿Yo?

Guillermo arrugó la frente.

-No veo aquí a nadie más llamado así.

-*Sire*, yo... no sé escribir.

-¿Pero sí leer?

-No es lo mismo.

-No os hagáis de rogar, ¡id al maldito pupitre! ¡Moveos!

Cædmon miró suplicante a Rufus, Henry y los demás hombres que había a la mesa, los cuales, en mayor o menor medida, sonrieron abiertamente. De allí no iba a recibir ayuda alguna. Se acercó al pupitre con desconcierto, cogió la pluma titubeante y la hundió en el

cuernecillo con tinta que descansaba encima, en un soporte de hierro forjado. Se sintió desesperadamente abrumado antes incluso de que el rey le hubiera dictado una palabra. Por favor, Dios mío, haz algo, lo que sea, pero distráelo hasta que termine el oficio...

En ese instante alguien llamó a la puerta, y nada más oír la impaciente invitación de Guillermo, un paje entró e hizo una profunda reverencia.

-¿Qué ocurre? -preguntó el rey con aspereza.

-El sheriff de Cheshire acaba de llegar desde Inglaterra con cincuenta caballeros. Espera vuestras órdenes abajo, en la sala.

Cædmon se volvió bruscamente para que nadie le viera el rostro y pensó horrorizado: «Piensa bien lo que pides, necio incorregible, pues Dios podría jugarte una mala pasada y concedértelo...».

-Que suba -ordenó el rey.

Cuando oyó cerrarse la puerta, Cædmon se volvió hacia Guillermo, luchando por parecer circunspecto, y dijo con sencillez:

-¿Permitís que me vaya, *sire*?

-Ni hablar. Sólo faltaba que me viera obligado a mandaros llamar continuamente porque os habéis escondido en alguna parte. Las cosas ya están bastante mal.

-*Sire*, yo... os lo ruego.

-Sí, sí. Son tantos los que me ruegan tantas cosas... Como de costumbre, tampoco puedo concederos este ruego.

Un nuevo llamado a la puerta puso fin a la discusión. Cædmon vivió un momento de asfixiante pánico, su mirada vagó angustiada por la amplia mas parcamente amueblada sala como en busca de un escondrijo y se detuvo en una ventana, pero era demasiado pequeña para que por ella cupiera un anglosajón adulto, y además se hallaba a más de treinta pies del suelo...

Se dominó cuando se abrió la puerta y miró inexpresivamente al frente.

-¡Etienne Fitz Osbern! -exclamó Guillermo con afabilidad-. Sed bienvenido.

Los antiguos amigos se miraron con fijeza durante un instante interminable. Lo primero que sintió Cædmon fue una alegría inesperada, incontenible, tanta que le costó Dios y ayuda reprimir una sonrisa e ir a su encuentro. El rostro de Etienne no dejó traslucir emoción alguna, sólo sus ojos se contrajeron un tanto y su movimiento se detuvo de un modo casi imperceptible. Todo aquello no duró ni siquiera un suspiro. Luego el recién llegado miró al monarca, se arrodilló ante él y dijo:

-He venido lo antes posible, mi rey. Veréis que me hallo profundamente conmocionado: mi padre ha muerto, mis dos hermanos y mi hermana son traidores, y yo soy el último Fitz Osbern que os sirve, mas mi lealtad es vuestra, al igual que mi vida.

Guillermo ladeó la cabeza y le indicó que se pusiera en pie.

-¿Habéis disfrutado de una buena travesía?

Etienne se encogió de hombros.

-Bueno, estoy sano y salvo ante vos, *sire*; eso es lo único bueno que puedo decir de la travesía.

Los hombres sentados a la mesa rieron con suavidad, posiblemente aliviados de que se les hubiese ahorrado una desagradable escena. Sólo Cædmon seguía inmóvil junto al pupitre, deseando por milésima vez que su padre nunca lo hubiera hecho salir de Helmsby.

El rey invitó a Etienne con un gesto a que se uniera a la reunión.

-¿Traéis cincuenta hombres?

Etienne hizo una reverencia ante los príncipes, se sentó junto al obispo de Évreux y saludó a los demás con una leve inclinación de cabeza.

-Así es. Todos ellos ingleses, que me prestan servicio a mí o a mis vasallos. Excelentemente instruidos y equipados, y leales en cuerpo y alma a vos.

El rey asintió satisfecho.

-Rufus, pon al corriente a Fitz Osbern, si eres tan amable. -Acto seguido se giró y dijo-:

Cædmon, creo que la carta puede esperar a que los hermanos vengan de vísperas. Hacednos el honor de uniros a nosotros.

«Oh, Guillermo, por qué me haces esto», se preguntó perplejo, y volvió a la mesa, con las rodillas temblorosas, a ocupar su lugar entre los príncipes, con Etienne casi enfrente.

Si le hubieran preguntado después, no habría podido decir de qué hablaron, y posiblemente fuera una suerte que ya conociese la situación y supiera exactamente lo que pensaba hacer el rey. Clavó la vista en una ancha muesca de la mesa, vio con el rabillo del ojo que Etienne no se dignaba mirarlo y se sintió morir.

El ruido de las sillas le anunció en algún momento que la deliberación había concluido y el rey los había despedido. Cædmon se levantó y fue el primero en alcanzar la puerta. Salió al glacial corredor a toda prisa y bajó volando la escalinata, cruzó el nevado patio y llegó al jardincito que había tras la capilla. Allí estaría seguro. Nadie iba allí en invierno, nadie excepto él. Cædmon pasaba casi a diario unos minutos en la balsámica quietud invernal para librarse un rato del asfixiante ambiente que pesaba sobre la sala, mas sobre todo para dar rienda suelta a sus recuerdos. Era el único lugar donde se sentía próximo a Aliesa, donde la distancia que los separaba no parecía insuperable. Se puso de rodillas, acarició la pulverulenta nieve con las manos y los recuerdos afluyeron; se entregó a un festín de reminiscencias que sólo se permitía en contadas ocasiones, pero esa tarde era inevitable. Debía hacerlo para rememorar de nuevo cómo habían llegado a aquello, por qué había tenido que acabar así, qué había valido su precio. Sobre todo por eso. Había necesitado mucho tiempo y había luchado duro, y a veces sufrido terriblemente, antes de llegar a esa conclusión y no quería volver a semejante valle de lágrimas. Por eso estaba arrodillado en la nieve, con un frío glacial, pensando en aquel día en Beaurein, en el halcón que ella besó, luego en su reencuentro allí, justo donde Aliesa se cortó el dedo y él aplicó musgo a la sangrante herida y tocó su suave y delicada mano. Fue reviviendo una tras otras las familiares imágenes y se sorprendió, aunque no por primera vez, de la vehemencia de su añoranza; la ausencia de Aliesa era un dolor casi físico. Se hizo un ovillo como fingiendo un entrañable abrazo, se balanceó suavemente adelante y atrás sin darse cuenta y, a continuación, un duro objeto le dio en la nuca: cayó de bruces en la nieve y ya no sintió más.

Se despertó con un fuerte dolor de cabeza y supo de inmediato que yacía en la cama de Wulfnoth, pues reconoció la estancia por su olor a velas de sebo y polvo de libros. Oyó un tenue laúd cerca de él. Alguien lo había tapado hasta el mentón, pero a pesar de ello estaba tiritando. Tenía la sensación de que nunca en su vida había pasado tanto frío.

-Creo que ha despertado. -Era la voz de Eadwig.

-Bien -repuso Wulfnoth-. Trata de darle el vino caliente.

Cædmon notó una mano vigorosa en la nuca y abrió los ojos.

-Eadwig...

-Así es, hermano. Toma, bebe.

Cædmon levantó la mano para protestar y la posó débilmente en la manga de Eadwig. Después se incorporó, hundió la cabeza en las manos entre lamentos y se subió la manta hasta los hombros. Los dientes le castañeteaban.

-¿Qué ha pasado?

Eadwig le ofreció el vaso.

-Tienes que beber, Cædmon, de lo contrario enfermarás.

Cædmon agarró el recipiente de barro con ambas manos y torció el gesto, ya que estaba demasiado caliente; con todo, se lo llevó a los labios y dio un sorbito con cuidado. Su hermano le echó otra manta por los hombros.

Wulfnoth dejó el instrumento, se levantó de la mesa y se acercó a ellos.

-Haz lo que Eadwig te dice, Cædmon. Casi es medianoche. Has estado horas en la nieve.

Asustado, bebió un buen trago y se quemó la lengua.

-Maldita sea... ¿Por qué estoy en tu lecho y no en el mío?

-Bueno, creo que te alojarás aquí hasta que partáis. En el castillo hay mucha gente. El castellano ha asignado tu habitación a Etienne Fitz Osbern y sus oficiales, pero Etienne se niega a compartir estancia contigo.

Cædmon asintió y deseó al instante no haberlo hecho. Sentía la cabeza a punto de estallar en mil pedazos.

-Podéis decir lo que queráis, pero yo jamás creeré que Etienne se me haya acercado por la espalda, me haya derribado y me haya dejado tendido en la nieve.

-Y no lo ha hecho -observó Eadwig-. Fue él quien te encontró y te trajo aquí.

Cædmon lanzó un gemido.

-Te cargó a la espalda como si fueras un saco de avena y te trajo a mí -explicó Wulfnoth, que parecía el único capaz de ver el lado cómico del incidente-. «Mirad lo que os traigo», me dijo. «¿Dónde queréis que lo descargue?» A mi pregunta respondió que te había encontrado en la rosaleda y tras una breve pero encarnizada lucha consigo mismo había decidido no dejarte morir de frío allí.

-Basta ya, Wulfnoth -espetó Eadwig furioso-. ¿Es que no veis lo que estáis haciendo?

Cædmon alzó la diestra.

-No, un momento. Tengo frío y la cabeza como un bombo, pero eso no significa que haya que tratarme como si fuera de mantequilla. Además, no deberías olvidar que este de aquí es Wulfnoth Godwinson, del que somos huéspedes, Eadwig, de modo que haz el favor de guardarle respeto y no increparlo. ¿Me has entendido?

-Sí, *thane* -contestó Eadwig pasmado.

Cædmon sacó las piernas de la cama, despacio, se apoyó en su hermano y probó a ponerse en pie. Resultó mejor de lo que esperaba.

-Si ya casi es medianoche, deberíamos ir a misa.

-No puedes ir, Cædmon -objetó Eadwig.

-¿No? Vas a ver si puedo o no.

-Pero...

Cædmon se esforzó al menos por sonreírle a su hermano.

-El que me haya tumbado de un modo tan cobarde no tendrá la satisfacción de que tú, Wulfnoth y yo disgustemos a Guillermo faltando a la misa del gallo. Si fingimos que todo va bien, le privaremos de ese placer. Venga, Eadwig, no me pasa nada. Vámonos.

Wulfnoth le tendió unas calzas que había puesto a secar en un tajuelo junto al brasero.

-Creo que será mejor que antes te vistas.

La afirmación de que no le ocurría nada no era del todo cierta. Se pasó toda la solemne misa luchando contra los mareos y las náuseas, y en el transcurso del siguiente día le sobrevino un atroz resfriado. Durante las festividades navideñas adquirió la extraña costumbre de quedarse dormido en medio de una velada, y después de que en una de ellas se cayera dos veces del banco, el rey lo echó de la sala. Cædmon acató la ruda exhortación con mucho gusto, y se fue a la cama de Wulfnoth -que compartían de nuevo-, donde estuvo durmiendo treinta y seis horas casi sin interrupción. Después terminó todo, excepto el pertinaz catarro.

-Pese a todo, prefiero quedarme aquí y no dejarme ver por el momento -reveló a Rufus y Henry, que habían ido a visitarlo-. Confío en vuestra discreción.

Los príncipes intercambiaron una mirada y Henry suspiró suavemente.

-Me temo que no será posible, Cædmon. El rey ha dicho que comprobemos cómo estás y que si no tenemos la impresión de que agonizas, te comuniquemos que te espera hoy mismo en la sala.

-¿Ya me ha sido levantado el destierro? Lástima. -Le dio un mordisco al pastel de canela que le habían llevado-. Vaya, muy rico. ¿Y qué quiere de mí? -preguntó con la boca llena; y tragó antes de añadir-: Antes del día de Reyes no ocurrirá nada. Toda la cristiandad observará

la paz navideña, incluso Guillermo.

-Te equivocas -repuso Rufus-. Nos vamos pasado mañana y llegaremos a Gerberoi mucho antes de lo que mi querido hermano espera.

Cædmon abrió los ojos como platos.

-¿Antes de Año Nuevo? Qué sacrílego. Además, los espías de Robert lo averiguarán y le alertarán, y todos nosotros pecaremos en vano.

-No si salimos en pequeños grupos de diez o veinte hombres a lo largo de la semana y nos reunimos en secreto en Gournay.

Cædmon enarcó las cejas.

-No está mal.

Reinó un breve silencio incómodo antes de que Rufus dijera:

-Lo propuso Etienne.

Cædmon asintió y se frotó el mentón contra el hombro.

-Sí. Siempre ha sido un estratega genial. ¿Cómo... está?

Rufus se encogió de hombros y esperó un instante antes de mirar a Cædmon a los ojos.

-Como siempre. Exactamente igual que antes. Ingenioso, divertido, es buena compañía. Y borracho todas las noches, pero nunca desagradable ni pendenciero, ni siquiera ridículo. Sólo que no habla con Eadwig, y cuando alguien pronuncia tu nombre finge no haberlo oído. Parece despreocupado y muy seguro de sí mismo. Los que no lo conocían de antes están absolutamente encantados con él, sobre todo las damas. Pero a mí me resulta inquietante.

-¿Por qué? -quiso saber Cædmon.

El príncipe se pasó el pulgar por el prominente y pulcramente afeitado mentón y se paró a pensar un momento.

-No estoy seguro. Posiblemente esté mal que yo lo diga, ya que se ha esforzado de veras por evitar que ambos estemos cohibidos y es muy amable conmigo, pero cuando me mira... estoy seguro de que me odia.

Meditabundo, Cædmon observó al príncipe y sacudió la cabeza.

-Son imaginaciones tuyas, Rufus.

El odio era algo ajeno a la naturaleza de Etienne. A diferencia de Cædmon o Lucien, Etienne ni siquiera había odiado realmente a Jehan de Bellême. Tenía un carácter demasiado manso para guardar rencor a alguien durante mucho tiempo, rechazaba injusticias y reveses encogiéndose de hombros y los olvidaba. Cædmon lo había envidiado y admirado con frecuencia a causa de ese don, de esa serenidad profundamente arraigada en su ser que no se basaba en otra cosa que en la modestia y la sabiduría. Y Cædmon a veces pensaba que su mayor pecado había sido destruir aquello. Había ofendido tanto a su amigo, lo había traicionado de un modo tan imperdonable que a Etienne no le había quedado más remedio que odiarlo. Y sin duda ése era un sentimiento que le resultaba ajeno e inquietante.

-No, estoy seguro de que te equivocas, Rufus. Posiblemente no esté a gusto aquí, habría preferido quedarse en Inglaterra, pero eso es todo. Es... un hombre realmente bueno.

Rufus bajó los ojos entristecido y no dijo nada.

Al poco Henry comentó:

-Es evidente que eso mismo piensa el rey. Le tiene mucha simpatía. También por eso deberías volver, Cædmon.

Sorprendido, éste arrugó la frente.

-Etienne se merece el favor de tu padre, y me alegro de todo corazón, Henry. Lo último que se me ocurriría sería competir con él.

-Pero nosotros pensamos que Etienne Fitz Osbern está intentando volver a poner al rey en tu contra -replicó preocupado el joven príncipe.

Cædmon lo miró ora a él, ora a Rufus.

-¿Pero qué estáis diciendo?

Rufus levantó las manos en señal de desconcierto.

-Oh, no se podría poner la mano en el fuego. Insinuaciones. Pequeños comentarios

chistosos. Huelga decir que jamás pronuncia tu nombre (cómo iba a hacerlo si finge que no existes), pero parece saber todo lo que ha sucedido en los últimos meses. En una ocasión mencionó de pasada que quizá mi padre y Robert nunca hubiesen roto sus relaciones si los caballeros ingleses del séquito de Henry y mío supieran comportarse mejor. El rey se hallaba cerca y lo oyó. Y también sabe que ayudaste a huir al mensajero de mi madre.

Cædmon se estremeció.

-¿Cómo lo sabes?

Rufus sonrió como si tal cosa.

-Mi madre se lo contó a mi hermana Adeliza. Y Adeliza, a mí. Pero cómo se ha enterado Fitz Osbern... -Se encogió expresivamente de hombros-. Yo no se lo he dicho a nadie. Y Adeliza sabe guardar un secreto, como es sabido en toda nuestra familia, de lo contrario madre jamás habría hablado con ella.

-Entonces ya puedo ir contando con que en breve vaya a parar a una acogedora mazmorra normanda -aventuró Cædmon ceñudo.

Rufus esbozó una débil sonrisa.

-No lo creo, Cædmon. Padre no mostró reacción alguna al oírlo. Claro que Etienne tampoco se lo dijo a la cara, sino que estaba charlando con Hamo Fitz Hugh cuando el rey pasaba casualmente por allí. Observé con atención a mi padre y no estaba furioso. Y lo siguiente que le oí decir fue que cuando ataquemos Gerberoi tú serás quien capitanee a sus caballeros ingleses.

Cædmon se enjugó la goteante nariz con la manga y apoyó la frente en los puños.

-Quiere aprovecharse de nuestra rivalidad. Maldita sea... ¿Rufus?

-Ah, no, Cædmon. No le diré que te estás muriendo y que no puedes venir a Gerberoi. Ya puedes ir quitándotelo de la cabeza. Verte frente a Etienne Fitz Osbern puede que te resulte desagradable, pero mi padre va a la guerra contra mi hermano. ¿Cómo crees que me siento yo? El rey estará como un león enfurecido. ¿Acaso piensas que voy a ir con él y dejar aquí de buen grado a su guardián?

Gerberoi, enero de 1079

-¡No os durmáis en el torno! -exclamó Cædmon para infundir ánimo. Tuvo que alzar la voz para hacerse oír por encima del fragor incesante del ataque-. ¡El rey ha dicho fuego a discreción, no un disparo por hora! ¡Venga!

Los dos soldados ingleses que hacían girar el torno de la balista aceleraron un tanto y le dieron al manubrio con más ímpetu, de modo que no tardaron en empezar a sudar pese al gélido frío invernal, y la gruesa cuerda del enorme ingenio fue retrocediendo poco a poco. Al deslizarse sobre el disparador, uno de los soldados se apresuró a poner el estribo de bloqueo y la balista quedó tensada. De un cesto próximo tomó un proyectil que en longitud y grosor casi igualaba a una lanza, encendió la punta -impregnada de azufre- en el fuego del campamento, la colocó en la correspondiente cavidad del brazo de la balista y, a la señal de Cædmon, accionó el disparador. Con un silbido agudo, la enorme flecha salió surcando el aire, describió un amplio arco por encima de la empalizada y desapareció.

En ese instante dos jinetes se aproximaron y desmontaron. Cædmon reconoció a Rufus y Eadwig antes incluso de que se quitaran el yelmo.

El príncipe señaló la balista.

-Nos iría mejor con catapultas, ¿no crees?

Cædmon se encogió de hombros y se echó el aliento en las entumecidas manos.

-No mucho. Y no habríamos logrado atravesar Normandía con las catapultas sin llamar la atención. No se desmontan y montan tan fácilmente como estas balistas.

-Balistas -repitió Eadwig ausente, mirando la empalizada-. Ni un movimiento. Me pregunto si habrá alguien dentro.

Estaban demasiado lejos para oír pasos o voces del otro lado de la empalizada, y lo cierto era que el castillo parecía inquietantemente silencioso.

-Sea como fuere, bien podríamos habernos ahorrado los tapujos -rezongó Rufus-. El factor sorpresa no nos ha servido de nada. Llevamos tres semanas medio muertos de frío aquí y no hemos logrado nada.

-No es verdad -negó Cædmon-. Hace tres semanas que ahí no sale ni entra nadie. No sabemos cuántos hombres tiene Robert dentro, pero apuesto a que ya estarán famélicos.

-¿Y crees que cuando estén lo bastante hambrientos se someterán sin más? -repuso Rufus con escepticismo.

-A más tardar cuando se hayan comido los caballos. Aún puede durar un tanto, pero al final Robert tendrá que negociar. Si esperaba que Felipe de Francia acudiese y nos atacara por la retaguardia, es evidente que se equivocó. Nos habríamos dado cuenta. No, Robert ha caído en la trampa. Y tarde o temprano...

Se interrumpió al oír un ruido que parecía salir de la puerta principal de la empalizada. Incrédulos, clavaron la vista en la explanada. Las gruesas hojas se abrieron despacio hacia dentro.

-¿Qué significa eso? -preguntó Eadwig confuso.

-Tal vez ya no soporten el hambre -presumió Rufus con desdén-. A fin de cuentas, Robert no está acostumbrado a las privaciones...

-¡Montad y retroceded! -ordenó Cædmon.

Percibieron la perentoriedad en su voz, mas Rufus titubeó.

-¿Qué se proponen? ¿Crees que quieren negociar?

-¡Maldita sea, Rufus, haz lo que te digo! ¡Ve en busca del rey! Si quisieran negociar, Robert enviaría a alguien al parapeto. Hemos de formar de inmediato.

Incrédulo, el príncipe abrió desmesuradamente los ojos.

-¿Van a atacarnos?

Cædmon se volvió a los soldados que se ocupaban del ingenio.

-¡Dejadlo todo! Volvemos al campamento, ¡deprisa! ¡Apagad el fuego y coged los proyectiles!

Rufus montó deprisa y miró hacia el castillo una vez más, sacudiendo la cabeza. No había ninguna duda: por la puerta apareció una oleada de jinetes.

-Robert..., estás loco -musitó como para sí.

-Está haciendo exactamente lo que tu padre habría hecho -observó Cædmon, que asimismo montó y salió a galope hacia la tienda del rey junto con Eadwig y el príncipe.

Robert no esperó a que el ejército normando hubiese formado. Sabía que sus tropas eran muy inferiores en número y aprovechó la ventaja de la sorpresa sin reparar en las costumbres de una lucha honorable.

El rey no perdió la cabeza: avanzó con todos los hombres que se hallaban dispuestos para el combate y ordenó a Etienne Fitz Osbern que reuniera a los rezagados y lo siguiera lo antes posible. A continuación formó a sus caballeros ingleses y normandos en dos columnas, una capitaneada por él mismo y la otra por Rufus.

Cædmon se dirigió con los caballeros ingleses de la corte de Guillermo al flanco exterior derecho, lo bastante delante para estar cerca del rey.

Robert alineó a sus hombres formando una larga hilera que avanzaba hacia ellos en una línea perfectamente recta. Cuando los bandos enemigos chocaron, las vanguardias de las tropas monárquicas penetraron como cuñas en la falange de Robert.

Cuando Etienne condujo la retaguardia -más de un centenar de caballeros normandos- al campo de batalla, los hombres del rey pasaron a ser unos ochocientos, frente a los quinientos de Robert.

Las armas cencerreaban, los caballos relinchaban y los hombres gritaban. La nieve, que les

llegaba por los tobillos, crujía bajo cascos y pies, y no tardó en dejar al descubierto un lodo húmedo y pardusco; las islitas blancas que resistieron pronto estuvieron llenas de gotas rojas y vísceras. La visión de la nieve sanguinolenta le recordó a Cædmon el invierno de los jinetes de la muerte en Northumbria, y se preguntó si por ese motivo se había apoderado de él un horror tan vago como profundo o si en realidad era porque estaban luchando padres contra hijos y hermanos contra hermanos.

A su lado, un normando espléndidamente armado derribó a un joven caballero inglés junto con su flaco rocín, y Cædmon avanzó un tanto para apartarlo antes de que aquél le clavara la espada al caído.

-¡Toki! -bramó girando la cabeza-. Quédate junto al rey y guárdale la espalda.

Con el rabillo del ojo vio asentir al joven Wigotson y desaparecer por la izquierda; acto seguido, Cædmon centró toda su atención en el adversario, paró el mandoble descendente con su acero y le golpeó violentamente en la cabeza con el grueso escudo de fresno, de modo que el hombre, aturdido, cayó del caballo. Antes de que Cædmon pudiera volver su vigoroso caballo de batalla, un soldado inglés se acercó corriendo y de un hachazo le abrió la testa al normando.

Bastante más por delante, el rey se batía con dos rivales, el fiel Toki pegado a él. Cædmon giró la cabeza un instante para ver dónde estaba la retaguardia. Etienne no había perdido el tiempo: sus cien normandos formaban una ordenada línea y ya casi estaban allí. Un grupo más o menos similar de hombres de Robert que habían abierto una brecha en las líneas monárquicas galopaba hacia ellos con desordenado ímpetu, y mientras Cædmon miraba, dos de ellos rodearon a Etienne en una encarnizada lucha.

-Dios te guarde, Etienne -musitó Cædmon. En ese preciso instante vio de reojo un veloz movimiento y levantó de golpe el escudo. Una espada se estrelló ruidosamente contra él.

-¡Estáis acabado, Helmsby! -amenazó una voz furiosa, casi un silbido-. ¡A vuestro hermano ya lo he liquidado!

Era Guillaume Fitz Osbern.

De pronto Cædmon sintió el pecho oprimido y un helado escalofrío le recorrió la espalda, mas no se permitió pensar en Eadwig, sino que transformó su dolor en combativa rabia y alzó la espada contra el hermano del que fuera su amigo para matarlo.

Fue una lucha dura y ardua. Dado que ambos habían sido instruidos por Jehan de Bellême, combatían con la misma técnica y veían venir cada ardid, cada artimaña. Sin embargo, finalmente el caballo de Cædmon se encabritó, y eso fue todo lo que Fitz Osbern necesitó para obtener la ventaja decisiva. Le hundió la hoja en el pescuezo al nervioso semental, y el animal se estremeció y se desplomó mientras un borbotón de sangre humeante salpicaba la nieve.

Cædmon saltó de la silla antes de que la agonizante bestia lo aprisionara debajo. Cayó de pie e ileso, y esperó impertérrito a Fitz Osbern, que se lanzó imparable hacia él. En el último momento dio un salto a la derecha para situarse del lado ciego de su oponente: el del escudo. Antes de que Fitz Osbern pudiera volver su caballo, Cædmon le agarró el pie, lo arrancó del estribo y le propinó al joven un fuerte golpe ascendente.

Guillaume Fitz Osbern cayó de la silla gritando, mas su pie derecho quedó atrapado en el estribo y cuando su caballo se espantó y salió disparado, lo arrastró consigo. Se oyó perfectamente el crujido de la pierna de Fitz Osbern, y sus chillidos aún resultaban audibles después de que el caballo hubiese desaparecido en medio del tumulto.

Cædmon lo siguió furioso con la mirada.

-Ojalá tengas una muerte miserable, Guillaume Fitz Osbern -gruñó, y miró alrededor en busca de un nuevo contrincante. Sabía que no podía concederse un respiro hasta que terminara la matanza, pues si se paraba a pensar en Eadwig, también él perecería en aquel campo de batalla, en aquella guerra fratricida.

-Oh, Dios mío, ¡el rey! ¡Han derribado al rey!

El grito de espanto le llegó por la izquierda. Cædmon se volvió, asió la rienda de un caballo sin jinete que pasaba por su lado, montó y dirigió al animal hacia donde el combate

era más encarnizado y suponía a Guillermo.

También el rey se había quedado sin montura. Al caer había perdido el yelmo y, mucho peor, la espada. Se agachó a toda prisa para cogerla cuando el hombre que había derribado su caballo arremetió de nuevo contra él para segarle la desprotegida cabeza. Cædmon vio con toda claridad lo que iba a suceder, pero aún estaba demasiado lejos para intentar nada. Gritó de ira y miedo cuando, de pronto, Toki Wigotson se interpuso entre el rey y el despiadado acero.

La hoja normanda atravesó su cota de malla y se hundió con tal ímpetu en su pecho que asomó por la espalda e hirió la mano del rey, que había alzado instintivamente el brazo.

Antes de que el normando pudiera extraer la espada del moribundo, Guillermo subió a lomos del caballo de Toki y le rebanó el brazo. De una patada, el rey derribó al lastimoso caballero y dejó que se desangrara en el gélido fango.

-¿Dónde está mi hijo? -rugió furibundo-. ¡Déjate ver, Robert!

Pero, dondequiera que se encontrase Robert, no se identificó. Entonces Cædmon oyó a sus espaldas un tremendo fragor de armas, dio media vuelta y abrió los ojos de par en par, horripilado.

-*Sire*...

-Cædmon, ¿sabéis dónde está Robert?

-No. *Sire*, ¡nuestra retaguardia se vuelve contra nosotros!

La batalla se perdió.

Las pérdidas fueron elevadas en ambos bandos. Antes de que el rey ordenara la retirada, había caído casi la mitad de su ejército. No obstante, Eadwig no era uno de ellos. Yacía gravemente herido en el hospital de campaña del campamento, levantado a apenas cinco leguas de Gerberoi, pero del lado normando de la frontera. Tenía una fea herida en la sien y un profundo tajo en el brazo derecho, y el médico aún no quería pronosticar si podría o no salvarse el brazo. Eadwig había perdido muchísima sangre y se hallaba inconsciente.

-Dios, está tan pálido... -dijo Rufus con voz ahogada, y se lo quedó mirando fijamente-. Y no se mueve. Apenas respira. -Él sólo había sufrido un arañazo en el hombro, e increpó con tal dureza al cirujano que trató de vendarlo a él antes que al malherido Eadwig que el hombre retrocedió asustado y farfulló para sí que de tal palo, tal astilla.

-Has de dominarte, Rufus -le recordó Cædmon-. Y deberías ir a ver a tu padre. Ahora tu sitio está allí.

Entristecido, Rufus levantó la vista.

-Sí, tienes razón; debería apoyarlo en tan sombría hora, pero no quiero.

-Hazlo de todos modos -le aconsejó Cædmon.

-¿Por qué no vienes conmigo? -preguntó Rufus quejumbroso.

Cædmon sacudió la cabeza.

-Yo sólo podré verlo cuando me haga llamar. Y ahora vete. Leif y yo nos quedaremos con Eadwig. Te prometo que no estará solo cuando se despierte.

Rufus suspiró hondo.

-Está bien.

Después de que el príncipe se hubiera marchado cabizbajo, Cædmon se permitió mirar al otro extremo de la tienda. Pese al tremendo caos, los médicos habían dado prueba de su presencia de ánimo y su tacto situando a Etienne Fitz Osbern -que también había resultado herido- lo más lejos posible de Eadwig de Helmsby.

Etienne tenía un abultado vendaje en la frente por el cual se extendía despacio una mancha púrpura. Estaba tumbado con los ojos cerrados, pálido e inmóvil, igual que Eadwig.

Cædmon hizo ademán de ir a verlo para cerciorarse de que estaba bien atendido, mas Leif le puso la mano en el brazo para impedírselo.

-Será mejor que no lo hagas. Está despierto, ha estado mirándonos todo este tiempo.

Cædmon vaciló, pero le dio la espalda a Etienne y le preguntó a Leif:

-¿Sabes si su herida es grave?

El joven caballero danés negó con la cabeza.

-Le oí decir a un médico que se ha roto el brazo izquierdo, y que si la herida de la cabeza aún sigue sangrando al alba, se la coserá. Pero eso es todo.

Indeciso, Cædmon miró el pálido rostro de su hermano. Unas profundas ojeras rodeaban sus ojos cerrados. A Cædmon le preocupaba Eadwig, le preocupaba cómo se las arreglaría si perdía el brazo de la espada, pero sobre todo sentía alivio por que siguiese vivo, y se preguntó maquinalmente qué habría sido de Guillaume Fitz Osbern. Aunque era un enemigo y un traidor, Etienne lloraría la muerte de su hermano si éste había caído, eso Cædmon lo sabía a ciencia cierta. Y si Etienne se enteraba de quién había derribado a su hermano del caballo... La verdad es que no tenía ni idea de lo que podría pasar.

Eadwig gimió débilmente y movió la cabeza.

-Ha despertado -observó Leif con alivio, y tomó la mano de su amigo-. ¿Eadwig? ¿Me oyes?

Los párpados parecieron titilar, mas no mostró reacción alguna.

-Aún tardará un rato en volver totalmente en sí -dijo Cædmon en voz baja-. Mejor. Seguro que tendrá muchos dolores.

Salió un momento para ir a una de las tiendas que hacían las veces de despensa y preparó un vaso de fuerte vino tinto de Borgoña. Cuando volvió con él, su hermano respiraba más profundamente, y de vez en cuando movía la boca. Finalmente empezó a pasar una y otra vez la mano ilesa por la basta manta de lana, hasta que Cædmon la sujetó y sus cálidos dedos la aferraron.

-Todo va bien, Eadwig.

Su hermano volvió la cabeza en dirección a la voz.

-¿He... perdido el brazo? -inquirió en voz queda.

-No. Aún estás de una pieza. Abre los ojos y velo por ti mismo.

Eadwig alzó los párpados, titubeante, y pestañeó.

-Toma, bebe esto. -Cædmon enderezó un tanto a su hermano con cuidado, desoyendo su débil protesta, y lo obligó a beber un sorbo-. Haz un esfuerzo. Has perdido sangre: necesitas vino.

-Sí. Tal vez no me duela tanto cuando esté borracho -replicó él jadeante, y Leif y Cædmon intercambiaron una sonrisa de alivio.

Tras una breve pausa, Cædmon volvió a llevarle el vaso a los labios. Cuando estuvo vacío, Eadwig, agotado, apoyó la cabeza en el pecho de su hermano.

-¿Ha caído el rey? Dime la verdad.

-No. Sólo tiene un arañazo. Toki Wigotson le salvó la vida.

-Un inglés -musitó Eadwig.

-Aja.

-Bien. Dile a Toki que lo invitaré a una cerveza cuando volvamos a casa. -Y dicho eso, se quedó dormido de nuevo.

Cædmon lo acostó con suma delicadeza en la áspera sábana grisácea y lo besó en la frente. Luego le dijo a Leif:

-Ahora vete. Yo me quedo con él.

Leif iba a protestar cuando un pequeño tumulto a la entrada de la tienda los distrajo. Dos soldados intentaban apartar a un médico que se interponía valientemente en su camino.

-¿Qué os habéis creído? -susurró-. No podéis irrumpir aquí sin más ni más...

-Orden del rey -contestó uno de los hombres sin inmutarse, y como el médico no los dejó entrar de inmediato con el debido respeto, el soldado le propinó un rudo empujón. Recorrió junto con su compañero las dos hileras de jergones de paja y echó un vistazo escrutador. Acto seguido se detuvo ante Etienne Fitz Osbern y se puso en jarras.

-Levantaos. Si no podéis, nosotros os llevaremos a rastras.

Cædmon dio tres zancadas y agarró al bruto del brazo.

-¿Cómo te atreves, estúpido?

El hombre hizo una pequeña y torpe reverencia ante Cædmon, aunque dijo igualmente resuelto:

-Este hombre es un traidor, *thane*, y el rey nos ha ordenado que se lo llevemos.

-Eso es ridículo. El rey...

-Ya voy -dijo Etienne. Su voz sonó queda, mas extrañamente estridente. Todos se lo quedaron mirando mientras se levantaba despacio. Se sostuvo el entablillado brazo izquierdo con la mano derecha, y por un momento mantuvo la cabeza tan gacha que no pudieron verle el rostro.

-Hazme un cabestrillo -dijo a nadie en particular y, tras un breve titubeo, uno de los guardias cogió un sucio pedazo de tela, lo ató y se lo ofreció.

Etienne asintió.

-Gracias. -Se pasó el cabestrillo por el cuello e introdujo el brazo roto. Acto seguido levantó la vista.

-Etienne..., ¿qué significa esto? -preguntó Cædmon sin entender nada.

Los oscuros ojos lo miraron con fijeza. Su expresión era misteriosa, imposible de descifrar.

-No lo sé, Cædmon -contestó. Hablaba con lentitud, casi con demasiada claridad-. Pero dondequiera que me lleven, estaré mejor que aquí. No me importa nada, con tal de no tener que verte. Y si me conducen a un lóbrego rincón para rebanarme el cuello, también me parecerá bien. Lo principal es que tú no estarás allí, ¿lo entiendes?

Cædmon apartó la cara y asintió en silencio.

Etienne lo dejó plantado, dio dos pasos con decisión y se desmayó sin decir palabra.

El médico acudió en su ayuda.

-Ya dije que no debía levantarse. Tiene una grave herida en la cabeza y necesita reposo.

-Y lo va a tener -prometió uno de los soldados, burlón, y se inclinó sobre Etienne para cargarlo a cuestas.

-Aparta las manos -dijo Cædmon en voz baja-. No te atrevas a tocarlo.

Los soldados vacilaron y lo miraron.

-Pero el rey nos ha ordenado que se lo llevemos.

Cædmon asintió y se volvió hacia Leif.

-¿Podrías quedarte con Eadwig?

-Claro.

Cædmon casi se partió el espinazo al levantar a Etienne, pues eran más o menos igual de altos y pesaban más o menos lo mismo. Sin embargo, se esforzó por reprimir cualquier gemido y no mover ni un músculo de la cara, rechazó indignado la ayuda que le ofrecían y esperó que el rey no se hallara muy lejos de allí.

Lo cierto es que la tienda de Guillermo estaba a tiro de piedra del hospital. Cuando Cædmon entró en ella, seguido de cerca por los dos soldados, el rey detuvo su inquieto caminar por la pequeña estancia y los miró furioso. Cædmon observó que tenía el antebrazo derecho manchado de sangre y sin vendar. Posiblemente el rey hubiese mandado al diablo de una patada al médico que debía vendárselo.

Guillermo estaba erguido en medio de la tienda, de forma que sus cabellos, aún negros, tocaban el combado techo. Al instante cruzó los brazos.

-Qué estampa más conmovedora -se burló con amargura. Y espetó a los soldados-: ¿Es que no os dije que lo encadenarais?

-*Sire*..., el *thane* no lo permitió...

-¿Y a quién servís vosotros? ¿Al *thane* de Helmsby o a mí?

Ambos balbucearon algo incomprensible, y el rey los echó con un gesto de hastío. Luego le dijo a Cædmon:

-Bajadlo antes de que os derrumbéis vos.

Cædmon lo dejó con sumo cuidado en el suelo cubierto de pieles, se sentó detrás de él y le sujetó el tronco. Después dijo:

-*Sire*, estáis equivocado. Etienne Fitz Osbern no instigó a la retaguardia para que nos

atacara. Eso ocurrió después de que lo hirieran.

-¿Cómo podéis saberlo? -preguntó Guillermo sorprendido-. ¿Acaso lo visteis? Debéis de tener muy buena vista. Después de todo estabais delante; toda una batalla se desarrollaba entre vos y la retaguardia.

-No lo vi.

-En tal caso tampoco podéis saber que fue así.

-Lo sé.

El rey desechó la afirmación, se dejó caer, gemebundo, sobre un duro tajuelo de madera y bebió un largo sorbo de la copa de vino que descansaba en la mesa.

-Sois un sentimental, Cædmon. Él era vuestro amigo, vos lo engañasteis, y ahora os remuerde la conciencia y pretendéis reparar el daño. Yo, por el contrarío, estoy en situación de juzgar objetivamente, y veo los hechos con claridad: puse la retaguardia bajo su mando y fue una equivocación. No debería haber confiado en él. Su traición me ha destrozado, y ya estoy oyendo las carcajadas de mis enemigos.

Cædmon sacudió la cabeza con resolución.

-No sois objetivo, *sire*. Estáis furioso, buscáis una víctima sobre la que descargar vuestra ira y condenáis a Etienne porque su hermano os traicionó.

El rey brincó del tajuelo.

-¡Tened cuidado con lo que decís, *thane*, de lo contrario os encerraré con él! Así tendríais tiempo y tranquilidad de sobra para reconciliaros con vuestro querido amigo. Además, no me ha traicionado uno solo de sus hermanos, sino ambos. ¡Y también su hermana!

-¡Pero su padre era vuestro vasallo más fiel! -replicó Cædmon igualmente colérico.

-Sí, un hombre excelente, arruinado por una carnada de hijos débiles e inútiles. ¡Dios le hizo un gran favor llamándolo a su lado antes de que mostraran su verdadero rostro! Y ahora, ¡marchaos!

Cædmon dejó en el suelo a Etienne, contempló un momento su proporcionado rostro, ahora calmado, y se puso torpemente en pie. Tras aquel día en el campo de batalla, le dolían todos los huesos y el agotamiento lo hacía sentir aletargado.

-Sí, *sire*, me voy, pero si me lo permitís, me gustaría saber qué piensa Rufus a este respecto.

El príncipe estaba en pie, inmóvil, en un oscuro rincón de la tienda, que se encontraba tenuemente iluminada. Dado que su padre no puso reparos, dio un paso al frente y miró con preocupación al hombre inconsciente que yacía en el suelo y luego a Cædmon a los ojos.

-Comparto la opinión de mi padre, Cædmon.

«Cobarde miserable», pensó éste asqueado. Sacudió la cabeza sin poder creérselo.

-¿Cómo es posible? Pero... si tú lo conoces.

-Sí, pero olvidas el pequeño incidente de Nochebuena.

-No sé de qué estás hablando.

-¿Ah, no? Tú estabas en la rosaleda y te dejaron inconsciente de un buen golpe. Al parecer Etienne Fitz Osbern te encontró y te llevó con Wulfnoth. Yo lo vi ir hasta allí, y no estaba solo. Hugh de Bernay y Rollo Fitz Alan lo acompañaban. Los dos iban hoy en la retaguardia, los dos han muerto, de manera que ya no podemos interrogarlos, aunque posiblemente no fuese necesario. Lo que se celebró en la rosaleda fue una reunión de conspiradores, y ellos fueron quienes te golpearon por la espalda para que no los vieras. Es probable que lo hiciera el propio Fitz Osbern.

Cædmon se lo quedó mirando atónito. Sacudió la cabeza despacio.

-Estoy seguro de que te equivocas.

La mirada de Rufus era compasiva.

-No lo creo, Cædmon. Está claro que eres tú el que se ha equivocado con Etienne Fitz Osbern.

Ruan, abril de 1079

A su regreso les esperaba la noticia de que Malcolm de Escocia había atacado Northumbria y estaba asolando las tierras al norte del Tees. También aguardaban el conde de Shrewsbury, Roger Montgomery, Hugh de Grandmesnil, el anciano Roger de Beaumont y un grupo de poderosos nobles normandos cuyos hijos, hermanos o sobrinos se habían sumado a la rebelión de Robert y habían ido a la guerra contra Guillermo. Habían acudido a Ruan desde Inglaterra y los más remotos rincones de Normandía para tratar de convencer al rey de que negociara con Robert y acabara con la discordia que dividía al reino anglonormando, mermaba unas fuerzas que se necesitarían urgentemente en otra parte y amenazaba la seguridad mucho más de lo que habrían sido capaces el rey de Francia, el rey de Escocia, el duque de Flandes o las fuerzas enemigas en Maine y Bretaña. Al principio el rey rechazó la propuesta indignado. Su hijo mayor había contravenido el mandamiento divino y el orden del mundo, había rehusado obedecer a su padre y luego lo había humillado en Gerberoi. Guillermo no tenía ganas de reconciliación, sino de satisfacción, de venganza. No obstante, poco a poco los tenaces esfuerzos de los mediadores dieron sus primeros frutos. Nuevamente fue sobre todo Montgomery quien dio con el tono adecuado. ¿Es que no había pecado su propio hijo contra Dios, rey y padre? ¿No había urdido la funesta pelea que condujo a la ruptura entre el rey y el príncipe? Siendo los dos padres, ¿no iban prácticamente en el mismo barco, no habían sido igualmente ofendidos y humillados, como todos los demás padres que habían acudido a toda prisa a Ruan? Si todos estaban dispuestos a perdonar a sus hijos, ¿acaso el rey no podía hacerlo? ¿No debía hacerlo? ¿Podía anteponer la ofensa recibida como padre a sus obligaciones como duque y rey? Etcétera, etcétera.

Cuando los témpanos de hielo del Sena empezaron a derretirse, florecieron los primeros narcisos audaces en la desgreñada hierba y dio comienzo la Cuaresma, el rey dejó finalmente de rugir y estuvo listo para escuchar. Con su constante influencia, Matilda reforzó el grupo de mediadores. Y cuando el príncipe Robert le envió un mensajero a su padre, el rey no le hizo cortar la cabeza para mandársela a Robert como pretendía en un primer momento, sino que lo escuchó al cabo de tan sólo tres días de espera. Todos respiraron aliviados.

-Créeme si te digo que el mensajero era un muchachito muerto de miedo -informó Cædmon a Wulfnoth-. Cuando le di la noticia de que el rey lo recibiría, se puso tan malo que tuve que apartarme para que no me vomitara en los zapatos.

Wulfnoth suspiró hondo.

-No se le puede tomar a mal. ¿Y qué tenía que decirle a su padre el príncipe Robert?

-Que lamenta profundamente la desavenencia.

-Vaya, eso significa que Robert está definitivamente en quiebra, ¿no?

Cædmon asintió.

-Eso parece. Es evidente que Felipe de Francia esperaba de Gerberoi más de lo que Robert consiguió y que le negó respaldo económico adicional. Para serte sincero, no lo sé. Tal vez a Robert sencillamente le haya conmovido que su padre estuviese a punto de morir y se haya concienciado de la magnitud de sus pecados. Sea como fuere, persigue la reconciliación y se ha vuelto humilde. Ya no se trata de su deseo de ser duque.

-¿De qué si no?

-De obtener el perdón absoluto para él y sus seguidores. Y la renovada promesa de que, a la muerte del rey, Normandía pasará a sus manos.

Wulfnoth contestó entre gruñidos:

-Mmm. Detrás podría andar perfectamente Felipe de Francia.

Cædmon bebió del vaso y a continuación, ensimismado, se puso a girarlo entre las manos.

-Es posible, pero en todo caso parece que la bronca familiar concluirá en breve. Es una lástima que para ello tuvieran que dar su vida centenares de hombres buenos como Toki Wigotson...

Un tímido llamado a la puerta lo interrumpió; al poco ésta se abrió y entró Eadwig.

Wulfnoth le sonrió.

-¿Cómo va el brazo, valeroso Eadwig? ¿Ya puedes levantar una jarra de cerveza? En tal caso, únete a nosotros.

Eadwig se acercó risueño.

-Casi está como nuevo. -A modo de prueba, movió el brazo derecho (que había cicatrizado a la perfección) unas cuantas veces arriba y abajo-. Cædmon, uno de los soldados me ha encargado que te dé una noticia.

Su hermano levantó la vista y preguntó:

-¿Y bien?

Eadwig se encogió de hombros y dijo:

-Etienne Fitz Osbern desea verte.

Cædmon pensó que no estaba listo para aquel encuentro, fuera lo que fuese lo que Etienne quería de él. Pese a todo, esa misma noche fue al calabozo, pues sabía que las ganas de verlo seguirían igual de escasas al día siguiente o al otro.

Al bajar la escalera exterior que conducía a la mazmorra, se le puso carne de gallina en los brazos, algo que nada tenía que ver con la fresca noche de abril. Había pasado allí abajo más de un mes de miedo e incertidumbre con Wulfnoth después de que Haroldo Godwinson se hiciera con la Corona inglesa. Le vinieron a la cabeza las ratas, el frío, la humedad, la sucia paja y la desolación de aquel lugar, que iba minando cada día alma y cuerpo. Y Etienne había estado a su lado, firme, se había arriesgado a exponerse a la ira del rey y el senescal al acudir a verlos. Un amigo de verdad...

-¿Qué os trae por aquí? -preguntó sorprendido el carcelero en la pequeña y baja antesala.

-Quiero ver a Etienne Fitz Osbern.

-Lo siento, *thane*. Nadie salvo el padre Maurice puede verlo.

Cædmon le ofreció un penique.

-Mira hacia el otro lado.

El soldado asintió vacilante, se guardó la moneda y señaló el odre y la media hogaza que Cædmon llevaba.

-Eso podéis dejarlo aquí. Desde que comenzó la Cuaresma, come y bebe poco menos que nada.

-Si no lo quiere, será tuyo -prometió Cædmon-. Ahora vamos. -Antes de que me falte el valor, añadió mentalmente.

El hombre lo llevó hasta la puerta del calabozo donde también habían estado encerrados Cædmon y Wulfnoth.

-No lo hago por el penique, *thane* -aclaró el soldado mohíno-. Si llegara a saberse, me metería en un lío. Os estoy haciendo un favor.

-Y te lo agradezco -le aseguró Cædmon sin asomo de mofa.

El centinela masculló satisfecho, descorrió el cerrojo y abrió la puerta.

-Llamad tres veces cuando queráis salir.

-De acuerdo.

Cædmon cruzó el umbral de la estancia de techo bajo abovedado. Tras él la puerta se cerró estrepitosamente y la llama de la única antorcha vibró con la corriente, amenazó con apagarse y luego se calmó.

Etienne estaba sentado, apoyado contra uno de los pilares. Aún vestía la ropa manchada de sangre del día de la batalla de Gerberoi. El oscuro cabello le había crecido y le llegaba casi hasta los hombros, pero era evidente que había convencido a alguien de que lo afeitara, pues la barba sólo tenía unos días. La tablilla había desaparecido de su brazo izquierdo, el hueso roto había sanado hacía tiempo. Tenía las manos cruzadas en el regazo, relajadas, con la cabeza vuelta hacia la puerta.

-¿Cædmon?

-Sí. -Éste se aclaró la garganta.

-Acércate un poco. No veo muy bien.

Cædmon dio unos pasos vacilantes hacia él.

-¿Qué significa que no ves bien?

Etienne le restó importancia y dijo:

-Bienvenido a mi humilde hogar. Siéntate.

Cædmon se arrodilló ante él y le ofreció lo que le había llevado.

-Toma. Me temo que no es mucho, pero el vino es bueno.

-Gracias, no quiero nada.

Se quedaron mirándose en silencio. Etienne estaba pálido y agotado. No era de extrañar, al fin y al cabo llevaba allí abajo más de dos meses, y Cædmon sabía lo mucho que el frío y la oscuridad mermaban las fuerzas. Sin embargo, la expresión distante había desaparecido de los ojos de su amigo, así como la glacial hostilidad de su voz.

-Yo no incité a la retaguardia a la traición, Cædmon.

-No, lo sé.

Casi divertido, Etienne enarcó sus oscuras cejas.

-¿Tan seguro estás de ello?

Cædmon se encogió de hombros y asintió en silencio.

-No creas que no he estado tentado de unirme a Robert -confesó Etienne con franqueza.

-¿Por tu hermano Guillaume? -preguntó Cædmon-. Sé que siempre ha estado muy unido a ti.

-Sí. Más que Roger, aunque Roger y yo estuvimos todos esos años en Inglaterra y Guillaume se quedó aquí. Sin embargo, si me hubiese decidido a cambiar de bando, lo habría hecho de frente, sin volverme contra el rey.

Cædmon asintió de nuevo. Eso mismo había intentado explicarle a Guillermo innumerables veces; en un principio éste no lo escuchó, después se mostró impaciente y por último pasó a unas amenazas cada vez más serias.

-¿Sabes que mi hermano está cojo? ¿Como tú antes? -preguntó Etienne de paso.

-Sí, me lo dijo no sé quién.

-Pero, a diferencia de ti, Guillaume cojeará hasta el fin de sus días.

-¿Y sabes a quién ha de agradecérselo?

Etienne asintió.

-Claro. Pero al fin y al cabo tú pensabas que había matado a tu hermano, ¿no?

-Estás bien informado -observó Cædmon.

Etienne se encogió de hombros y esbozó una débil sonrisa.

-Montgomery viene de vez en cuando y me cuenta lo que pasa, aunque, al contrario que tú, él no cree en mi inocencia. Únicamente me compadece y piensa que sólo a Dios le debe que su hijo no esté en mi lugar. Comoquiera que sea, un hombre en mi posición aprende a disfrutar de la ironía del destino, y desde luego es irónico que mi hermano Guillaume, a quien en último término he de agradecer esto y que tanto se ha esforzado por perjudicarte a ti y a los tuyos, sólo haya sido castigado con la tara que tú superaste. Tal vez saque algo en claro de ello, quién sabe.

-¿Qué significa que has de agradecerle esto a Guillaume? -preguntó Cædmon sin entender.

-Poco después de mi llegada aquí, a Ruan, antes de Navidad, mi hermano me envió un mensajero, Rollo Fitz Alian. ¿Lo conocías?

-Sólo de nombre. Cayó en Gerberoi.

-Y Dios maldiga su alma traidora. Rollo se unió al séquito del rey por orden de mi hermano para ganar más adeptos para la causa del príncipe Robert. El día de Nochebuena me citó en la rosaleda, sería una reunión de conspiradores. Cuando estaban allí reunidos para planear la caída de Gerberoi, se toparon contigo y te tumbaron. ¿Qué demonios se te había perdido a ti allí, Cædmon?

-Bueno..., voy allí de vez en cuando, sin más. Para estar solo.

Etienne asintió.

-Cuando te vi tendido en el suelo, me asusté. Fue extraño; a decir verdad, tendría que haberme alegrado. Te..., te odiaba tanto. Te odiaba más de lo que nunca he querido a nadie. Es... un balance desolador.

Cædmon se lo quedó mirando estupefacto. No podía decir que lo sintiera, aunque lamentaba profundamente lo que le había hecho a Etienne. No obstante, sabía a ciencia cierta que volvería a hacerlo mañana si se viese de nuevo ante el mismo dilema. Así pues, ¿qué podía decir?

-Sea como fuere, le di un puñetazo en la nariz a Rollo Fitz Alan y le aclaré que no estaba interesado en el mensaje traidor de mi hermano. Luego te saqué de allí. -Rió con suavidad-. Si le hubiese escuchado, quizá habría podido evitar la caída de Gerberoi.

Cædmon sacudió la cabeza desconcertado.

-¿Y le has contado eso al rey?

-Sí, pero no me ha escuchado. No quiere creerme. Desconfía de mí desde el día en que mi hermano Roger le traicionó.

-En tal caso se lo explicaré de nuevo -prometió Cædmon con vehemencia-. Estoy seguro de que puedo ganarme el apoyo de Montgomery y luego...

Etienne levantó una de sus flacas manos en señal de rechazo.

-No tiene sentido. Además, poco importa ya.

El miedo se posó en el corazón de Cædmon como una mano helada; un temor inquietante, vago, y entonces se dio cuenta de que anidaba en él desde que entrara en la mazmorra y mirase a Etienne a los ojos por vez primera.

-¿Qué significa que ya no importa?

-Me estoy quedando ciego, Cædmon -dijo Etienne con aparente serenidad-. Bueno, en cierto modo siempre lo he estado. Quería estarlo. Siempre he sabido que la amabas, ¿sabes?

Cædmon se estremeció y lo miró.

-Etienne...

-No, ya es hora de que lo hablemos. Estoy en paz con Dios e incluso conmigo mismo. Sólo me faltas tú.

Cædmon dejó caer la cabeza.

-¿Qué sentido podría tener hablar de ello? -preguntó en voz queda-. No hay pecado que no cometiera por estar con Aliesa. Traicionaría al rey, dejaría a mi familia en la estacada, renunciaría a Dios y vendería mi alma al diablo. Estoy convencido de que la amo más de lo que tú la has amado jamás, pero era tu esposa, no la mía. Si mi amor hubiese sido bueno, puro y desinteresado, habría puesto pies en polvorosa y os habría dejado en paz. Pero no soy bueno ni puro ni desinteresado, sino desconsiderado, débil y egoísta, y por eso tampoco me merezco tu perdón.

Etienne asintió con el entrecejo fruncido.

-Veo que has averiguado algunas cosas poco halagüeñas de ti.

-Sí. En un agujero como éste, igual que tú.

-Mmm. Bueno, admito que no tengo nada que oponer a tu pública dilaceración, pero tienes mi perdón. Espero que no estés decepcionado.

Cædmon lo miró inseguro y se preguntó si no estaría burlándose cruelmente de él, si aquello no sería su venganza.

Etienne se rió de su duda y luego asintió enérgico.

-Es la verdad.

-Pero... ¿por qué ibas a hacerlo?

-Oh, no lo sé. En toda esta historia tampoco yo he sido precisamente un santo. Como te iba diciendo, aquella vez aquí, en Ruan, noté que ella te gustaba, por eso tardé tanto en decirte que era mi prometida. Quería concederte el mayor tiempo posible para que dieras rienda suelta a tus ilusiones. Siempre con la certeza de que lo que tú anhelabas era mío. Eras mi

mejor amigo, Cædmon, habrías hecho cualquier cosa por mí, y pese a todo me deparaba un extraño placer saber que sería yo quien ganaría el premio, si me disculpas el símil. Que en eso era superior a ti. Era soberbia, ¿comprendes? Y ningún otro pecado cuesta tan caro.

Cædmon lo escuchó con incredulidad y se tachó de necio incorregible, pues, tras todos aquellos años, la sincera confesión de Etienne aún era capaz de ofenderlo.

-Y en lo que respecta a Aliesa, tienes razón -prosiguió. Se encogió de hombros-. Yo la amaba, sin duda. Me refiero a que no podría ser de otro modo, es una mujer maravillosa. Pero no tanto como tú. A diferencia de ti, yo no me habría jugado la vida ni la salvación eterna por estar con ella. Ni en sueños se me habría ocurrido dejar de seducir por ella a cualquier otra mujer que pudiera tener. -Miró a Cædmon a los ojos-. Y no sólo solteras, ¿sabes? En otras palabras, me merezco lo que me ha caído en suerte, tal vez más aún que tú. Y en el fondo sólo te odiaba por mi orgullo herido, y eso es algo lamentable. -Se interrumpió y respiró hondo.

-Etienne...

-Y ahora no empieces a lloriquear, ¿quieres?

Cædmon carraspeó.

-No. Bebamos este vino, ¿de acuerdo?

Etienne rechazó la propuesta alzando la siniestra.

-Bebe tú por mí. A mí ya no me sienta bien.

-¿Por qué no?

-Ahora iremos a eso. Toma un buen trago, Cædmon, lo vas a necesitar. Todavía no he terminado contigo.

Cædmon estiró las piernas y comprobó que se le habían dormido los pies. Era como si hubiese estado horas de rodillas en aquella sucia paja. Movió los hormigueantes dedos sin quitarse los zapatos y bebió un generoso sorbo del odre para tragar el nudo que se había instalado tenazmente en su garganta.

Permanecieron un rato sin hablar. Cædmon no sabía qué estaba pensando Etienne. A él le reconfortaba su recuperada amistad; se apoyó con los ojos cerrados contra el grueso pilar de piedra y se dejó arrastrar a un pequeño delirio de ligereza que no experimentaba desde hacía tres años. Mas dicha sensación no duró mucho. El temor que se había instalado en él nada más entrar en aquel lugar tenebroso no se había disipado.

-¿Qué te pasa en los ojos? -quiso saber finalmente.

Etienne no respondió de inmediato. Se movió, cruzó los brazos, luego los dejó caer y por último apoyó relajadamente las manos en la rodilla doblada.

El problema no son los ojos. Es la cabeza. Me muero, Cædmon.

Cædmon apretó un instante los ojos y luego los abrió de par en par. Lo miró. No estaba realmente sorprendido. Se dio cuenta de que lo había sabido al mirarlo por primera vez.

-¿De qué?

Etienne evitó su mirada y se encogió de hombros. Parecía cohibido.

-Me dan... ataques. Tengo terribles dolores de cabeza. Son..., son peores de lo que nunca habría podido imaginar. Hace unos días fue tan horrendo que me puse a gritar. Durante horas, aseguran los guardias. No sé más. Pensaron que estaba poseído por un demonio y fueron a llamar al padre Maurice, que se quedó conmigo hasta que se me pasó. Le pedí que fuera en busca de un médico judío de la ciudad.

-¿Y lo hizo?

Etienne asintió.

-Un hombre accesible, el padre Maurice. No sé cómo habría sobrevivido estos meses sin su ayuda.

-¿Qué dijo el médico? -inquirió Cædmon.

-Que en mi cabeza crece algo ajeno a ella. Lo llamó tumor. Dice que posiblemente lo haya tenido toda mi vida. La herida de Gerberoi hizo despertar de su sueño al tumor y ahora... está creciendo.

-Santo Dios... ¿Y no se puede hacer nada para que vuelva a dormirse?

-Nada. -Etienne levantó la cabeza y lo miró-. Crecerá más y más, y cuanto más crezca tanto más frecuentes y peores serán los ataques. Ahora me encuentro peor que hace un mes. Y no quiero morir así, Cædmon.

Éste se lo quedó mirando fijamente y anheló estar equivocado, haber entendido mal lo que su amigo intentaba decirle.

Etienne vio el horror al desnudo en sus ojos y le puso la mano en el brazo para tranquilizarlo.

-He hecho testamento, lo tiene el padre Maurice. En él pone que os perdono a ti y a Aliesa, y que es mi deseo que te cases con ella. El padre Maurice está al corriente. Te defenderá de todo reproche, sabe que es libre decisión mía.

-Etienne..., por favor..., por favor, no.

-Cædmon -prosiguió Etienne con la voz baja, aterciopelada y persuasiva, la voz de la razón-. No hay nadie más a quien pueda pedírselo. Si te niegas, entonces..., entonces moriré miserablemente. Le pedí al médico que me dijera la verdad, pero he de confesar que después me arrepentí. Los dolores ya son insoportables, pero afirma que empeorarán. Durarán más. Hasta que, en algún momento, ya no desaparecerán. Y dice que, antes de que muera a causa de esta cosa que me aplasta sin piedad el cerebro, reventará otra cosa y entonces perderé el juicio. Cædmon, por amor de Dios, te pido que no me dejes morir así.

-Tengo... -Cædmon respiró hondo y trató de calmar su acelerado corazón-, tengo que pensarlo. Dame un día.

-No. -La voz de Etienne de pronto se volvió aguda, rebosante de pánico. Sin dejar de mirar a su amigo, sacudió la cabeza con resolución-. Hallarías cientos de razones para no hacerlo y no te atreverías a venir de nuevo.

-Te equivocas.

-Cædmon, me he confesado y he sido absuelto de mis pecados. Hoy es el día. Ni siquiera sé si volveré a reunir el valor. Si no lo haces tú, tendré que hallar el modo yo solo. Y ya sabes lo que será de mí.

Cædmon parpadeó aturdido, confuso ante aquella espantosa disyuntiva.

-Siento presionarte -admitió Etienne, apoyando la frente en el puño-. Pero si escurres el bulto... Dios, entonces no sé qué pasará. -Alzó la vista de nuevo-. Ayúdame, Cædmon, te lo ruego.

-Te ayudaré -se oyó decir Cædmon-. No tengas miedo.

Etienne cerró los ojos y respiró con infinito alivio.

-En tal caso..., en tal caso beberé el vino que me has traído.

-Toma. -Cædmon le tendió el odre con movimientos torpes. Una aterradora sensación de irrealidad trató de apoderarse de él, pero la reprimió con obstinación.

-Los dolores tal vez tarden una hora en empezar. Me entran siempre que bebo vino, pero hoy ya no he de temerlos -dijo Etienne con una débil sonrisa-. Hasta entonces podemos hablar de los viejos tiempos, ¿quieres?

-Sí.

-Y cuando te diga: creo que tengo ganas de dormir, lo harás. ¿Conforme? Muéstrame tu puñal, Cædmon.

Éste sacó su cuchillo de monte de la vaina del cinto y se lo tendió por el puño. Etienne comprobó el filo con el pulgar, asintió satisfecho y se lo devolvió.

-Bien. Y tú lo harás, ¿de acuerdo? Y deprisa.

-Ya sabes que mis manos son más rápidas que cualquier halcón que hayas tenido.

Etienne rió suave y despreocupadamente, se llevó el odre a los labios y bebió con la vehemencia propia de él.

Hablaron de los viejos tiempos. De Jehan de Bellême, de sus cómicos andares patizambos, de su calva y de las jugarretas que le gastaban a veces. Y recordaron la travesía en el Mora y Hastings, la coronación y los buenos años llenos de grandes hazañas, años en los que contribuyeron lo suyo a dar un nuevo orden a Inglaterra. Qué orgullosos estaban y qué

inocentes eran.

Hablaron mal, groseramente, de la manquedad de Lucien de Ponthieu y de la absoluta falta de humor de Roland Baynard, y Etienne recordó con placer a las numerosas beldades cuya simpatía había conquistado. Se emborrachó deprisa y corriendo. Hasta que sus ojos se enturbiaron y empezó a arrastrar las palabras.

-Maldita sea, Cædmon, apenas te distingo -dijo finalmente con una tímida sonrisilla. Casi balbucía.

-No importa. Ya sabes cómo soy.

-Y me estoy mareando. ¿Te resultaría impropio que descansara la cabeza en tu regazo? -Tenía la frente fruncida, y su rostro de pronto se había tornado ceniciento.

-No, de ningún modo.

Etienne se llevó el odre por última vez a los labios y dejó escurrir las últimas gotas en la boca. Después se estiró de espaldas, cruzó los tobillos y apoyó la cabeza en el muslo de Cædmon.

-No..., no ha sido una vida mala, ¿sabes? He llegado a los treinta. No está mal, ¿no?

-No -convino Cædmon, a quien aún faltaba un año para su trigésimo cumpleaños-. Luego sólo queda la vejez y la enfermedad.

Etienne rió a trompicones, torció el gesto y se llevó la mano a la sien izquierda.

-En estos treinta años, Dios casi siempre ha sido benévolo conmigo. Se han cumplido muchos de mis deseos. Aun cuando todos sin excepción eran vanos...

-Qué importa eso ahora.

-Sí, tienes razón. -Los turbios ojos inyectados en sangre se cerraron de golpe-. Dios, Cædmon, ¿te acuerdas de cómo..., cómo cebamos los cerdos de Winchester con pan mojado en vino y cómo se emborracharon?

-No tanto como nosotros.

-Eso es bien cierto. Y luego..., y luego... Cædmon, estoy tan cansado.

Éste no dijo nada. Posó la diestra en la oscura cabellera con el mayor de los cuidados, apartó la cabeza para que sus lágrimas no cayeran sobre el rostro de Etienne y desenvainó el cuchillo con la siniestra.

-¿Cædmon?

-Sí, Etienne.

-Creo que ahora debería dormir un poco.

Cædmon retiró la mano de la cabeza de su amigo, la unió a la diestra en torno al manoseado puño del largo cuchillo, y le hundió la hoja en el pecho con un movimiento preciso y resuelto.

Caén, junio de 1079

-Mi nombre es Cædmon de Helmsby, venerable madre, soy...

-Sé quién sois -lo interrumpió la abadesa cortante. Era una mujer inusitadamente alta que frisaba en los cincuenta. El porte erguido subrayaba su estatura e infundía respeto y veneración tanto a los visitantes como a las hermanas del convento. Su rostro, de pómulos altos y marcados, le daba un aire noble y ascético a un tiempo, y los oscuros ojos parecían inteligentes, y en ese momento reservados y fríos.

Él se esforzó en no dejarse intimidar.

-Si estoy bien informado, el obispo de Bayeux os ha escrito.

Ella asintió concisa.

-Él y la reina -replicó. Era imposible no percibir el desagrado que le habían producido las misivas, pero al menos en ese caso concreto estaba sujeta a las instrucciones del obispo de Bayeux (aunque por lo demás, y afortunadamente, el disoluto Odo no tenía competencia en

dicho lugar), y negarle un favor a la reina era poco menos que imposible, pues Matilda era la fundadora del convento.

-En tal caso le agradecería que me permitiera hablar ahora con Aliesa de Ponthieu, *madame*, siempre y cuando no haya llegado en mal momento.

Era por la mañana temprano, el rocío del herboso patio del claustro apenas se había secado. Sabía, igual que ella, que ésa era la mejor hora para ir a un convento.

La abadesa asintió.

-Aguardad aquí.

Estuvo esperando tal vez un cuarto de hora, y su nerviosismo y el lacerante miedo aumentaban a cada minuto. Ni siquiera sabía si ella querría verlo.

Cuando estaba a punto de emprender la huida y solicitar su ingreso de novicio tardío en la vecina abadía benedictina de San Etienne, donde había pasado las últimas semanas, de una angosta puerta del lado sur del claustro surgieron dos mujeres que vestían ropas oscuras. La más joven y de menor estatura era Cecile, la hija del rey, que había logrado distinguirse de tal modo por sus excelentes cualidades y su profunda humildad y religiosidad que parecía seguro que acabaría siendo la próxima abadesa de la casa. A su lado iba Aliesa.

Él salió a su encuentro con las piernas temblorosas e hizo una reverencia, sin ver realmente a la princesa. Tuvo que hacer acopio de valor antes de poder mirar a Aliesa a los ojos, de manera que se limitó a observarla con el rabillo del ojo. El oscuro hábito resaltaba su tez azucena más de lo que jamás lo hicieran sus costosos vestidos: la falta de joyas, su belleza natural. Se le antojó extraña y al mismo tiempo completamente familiar. Los detalles eran los mismos que recordaba, sólo había olvidado el conjunto. Lo pilló desprevenido, como caída del cielo, casi como la primera vez. Sintió el corazón desbocado y no estaba seguro de que fuese capaz de decir palabra. Levantó por fin la cabeza y la miró.

Los ojos verdes grisáceos parecían más grandes, tal vez porque su rostro se había afinado un tanto y parecía más afligido. La alegría que aquellos ojos siempre irradiaran estaba empañada por la tristeza y el dolor. Sin embargo, en el fondo su expresión no había cambiado. Cædmon sintió el deseo de sumergirse en esos ojos.

Después ella sonrió y le tendió las manos.

-Cædmon. Mi pobre Cædmon.

Él tomó las manos y, como no estaban solos, se conformó con llevarse la diestra a los labios.

-Todo lo contrario -dijo él en voz baja-. ¿Vienes conmigo?

-¿Es preciso que lo preguntes?

-Creo que tengo todo lo que necesitamos. ¿Tienes que recoger algo?

Aliesa sacudió la cabeza y señaló la bolsita que llevaba al cinturón.

-Esto es todo. -Luego se soltó, se volvió hacia Cecile, la abrazó y las dos jóvenes intercambiaron unas frases en voz baja.

Cuando Aliesa se separó, Cædmon se inclinó ante la princesa.

-Hasta la vista, Cecile. Quedad con Dios.

-Oh, creo que eso hago. En cambio, en lo que a vos se refiere no estoy tan segura -replicó la hija de Guillermo, mas su sonrisa suavizó la aspereza de sus palabras.

Cædmon cogió la mano de Aliesa, la condujo al portal y salieron al silencioso camino.

-¿No hay caballos? -preguntó ella sorprendida-. ¿Hasta dónde debo ir a pie?

Cædmon sonrió ante aquel enojo tan típicamente normando y su apocamiento empezó a ceder. -Sólo hasta el río. No está lejos.

-Vaya, ¿es que ahora eres marino, Cædmon?

-Creo que siempre soy lo que debo ser en cada momento.

Todo el que crecía entre el Yare y el Ouse aprendía a navegar y a llevar una barca. Cædmon la condujo hasta la pequeña y manejable embarcación que le había comprado a uno de los

pescadores de Caén y la ayudó a subir a bordo.

Aliesa se sentó en el estrecho banco de popa y cruzó los brazos incómoda.

-¿Adónde nos dirigimos?

-Eso no te lo voy a decir. No está lejos. Llegaremos a mediodía.

Al menos eso esperaba. Alejó el bote con bastante destreza, metió los remos en el agua y se plantó en medio del río. A continuación se puso a remar sin demasiado brío, pues sabía que la corriente los llevaría hasta el mar rápidamente.

Iban sentados frente a frente e intercambiaban miradas inseguras y alguna que otra sonrisa nerviosa.

-No nos sumamos en el silencio, Cædmon -dijo ella finalmente, sacudiendo la cabeza-. Háblame de...

-No, tú primero, por favor. -Empezó a bogar con más ímpetu, sintiendo el matinal sol en la mejilla derecha, oliendo el río y escuchando su murmullo, y no le habría importado guardar silencio unas horas y simplemente contemplarla. Volver a acostumbrarse a ella despacio. Pero si ella prefería hablar, él estaba conforme.

Aliesa deslizó una delicada mano por el agua y bajó la cabeza. En el portón del convento se había quitado el casto velo de monja y ahora el largo y suelto cabello negro le caía por el rostro, de forma que él no veía más que la punta de la nariz.

-No tengo mucho que contar -admitió-. El tiempo en el convento pasa despacio y apacible, y sin embargo vuela. Todos los días son iguales. Ha sido una época sosegada y edificante. Las hermanas han sido muy buenas conmigo. He aprendido muchas cosas nuevas. -Respiró hondo, levantó la cabeza y se echó la cabellera hacia atrás-. Estaba encerrada y privada de libertad, pero al fin y al cabo no era nada nuevo en cierto modo he estado así toda mi vida. Sea como fuere, me ha ido mejor que a ti. Cuando el día de mi partida Lucien me contó lo que te había hecho, deseé estar muerta.

«Sí-pensó él-, también yo.»

-Ay... De eso hace mucho tiempo, ¿sabes?

Aliesa lo observó meditabunda.

-Te noto distante.

-No. Sólo estoy cohibido, no distante.

-Pero cambiado.

-¿Y qué esperabas? Han sido tres años. Han pasado muchas cosas. Aunque no lo creas, he aprendido a leer.

El rostro de su amada se iluminó con una sonrisa de pura alegría.

-¿Es eso cierto?

-Tan cierto como que estoy aquí sentado y me están saliendo callos en las manos de tanto remar.

Ella sacudió la cabeza asombrada.

-Cuéntamelo todo.

-Primero quiero saber más de ti.

-No, yo diría que ahora te toca a ti.

De modo que se fueron turnando. Al cabo de más de una hora alcanzaron la desembocadura del río, y Cædmon adrizó el mástil, izó la pequeña vela tras algunos intentos fallidos y puso rumbo al este. Soplaba un viento de tierra que los hacía avanzar sin exigir demasiado de sus modestas artes marineras. Bordearon la costa del canal de la Mancha, y la entrecortada conversación pronto adquirió soltura mientras vencían aquella curiosa timidez motivada por la larga separación. Volvieron a hablar como antes, íntima y sinceramente, se contaron las horas alegres y las sombrías de los pasados tres años y se acosaron mutuamente, con impaciencia, a preguntas.

-¿Te escribió la reina el invierno pasado? -quiso saber Cædmon.

Aliesa asintió y dio unos toquecitos en la bolsa.

-Una carta maravillosa. No te imaginas el consuelo que me deparó. Hablaba de ti con tanta

calidez. Fue la primera vez que de verdad concebí esperanzas.

Cuando el sol estaba en lo más alto y Cædmon comenzó a buscar con la vista su destino, ella pidió finalmente:

-Cuéntame lo de Etienne, Cædmon.

Éste se volvió, comprobó innecesariamente unos cabos, se apoyó contra el bajo costado de babor y le indicó que se acercara.

-Ven aquí.

Ella se levantó con inseguridad, dio dos pasos vacilantes que hicieron tambalearse de forma preocupante el cascarón y, a continuación, se sentó a su lado, en el tablón. Cædmon le pasó el brazo por los hombros y la miró un instante a los ojos. Luego rozó con los labios sus sienes y le contó lo ocurrido con toda suerte de detalles. Aliesa apoyó la cabeza en su hombro y rompió a llorar.

-¿Y qué pasó después? -preguntó mirándolo, y se enjugó los ojos con la manga.

Él se encogió de hombros.

-De la noche no me acuerdo. En algún momento llegó gente. Soldados. Luego un oficial. Después un monje que era el padre Maurice, luego Wulfnoth, mi hermano y por último el rey. Sólo entonces volví más o menos en mí y comprendí que querían que soltara a Etienne para poder enterrarlo. Me insultaron y me interrogaron con brusquedad. Estuvieron haciéndome toda clase de preguntas sin cesar, y yo las respondí, mas no recuerdo una sola palabra. Todo está... borroso. Yo no quería entregárselo. Me sentía dichoso de que nos hubiese perdonado y no quería entregárselo. Creo que al final Wulfnoth me lo quitó de los brazos. Y luego estuve encerrado unas horas o unos días, hasta que el padre Maurice lo aclaró todo. Le mostró al rey el testamento de Etienne y lo leyó en alto.

En realidad había sido toda una semana, pero tampoco lo recordaba. Su memoria era tan sólo fragmentaria. El padre Maurice, que se ocupó de él como antes lo hiciera de Etienne, le explicó más tarde que a veces Dios provocaba en la gente ese estado de olvido para que cuerpo y alma pudieran superar una gran conmoción.

-Supongo que el rey no se calmó mucho más al conocer las circunstancias -musitó Aliesa.

Cædmon miró parpadeando al sol.

-Lo conoces bien. No; estaba incluso más enfadado conmigo que antes. Creía que Dios le había enviado la enfermedad a Etienne para castigarlo por su supuesta traición y que yo me había tomado la libertad de contrariar el plan divino.

-En verdad Guillermo no siente compasión.

-Ninguna.

-¿Y qué pasó después? -se interesó ella.

-Bueno, estuvo unos días fuera de sí, me amenazó con encerrarme de por vida en el calabozo y me profetizó el fuego eterno, pero finalmente se tranquilizó. Según Wulfnoth, la reina apeló a su conciencia y le dijo que no podía ignorar la última voluntad de Etienne. Al cabo me mandó llamar y me dio permiso para que te sacara del convento, me casara contigo y te llevara a Inglaterra, donde regresará pronto. El padre Maurice me impuso de penitencia pasar cuarenta días en un monasterio, guardar silencio, ayunar y demás. Dijo que me resultaría reparador. Y tenía razón, ¿sabes? Escogí Caén para cumplir la penitencia porque quería estar cerca de ti. Fui recuperando el juicio poco a poco, y recibí una carta de Odo en la que decía que todo estaba organizado y que podía ir a buscarte si es que estabas dispuesta a venirte conmigo. Ayer finalizaron los cuarenta días. Compré el bote y unas bagatelas y pernocté delante de vuestra puerta.

-A mí me escribió Odo -contó ella-, una carta muy franca y amistosa. Me dijo que si me casaba contigo, tuviese en cuenta que serían muchos los que se apartarían de mí definitivamente, porque todos se acordarían sólo de que mataste a Etienne, no de por qué y en qué circunstancias.

-Está claro que tiene razón. Será exactamente así.

La miró con fijeza. Sus ojos rebosaban temor y duda, y, en consecuencia, él sintió miedo.

Le pasó el índice por la frente, un tanto fruncida, e iba a decir algo para disipar las dudas cuando ella continuó:

-Me escribió que la única solución honrosa sería quedarme en el convento, y eso mismo era válido para ti. «Escuchad la voz de vuestro corazón», me aconsejó, «mas sabed que no hallaréis verdadera dicha ni paz si os casáis con Cædmon de Helmsby».

Él bajó la vista.

-¿Y estás dispuesta a renunciar a ello?

Ella posó las manos en el rostro de Cædmon y lo miró a los ojos.

-La verdadera dicha, en caso de que exista algo así, nunca nos ha sido dada y eso siempre lo hemos sabido. He sido capaz de renunciar a ella hasta ahora y seré capaz en el futuro. La pregunta es: ¿puedes vivir tú sin honor, Cædmon? Piénsalo bien antes de responder. Sería amargo que te despertaras una mañana y comprobaras que el precio fue demasiado elevado.

Cædmon resopló, casi era una risilla.

-Mi honor ya no depende tanto de cómo juzgan los demás mis actos. Aquello que a ojos normandos es honroso tal vez sea considerado infame por los ingleses, y viceversa. Hace tiempo que dejé de intentar hacer las cosas a gusto de todos, es sencillamente imposible. Ahora creo que el honor es una cuestión muy personal, ¿sabes? -La agarró por los brazos, la atrajo hacia sí y le dijo en voz baja-: Cásate conmigo, y al diablo con el mundo.

Era un delicioso y cálido día de verano, y el sol de mediodía centelleaba y refulgía en el mar azul oscuro. A su derecha se alzaba un alto acantilado de blanca piedra caliza que a Cædmon siempre le recordaba la costa meridional de Inglaterra.

Al describir la suave curva que trazaba el saliente, ante ellos surgió de pronto la más monumental maravilla de la creación que Cædmon hubiese visto en su vida. Respiró hondo, orzó y avanzó contra el viento.

Oyó a Aliesa tomar aliento sonoramente.

-Virgen santísima..., ¿qué es eso?

Ante ellos había un peñasco blanco que sobresalía del acantilado y se adentraba en el mar. Con todo, no era un risco macizo, sino un imponente arco de medio punto diez veces más alto que cualquier puerta creada por el hombre: un portal en medio del mar.

Cædmon la miró sonriendo.

-¿No lo conoces?

Ella sacudió la cabeza y miró con ojos resplandecientes el inmenso arco.

-Oh, Cædmon. No sabía que Dios hubiese creado semejante maravilla en Normandía.

Este enfiló directamente hacia el arco.

-Lo vi por primera vez el verano anterior a la conquista, cuando la flota se trasladó de la desembocadura del Dives a St. Valéry. Y al verlo soñé con traerte aquí algún día.

Con la corriente a su favor, pasaron a toda velocidad por debajo del elevado y amplio arco y entraron en una extensa bahía con una estrecha playa de arena amarilla cenicienta en cuyo extremo se alzaba otro acantilado interrumpido por un arco muy similar. Justo delante asomaba del agua un peñasco blanco con forma de gigantesca punta de flecha.

Cædmon dejó que la barca quedara varada en la playa, desembarcó de un salto y le tendió a Aliesa las manos.

-Ven, te ayudaré. Ten cuidado de no caerte.

Ella tomó su mano y bajó sin mirar dónde ponía los pies, giró la cabeza en ambas direcciones, la levantó para contemplar las elevadas rocas y el inmaculado cielo azul, y a continuación abrió los brazos.

-Es el lugar más hermoso que he visto en mi vida.

-Bueno -dijo él satisfecho-, en ese caso no tendrás nada en contra de que monte aquí una tienda.

Ella lo miró con ojos radiantes y sacudió la cabeza perpleja.

-Cædmon, qué cosas se te ocurren.

-¿Y bien?

Aliesa rió suavemente.

-Si por mí fuera, pasaríamos aquí el resto de nuestros días.

Cædmon bajó el equipaje del bote; tras sentarse en la arena, ella cruzó los brazos y los apoyó en las flexionadas rodillas, en ningún momento se le pasó por la cabeza ayudarlo. Él sonrió para sí con disimulo, dejó caer a su lado un fardo de lona y le ofreció una bolsa de lienzo gris.

-Toma. Pan, rábanos y queso. Y tengo un odre de sidra. Seguro que estás hambrienta.

Ella asintió, deshizo los nudos del cordel y sacó el contenido.

-Con esto no llegaremos muy lejos -comentó.

Él fue por el odre al bote y a la vuelta se sentó a su lado.

-No. -Luego señaló el peñón que se encontraba en un lado de la bahía-. Detrás hay un pueblecito de pescadores. Seguro que ahí conseguimos provisiones, pero no quiero ir antes de que sea necesario. Sin duda a la gente le picará la curiosidad y vendrá hasta aquí.

Aliesa esbozó una sonrisa.

-¿Qué pensarán si nos ven...?

-Mmm. Se lo contarán a sus nietos.

-¿Cómo se llama la aldea? -quiso saber.

-Etretat.

-Las gentes de Etretat pueden considerarse dichosas por haber nacido en un lugar así.

-Sí. Y apuesto a que no saben apreciarlo.

Comieron en silencio. Después se levantaron y tomaron una angosta senda que llevaba a los acantilados del lado oeste. Hallaron huellas de cascos y cagarrutas de oveja, pero no vieron hombres ni bestias. Una vez en lo alto, divisaron accidentadas praderas que se extendían tierra adentro hasta donde alcanzaba la vista. Grandes y enhiestos dedos rocosos sobresalían de las escabrosas peñas, que se precipitaban, escalonadas, hacia el mar. Las gaviotas alzaron el vuelo profiriendo indignados graznidos cuando ellos decidieron andar por las rocas y otear el abismo. Las abejas zumbaban entre las amapolas y unas flores violetas en forma de vela, y el bramido constante del mar allá abajo lo acallaba todo con su incomparable hechizo.

Cædmon se apoyó contra una roca, cruzó los brazos y se puso a contemplar a Aliesa mientras ésta exploraba una pequeña cueva. La muchacha se había inclinado un tanto para ver la baja entrada, y él ladeó la cabeza y la observó de perfil. Su amada alzó una de sus esbeltas manos, se retiró el cabello del rostro y, tornando sus dedos en improvisado peine, lo sujetó detrás de la oreja, quedando su pequeño pabellón al descubierto. Luego se arrodilló para examinar un nido de gaviotas abandonado que había a la entrada de la gruta, y a él se le cortó la respiración al verla de tal modo en la hierba, completamente absorta, con los cabellos aún sujetos con la mano.

Cædmon dejó la roca y se acercó a ella, la tomó con cuidado del brazo y la levantó.

Ella clavó los ojos en él, que le puso una mano en la nuca, rodeó su cintura con el otro brazo y la atrajo hacia sí. Sus labios se unieron en un beso dulce y apacible, casi tan delicado como si fuera el primero, como si al cabo de tres años no conocieran de sobra los labios del otro. Permanecieron estrechamente abrazados, pero ya no con desesperación, como si estuvieran a punto de perecer ahogados. A él no le habría importado tumbarla en la corta, mullida hierba y hacerlo allí, pero no corría prisa. Por primera vez tenían tiempo. Y quería deleitarse en aquel lujo. Sintió una profunda armonía interior que le era completamente desconocida, y se sorprendió al darse cuenta de lo que significaba ser feliz. Era como una dulce embriaguez que te llenaba de una agradable calma y una alegría desbordante a un tiempo. Cuando un golpe de viento arrastró la negra cabellera de Aliesa y enredó en ella a Cædmon, éste se echó a reír y toda su tristeza se desvaneció.

Pasaron la tarde en la playa, a la sombra del abrupto acantilado. Cædmon montó la pequeña tienda de campaña con ayuda de una estructura de madera sobre la cual extendió las lonas, las cuales afianzó en el suelo con unas estacas.

-La arena no es la superficie ideal -comentó-. Espero que el viento no nos vuele la tienda. De ser así nos veríamos obligados a pedir cobijo a los pescadores.

Aliesa se sentó en el borde de la barca, que Cædmon había arrastrado tierra adentro, y arrugó la nariz.

-Será mejor que claves unas estacas más. Espero que disculpes mi franqueza, pero este tinglado parece un tanto extraño. Más un tejado sin casa que una tienda.

Él asintió.

-Es una tienda inglesa, *madame*.

-Oh, en tal caso os pido perdón por mi falta de tacto, y sólo me cabe esperar que las tiendas inglesas sean más seguras que las casas inglesas.

Ambos rompieron a reír.

El sol ya caía sesgado, bañando el mar en una luz casi dorada, y pronto desaparecería tras los acantilados del oeste.

-En cuanto oscurezca, refrescará -vaticinó él.

-¿Tenemos leña? -preguntó Aliesa-. Por aquí no hay ningún árbol.

-Podríamos volver arriba y recoger sirle seco. Es excelente para hacer fuego. -Disfrutó un instante al ver su espanto, que no logró ocultar del todo, antes de decir sonriendo-: No, no temas. Tenemos un saco de carbón.

Ella le dio un empujón en el pecho.

-Tonto...

Cædmon la atrajo hacia sí y apoyó el mentón en su cabeza.

-Si esta vida sencilla te asusta, no tienes más que decírmelo y te llevaré enseguida allí donde haya una sala con cristianos civilizados, sirvientes, cocineros y criadas que no piensen más que en tu comodidad.

Aliesa sacudió la cabeza.

-Aún no. Nunca he estado en el paraíso, así que primero he de acostumbrarme a él, pero no quiero irme. Ahí fuera el mundo se ha vuelto ajeno y me da miedo porque me es hostil.

-Entonces nos quedaremos aquí -prometió él.

Aliesa rió suavemente.

-Hasta que no lo soportemos más y hagamos como Adán y Eva para que nos expulsen.

Al caer la noche, Cædmon cavó en la arena un hoyo poco profundo justo delante de la tienda e hizo fuego. A continuación desenrolló las mantas, la mitad dentro, la otra mitad al raso, y cuando Aliesa se puso de rodillas a su lado, él empezó a desnudarla. Lo hizo con una lentitud casi atormentadora, contemplando concienzudamente cada detalle que descubría; alzó uno de sus brazos y lo acarició con la mejilla para sentir sus dorados pelillos. Se tomó su tiempo para redescubrirla con toda tranquilidad. Y Aliesa, la que tantas veces antes lo excitara y regocijara con su impaciencia, soportó su parsimoniosa exploración sin protestar y se confió sin más a él. Cuando finalmente estuvo desnuda, él fue a quitarse sus propias ropas, mas ella, sacudiendo la cabeza, le apartó las manos y le levantó los brazos, de un dorado rojizo a la luz de la lumbre, hecho lo cual le sacó el jubón por la cabeza y luego fue desvistiéndolo con idéntico comedimiento.

Cædmon vio que su amada estaba tiritando y trató de echarle la manta por los hombros, pero ella le abrazó el cuello y lo atrajo hacia sí. Sintió la suavidad de sus pechos, respiró hondo y los rozó con delicadeza. Sus manos fueron bajando por los costados de Aliesa. Su piel era sedosa y cálida. Cuando la mano se deslizó por el oscuro y frondoso triángulo de su vello púbico, ella dejó escapar un gemido prodigiosamente débil, posó sus labios en los de Cædmon y lo besó con avidez. Luego se dejó caer hacia atrás y lo arrastró con ella. Había cerrado los ojos, y Cædmon se deleitó con las diminutas sombras curvas que las largas

pestañas arrojaban sobre sus mejillas mientras la poseía lenta y amorosamente.

Los primeros días del verano despuntaban frescos, y antes aún de que la claridad fuera absoluta, Cædmon salía a pescar. Aliesa lo acompañaba y se burlaba de su torpeza, si bien él pescaba lo bastante para no pasar hambre. En cuanto el sol de la mañana iniciaba su ascenso, empezaba a hacer calor.

Un día Cædmon convenció a Aliesa para que se bañara con él en el mar e intentó sin mucho éxito enseñarla a nadar. Ella dio más muestras de valor que de habilidad, y cuando se hundió y al poco emergió resoplando, fue él quien se rió de ella. Con los ojos echando chispas, Aliesa lo salpicó con la intención de calarlo. Él nunca había visto a una mujer desnuda y furiosa en el mar, y la risa cesó al quedarse él sin aliento. La llevó de inmediato hasta aguas poco profundas, donde ella finalmente lo perdonó y, tras rodear con sus piernas su cintura, se amaron en la liviandad del mar.

Hacían largas excursiones por los acantilados o, cuando la marea estaba baja, por la orilla del mar, y Aliesa era incapaz de pasar ante una concha sin recogerla y mostrársela a Cædmon, que la admiraba debidamente. Las más bellas se las guardaba en la bolsa.

Los pescadores de Etretat no tardaron mucho en descubrir en la vecina bahía la curiosa tienda y a sus moradores. Cædmon les salió al paso con semblante sombrío y armado hasta los dientes, «haciéndose el salvaje anglosajón», en palabras de Aliesa, y ellos volvieron a irse sin demora por donde habían venido, no sin antes acceder a venderle pan reciente, queso y sidra al feroz guerrero.

Nadie volvió a molestarlos, y se dedicaron con entusiasmo a esa vida nueva y sencilla, pero sobre todo a sus personas. Cædmon contemplaba a Aliesa mientras ésta limpiaba el pescado y lo sazonaba con las hierbas que recogía en sus paseos, y él se ocupaba del fuego, en el que asaban la sabrosísima pesca del día. Y se imaginaban que eran sencillos pescadores de una aldea como Etretat a los que había sorprendido una tormenta durante un viaje y que habían naufragado en una apartada bahía. Y se reían de sus disparatadas fantasías. Conversaron sobre toda clase de cosas y se sonsacaron sueños absurdos y secretos jamás confesados, mas no hablaron ni del pasado ni del futuro.

El verano del mar del Norte mostraba su mejor cara; a días soleados y ventosos seguían noches frescas y estrelladas, y una noche en que Cædmon admiraba la imponente puerta de piedra del mar y contemplaba la luna, que irradiaba una luz argéntea, comprobó desconcertado que ya casi era luna llena. Aliesa había hecho lo propio.

-Debemos de llevar aquí al menos diez días -observó, y echó la cabeza atrás para abarcar lo más posible aquel nocturno cielo oscuro.

-Es increíble -musitó él, y exhaló un suspiro.

-¿Crees que es hora de que nos vayamos? -inquirió Aliesa.

-Bueno..., algún día alguien empezará a preguntarse dónde nos escondemos. Tenía pensado llevarte a Fécamp y de ahí a Inglaterra, y a ser posible dar la impresión de que llegamos directamente de Caén.

-Sí -repuso ella-. No es preciso que nadie sepa nada de esta pequeña estancia aquí. El escándalo ya será lo bastante grande cuando nos casemos habiendo pasado tan poco tiempo desde la muerte de Etienne.

Cædmon volvió la cabeza y se la quedó mirando. Era la primera vez que surgía ese nombre desde que estaban allí, y le sorprendió que ocurriera de un modo tan casual y que no se sobresaltara, que no se le hiciera un nudo en la garganta.

-¿No quieres guardar luto? -le preguntó, esforzándose por desterrar de su voz la temerosa esperanza.

Aliesa sacudió la cabeza.

-Llevo tres años de luto por vosotros dos. Es suficiente. ¿Ante quién debo fingir? De todas formas no van a perdonarnos, esperemos lo que esperemos. Además sería un milagro que no

estuviera embarazada, teniendo en cuenta lo mucho que estos últimos días... No tiene gracia, Cædmon -concluyó cortante.

-No -admitió él, y se obligó a ponerse serio y grave, y le tomó la mano-. Estoy aliviado, eso es todo. Estaba seguro de que querrías esperar.

-Sólo espero que encontremos a un sacerdote que nos case -musitó ella.

-Odo lo hará -aseguró Cædmon-. Refunfuñará y se hará de rogar, pero lo hará por ti.

-¿De verdad lo crees?

Él asintió.

Permanecieron un momento en silencio, meditabundos, y enseguida las olas cautivaron de nuevo a Cædmon. Escuchó su ritmo solemne, ancestral, contempló las crestas de espuma blanquiazules a la luz de la luna y deseó no tener que marcharse.

-¿Y luego qué? -quiso saber Aliesa.

Cædmon se encogió de hombros.

-Depende de los deseos del rey.

Ella lo miró a los ojos, asintió y esbozó una extraña sonrisa.

-En eso nada ha cambiado. Todo depende siempre de los deseos del rey. Tu vida, la de Etienne, la mía.

-Sí. Y si regresa a Inglaterra, no reinarán la calma ni la paz. Pero primero iremos a Helmsby, si te parece bien.

-Dios mío, hace tres años que no vas -recordó ella.

Cædmon se pasó la mano por la frente.

-A mí me parecen diez. -Le confesó su nostalgia, la añoranza de sus hijos y su preocupación por las latentes disputas con su vecino, el hermano de Aliesa.

Esta apoyó la cabeza en el hombro de su amado y, al igual que él, clavó la vista en el blanco resplandor de la pétrea puerta marina.

-Vayamos a Helmsby pues, Cædmon. He imaginado tantas veces cómo sería ir allí siendo tu esposa. Salgamos mañana. Creo que es hora de que abandonemos el paraíso.

-¿Estás segura?

-Sí.

-En ese caso..., toma. -Cædmon sacó una manzana de la bolsa y se la puso en la mano.

La despedida de Etretat no fue tan dura, ya que por la noche el tiempo cambió. El repiqueteo de la lluvia en la tienda y el atronador oleaje los arrancó del sueño antes del alba. Cædmon le echó una ojeada al mar y anunció que con semejante vendaval prefería no ir a Fécamp en semejante cascarón.

De manera que cambiaron la barca en la aldea por un mulo decrépito y flaco. Cædmon sabía que lo estaban engañando, pero no regateó mucho. Ahora que habían resuelto volver, apenas podía contener su nostalgia.

Dejaron atrás todo lo prescindible y partieron. Aliesa iba en la silla de madera del lamentable mulo y Cædmon tiraba de la rienda, y así iniciaron el ascenso por una tortuosa senda que discurría entre los extensos pastos. Antes de tomar el camino que llevaba al oeste, se detuvieron a mirar por última vez los blancos arcos de piedra que se perdían allá abajo, en el mar.

Estaban calados hasta los huesos, pero no hacía frío y el trayecto no era largo. A última hora de la mañana recalaron en Fécamp y hallaron un barco danés que zarpaba con vino francés, pimienta y otros artículos de lujo para Dover y cuyo capitán se mostró dispuesto a embarcar a dos pasajeros sin hacer preguntas. Soltaron amarras con la marea nocturna a pesar de la mar gruesa. A Aliesa le asustaba la travesía con aquel tiempo, y los indecentes silbidos y las miradas desvergonzadas de la tripulación la enfurecían, pero de su boca no salió una sola palabra de queja. Cædmon no se movió de su lado en toda la noche. Por la mañana arribaron al puerto de Dover, agotados mas sanos y salvos, abonaron el precio convenido al capitán

danés y pusieron rumbo al castillo por el camino más corto.

-Lo siento, *thane*, pero el obispo no se encuentra aquí -informó el mayordomo, que les dio la bienvenida en la sala y evitó mirar a Aliesa.

«Las noticias han cruzado el canal antes que nosotros», pensó Cædmon resignado.

-¿Cuándo lo esperáis de vuelta? -preguntó sin ocultar su decepción.

-No sabría deciros.

-¿Dónde está?

Incómodo, el mayordomo empezó a toquetearse la manga de su vestimenta.

-En Helmsby, *thane*. -Devolvió la inquieta mirada de Cædmon y asintió apesadumbrado-: Vuestra madre lo ha hecho llamar. El mensajero dijo que agonizaba.

Helmsby, junio de 1079

El patio del castillo estaba extrañamente desierto bajo el encapotado cielo. Unas gallinas picoteaban la hierba con desgana, pero no se veía un alma.

-Hemos llegado demasiado tarde -musitó Cædmon abatido.

Desmontó delante de la cuadra, pero no se presentaron ni el viejo Edgar ni su hijo Ine para hacerse cargo de sus animales, tan sólo Grim, el peludo perro de caza gris de Cædmon, se expuso a la llovizna abandonando el cobijo que le ofrecía la puerta del establo y, al descubrir a su amo, empezó a menear su enorme rabo y se tumbó a los pies de Cædmon lanzando un débil gemido.

Cædmon le acarició el largo hocico con la diestra.

-Mi fiel Grim, después de tanto tiempo todavía me reconoces. Estás mayor, ¿eh?

El perro lo miró sumiso y, cuando Cædmon se dio la vuelta para ayudar a desmontar a Aliesa, se puso en pie de un salto y comenzó a brincar a su alrededor, loco de contento, y a olfatear con cautela el vestido de Aliesa.

Cædmon ató los caballos y tomó a Aliesa del brazo.

-Vayamos dentro. Vamos, Grim.

Fueron hasta el puente levadizo, y los centinelas abrieron los ojos como platos al ver a su señor.

-¡*Thane*! Bienvenido a casa. No teníamos noticia de que fuerais a venir -lo saludó el joven Odric radiante de alegría. Luego su rostro se ensombreció e, incómodo, se encogió de hombros-. Sólo me temo...

Cædmon alzó la mano.

-Lo sé. Odric, Elfhelm, ésta es mi esposa, Aliesa de Ponthieu.

Los *housecarls* recordaban de sobra a la bella normanda que hacía unos años estuviera allí de visita, mas si les sorprendió que la mujer del sheriff de Cheshire ahora fuese la esposa de su *thane*, no se les notó. Hicieron una respetuosa reverencia.

-En tal caso sed también vos bienvenida a casa, lady -la saludó Odric, mostrando su encantadora sonrisa.

Ella encontró en extremo curioso que un centinela le diera la bienvenida, pero sabía que ésa era una de las muchas cosas que allí eran distintas, y que los *housecarls* de una casa pequeña, que se podía abarcar con la mirada, eran más o menos de la familia.

-Gracias, Odric -replicó ella en un inglés sin apenas acento.

Volvió a posar la mano en el brazo de Cædmon y, seguidos de cerca por Grim, cruzaron el puente levadizo y subieron los peldaños que conducían a la sala común.

Odo, Hyld, Guthric, Alfred, Irmingard y el tío Athelstan se hallaban sentados a la mesa elevada junto con los hijos de Hyld y Cædmon. Ante ellos estaba Helen, la cocinera,

trinchando un faisán asado. En las mesas laterales estaban los *housecarls* con sus familias y más hacia los extremos, las criadas y los siervos. Reinaba el desánimo y las conversaciones se sostenían en bajo, de modo que el vozarrón de Ælfric resonó en toda la sala:

-¡Padre! -El muchacho se levantó de un salto, pero se lo pensó mejor, se tapó la boca con la mano y musitó-: Perdón.

«Al menos está haciendo progresos», pensó Cædmon, y sonrió a sus hijos al tiempo que cruzaba la sala con Aliesa y rodeaba la mesa principal. Se detuvieron ante Odo.

Cædmon hizo una profunda reverencia.

Odo, Hyld y Guthric se habían puesto en pie. El obispo miró a Cædmon y luego a Aliesa, sacudió la cabeza y suspiró levemente. Antes de que pudiera decir nada, Hyld se acercó a su hermano y lo abrazó.

-Cædmon, me alegro tanto de que estés en casa. -Éste notó las lágrimas de su hermana en el cuello-. Madre ha muerto.

Aunque ya se lo figuraba, la noticia le afectó. Apretó los dientes, acarició el cabello de Hyld y la besó en la mejilla antes de soltarla y darle un abrazo a su hermano.

-¿Qué... ? -Cædmon tuvo que aclararse la garganta-. ¿Qué ha pasado?

-Pulmonía -explicó Guthric conciso.

Alfred, que se había aproximado, le dio unas palmaditas en la espalda a Cædmon.

-Empezó en invierno -dijo-. A decir verdad llevaba años achacosa.

-No quería seguir viviendo -susurró el tío Athelstan a su vacío vaso-. No quería seguir viviendo desde hacía mucho, desde que Ælfric cayó. Los malditos normandos tienen la culpa de todo.

Alfred lanzó un ay.

-Padre, te lo ruego...

Cædmon le puso a su tío la mano en el hombro a modo de consuelo antes de volver con Odo y Aliesa, que hablaban en voz queda.

-Os agradezco que hayáis venido a consolar a mi madre, *monseigneur*. En ausencia del rey, seguro que estaréis muy ocupado en Dover.

Odo le restó importancia a su acción.

-Era lo menos que podía hacer por ella. Era una mujer excelente, la respetaba mucho. Además, el reino está en manos del venerable arzobispo Lanfranc. Estoy convencido de que le cuesta más prescindir de vuestro hermano Guthric que de mí. -Recobró la seriedad y añadió-: Lo siento, Cædmon.

-Gracias.

Ælfric y Wulfnoth se encontraban a unos pasos, apoyándose ora en un pie ora en el otro con impaciencia, pero sin atreverse a acercarse. Finalmente Aliesa se volvió hacia ellos, apoyó las manos en los muslos y estudió sus rostros.

-¿De verdad que este valiente caballerito es Wulfnoth de Helmsby? -preguntó con aparente incredulidad.

El menor de ambos muchachos asintió tímidamente.

-Sí, lady.

-¿Te acuerdas de mí?

Él negó con la cabeza.

-Bueno, han pasado cuatro años desde que nos vimos, tu edad era la mitad que ahora, pero entonces éramos buenos amigos.

Cohibido, Wulfnoth bajó los párpados y no supo qué decir.

Cædmon se puso a su lado y dijo lo que todos los padres les decían a sus hijos tras una larga ausencia:

-Habéis crecido mucho.

Ælfric, que el mes anterior había cumplido diez años, ciertamente había perdido las redondeces de la infancia: sus largas y musculosas piernas eran más las de un atleta infatigable que las de un niño.

-Alfred me está enseñando a manejar el hacha -informó orgulloso.

Cædmon les puso la mano en el hombro a sus hijos.

-Estoy seguro de que haces muchos progresos. Di buenos días a Aliesa, Ælfric. Es... bueno, creo que es algo así como tu madrastra.

El muchacho se inclinó cortésmente, si bien observó:

-Pero mi madre aún vive.

A disgusto, Cædmon miró involuntariamente en dirección a Odo y dijo en voz baja:

-Yo diría que una cosa no excluye la otra, Ælfric, pero después hablaremos de ello con tranquilidad. -Se volvió hacia Wulfnoth-. ¿Y tú qué opinas?

El menor de los hermanos se encogió visiblemente ante la mirada escrutadora de su padre.

-¿Dónde está el príncipe Henry? -quiso saber.

-En Ruan, pero volverá pronto.

Wulfnoth asintió, luego levantó la cabeza y miró a su padre a los ojos.

-La abuela ha muerto.

Cædmon le pasó la mano por la trigueña cabellera.

-Lo sé. No estés triste, Wulfnoth. Todos tenemos que morir, y tu abuela era una mujer anciana y enferma. Ahora está en el cielo y puede ver a Dios en su grandeza.

-No estoy triste -le confió su hijo con ingenua sinceridad-. No nos soportaba y nunca hablaba con nosotros. Me daba miedo. Me alegro de que ya no pueda reñirnos.

Cædmon estaba escandalizado. Por más que hubiese querido, no habría sabido qué decir. Que su madre hubiera muerto lo asustaba; de repente se sentía viejo. Y echaba de menos las manos frías, el temperamento impetuoso y el incondicional cariño materno que tanto enriquecieron y apuntalaron su infancia, pero no podía cerrar los ojos a la certeza de que, en el fondo, experimentaba el mismo alivio que Wulfnoth. Vivir con su madre nunca habría sido fácil, sobre todo para Aliesa. Marie jamás le habría permitido olvidar lo que pensaba de su matrimonio, y Aliesa, debido a su educación y su naturaleza, habría sido incapaz de defenderse de sus ataques.

Wulfnoth se anticipó a los poco convencidos reproches de su padre preguntando con ojos temerosos:

-Es malo pensar eso, ¿a que sí?

Cædmon vio el temor en los grandes ojos azules del niño y notó que se le encogía el corazón. Amaba a sus dos hijos por igual, pero Wulfnoth siempre despertaba en él un instinto vehemente de defenderlo del mundo con uñas y dientes.

-Creo que uno no es culpable de las cosas que le pasan por la cabeza, ¿sabes? E indudablemente no estuvo bien que tu abuela no os quisiera y os hiciera pagar a ti y Ælfric por cosas que no eran culpa vuestra, pero existe una norma que dice que no se puede hablar mal de los muertos. Si a uno no se le ocurre nada bueno, es mejor que no diga nada, ¿entiendes?

Wulfnoth asintió con seriedad y lo miró fijamente.

-¿Te quedarás ahora aquí, padre? ¿O volverás a irte?

A Cædmon le sorprendió y halagó que por lo visto el muchacho le concediera tanta importancia a aquello. Aparte del año escaso que habían pasado juntos en la corte de Odo, en Dover, nunca habían convivido; Hengest, el molinero, había desempeñado un papel mucho mayor en la joven vida de Wulfnoth que Cædmon.

-Por ahora voy a quedarme aquí. Os he echado mucho de menos, ¿sabes? Y cuando el rey regrese a Inglaterra y me haga llamar... Bueno, eso ya lo pensaremos cuando llegue el momento. Y ahora vuelve a tu sitio y termina de comer. Eso también va por ti, Ælfric.

Entre tanto su primo Alfred había dado unas cuantas órdenes, y entre Odo y Guthric, en el centro de la mesa principal, se habían colocado dos sillones.

Cædmon llevó a Aliesa a su sitio y se sentó a su lado. Al coger el vaso se dio cuenta de que todos los ojos de la sala estaban pendientes de él. Hizo ademán de llevarse el vaso a la boca, pero cambió de opinión y lo dejó en la mesa.

-Hoy es un día de luto en Helmsby -comenzó en voz queda, si bien era tal el silencio que podía oírsele claramente al otro extremo de la sala-, Y sería irrespetuoso con la difunta hablar de otra cosa que no sea su memoria. Todos sabéis la clase de mujer que era mi madre; a muchos, como a mí, os curó de heridas y enfermedades, trajo a vuestros hijos al mundo, acompañó con solicitud a vuestros padres y madres hasta el umbral que ahora acaba de cruzar ella. Se ocupó de que incluso en años difíciles no pasáramos hambre y pudiésemos volver a casa cada noche al amor de un cálido fuego. Por eso estoy seguro de que atenderéis mi ruego gustosamente y rezaréis por el alma de mi madre. Y es preciso que sepáis que Dios ha dispuesto que la sala de Helmsby no esté un solo día sin señora. -Miró a Aliesa con una sonrisa casi tímida, tomó su mano y se la llevó a los labios-. Ésta es Aliesa de Ponthieu, mi esposa. Y todos los que me seáis leales le daréis la bienvenida y la serviréis con la misma fidelidad que a mí. Sí..., eso es todo, creo.

Por un instante reinó un silencio nervioso. Luego se puso en pie el anciano Cynewulf, que fuera seguidor de su padre. Su blanco cabello se había vuelto ralo, si bien caía sobre unos hombros aún anchos y erguidos, y sus ojos gris mar eran claros y agudos.

-Tenéis razón, *thane*, el día de hoy pertenece a la memoria de vuestra madre. Pese a todo, permitid que os dé la bienvenida a casa a vos y a vuestra esposa. Dios bendiga al *thane* y a lady Aliesa, y les conceda una larga vida y una docena de hijos sanos.

Con una sonrisa picara levantó el vaso, y toda la mesa dio su aprobación y siguió su ejemplo. Cædmon le dio las gracias con la cabeza y vio por el rabillo del ojo que Aliesa obsequiaba al fiel *housecarl* con una sonrisa tan radiante que teñía de arrebol las ancianas mejillas del hombre.

Odo se arrimó a Cædmon y le susurró:

-Lo habéis hecho magníficamente, *thane*, pero ¿no olvidáis un pequeño detalle?

Cædmon cogió el plato rebosante que le tendía Helen y preguntó con la frente fruncida:

-¿Cuál?

-Que aún no es vuestra esposa. Y tengo mucha curiosidad por saber dónde vais a encontrar un sacerdote que se atreva a casaros.

El *thane* agarró un muslo de faisán, pero no lo probó, sino que miró con franqueza a Odo.

-Esperaba que lo hicieseis vos.

Odo abrió los ojos de par en par.

-¿Yo? Ya podéis ir olvidándolo.

Apocado, Cædmon bajó la vista.

-Entiendo que el asunto no está... exento de problemas, pero al fin y al cabo el rey nos ha dado su permiso.

El obispo sacudió la cabeza.

-Así y todo, Cædmon, no podéis pedirme eso. De todos modos no es mucha la simpatía que Guillermo me tiene, ya que osé hacer valer mi derecho absolutamente legítimo a unas propiedades en Kent en contra de su gobernador y del arzobispo Lanfranc. Es posible que Guillermo haya aprobado este matrimonio (qué remedio le queda, en vista del testamento), pero sé que la idea le hace fruncir su regia frente. Sobre todo porque ni siquiera tenéis el decoro de observar un año de luto. Y no tengo intención de enojarlo más aún.

Preocupado, Cædmon lanzó una breve mirada a Aliesa, que estaba sentada a su lado, comiendo sin ganas y pretendiendo no oír lo que decían. Bajó la voz.

-Pensaba que lo haríais por Aliesa.

Odo revolvió los ojos y respiró hondo; era evidente su dilema. Tras una breve lucha interior, sacudió la cabeza.

-Me temo que no es posible.

Cædmon encogió los hombros con fingida impasibilidad.

-Bueno, en ese caso se lo pediré al padre Cuthbert. Es vasallo mío, no podrá rehusar.

-Habría que ver si el matrimonio sería válido. Tuve el honor de dar sepultura con él a vuestra madre. No sabe latín, Cædmon. Dudo que esté en condiciones de casaros como es

debido. Además...

-Lo haré yo -interrumpió Guthric, que se hallaba sentado al lado de Aliesa y, al igual que ella, había escuchado discretamente.

Los tres se lo quedaron mirando sorprendidos.

-¿Tú? -preguntó Cædmon confuso-. Pero..., pero ¿cómo?

Su hermano se encogió de hombros y esbozó una sonrisa.

-Hace un año recibí las órdenes. Puedo casaros debidamente y ninguna autoridad de este mundo podrá impedírmelo. El rey, con toda seguridad, no -concluyó mirando burlón a Odo.

El obispo torció la boca y gruñó:

-Sí, vos bien podéis reíros, Guthric. En las disputas vecinales que mantenemos Lanfranc y yo vos siempre estáis del lado adecuado desde el punto de vista del rey...

Guthric encogió los hombros con indiferencia.

-Vuestras luchas por el poder me dan igual, *monseigneur*. Para ser sincero, me resultan mortalmente aburridas.

-Bueno, ya veremos si sigue siendo así cuando seáis arcediano de Lanfranc -repuso Odo mordaz.

-Guthric... -lo interrumpió Cædmon, sacudiendo la cabeza sin entender-, ¿eres sacerdote? ¿Y vas a ser arcediano?

Su hermano suspiró.

-Así es, sí. Aunque la cuestión no es que quiera serlo...

Los ojos de Cædmon se iluminaron.

-Dios mío, si padre lo supiera... Estoy muy orgulloso de ti, Guthric.

-Bien podéis estarlo -le confió Odo-. En ausencia de Guillermo, en Inglaterra reinará el arzobispo Lanfranc. Si Guillermo está aquí, Lanfranc gobierna a Guillermo. Y el insigne, erudito, sabio y poderoso Lanfranc no da un paso sin el consejo del prácticamente invisible Guthric de Helmsby.

-No le hagas caso, Cædmon -dijo Guthric-. El obispo tiende a exagerar. Es un mal habitual en su familia.

Odo sonrió a regañadientes, se llevó el vaso a los labios y dio un buen trago.

-Sabéis tan bien como yo que es verdad. Dios os envió para darme lecciones de humildad, Guthric. -Cogió una tajada de faisán, la mojó en la salsa de finas hierbas y se la comió. Su sabor le alegró el rostro un instante, si bien el malhumor regresó al instante-. Cuando mi hermano conquistó Inglaterra, al ser el jefe espiritual de este país albergué la esperanza de ser su mano derecha en la nueva ordenación. Bueno, he de admitir que Lanfranc es el más indicado, pero yo al menos debería haber sido la mano derecha de Lanfranc.

-Pero si lo sois -objetó Guthric desconcertado-. En ausencia de Guillermo, y siendo vos regente, tenéis plenos poderes, igual que Lanfranc...

-¿A quién pretendéis hacerle creer eso, hijo? -replicó Odo. El tono era divertido y sus ojos brillaban burlones, mas Cædmon creyó percibir cierta amargura-. Lo cierto es que el poder corresponde únicamente a Lanfranc, pues suya es la confianza absoluta de Guillermo. -Alzó el índice para conferir fuerza a sus palabras-. Absoluta. Y, a su vez, la confianza de Lanfranc es vuestra, no mía. Así son las cosas -concluyó con una sonrisa encantadora que convenció a Cædmon de que claramente dicha circunstancia ofendía a Odo, si bien por otro lado no le venía nada mal. Odo era ambicioso, pero también un comodón.

Cædmon tomó la mano de su prometida por debajo de la mesa y la apretó suavemente cuando le preguntó a su hermano:

-¿Y lo dices en serio? ¿Nos casarías?

Guthric lo miró a los ojos.

-Sí.

Antes de que Cædmon pudiera decir nada, Aliesa preguntó en voz baja:

-¿Estáis seguro de que conocéis toda la historia, Guthric?

-Tal vez podáis contármela vos, cuñada. Antes o después, me da igual. Si queréis, podemos

ir a la iglesia después de almorzar y resolver la cuestión.

Aliesa le devolvió la mirada. Sus ojos rebosaban esperanza. Al igual que Cædmon, sabía que su futuro podía depender de quién bendijera su unión, mas su conciencia, su concepto del decoro la obligó a advertir a Guthric:

-El obispo tiene razón. Quizá el rey no vea con buenos ojos al sacerdote que nos case.

Guthric cruzó los brazos y sonrió.

-¿Ah, sí? Bueno, debo admitir que me es completamente indiferente. No estoy obligado a rendirle cuentas al rey, sino al arzobispo de Canterbury, al Papa, a la Iglesia y a Dios.

Odo partió a la mañana siguiente. Había pasado una semana entera en Helmsby y explicó que sus obligaciones no le permitían ausentarse más. Posiblemente fuese cierto, pero Cædmon sospechaba que el obispo ni siquiera quería encontrarse cerca cuando ellos contrajeran matrimonio. No obstante, dado que al ser un huésped importante había estado ocupando la estancia del señor, tan precipitada partida le vino de maravillas a Cædmon. Él había pernoctado en la cámara de Guthric y Aliesa había dormido con Hyld, pero se juró que ésa sería la última noche que pasara separado de su esposa bajo su propio techo.

Después de despedir al obispo, la familia se dirigió a la aldea para visitar la pequeña iglesia de San Wulfstan, ahora inclinada sobremanera. Al pasar por las obras de la nueva iglesia, Cædmon se quedó de una pieza y no pudo evitar admirarla.

-Dios mío..., casi está terminada.

-Di instrucciones de continuar las obras siempre que teníamos dinero -explicó Alfred-. Los planos estaban íntegros.

-Habría sido bendecida hace ya tiempo -añadió Guthric-. Pero Alfred y yo coincidimos en esperar a tu regreso. El obispo de Elmham estuvo aquí y le echó un vistazo. Le impresionó vivamente.

Cædmon asintió satisfecho.

-Confío en que así fuera. Y ahora hagamos lo que hemos venido a hacer antes de que toda la aldea se presente aquí.

Cædmon y Aliesa estaban de acuerdo en dejarse ver lo menos posible. Ambos deseaban contar con la bendición de Dios para una alianza que ya habían contraído y sellado hacía tiempo, pero no querían grandes ceremonias. De todos modos, debido a la defunción un banquete habría resultado impropio, y Cædmon había prometido que en verano compensaría a su hacienda y a sus vasallos por la ausencia de festín.

De manera que se hallaban rodeados únicamente por la familia de Cædmon a la austera puerta de la pequeña iglesia de madera, donde Guthric les preguntó, primero a uno, luego al otro, si deseaban sellar la alianza matrimonial. Cuando su hermano se lo ordenó, Cædmon, con una sonrisilla de felicidad en los labios, sacó el anillo que encontrara la noche anterior en el arca de su madre con ayuda de Hyld. Era un aro de oro con filigrana, delicadamente tallado y provisto de incrustaciones de nácar y lapislázuli. Un valioso anillo que, según llegó a saber Cædmon, la madre del rey le había regalado a Marie de Falaise en pago de su lealtad y amistad antes de que sus caminos se separaran.

Aliesa alzó la vista y lo miró a los sonrientes ojos mientras él tomaba su siniestra y le ponía la alianza.

Guthric enlazó sus manos y pronunció unas palabras en latín. Nadie lo entendió, pero sonó muy solemne. A continuación dijo:

-Puedes besar a la novia, Cædmon, con el debido decoro.

Los demás se echaron a reír con suavidad, y Cædmon posó levemente sus labios en los de Aliesa mientras se devoraban con una mirada llena de deseo.

Guthric fingió no percatarse, guió a la pareja de recién casados y al pequeño grupo a la iglesia y ofició la misa.

Los numerosos cambios, en parte largamente esperados, en parte acaecidos de improviso, causaron inquietud en una casa por lo común apacible, y aquí y allá se hacían preocupadas conjeturas sobre las modernas costumbres normandas que se instaurarían.

-Sólo espero que no ponga por encima a un cocinero normando -rezongó Helen malhumorada-. Le oí decirle a Hyld que en la sala no había bastantes criados. Y quiere una doncella propia, imaginaos.

El apolíneo Odric se encogió de hombros con indiferencia.

-Mejor un cocinero normando que un cura normando. Dicen que es tremendamente devota.

Birló una pasa de la olla de provisiones que Helen había dejado junto al hogar y recibió una ruda palmada en los ladrones dedos.

-Aparta las manos -lo reprendió ella avinagrada. Sacudió la cabeza y suspiró-. ¿Por qué no se habrá casado el *thane* con una buena mujer inglesa?

Odric sonrió.

-Bueno, yo sería el último en decir nada en contra de las mujeres inglesas, pero a semejante beldad hay que agarrarla allí donde se la encuentre. -Rió al oír el gruñido censurador de la cocinera-. Ánimo, Helen. Míralo de este modo: en el fondo hemos tenido suerte. Hace unos años todo indicaba que se casaría con aquella tal Beatrice. Ahí sí que no habríamos tenido motivo de risas.

Ella asintió escéptica.

-Ya veremos si con lady Aliesa nos va mucho mejor. Al menos una cosa es segura: a Irmingard no va a hacerle ninguna gracia confiarle las llaves a una normanda.

Pero Helen se equivocaba. Como esposa del mayordomo, Irmingard llevaba administrando la casa desde que Marie enfermara el invierno anterior, pero nadie sabía mejor que ella lo mucho que le exigía tan ingente cometido, de manera que lo dejó gustosamente en manos más capaces. Aliesa había sido criada y educada para ser la señora de un gran castillo, para gestionar provisiones, lana e hilaza en grandes cantidades, calcular de antemano cuánta salazón, anguila ahumada, harina, queso, cebollas y demás hacían falta para todo el invierno, comprar y administrar las caras especias y las velas, así como sebo y carbón en las cantidades adecuadas, y desempeñar todas aquellas tareas que se derivaban de las anteriores. Irmingard, por el contrario, había pasado la primera mitad de su vida en casa de su tío, en Haithabu, donde tuvo que trabajar de moza de cocina en cuanto fue lo bastante mayor. Después vivió en York con Erik y Hyld y aprendió al menos a llevar la casa de un comerciante, pero aquello no era comparable con un castillo como Helmsby.

-Por eso me alegro mucho de que hayas venido antes de que yo tuviera que empezar a hacer previsiones para el próximo invierno -le confesó a Aliesa con franqueza, y le entregó sin ceremonia y sobre todo sin el menor pesar el abultado manojo de llaves-. Toma. Espero que no te quite el sueño cada noche como a mí.

Aliesa sonrió optimista y afianzó el aro al cinturón.

-No si recorres la casa conmigo y me enseñas de dónde es cada llave.

-De acuerdo, pero habrás de ser indulgente conmigo cuando veas la cámara de la lencería. Hyld ha intentado poner orden, pero por alguna razón... -Encogió los hombros con cómica desesperación.

-Oh, la cámara de la lencería ya estaba presentable -aclaró Hyld mientras se acercaba a la mesa y se sentaba con ellas-. Hasta que anteayer olvidé echar la llave y los pequeños ladrones irrumpieron en ella.

-Sus hijos y los de Cædmon -explicó Irmingard.

Hyld asintió y exhaló un suspiro.

-Ojalá tuviera una hija, como tú, Irmingard. -Y añadió dirigiéndose a Aliesa-: Tenemos que pensar en algo con respecto a los niños. Alfred les dedica todo el tiempo que puede, pero no

basta. Están creciendo como pequeños salvajes, y cuando se juntan Ælfric y mi Harold no se les ocurren más que despropósitos.

Aliesa asintió meditabunda y pensó que uno de los caballeros de Cædmon debía hacerse cargo de los muchachos cuando sus padres no estuviesen en casa.

-Disculpa la pregunta, Hyld, pero he estado mucho tiempo ausente y es mucho lo que desconozco. ¿Vives en Helmsby?

-En este momento sí -asintió ésta-. Tenemos una casa en Londres pero detesto vivir en la ciudad y Londres es cien veces peor que York. Por eso me vengo con los niños cuando Erik está en el mar. Como ahora.

-¿Dónde está? -preguntó Aliesa.

Hyld suspiró.

-Sólo Dios lo sabe. En Groenlandia o más lejos aún. Este año seguro que ya no viene a casa.

Aliesa contempló compasiva a su cuñada.

-No debe de ser fácil para ti.

-No. -A decir verdad, aquello era soportable a duras penas. Añoraba a su esposo y se preocupaba por él cada día, cada hora. Sin embargo repuso con aparente resignación-: Pero con eso ha de vivir toda esposa que se casa con un marino.

-No todos están siempre fuera durante años -intervino Irmingard reprobadora-. Erik es igual que nuestro padre. No podía resistirse al mar. Cuando madre murió y Erik se fue con él, la cosa se puso fea. Padre sencillamente no volvió a casa, aunque sabía de sobra cómo nos iba a Leif y a mí en casa de su hermano. Estoy segura de que a veces le remordía la conciencia, pero la llamada del mar era más fuerte.

Hyld cogió el bastidor y bajó la cabeza.

-Sí, el mar es más fuerte.

-Bueno, al menos tu hermano Leif no es navegante -le dijo Aliesa a Irmingard.

-No -repuso la joven mujer del mayordomo-. Siempre tuvo celos del mar porque el mar le robó a su padre y a su hermano.

Aliesa miró a Hyld y pensó que había llegado el momento de cambiar de tema.

-Irmingard, ¿qué te parece si tú y Alfred os instaláis en la habitación de Marie? Así Hyld podría quedarse con vuestro cuarto y todos tendrían más espacio.

Irmingard le dirigió una mirada insegura a Hyld.

-¿Estarías de acuerdo?

Hyld levantó la cabeza un instante y le sonrió.

-Claro. ¿Cuándo vas a dejar de sentirte como una invitada a la que nadie quiere en esta casa, Irmingard? Es tu hogar y tú eres la esposa del mayordomo. Soy yo la que se hospeda aquí sin que nadie la invite.

-Creo que en esta casa hay quien diría que ésa soy yo -observó Aliesa con sequedad, y las tres rompieron a reír. Luego se puso en pie-. Demos una vuelta, ¿de acuerdo?

Irmingard también se levantó y Hyld dejó a un lado el bastidor.

-No hagas caso de las miradas hurañas de la vieja Helen, Aliesa -aconsejó-. Es una arpía, pero conoce su oficio, y como es tan tremendamente rácana, con ella no hay despilfarro.

«Que me mire todo lo mal que quiera mientras haga lo que le diga», pensó Aliesa, si bien contestó:

-Tenéis que aconsejarme cuál es el mejor lugar para conseguir unos cuantos criados más.

Hyld, que iba subiendo la escalera a su lado, comentó indiferente:

-Si aquí en la heredad no encuentras a la gente indicada, tendrás que ir a Norwich, al mercado de esclavos.

Aliesa torció involuntariamente el gesto.

-Ni hablar. Pensaba que el rey había prohibido el mercado de esclavos.

-Bueno, es posible. -La respuesta de Hyld fue evasiva. Sea como fuere, todavía había mercados, como tantas otras cosas que el rey había prohibido. Los distinguidos normandos

despreciaban la esclavitud en Inglaterra, si bien en modo alguno trataban mejor a sus siervos campesinos. Además, aún no había oído hablar de ningún normando que hubiese liberado a los esclavos recibidos junto con sus propiedades inglesas. Hyld los consideraba unos hipócritas, pero tal vez ése no fuera el día adecuado para discutir tales cosas. Le vino a la cabeza el peor explotador de campesinos de Norwich, y le preguntó-: ¿Sabe ya tu hermano que estás aquí?

Aliesa negó con la cabeza.

-He de enviarle un mensajero, pero prefiero dejarlo para más adelante.

-Sencillamente no se conforma con nada, Cædmon -informó Alfred preocupado, la frente fruncida-. Cada vez quiere más tierra, sobre todo si es tuya. Recauda el arriendo en Ashby, y lleva tanto martirizando a los campesinos libres que todos le han transferido sus tierras.

Atravesaban la aldea a caballo, uno al lado del otro. En la extensa pradera había hombres y mujeres segando la hierba para el heno. Cuando veían pasar al *thane* y al mayordomo bajaban la guadaña y saludaban.

Cædmon sonrió distraído, si bien dijo con suavidad:

-Pero Ashby pertenece a Blackmore, eso lo sabe hasta un niño.

Alfred asintió. Antes la pequeña villa ubicada en la orilla norte del Yare formaba parte de las tierras de su tío; ambos le habían oído decir con frecuencia que Ashby era la perla de sus posesiones, pues de ahí provenía no sólo la mejor anguila ahumada, sino también las mujeres más bonitas de East Anglia. Y todo lo que en su día fuera del tío Ulf era hoy propiedad de Cædmon.

-Sólo que por desgracia no hay documento alguno que lo confirme -apuntó Alfred.

-Pero seguro que hay docenas de hombres libres que podrían atestiguarlo -replicó Cædmon.

Alfred suspiró.

-No lo harán, primo. Todo Blackmore tiembla ante Lucien de Ponthieu. Tiene un montón de brutos a los que envía para sembrar el terror entre los campesinos.

Cædmon frunció el entrecejo indignado.

-En tal caso que se ocupe el sheriff.

Alfred lo miró perplejo.

-Santo Dios, Cædmon, siempre me olvido de cuánto has estado ausente. El sheriff de Norfolk es Lucien de Ponthieu.

-Oh, no...

-Aja. Desde hace un año. Y desde entonces no hay quien lo pare. No escatima esfuerzos para incitarme a dar un paso en falso. El último invierno asaltaron a mi padre y lo maltrataron cuando volvía de Blackmore de ver a la tía Edith. Cuando lo encontramos, de verdad que pensé que todo había acabado, pero por suerte estaba trompa, por eso no murió de frío. Ni siquiera pilló un resfriado, pero le rompieron unas cuantas costillas. No acabó de restablecerse hasta la primavera, al fin y al cabo ya no es ningún muchacho.

Cædmon lo escuchó sobrecogido.

-Y supongo que no hay pruebas de que fueran los hombres de Lucien quienes atacaron a un pacífico y viejo noble inglés, ¿no?

Alfred sacudió la cabeza con aire resignado.

-Mi padre los vio, pero ¿de qué sirve la palabra de un pacífico y viejo borracho inglés contra la de los hombres del sheriff normando?

-De nada, tienes razón.

-¿Quieres ir a hablar con él? Ahora es tu cuñado.

Cædmon hizo una mueca.

-No sé si eso complicaría o facilitaría las cosas. -Le horrorizaba volver a ver a Lucien. Cada vez que se acordaba de su último encuentro, le recorría un glacial escalofrío. Sin

embargo, no podía confesar a Alfred lo que le provocaba el mero hecho de pensar en Lucien de Ponthieu-. Algo hemos de hacer. Para empezar, por la gente de Blackmore Ashby, por no hablar de la tía Edith y sus hijos.

-Tienes razón. Afortunadamente el sheriff no tiene ni idea de que es pariente nuestro, pero cuando se entere, no tendremos ni un solo día de paz.

Cædmon asintió ensimismado. Cabalgaban hacia el este y estaban pasando ante los grandes campos abiertos de Helmsby, subdivididos en franjas mediante profundos surcos. La mayoría de los arrendatarios disponía de tres de esas franjas, una las cuales debía estar en barbecho para que la tierra reuniese nuevas fuerzas. Más de la mitad de las franjas pertenecía a la hacienda de Cædmon y era cultivada por esclavos y campesinos que, dependiendo de la estación, debían a Cædmon una o dos jornadas de trabajo a la semana. Ese día, no obstante, no quería inspeccionar la faena, sino los rebaños de ovejas -la fuente de su prosperidad-, de manera que no tardaron en dejar atrás los campos labrados y alcanzar los extensos pastos llanos.

-¿Qué hay de nuevo? -quiso saber Cædmon-. En tres años han de haber sucedido toda clase de cosas.

Alfred encogió los anchos hombros.

-La vieja Berit, de Metcombe, murió hace dos inviernos. Ahora en la aldea manda el molinero.

Cædmon ni se sorprendió ni se alegró.

-¿Y... Gytha?

-Tiene un hijo cada año y parece contenta. De vez en cuando cabalga una jornada entera para ver a Ælfric y Wulfnoth, pero cada vez viene menos. Los muchachos ya no la conocen y se muestran tímidos cuando ella está aquí. Quién sabe, ahora que has traído a tu esposa, tal vez deje de venir del todo. Sin duda sería lo mejor.

-Sí. -Cædmon notó la mirada inquisidora de Alfred y su incertidumbre, y supo que tenía que explicarle cómo es que traía a Helmsby a la mujer de su amigo como esposa-. Alfred..., cuéntame más. Vayamos a ver las ovejas y volvamos después a la aldea. Quiero ver mi iglesia por dentro. Deja que primero llegue a casa. Y esta noche o mañana tomaremos algo con calma y hablaremos.

-No me debes ninguna explicación, *thane* -contestó Alfred, mirándolo con una sonrisa abierta.

Cædmon respiró hondo el aire claro y tibio y el aroma del verano.

-Eso no es verdad.

Tras un breve silencio, Alfred continuó:

-El sábado de la semana que viene es día de audiencia en Metcombe. Lo mejor será que vengas conmigo, así te pondrás al corriente de todas las cuestiones importantes en la centuria.

-Sí, tienes razón. Y aprovecharé la ocasión para anunciar que a partir de ahora la audiencia se celebrará en Helmsby. Puede que Metcombe sea el lugar de reunión tradicional, pero ahora la centuria es mía, de modo que la gente se reunirá en mi sala.

Alfred encontró la idea de lo más insólita: la *folcmot*, la asamblea de los hombres libres de la centuria, donde se deliberaba sobre todos los asuntos de interés general, todas las disputas y las infracciones de la ley, se venía celebrando desde tiempos inmemoriales a cielo descubierto y siempre en el mismo lugar. En algunas centurias la gente se reunía a la sombra de una roca aislada o de un viejo árbol solitario; en Metcombe se hacía en un túmulo de tiempos remotos que sobresalía en el llano cenagal y se veía desde leguas. Hasta la fecha, sólo cuando el tiempo era absolutamente inclemente se decidían por alguna casa vecina. Con todo, Alfred tuvo que admitir que la de Cædmon era una buena propuesta.

-Nos evitará un largo recorrido todos los meses -concedió-. Y además, Helmsby es más céntrico que Metcombe, así que nadie tendrá que salir en mitad de la noche ni volver a casa la noche siguiente.

Cædmon asintió y sonrió débilmente.

-Temía que dijeses que era una idea normanda.

-Sí, lo es, pues es práctica y razonable, y herirá la susceptibilidad de muchos ingleses. Pero ya se acostumbrarán.

-Se la endulzaremos anunciando que, con motivo de mi enlace matrimonial, eximiré a todos los arrendatarios libres de una cuarta parte del arriendo y a todos los campesinos sometidos a vasallaje, de medio día de servidumbre a la semana hasta que comience la aradura de invierno. A no ser que me digas que no puedo permitirme tan bondadosos gestos.

Alfred sonrió de oreja a oreja.

-Sí, sí que puedes. Hemos tenido cuatro años buenos seguidos. A pesar de la construcción de la iglesia, aún nos queda algo de dinero. Eres un hombre acomodado, Cædmon.

-Me viene como anillo al dedo. Creo que me he casado con una mujer bastante cara.

-¿Tan encaprichada está con vestidos y joyas? -preguntó Alfred sorprendido, pues no tenía esa impresión. Antes bien, el vestido que llevaba puesto a su vuelta era sencillo y oscuro como un hábito, además de descolorido y ajado.

-A decir verdad, no -respondió Cædmon-. Pero sí con libros, manteles, tapices y esas cosas. Ya me imaginaba que querría hacer de nosotros gente distinguida, ¿sabes?

Alfred hizo una mueca y gruñó:

-San Edmundo, asístenos...

Un profundo silencio reinaba en el castillo y por la ventana se colaban los dulces aromas de la cálida noche estival... y los mosquitos. Aliesa se aplastó uno contra el pecho y emitió un chasquido maravillosamente intenso que le hizo pensar a Cædmon que la noche de bodas tal vez aún no hubiese terminado.

-No conozco ningún lugar donde haya tantos mosquitos como aquí -observó ella incomodada-. Creo que quieren comerme viva.

Cædmon la atrajo hacia sí.

-No tendrán ocasión, porque voy a adelantarme a ellos...

Aliesa rió.

-Oh, Cædmon, eso no puede ser verdad.

Él le cogió las manos y se las colocó en las columnas de la cama, luego le separó con sus rodillas los muslos, que se abrieron con docilidad, se deslizó hacia abajo y se fundió en uno con ella.

-Es verdad -aclaró él innecesariamente. Nunca había sido un semental como algunos de sus amigos (al menos según declaraciones propias no confirmadas), pero esa noche realmente tenía la sensación de poder empezar una y otra vez desde el principio. El causante de semejante entusiasmo era el matrimonio, reconoció, el simple hecho de que ahora ella le pertenecía a los ojos de Dios y de los hombres, y nadie salvo el mismo Dios podría apartarla de él de nuevo. Era orgullo de propietario.

Y ella también lo sentía. Más desenfrenada que nunca, rodeó su cadera con las piernas y arqueó la espalda hasta que su respiración se volvió dificultosa. Luego apartó las manos de la cama, se aferró a los hombros de Cædmon y le dio a entender que cambiaran de postura para que ella quedara a horcajadas sobre él, y así empezó a cabalgarlo de tal manera que Cædmon dejó de oír y de ver y balbució jadeante su nombre. Embelesada, ella escuchó su voz, echó la cabeza atrás mientras profería un grito triunfal, se estremeció y alcanzó el éxtasis.

-Ah, Aliesa -musitó él finalmente, un tanto ronco. Yacía entre sus brazos, la cabeza apoyada en su pecho y los ojos cerrados-. ¿Volverás..., volverás a hacerlo así de vez en cuando?

Ella bajó la vista, contempló aquel cuello sorprendentemente estrecho que tan vulnerable lo hacía parecer, los anchos hombros y los vigorosos brazos, que llevaban grabadas las cicatrices de la atrocidad perpetrada por su hermano, y lo estrechó con más fuerza y profirió contra el mundo la callada amenaza de que tendría que habérselas con ella si volvía a hacerle

daño.

-¿Qué tal el primer viernes de cada mes? -respondió ella con voz igualmente queda, si bien su esposo percibió la sonrisa.

-Sois muy parca con vuestro afecto, *madame* -respuso Cædmon.

Ella lo besó en la oreja.

-Opino que tan sólo es sabio, de lo contrario llegará el día en que no sabrás apreciarlo.

-Tu afecto sabré apreciarlo durante cien años. Siempre ha sido mi más preciada posesión, la única a la que no puedo renunciar. ¿Acaso no lo sabías? -susurró.

-Sí, claro que lo sé. ¿Cædmon?

Pero se había quedado dormido.

Aliesa lo despertó antes del alba, y él tuvo la impresión de haber dormido sólo unos minutos.

-Despierta, Cædmon, tienes que ver esto. -Tiró de su brazo sin compasión.

-¿Qué? -preguntó él, con el rostro hundido en la almohada.

-¡Está saliendo el sol!

-Pero si en East Anglia lo hace cada mañana -protestó él entre suspiros-. Y siempre ante esta ventana. No es nada especial.

Ella rió y le retiró la manta.

-¡Vamos!

Se incorporó medio dormido, miró la ventana y se frotó los ojos. Las colgaduras no estaban echadas. Aliesa se había envuelto en una sábana y estaba en pie, de espaldas a él, su silueta recortada contra el cielo escarlata. Se levantó, se acercó a ella y le pasó el brazo por los hombros. Una densa capa de nubes altas había cubierto el cielo y el sol naciente la iluminaba. Resplandecía con los colores del fuego: amarillo oro, violeta y bermellón. Tuvo que admitir que era una visión por la que bien valía la pena despertarse. Le apartó el cabello y le besó la nuca.

-El cielo se ruboriza por nuestro desenfreno -comentó.

Ella ladeó la cabeza, risueña.

-No me extrañaría...

Se pegó a ella, el vientre contra su espalda, y la rodeó con sus brazos.

-Ojalá Dios detuviera el tiempo. Ahora, en este instante.

-Pero no lo hará. Estoy encinta, Cædmon.

Él sonrió dichoso.

-¿Estás segura?

Aliesa se encogió de hombros.

-Es demasiado pronto, pero aun así, estoy segura.

Él la abrazó aún con más fuerza y miró el ígneo cielo por encima de su cabeza.

-Esta vez todo saldrá bien, Aliesa.

-¿Cómo puedes estar tan seguro? -preguntó ella sorprendida.

-El hijo que perdiste fue concebido en pecado. «Séquese el fruto de la lujuria.» ¿Es que no dice eso la Biblia? Pero hemos expiado nuestro pecado y hemos sido perdonados. Dios será misericordioso con nosotros, y nuestro hijo será bautizado en nuestra nueva iglesia, ya verás.

Ella respiró hondo y recostó la cabeza en su hombro. Más no se podía decir. Quería ese niño. También había deseado tener hijos de Etienne, mas nunca ocurrió, y ahora lo quería más aún, puesto que sería de Cædmon y, además, ya iba siendo hora. Tenía veintiocho años, demasiados, habría dicho una partera. Era inútil y pueril preocuparse por los riesgos, pero era incapaz de librarse del recuerdo del espeluznante aborto, y la confianza de su esposo la tranquilizaba y la consolaba.

-Vayamos a dar un paseo por el Ouse -propuso él-. Se está tan bien junto al río a esta hora.

Los ojos de Aliesa se iluminaron.

-De acuerdo.

No eran los primeros que se ponían en movimiento en el castillo. Justo cuando salían de la casa, se estaba produciendo el relevo de la guardia nocturna en el puente levadizo, y los housecarls los saludaron sorprendidos. Las ordeñadoras ya sacaban los primeros baldes llenos de leche de los establos para llevarlos a la lechería.

Cuando Cædmon y Aliesa se metieron a hurtadillas en la cuadra contigua a la puerta principal, el joven Ine bajó la escalera del henil adormilado. A todas luces el tintineo de los bocados y las hebillas de las cinchas lo había despertado.

-*Thane*... -musitó sorprendido y un tanto asustado-, ¿me he olvidado de algo?

-No, no pasa nada, Ine. Sólo queremos estar en el río antes de que amanezca. Ensilla la yegua de lady Aliesa, yo mismo me ocuparé de *Widsith*.

-Muy bien.

El mozo de cuadra le colocó la silla al grácil animal, la cinchó con cuidado y a continuación le puso la brida en la pequeña y noble testuz. Cædmon vio de reojo la habilidad con que pasaba la correa por las delicadas orejas y pensó que Ine tenía mejor mano para los caballos que el viejo Edgar.

-¿Dónde está tu padre?

-Muerto -repuso Ine.

-Oh, lo siento.

El muchacho asintió sumiso, cogió la yegua de la rienda y la sacó fuera, donde aguardaba Aliesa. Ine le tendió la rienda y a continuación entrelazó los dedos y se inclinó para que ella utilizase sus manos de escalón.

Aliesa montó, lo saludó con la cabeza y se alisó la falda.

Cædmon hizo lo propio con *Widsith* y ambos cruzaron juntos la puerta y se dirigieron al bosque.

-En Helmsby y Metcombe se ha producido un cambio generacional -afirmó meditabundo-. Y eso que sólo he estado fuera tres años.

-Probablemente te lo parezca porque tu madre ha muerto -presumió ella.

-Ella, Berit de Metcombe y el viejo Edgar..., personas a las que conocía de toda la vida.

Aliesa sonrió.

-Aquí conoces a todos de toda la vida, siempre que sean mayores que tú.

-Es verdad.

Cuando llegaron al río, el rojo flamígero del cielo comenzó a apagarse y salió el sol. Cabalgaron a su encuentro por la orilla del río, y ahora era el agua la que resplandecía y arrojaba destellos flavos.

-Seguro que así era cuando el oro yacía oculto en las profundidades del Rin -musitó Cædmon.

-¿Qué? -se interesó ella.

Cædmon se la quedó mirando. Recordaba perfectamente que una vez deseó que un día su amada estuviera en una sala inglesa, sentada con él al amor de la lumbre, escuchando las historias de Sigfrido y el dragón.

-Es una historia sobre los antiguos dioses, un enorme tesoro y un dragón.

-¡Cuéntamela! -Los ojos de Aliesa se iluminaron.

-Sería una infamia. Lo hará el próximo buen juglar que venga a Helmsby.

Ella arrugó la nariz.

-Promesas...

-Puede que me equivoque, pero creo que hasta ahora he cumplido todo lo prometido, ¿o no?

Aliesa arrugó la nariz y admitió:

-Sí. -Estiró la mano, risueña, y se la puso en el brazo-. Así que debo tener paciencia.

Cædmon asintió satisfecho, miró de nuevo al frente y refrenó a *Widsith*.

-¡Chsss! -susurró-. Mira.

En la orilla había una corza con su cría. Aún no los habían barruntado, pues tenían el viento de cara. El corcino se movía con torpeza a su lado entre la alta hierba, arriba y abajo; luego levantó la cabeza, echó atrás las orejillas, se paró a olfatear un momento y acto seguido empezó a beber. La corza ya había saciado su sed y, paciente, permanecía inmóvil. De pronto se calmó la brisa matutina, y súbitamente la madre volvió la cabeza hacia ellos, aguzando el oído con nerviosismo. La cría dejó de abrevar, siguió el ejemplo materno y ambos se alejaron dando veloces brincos entre los árboles.

Aliesa respiró hondo.

-Qué hermoso. Menos mal que dejaste los perros en casa.

Cædmon asintió. Igualmente podría haber matado a la corza con la honda, pues apenas estaba a cincuenta pasos. Acarició la idea un momento. Era un cazador apasionado, y el venado siempre era bienvenido en su mesa, pues la enriquecía. Normalmente tan apacible estampa no lo habría inducido a ser indulgente con la corza, pero ése no era un día normal.

Siguieron adelante, y Aliesa señaló un esbelto racimo rosa pálido sobresalía de un extenso lecho de hojas.

-Dedalera -aseguró-. Buena para fortalecer el corazón.

-Pero letal si se dosifica erróneamente.

-Ya.

-¿Conoces bien las plantas medicinales? -quiso saber él.

-No como tu madre. Me temo que a ese respecto no podré sustituirla. Tampoco tengo la intención de meterme a partera -aclaró.

Él se mordió el labio para no reírse.

-Tampoco contaba con ello. Hyld aprendió mucho de madre. Si quieres, puede enseñarte las plantas del jardín de madre y explicarte para qué sirven. Cuando regrese Erik y Hyld nos abandone... -Se interrumpió inseguro.

-Debería ser capaz de hacer acopio de hierbas para el invierno y tratar dolencias y enfermedades sencillas porque eso es lo que se espera en Inglaterra de la señora de la casa, ¿no?

Cædmon asintió.

-Es lo habitual, sí, pero si no quieres, le pediré a Irmingard...

-¿Por quién me tomas, Cædmon? -El la miró desconcertado al oír la dureza de su tono-. ¿Acaso crees que no soy capaz de cumplir con mis obligaciones? Si es lo habitual, lo aprenderé.

-Bien -repuso él, y pensó en lo irresistible que estaba cuando se enfadaba, si bien creyó más oportuno no decírselo en ese preciso instante.

Aliesa alisó la frente y dijo:

-¿Qué te parece si regresamos? Me muero de hambre.

-De acuerdo. Mira, ¿ves ese sauce nudoso de ahí delante, en la orilla? Ahí fue donde mi querido cuñado Erik me disparó.

Aliesa llegó hasta el sauce, miró el río y la maleza que crecía junto al sendero. Respiró hondo.

-Con lo lejos que queda la casa.

Él asintió y le sonrió.

-No pongas esa cara, de eso hace mucho tiempo. Venga, vayamos a ver qué desayuno nos han preparado. -Sonó despreocupado, pero la evocación de aquella vivencia le trajo recuerdos de Dunstan, algo que todavía le resultaba doloroso.

Como tantas otras veces, los pensamientos de Aliesa parecieron seguir la misma dirección, pues lanzó un suspiro y preguntó:

-Cædmon, ¿qué vamos a hacer con Lucien?

Éste reanudó la marcha y contestó:

-No sé hasta qué punto la cuestión es en realidad qué va a hacer Lucien con nosotros. Es el sheriff de Norfolk, ¿lo sabías?

-No. -La noticia no la asustó tanto como a él.

-¿Crees que te perdonará que te hayas casado conmigo?

Ella suspiró y, tras un breve silencio, repuso:

-Lucien me perdonaría aunque me casara con el mismísimo demonio, pero de lo que no estoy segura es de que vaya a enterrar su rencor contra ti.

-No, yo también lo veo negro. Ya me las arreglaré con él, no temas...

-No quiero que os hagáis la guerra -anunció ella cortante-. Tú eres mi esposo, él es mi hermano y ambos tenéis que olvidar lo ocurrido.

Incrédulo, Cædmon soltó una carcajada.

-¿Olvidar? Bueno, creo que tal vez no sea posible, pero estoy dispuesto a que lo pasado, pasado esté. Tienes razón, las cosas han cambiado: él es mi cuñado y mi vecino, tanto si me gusta como si no, y desearía poder vivir en paz. La cuestión es qué quiere Lucien.

-Iré a verlo para preguntárselo -propuso ella-. Sola.

-Ni hablar...

-Cædmon, si me acompañas, no lograremos sino suscitar la discordia. No olvides quién es su esposa.

Cædmon se mesó el cabello. En efecto, eso era algo que había pasado por alto.

-Aun así, no estoy dispuesto a permitir que vayas sola a... ¿Dónde dices que viven?

-En Fenwich.

-Está a una jornada a caballo de Helmsby.

-Me acompañará una escolta y tu hermana, si se presta a ello.

Cædmon suspiró y sacudió la cabeza.

-No sé... Este asunto no me gusta. Hay muchas cosas que desconoces. Lucien está robando mis tierras y martirizando a mis arrendatarios. Sus hombres atacaron a mi tío y lo molieron a palos. Si no voy contigo, pensará que intento escurrir el bulto.

-Eso ya se lo aclararé yo -le aseguró ella.

-Aliesa, debe devolverme la tierra, de lo contrario jamás habrá paz entre nosotros. Si no lo hace, presentaré una queja ante el rey contra él, me da igual que sea el sheriff.

-Tierra, tierra, tierra -contestó ella impaciente.

-En esta tierra también viven personas -espetó él con vehemencia.

-Sí. -Se lo pensó bien antes de pedirle-: Pero primero deja que haga las paces con mi hermano. Después hablaré con él como vecino y sheriff, y lo haré de modo que le quede bien claro que no pretendes escurrir el bulto. Confía en mí.

Parecía casi una súplica. Cædmon no lo sabía, mas sospechaba que en realidad quería decir: demuéstrame que eres un hombre distinto de Etienne y no me consideras una boba y una necia sólo por ser mujer. Demuéstramelo dejando en mis manos este importante asunto.

Él asintió despacio.

-Conforme. Pero esperarás a que comience el verano. Sé que esto es muy importante para ti, pero sólo faltan cuatro días para la fiesta, y a la gente le decepcionaría que no estuvieras presente.

-Cómo iba yo a decepcionar a tus arrendatarios y tus siervos -se burló ella, pero enseguida recuperó la seriedad y prometió-: Por supuesto que esperaré.

Cuando volvieron al castillo, hacía rato que era de día y en el patio reinaba un alegre ajetreo.

-Ve dentro, yo llevaré los caballos a la cuadra -se ofreció Cædmon.

-Está bien. Si te parece, echaré un vistazo a la ropa de tu madre para ver si me valen sus vestidos. No soporto más este triste gris.

-Me temo que te quedarán demasiado cortos, era más baja que tú.

-Tal vez se puedan arreglar.

-Seguro que Hyld podrá ayudarte. Y en cuanto tengamos tiempo, iremos a Norwich a comprar paño para vestidos nuevos. No es necesario que renuncies al lujo al que estabas

acostumbrada, ¿sabes? -explicó un tanto apurado.

Sonriente, Aliesa le dio un beso en la comisura de la boca.

-Creo que no me importaría demasiado. Hasta ahora. Y, si tienes ocasión, aféitate.

Él sonrió y se pasó el dorso de la mano por el mentón.

-Muy bien, *madame* -le susurró, y agarró una rienda con cada mano y llevó a los animales a la cuadra.

-¿Ine?

El mozo salió de los establos con una horquilla cargada de estiércol, la dejó apoyada contra la pared y se acercó. Cædmon le entregó las riendas y dio media vuelta para marcharse.

-Gracias.

-*Thane*..., ¿puedo hablar con vos un momento?

Cædmon se giró de nuevo.

-¿Sí?

Ine ató las monturas, soltó la cincha de *Widsith*, se enderezó y miro con franqueza a Cædmon.

-Quiero casarme, *thane*.

Cædmon asintió y pensó en el desayuno que le aguardaba en la sala.

-Pues adelante. Habla con Alfred.

-Alfred dice que debo hablar con vos.

-Ah. ¿Y quién es la elegida?

Ine bajó un instante los ojos y luego levantó la vista.

-Gunnild.

-¿Qué Gunnild? -quiso saber Cædmon confuso. Sólo le venía una a la cabeza-. ¿No te referirás a la hija del herrero?

-Sí, a ella.

Cædmon resopló instintivamente.

-Ya puedes ir quitándotelo de la cabeza. ¿Cómo se te ocurre algo así?

Ine había palidecido, pero contestó con tranquilidad:

-Ella me quiere.

-Pero seguro que su padre no. -Vio que el joven vasallo iba a decir algo, de modo que levantó la mano y se fue hacia la puerta. Se giró y le dijo-: La respuesta es no.

Salió sacudiendo la cabeza. ¿Qué se había creído aquel muchacho? ¿Y por qué demonios se lo había enviado Alfred en lugar de decirle él mismo que dicha unión era imposible? Seguro que de vez en cuando ocurría que un esclavo se casaba con la hija de un campesino sometido a vasallaje, sobre todo si la joven no tenía hermanos y necesitaba un esposo que pudiera entrar en la relación arrendaticia, pero el herrero de Helmsby era un hombre libre y muy respetado. Habría sido menos insolente que Ine le hubiese pedido a Cædmon la mano de su hermana. Malhumorado, resolvió decirle cuatro cosas a su mayordomo; rodeó en dos zancadas el establo y de repente se quedó de una pieza. «El día ha empezado tan bien», alcanzó a pensar, «y ahora voy de fastidio en fastidio...».

Al pie del acre estercolero había cuatro muchachitos: sus hijos y los de Hyld. Harold y Guthrum, de nueve y cinco años, estaban con las manos a la espalda, observando a sus primos con semblante atento y ligeramente inquieto.

Ælfric le había retorcido el brazo a su hermano menor y, con la otra mano, lo tenía agarrado por el largo cabello mientras lo empujaba contra el apestoso montón de paja y bosta de caballo.

-Júralo -ordenó Ælfric-. Vamos, ¡jura que mantendrás el pico cerrado!

«Dunstan», pensó Cædmon, «es exactamente igual que Dunstan». Una horrible idea.

El rostro de Wulfnoth delataba que ya había ido a parar al menos una vez contra la repugnante inmundicia, pues estaba embadurnado. Además tenía paja sucia pegada al cabello. Lloraba suavemente, pero sacudía la cabeza con obstinación.

-Está bien. Tú lo has querido, mentecato -le dijo Ælfric.

Cædmon no esperó a que su primogénito tuviera tiempo de cumplir su amenaza. Llegó en un santiamén hasta donde estaban los jóvenes, los cogió del brazo, los separó, sujetando a Wulfnoth hasta que éste pudo aguantarse en pie, y le propinó a Ælfric tal bofetón que lo arrojó contra el estiércol.

-¿Qué significa esto? -le espetó Cædmon.

Ælfric se levantó a duras penas, se sacudió la paja de la ropa y miró tercamente a su padre. Wulfnoth estaba inmóvil, con la cabeza gacha. Harold y Guthrum se apoyaban incómodos ora en un pie, ora en el otro, lanzándole miradas temerosas a su tío.

-No sería mala idea que me respondieras, Ælfric -amenazó su padre, conteniéndose a duras penas.

Mas su hijo sacudió la cabeza con obcecación.

-Es algo entre Wulfnoth y yo.

Intrépido, reconoció Cædmon no sin orgullo. También a ese respecto se parecía a Dunstan, que siempre hacía frente a su padre sin importarle las posibles consecuencias.

Más por diversión que por ánimo aleccionador, pronunció una de las sentencias más citadas de Jehan de Bellême:

-La intrepidez es la virtud de los necios, Ælfric. No nace del valor, sino de la falta de imaginación. El sabio tiene miedo y pese a ello no se deja desviar de su camino. Sólo es prudente.

Ælfric pestañeó perplejo.

-¿Qué quiere decir eso?

-Que no tienes ni idea de lo que va a pasarte si no haces lo que te digo. -Lo agarró fuertemente del hombro y tiró de él hacia sí-. Ahora vuelvo a estar en casa, ¿entiendes? Y se avecinan tiempos nuevos. Si vuelvo a pillarte abroncando a alguien más débil, tendrás que vértelas conmigo. Hacer eso es de cobardes.

-Yo no soy cobarde -protestó Ælfric.

-¿Ah, no? Entonces dime qué tenía que jurar tu hermano. Dicho sea de paso, un juramento arrancado por la fuerza no tiene validez, pero eso no importa ahora. Dímelo. Vamos.

Ælfric sacudió la cabeza sin vacilar y farfulló:

-No.

Cædmon respiró hondo. Y todo esto antes de desayunar, pensó desconcertado, tras una noche como aquélla.

-Está bien, como quieras. Los demás, largo. Wulfnoth, ve a lavarte y luego entrad a desayunar.

Harold y Guthrum dieron media vuelta con los hombros caídos, mas Wulfnoth titubeó.

-No, espera, padre -pidió en voz queda.

Ælfric pareció furioso y resuelto, una expresión casi inquietante en un rostro tan joven.

-Cierra la boca, renacuajo -amenazó ceñudo.

Cædmon estaba perplejo. Le ordenó con un ademán amenazador que se marchara.

-He dicho que te vayas, Wulfnoth.

Pero el menor de sus hijos sacudió la cabeza con inusitada resolución.

-No. -Sus pequeñas manos se tornaron puños, y espetó-: Todo esto es por Hereward, padre. El molinero de Metcombe lo esconde de los hombres del sheriff.

Desconcertado, Cædmon miró a sus hijos.

-¿Hereward? ¿*El Guardián*?

Wulfnoth bajó la mirada.

-Sí.

Cædmon respiró hondo y alzó la vista al nublado cielo. ¿Qué va a ser lo siguiente, Dios? Creía que Hereward había muerto hacía tiempo. Nadie había oído hablar de él desde hacía ocho años...

-¿Y está en Metcombe?

Wulfnoth asintió titubeante.

-Ælfric quería que yo le jurara que no iba a decirte nada porque Hereward es un héroe inglés, pero el príncipe Henry es mi mejor amigo, padre. Y Hereward quiere echar del país a los normandos, así que tenía que decírtelo, ¿no? -preguntó suplicante.

Cædmon liberó el hombro de Ælfric.

-Lo peliagudo de este asunto es que los dos tenéis razón, ¿sabéis? -dijo en voz baja-. Y los dos podéis estar tranquilos. No entregaré a Hereward al sheriff, pero Hereward tampoco expulsará a los normandos de Inglaterra, Wulfnoth. Para eso es demasiado tarde. Hereward tuvo su oportunidad y la desperdició. -Miró a Ælfric, que le devolvió la mirada con cara de escepticismo y reserva-. Sobre todo tienes que aprender que tu hermano puede ser un patriota inglés y, a pesar de ello, serle fiel a la casa real normanda, Ælfric.

Éste se frotó el mentón contra el hombro con timidez.

-No creo que pueda ser posible.

Cædmon suspiró.

-Lo es, aunque no sea precisamente un destino fácil. Vayamos a la sala antes de que Aliesa nos eche en falta. Después nos sentaremos a hablar de este asunto. Hay algunas cosas que debéis aprender sobre Inglaterra, los normandos y vosotros mismos. «Ha sido un descuido mío», pensó, «que Ælfric y Wulfnoth no sepan estas cosas hace tiempo, que carezcan de una base sobre la que opinar y estén a merced de su instinto infantil y de las consignas de otros».

Todos los moradores del castillo de Cædmon estaban reunidos para desayunar en la sala. Todos permanecieron con la cabeza baja mientras Guthric bendecía brevemente la mesa y, tras un amén murmurado deprisa, procedieron a servirse. Hogazas de pan y tortas de avena iban de un lado al otro de la mesa, las jarras se llenaban de floja cerveza y entre los comensales circulaban ollas de manteca y mantequilla. En la mesa principal había, además, pan blanco y miel, y Cædmon encargó a la cocinera que le diera a cada niño una cucharada de miel.

-Mimáis demasiado a la servidumbre, *thane* -rezongó ésta, censuradora.

-Pero este verano tenemos miel como para ahogarnos en ella, Helen.

-Ya vendrá el próximo invierno -vaticinó ella, agorera.

-Sin duda, pero la miel también alcanzará para el invierno. Más bien sospecho que quieres que preparemos otro barril de aguamiel para el verano, ¿eh?

-Pero, *thane*... -protestó la mujer indignada.

Él rió.

-La miel es importante para los niños, Helen, favorece el crecimiento. Se hacen más altos y más fuertes y así pueden trabajar mejor para mí. Ya ves, es puro interés personal. ¿Quieres hacerlo?

Ella esbozó su débil sonrisa avinagrada.

-Está bien.

Y se alejó con parsimonia, arrastrando los pies. Aliesa la vio marcharse y sacudió la cabeza perpleja, si bien no dijo nada.

-Cædmon, partiré esta misma mañana -anunció Guthric entre bocado y bocado-. A decir verdad preferiría quedarme aquí unos días más, pero me temo que si no vuelvo pronto, Lanfranc hará que vengan a buscarme.

Cædmon asintió. Lamentaba que su hermano los abandonara, pero entendía que Guthric no podía descuidar por más tiempo sus obligaciones.

-Sólo espero que el arzobispo te perdone por haber bendecido este matrimonio. -Aún conservaba una viva imagen del rostro de Lanfranc la tarde que enterraron a Richard.

-Ay, Cædmon, a veces eres un alma de Dios -contestó Guthric risueño, y bajó la voz al añadir-: Lanfranc sabe perfectamente lo que ocurrió entre tú y Etienne Fitz Osbern en Ruan. Entre otros, recibe con regularidad informes por escrito del hermano Maurice, al que seguramente recuerdas. Lanfranc siempre está al corriente de todo, ¿entiendes? Y él quería que te casaras con Aliesa, pues cree que reforzará tu posición, con o sin escándalo. Y quería evitar que siguieras escondiéndote del mundo y sufrieras en silencio, ya que desea que

regreses a la corte, dado que ejerces influencia sobre el rey y sobre Odo.

Cædmon rechazó la idea.

-Le estoy agradecido a Lanfranc por su apoyo, pero sería mejor que no sobreestimara mi influencia sobre Guillermo, pues es muy limitada. El rey no se vuelve más fácil con la edad, Guthric. Y menos cuando su hijo, sus sobrinos y sus vasallos lo traicionan y reniegan de él. Está más amargado e irascible que nunca.

-Sí, sí, pero en Ruan se dice que eres el único hombre a ambos lados del Canal que no teme a Guillermo.

Esta vez le tocó reír a Cædmon.

-Me halaga, pero por desgracia no se corresponde con la verdad.

-Eso no importa. -Guthric se encogió de hombros-. Lo primordial es que lo creen: Lanfranc, la corte, Odo, la reina, los príncipes... e incluso el propio Guillermo.

Cædmon reprimió un suspiro.

-Si es cierto, que Dios se apiade de mí. Sea como fuere, el rey todavía está lejos, en Ruan, y no empezaré a preocuparme a cuenta suya hasta que vuelva. Al fin y al cabo siempre es posible que su barco se hunda, y de ser así todo este asunto me habría quitado el sueño en vano.

-Cædmon... -lo reprendió Guthric con fingido enojo.

El *thane* le dedicó una sonrisa maliciosa y cambió de tema.

-¿Querrías hacerme un favor, Guthric? Bueno, en realidad son dos.

Su hermano bebió un sorbo de cerveza y preguntó:

-Adelante.

-Escribe al obispo de Elmham y pídele que venga lo antes posible a consagrar mi iglesia.

-Lo hará de mil amores. ¿Y el segundo?

-Mándame a un joven monje normando para que eduque a mis hijos. Quiero que aprendan las costumbres normandas y, sobre todo, la lengua. Quiero que haga de ellos unos nobles, ¿entiendes? Para que puedan sobrevivir en la Inglaterra normanda cuando sean adultos y Ælfric no acabe en la horca.

Guthric asintió pensativo.

-¿No crees que Wulfnoth estaría mejor en una escuela monacal?

-No, aún no. Es demasiado pequeño.

-Cuanto más, mejor -replicó Guthric.

Pero Cædmon sacudió la cabeza con resolución.

-Antes ha de buscarse un sitio en el mundo. Si es un alumno inteligente, puede aprender latín, a eso no me opongo, pero de momento quiero que ambos permanezcan en Helmsby.

Guthric suspiró.

-Y la Iglesia vuelve a perder a una joven mente prometedora... Pero tienes razón, siempre puede tomar la decisión más adelante. Les buscaré a un buen preceptor -prometió, y miró a sus sobrinos. Wulfnoth le daba su desayuno a escondidas al leal y viejo Grim, que estaba a sus pies meneando el rabo, y Ælfric se daba codazos y patadas con su primo Harold bajo la mesa-. No será tan fácil dar con alguien capaz de imponer disciplina a Ælfric sin que ello asuste a Wulfnoth -comentó Guthric.

-No -convino Cædmon-. Necesitaríamos a otro hermano Oswald.

Guthric sonrió al recordar a su mentor y prior.

-El bueno de Oswald. Lo único que quería era tranquilidad para dedicarse al estudio de las Sagradas Escrituras en su monasterio de Winchester, pero desde que esbozó junto con Hyld el famoso tapiz de Odo, todos los nobles normandos de Inglaterra quieren una obra suya. Es toda una moda. Y el abad de Oswald ha sucumbido al encanto del dinero y malvende sus servicios como un proxeneta los de sus rameras. He oído que Oswald está desesperado.

Cædmon sonrió.

-Seguro que habrá deseado más de una vez que Haroldo Godwinson no lo hubiese llevado precisamente a él a Normandía...

El desayuno finalizó. La gente se levantó de los bancos para empezar su jornada y las criadas se pusieron a recoger vasos y escudillas. Guthric le indicó a una de las muchachas que se acercara:

-Ve a la cuadra y dile a Ine que partiré dentro de una hora -le ordenó.

La joven asintió e iba a ponerse en marcha cuando Hyld la detuvo.

-Déjalo, Martha, iba a ir yo de todos modos.

Cædmon miró a su hermana.

-¿Para qué?

Hyld le devolvió la mirada y respondió inocente:

-He de visitar a los enfermos y necesito un caballo, si te parece bien.

-Claro. Perdona, Hyld. Siempre que no tenga nada que ver con tu amiga Gunnild... -Vio con el rabillo del ojo que Alfred se había puesto en pie y trataba de escabullirse-. No -le dijo-, quédate un momento, primo.

Hyld y Alfred intercambiaron una mirada llena de culpabilidad que le reveló a Cædmon todo lo que quería saber. Aguardó a que Guthric y los muchachos se hubiesen levantado y a que Irmingard se hubiera ido con Agatha, su hijita de dos años, en brazos y su abuelo a remolque, y estuvieran fuera del alcance de sus palabras. Luego le explicó a Aliesa:

-Ine, el mozo de cuadra, quiere mi permiso para casarse con Gunnild, la hija de Offa, el herrero. Offa es un hombre libre que goza de gran estima. El enlace es impensable. Me preguntaba cómo se le habría ocurrido a Ine plantear semejante idea, pero ahora veo que para esta insensatez contaba con el apoyo de mi hermana y mi mayordomo.

Aliesa no pensaba pronunciarse al respecto antes de tener más información, y Hyld aprovechó su silencio para preguntar tranquilamente:

-¿Por qué es tan impensable, Cædmon? Ambos lo quieren.

-Pero yo no, y seguro que su padre tampoco -contestó Cædmon-. Si respaldara semejante necedad, se abalanzaría sobre mí con el martillo, y con razón. Por el amor de Dios, ¿qué mosca os ha picado? La hija de un hombre libre no puede casarse con un esclavo, lo sabéis tan bien como yo.

-¿Ah, sí? -inquirió Hyld. Puso las manos en la mesa, se inclinó hacia delante y dijo-: Yo lo hice, Cædmon, y volvería a hacerlo mañana.

-Eso fue distinto... -replicó él impaciente.

-De ninguna manera.

-El abuelo de Erik era hermano del rey de Noruega; el abuelo de Ine era un pendenciero que mató a palos a un *housecarl* de nuestro abuelo y que no pudo pagar el *wergeld*, ¿entiendes? Ésa es la diferencia.

-No veo qué tienen que ver nuestros abuelos con esto...

-Escucha, Hyld, para que te quede claro de una vez por todas...

-No es preciso que me hables en ese tono, hermano...

-Maldita sea, Alfred, por qué no dices tú algo...

-Ejem, Cædmon, yo...

-Un momento -medió Aliesa con decisión, y se quedó desconcertada al ver la reacción de sus interlocutores: los tres enmudecieron y clavaron la vista en ella-. Tengo algunas preguntas -añadió.

Tras un breve y tenso silencio, Cædmon le hizo una señal afirmativa con la cabeza.

-Adelante.

-¿Cuántos años tiene la muchacha? -quiso saber Aliesa.

Hyld lo pensó un instante.

-Más o menos los que yo. Veintitantos. Es dos o tres años mayor que Ine.

-¿Y por qué no se ha casado ya? Si su padre es un hombre respetado, ¿por qué no la ha casado como es debido hace ya tiempo?

-Porque se ocupa de su padre y sus hermanos desde que su madre murió -aclaró Hyld-. Offa no ha vuelto a casarse y sus hijos tampoco es que tengan mucha prisa por hacerlo, de

manera que dejan que Gunnild trabaje para ellos; es más barato que tener una criada, a la que tendrían que pagar un penique a la semana.

-Sinceramente, Hyld, eso que dices es imposible -objetó Cædmon.

-Por desgracia no, porque es verdad -aseguró ella-. Además, Gunnild no ve bien. Me di cuenta hace tres años, cuando colaboró conmigo en el tapiz, aunque trataba de ocultarlo valientemente. Sin embargo, todo el mundo lo sabe y por eso los pretendientes no hacen precisamente cola. Puede que se quede ciega, pero a Ine le da igual porque la ama. Yo creía que sabías lo que eso significa.

Cædmon estaba a punto de montar en cólera, mas su esposa se adelantó a él.

-Pero, Hyld, aunque Cædmon cambiara de parecer...

-No lo hará -gruñó éste, cruzando los brazos con obstinación.

-... ¿Cómo demonios pretende obtener la aprobación de su padre? -terminó Aliesa.

Hyld descargó la rabia que sentía por la situación de su amiga de la infancia sobre la inocente cabeza de su primo:

-Estás muy callado, Alfred. Al fin y al cabo fuiste tú quien convenció a Ine de la locura de acudir a Cædmon antes de que yo hablara con él, y ahora te quedas ahí sentado sin decir ni mu.

El bondadoso Alfred le dirigió una tímida mirada, entrelazó las manos en la mesa y se volvió hacia Aliesa carraspeando con incomodidad:

-*Madame*, esto es algo..., bueno, delicado. Creo que sería mejor que hablara a solas con Cædmon de esta parte del asunto.

Hyld se lamentó.

-Ay, Alfred, no tienes remedio. -Se giró hacia Aliesa y Cædmon-. El pasado invierno Gunnild tuvo un hijo. Con sólo una semana se vio que no era normal: era deforme y su cabeza, demasiado grande.

Cædmon arrugó la frente con desagrado, como si hubiera olvidado temporalmente que también él había traído al mundo a dos bastardos y había dejado embarazada a la mujer de su mejor amigo.

-¿De Ine?

Hyld sacudió la cabeza.

-Ella asegura que de su padre, y yo no tengo ningún motivo para dudar de su palabra.

-Santo cielo... -Cædmon se mesó el cabello.

-Naturalmente, Offa lo ha negado -añadió Alfred-. Pero Hyld tiene razón, ¿por qué iba a decir Gunnild tal cosa si no fuera verdad? Al fin y al cabo es tan vergonzoso para ella como para su padre. Y piensa en los cortadores de turba de las aldeas apartadas del pantano: todo el mundo sabe que ellos tienen más hijos imbéciles y deformes que los demás porque siempre se casan entre ellos. Sea como fuere, ahora ya nadie querrá a Gunnild: una mujer medio ciega, a decir verdad demasiado mayor y que ha dado a luz a un hijo tullido. Para Gunnild es Ine o nadie. Ine o el próximo crío, cuyo padre será su abuelo.

-O su tío -espetó Hyld-. Porque los hermanos de Gunnild opinan que lo que puede hacer su padre, bien pueden hacerlo ellos. -Sacudió la cabeza entre suspiros-. Dios mío, Aliesa, pensarás que los ingleses son unos bárbaros...

Aliesa alzó la mano en señal de rechazo.

-He pasado la mitad de mi vida en Normandía y la otra en Inglaterra, Hyld, y si algo he aprendido es que las personas son iguales en todas partes. -Miró a Cædmon-. ¿Tú qué dices?

Este se frotó el mentón, aún sin afeitar, y reflexionó un instante.

-Bueno, veo que este asunto es más complicado de lo que suponía -admitió finalmente-. Pero sigo sin tener claro cómo vais a hacer que Offa dé su consentimiento.

Hyld y Alfred intercambiaron una mirada, y éste dijo:

-Si vas a ver a Offa, lo fastidias y lo amenazas con acusarlo de incesto ante uno de esos nuevos tribunales eclesiásticos normandos, cederá. Es un gallina.

-¿Cómo voy a acusarlo si no hay testigos?

-Dile que tendrá que someterse a un juicio de Dios -propuso Hyld.

-Pero en los tribunales eclesiásticos no hay ordalías...

-Santo cielo, Cædmon, ¡eso el herrero no lo sabe! -exclamó Hyld con impaciencia-. Miéntele y métele miedo. Se lo merece.

-Sí, sin duda, Hyld, sólo que olvidas que sigo estando en contra de los matrimonios entre personas libres y no libres por principio.

-¿Por qué? -quiso saber Aliesa.

-Porque esa cuestión siempre suscita el problema de si los hijos de semejante unión son o no son libres. Siempre es causa de discordia y disensión. Y aunque Gunnild declarara hoy ante una veintena de testigos que renuncia a todos los derechos propios de su estamento, un día su hijo vendrá a mí o a mi hijo y dirá: Soy un hombre libre y no te debo servidumbre.

-Tampoco te arruinaría -musitó Hyld.

-No se trata de eso -replicó él irritado.

Hyld abrió la boca, mas vio la mirada y la sacudida de cabeza de Aliesa. Dirigiéndole una disimulada sonrisa cómplice a Hyld, Aliesa le puso a Cædmon la mano en el brazo y le dijo:

-No es necesario que lo decidas ahora. Consúltalo con la almohada.

El día que marcaba el inicio del verano se celebraba una fiesta por todo lo alto a la que todo el mundo aportaba comida y bebida en la medida de lo posible. Sin embargo, ese año el banquete superó con creces lo visto hasta entonces en Helmsby, pues el *thane* mantuvo su palabra y, con motivo de su enlace, organizó un verdadero festín para toda la aldea. Se asaron dos bueyes y cinco corderos e innumerables gallinas fueron sacrificadas, se hornearon auténticas montañas de panes, bizcochos de miel y empanadas, y había suficiente aguamiel y cerveza como para que cada hombre y cada mujer de Helmsby pudiera beber hasta la inconsciencia.

Además, era el día de la boda de Ine y Gunnild, un hecho que fue motivo de felicidad para los novios y que, según el punto de vista, causó extrañeza o satisfacción entre los aldeanos.

-Sólo me pregunto cómo habrá convencido Hyld al *thane* -susurró Eadgyth, la ordeñadora, a su amiga Seaxburh, casada con uno de los pequeños arrendatarios.

-Sea como fuere, Helen dice que se enzarzaron en una violenta discusión -apuntó Seaxburh-. Ah, ahí viene el que seguro puede contarnos más.

El tío Athelstan se acercó sonriente a ambas jóvenes con un vaso en la mano.

-Una aguamiel absolutamente maravillosa, ¿no, Seaxburh?

-Lo es -asintió ésta.

Athelstan le dio a la joven Eadgyth un cariñoso pellizco en la mejilla.

-¿Quién va a saltar el fuego esta noche por ti, eh?

La muchacha se sonrojó y bajó la mirada.

-Espero que Oswin, el hijo del molinero.

-Vaya, un muchacho valiente. Dios mío, daría toda la aguamiel del mundo por volver a ser tan joven como vosotras...

Ellas se echaron a reír, y Seaxburh presumió:

-Eso lo decís sólo porque estáis seguro de que no se os tomará la palabra.

Athelstan sonrió de oreja a oreja.

Al poco Eadgyth señaló con la cabeza a los recién casados y preguntó:

-¿Y podéis vos decirnos cómo ha conseguido Hyld eso? Habría apostado a que el *thane* jamás lo aprobaría.

Athelstan levantó un índice admonitorio.

-Para que veas cuan peligroso es el vicio del juego de azar. Mucho más peligroso que la bebida. No, no fue Hyld la que obró tan considerable milagro, sino la encantadora lady Aliesa.

Ambas mujeres se lo quedaron mirando con incredulidad.

-¿La normanda?

Él asintió con energía.

-La perla de su pueblo.

-Pero... ¿cómo? -inquirió Seaxburh.

-¿Cómo voy a saberlo, niña? ¿Acaso soy un ratón que vive en la paja bajo su lecho? Por la noche el *thane* dijo que no y riñó acaloradamente con Hyld, y a la mañana siguiente apareció manso como un corderito y dio su permiso. -Se encogió expresivamente de hombros-. Un hombre ciegamente enamorado no le pone la zancadilla a otro, creo yo.

Seaxburh y Eadgyth siguieron su mirada. El *thane* estaba con su esposa al borde de la pradera, a la sombra del castaño que allí crecía; le había pasado el brazo por los hombros y con la otra mano le metía en la sonriente boca alguna exquisitez mientras le susurraba algo al oído que hizo que la joven se mordiera el labio con sus blanquísimos dientes y lo mirara a los ojos.

-Sí -aprobó Seaxburh con sequedad-, entiendo lo que decís.

Pero se equivocaban. Aliesa no había convencido a Cædmon con sus artes amatorias, sino con sugerencias prácticas. «Deja que se casen y dales algo de tierra -le dijo-. Hazlos arrendatarios, e Ine no te prestará la debida servidumbre en tus campos, sino con los caballos, pues es experto en ellos. Él, su mujer y su familia ya no comerán más en tu mesa, sino en la suya, y de ese modo ahorrarás dinero. Dales tierra, simientes, dos bueyes, una casa y algunos muebles, y a cambio ellos deberán declararse conformes con la renuncia, por su parte y por la de sus descendientes, de todos los derechos que en un futuro pudieran derivarse del estamento de Gunnild. Y para que este acuerdo no caiga en el olvido, lo haremos constar por escrito en un documento que tendrá validez dentro de cien años ante cualquier tribunal.»

Cædmon jamás habría hallado por sí solo tan sencilla solución, pues aunque había aprendido a leer, la palabra escrita se le antojaba todavía algo extraño, algo que pertenecía a los monasterios y las iglesias y que no tenía cabida en su vida cotidiana. No obstante, tuvo que admitir que en ese caso era la respuesta al problema. A la mañana siguiente, antes de desayunar, habló con Hyld y Alfred, el cual se mostró más que dispuesto a enseñar a Ine todo lo que aún no supiera sobre la aradura, el rastrillaje, la siembra y la recolección. Después del desayuno Alfred habló con Ine, y Cædmon vio cómo el huraño y pálido semblante se iba alegrando poco a poco hasta iluminarse. Entonces cayó en la cuenta de que, a decir verdad, él e Ine tenían algo en común que superaba todas las barreras de estamento, condición y origen, como si compartieran un secreto. Y cuando el joven mozo lo miró con los ojos brillantes, Cædmon sonrió, no desdeñoso ni displicente, sino de pura alegría.

-¿Y qué va a pasar ahora? -preguntó Aliesa, señalando la enorme hoguera que habían hecho en medio de la pradera-. Las gentes de Herefordshire también celebran el comienzo del verano, pero nunca he estado presente.

-Bueno..., algún muchacho se subirá a ese árbol de ahí. Siempre es uno de los más metomentodos, así que supongo que será mi hijo Ælfric. No deberá perder de vista el sol y, justo cuando se ponga, se encenderá la hoguera. Es una antiquísima tradición pagana. La energía vital del sol pasará al fuego, que se avivará poderosamente; las llamas han de ser lo más altas posible, pues se dice que el grano crecerá tanto como las llamas de la hoguera que señala el inicio del verano. Y en ese momento tú y yo nos retiraremos.

Ella tomó el vaso de aguamiel que su esposo le ofrecía y bebió antes de preguntar:

-¿Y qué sucederá después de que nos hayamos retirado?

-La gente cantará y bailará alrededor del fuego hasta que se consuma. Luego los jóvenes saltarán la hoguera para sus amadas. El primero que osa hacerlo es un gran héroe. Y poco a poco esto se irá quedando vacío, mientras las parejas se convierten en hadas y desaparecen entre la maleza...

Ella suspiró y rompió a reír, a un tiempo escandalizada y divertida.

-¡Cædmon! ¿Es eso cierto?

Él asintió y puso cara de cómico arrepentimiento.

-Me temo que sí. Como te he dicho, es una tradición muy antigua. Un..., ejem..., rito de fertilidad, ¿entiendes?

-Oh, sí.

-Su origen se remonta a antes de que los anglos y los sajones conquistaran la vieja Gran Bretaña. Dicen que, por aquel entonces, en la noche de San Juan las sacerdotisas doncellas se entregaban a hombres escogidos expresamente para ello, los cuales morían después en la hoguera, sacrificándose por su diosa.

Ella torció el gesto.

-Es espantoso.

-Y posiblemente incierto, pero, para serte franco, yo no lo sé. Sólo sé que los conquistadores siempre estaban inventando mentiras desagradables sobre los conquistados para justificar su opresión. Según Warenne, todos los northumbrios son paganos y le rezan a Odín, cosa que es de todo punto ridícula.

Ella asintió, si bien seguía con lo de la noche de San Juan.

-¿Alguna vez has saltado la hoguera por una muchacha, Cædmon? ¿Y hecho todo lo demás?

El sacudió la cabeza risueño.

-Cuando mi padre me envió a Normandía, yo era un inocente muchachito de catorce años. Además, a mis hermanos y a mí no nos estaba permitido quedarnos cuando mis padres abandonaban la fiesta, poco después de que encendieran la hoguera. Naturalmente, Dunstan siempre se escabullía y volvía, y al día siguiente presumía de sus hazañas y se llevaba una tunda, aunque nunca demasiado fuerte: mi padre sólo lo hacía porque mi madre insistía en ello. A escondidas le daba a Dunstan palmaditas en la espalda. Posiblemente también a él le habría gustado quedarse hasta el alba, como harán el tío Athelstan, Alfred e Irmingard.

Ælfric llegó corriendo y se detuvo bajo el castaño. Harold y dos muchachos del pueblo lo seguían de cerca, pero Ælfric fue el primero en tocar el tronco.

-¡He sido el más rápido! ¡Puedo subir! ¿No, padre?

Cædmon asintió.

-Has sido el primero, sí. Veamos. -Él y Aliesa se apartaron y le dejaron sitio.

Ælfric saltó con todas sus fuerzas para alcanzar la rama más baja del enorme árbol, pero estaba demasiado alta. Lo intentó dos veces, tres, infatigable, pero siempre se quedaba a al menos una pulgada.

Cædmon se encogió de hombros y suspiró.

-Como ves, no siempre basta con ser el más rápido.

-¿Me ayudas? -preguntó el muchacho.

-No, va contra las normas.

-¡Pero el sol va a ponerse! -suplicó Ælfric.

-Entonces has de pensar en algo y deprisa.

Ælfric miró alrededor con la cara colorada.

-¿Harold...?

Su primo resopló y dijo:

-Olvídalo.

Al parecer Ælfric había hecho algo que de momento había dado al traste con la amistad de Harold.

De pronto apareció Wulfnoth. Cædmon ya había reparado en que el pequeño tenía el don casi inquietante de moverse sin hacer ruido.

-Yo te ayudaré, Ælfric -se ofreció.

Éste soltó el aire aliviado y le indicó que se acercara.

-Ponme las manos, ¡deprisa!

Wulfnoth se colocó a su lado.

-Pero tiene un precio. Hay un deseo que quiero que satisfagas.

-¿Cuál? -preguntó Ælfric con impaciencia.

-Luego te lo digo.

-Piensa bien lo que haces, Ælfric, después no habrá vuelta atrás -advirtió Cædmon.

Pero el después estaba lejano, para Ælfric sólo contaba el ahora.

-De acuerdo. ¡Venga, venga, deprisa!

Wulfnoth entrelazó las manos y Ælfric puso un pie encima, se agarró a los magros hombros de su hermano y se encaramó. En un abrir y cerrar de ojos desapareció entre la densa fronda. Un crujido de ramas, unas cuantas hojas revoloteando hasta aterrizar en el suelo y, acto seguido, alarmantemente alta, en la copa, surgió la cabeza de Ælfric.

-¡Le falta menos de la mitad! -anunció agitado.

Cædmon lo miró sonriente.

-No lo pierdas de vista, ahora irá bastante aprisa -aconsejó. Luego miró brevemente a Wulfnoth y musitó-: No quiero saber cuál es tu deseo, pero déjale claro que me aseguraré de que cumple su promesa. Si intenta escurrir el bulto, dímelo.

Wulfnoth le sonrió con el semblante rebosante de picara malicia y absoluto triunfo.

Risueña, Aliesa le pasó la mano por los suaves rizos.

-Eres un muchachito muy listo, Wulfnoth. Creo que Ælfric se va a arrepentir de haber visto la puesta de sol.

-También yo lo creo.

Más o menos cada veinte segundos Ælfric daba cuenta de la posición del sol, cosa que todos recibían con risas y alegres aplausos. Hasta que finalmente acabó todo.

-¡Ahora! ¡Ahora! ¡Se está poniendo!

El marido de Seaxburh le tendió la tea al tío Athelstan, que hizo con ella un movimiento solemne antes de arrojarla a la leña. Ésta comenzó a echar llamaradas y crepitar en el acto, y los vecinos de Helmsby prorrumpieron en gritos de júbilo.

-¡Echad más leña! -chilló Athelstan con voz pastosa debido al aguamiel-. ¡Que las llamas suban hasta el cielo para que vuestro grano crezca hasta el firmamento y nadie en Helmsby tenga que pasar privaciones!

Él mismo agarró un leño del montón de reserva y lo echó al fuego, y los mozos, mozas y también los niños siguieron su ejemplo. Veloz como una ardilla, Ælfric inició el descenso del árbol, se balanceó un momento de la rama más baja, se dejó caer y corrió hacia la hoguera olvidando su promesa. Wulfnoth lo siguió más despacio.

Los ancianos estaban sentados en la hierba, a tiro de piedra del fuego, disfrutando del cordero asado, del tierno pollo y el aguamiel; los niños correteaban alrededor de la hoguera riendo y gritando, desoyendo las advertencias temerosas de sus madres.

Cædmon y Aliesa observaban el jovial ajetreo, iban de grupo en grupo cogidos del brazo, charlando con la gente, y cuando el fuego superó su punto culminante y comenzó a debilitarse entre chisporroteos Cædmon le dijo a su esposa que era hora de irse.

Ella se mostró conforme, pero añadió:

-Aunque no me importaría verte saltar la hoguera por mí. Creo que podría gustarme.

-Pero si ya estoy que ardo por ti -contestó él.

Aliesa rió aprobadora.

-Muy agudo -reconoció, y echó un vistazo a la oscura pradera-. ¿Dónde están los niños?

-Hyld los ha recogido y se los ha llevado a casa.

Aliesa asintió ensimismada.

-Sí, me imagino que no quiere quedarse. Esta no es una noche para solitarios.

-No, la verdad es que no -convino Cædmon, y se quedó pensando un momento en la suerte de su hermana. Fue Aliesa la que dijo lo que él pensaba:

-No es nada fácil. No sólo la incertidumbre y el miedo, sino la larga..., bueno, la continencia.

-Sí -afirmó él, y lanzó un suspiro-. Nadie mejor que tú y yo para saberlo.

Ella apoyó la cabeza en su hombro y afirmó:

-Si te vas con el rey a la guerra, yo correré la misma suerte que Hyld. Es el destino de las mujeres.

«Y yo estaré en algún triste lodazal preguntándome si me eres fiel. Ése es el destino del hombre», pensó, si bien sólo dijo:

-Ya nos afligiremos cuando llegue el momento.

Estuvieron deambulando por la pradera y, justo cuando tenían la intención de irse con disimulo, se toparon con una sombra. Cædmon se sobresaltó y se llevó la mano al puño de la espada.

-¿Quién va?

-*Thane*..., aún no he tenido ocasión de hablar con vos. -Era Ine. Los ojos de Cædmon se habían acostumbrado a la oscuridad y distinguió a Gunnild junto a su esposo-. Queríamos daros las gracias -dijo el mozo de cuadra con timidez.

-Y a vos también, lady -añadió Gunnild tras un breve titubeo, tomó la mano de Aliesa y la besó-. Dios os ha enviado a Helmsby.

Aliesa pestañeó confusa, le dedicó una sonrisa insegura a Cædmon y luego dijo, impulsiva:

-Tienes razón, Gunnild. Después de un largo rodeo, pero aquí estoy. Espero que os bendiga como me ha bendecido a mí.

A la mañana siguiente, temprano, Aliesa y Hyld, acompañadas por Odric y Edmund, partieron hacia Fenwick para visitar a Lucien, mientras Cædmon se quedaba en Helmsby atormentado por las dudas y los malos presentimientos.

Alfred estaba sentado a su lado, blanco como la pared, y emitió un débil gimoteo cuando Helen trató de servirle una escudilla de avena.

-Quita eso de mi vista -farfulló molesto.

La sala parecía un velatorio. «Eso es lo malo del aguamiel», pensó Cædmon, aunque no por primera vez. «Es dulce y agradable al paladar y apacigua al más iracundo, pero a la mañana siguiente la modorra es indescriptible.» Cædmon sabía perfectamente cómo se sentían su primo, sus *housecarls* y la servidumbre: como si tuvieran el estómago lleno de aceite hirviendo, y la cabeza tan pesada como la nueva iglesia de Helmsby. El tío Athelstan ni siquiera se había levantado.

-¿Tu esposa se ha ido? -preguntó Alfred con voz apagada.

Tras asentir, Cædmon le puso bajo la nariz un cuenco de loza.

-¿Quieres un poco de manteca, primo?

Alfred dio una arcada y volvió la cabeza.

-Ten piedad, *thane*... -gimió.

Sonriente, Cædmon apartó el cuenco.

Alfred hizo un esfuerzo y se irguió.

-Escucha, Cædmon, tengo algo importante que contarte, pero estos últimos días ha sido imposible pillarte a solas.

Cædmon bebió un trago de su vaso.

-Ahora estoy solo.

-Sí. No me malinterpretes: Aliesa es una mujer maravillosa, ya te lo dije antaño, pero con este asunto no estaba seguro... Ella es normanda, y su hermano es el sheriff.

Cædmon se lo quedó mirando.

-Soy todo oídos, Alfred.

El mayordomo respiró hondo y se esforzó visiblemente por hacer acopio de valor.

-Es... una historia complicada, pero no me regañes, Cædmon, ¿de acuerdo? Hoy no. Rómpeme la crisma mañana.

-Tienes mi palabra.

Alfred asintió y cerró un momento los ojos.

-Tiene que ver con ese maldito bastardo de Hereward.

Cædmon exhaló un sonoro suspiro.

-Gracias a Dios, Alfred -dijo en voz baja-. Empezaba a temer seriamente que no quisieras decírmelo.

Alfred dejó caer la mano que sustentaba su frente.

-¿Ya lo sabes?

-Que está en Metcombe y lo esconde el molinero, sí. ¿Está solo?

-Oh, sí. Hereward está todo lo solo que puede estar un hombre. Cædmon, no pienses que abrigo reservas contra tu esposa, pero es que no estaba seguro...

Cædmon hizo un gesto tranquilizador.

-Lo entiendo. Y tal vez sea incluso mejor que por el momento ella no sepa nada, pues ha ido a ver a su hermano, y sin duda llevar consigo ese secreto le habría resultado abrumador. -Partió un trozo de pan, se lo metió en la bolsa y luego vació el vaso-. Me voy a Metcombe.

-Te acompaño -anunció Alfred con determinación.

Cædmon sacudió la cabeza, risueño, y le puso la mano en el hombro.

-Será mejor que te quedes y eches un sueñecito.

-Cædmon, no deberías ir solo de ninguna manera -advirtió el mayordomo-. Es posible que Hereward esté en las últimas y haya sido abandonado por sus seguidores, pero así y todo es peligroso. Como un oso en una trampa. Llévate algunos hombres, te lo ruego.

Cædmon reflexionó un instante y acto seguido negó con la cabeza.

-Si me llevara a los *housecarls*, podría ocurrir que, en la pelea, se mataran ingleses entre sí porque un sheriff normando y un rey normando les están haciendo la vida imposible. Y no es eso lo que quiero.

Alfred le dirigió una mirada triste con sus ojos inyectados en sangre y asintió de mala gana.

-Pero ten cuidado, *thane*. Hengest piensa que tú eres el culpable de todo lo que le ha sucedido a Hereward.

-Y en cierto modo tiene razón. Tendré cuidado, no te preocupes.

Antes de que el sendero que discurría por la orilla del río dejara el bosque y desembocara en la pradera de Metcombe, Cædmon desmontó y ató a *Widsith* a un joven abedul. La galopada había agotado al valiente caballo normando, y Cædmon tuvo que reconocer lo que en realidad no quería: *Widsith* se hacía viejo. Dentro de poco no podría con él.

Cædmon llegó sin hacer ruido a la linde del bosque, se tumbó en el suelo, cubierto de helechos y musgo, y avanzó a rastras por la maleza hasta que el molino quedó bien visible. Las cenizas de la hoguera de San Juan aún humeaban, y probablemente también las gentes de Metcombe estuvieran sufriendo las consecuencias de la noche anterior. Visto así, difícilmente habría podido elegir un día mejor para esa visita. El sol de la mañana iniciaba su ascenso, abriéndose camino aquí y allá por la fronda de los árboles y las matas, y le calentaba la nuca. Podía esperar. Ya había estado al acecho otras veces, ocasiones todas ellas peores y más frías y húmedas. Arrancó ensimismado una brizna de hierba, se la metió en la boca y se sorprendió pensando en su esposa, que a esas alturas quizá estuviese ya a medio camino de la residencia de su hermano. Se preguntó con qué se encontraría al llegar. Sobre todo, y por su bien, esperaba que Lucien se mostrara comprensivo. Cædmon sabía que Aliesa podía vivir con el rechazo de la corte y la nobleza normanda si contaba con el respaldo de su hermano. Apoyó el mentón en las entrelazadas manos y se imaginó el futuro, pensó en cómo serían las cosas cuando tuvieran una hija o un hijo, en qué ocurriría cuando volviera el rey, si estallaría la guerra contra Escocia y si por fin reinaría la paz con los daneses. Todas aquellas cuestiones ocuparon de tal modo sus pensamientos que apenas se dio cuenta de que el tiempo pasaba. Cuando al cabo se abrió la puerta del molino, casi era mediodía.

Gytha salió de la casa con una bolsa de lienzo en la mano. Cædmon sonrió al verla. Gytha debía rondar la treintena, era toda una mujer, y ya había traído al mundo siete hijos. Ya no era la muchacha escurrida y huidiza que olía a humo y leche. Sin embargo, su garbo era el de siempre, sencillo y natural, y su mirada seguía siendo capaz de conmoverlo.

Hengest la siguió fuera, dijo algo y Gytha asintió, le tendió la bolsa y miró nerviosa en derredor. El molinero se echó la bolsa al hombro y se alejó dando zancadas.

Cædmon esperó a que la pradera estuviera de nuevo desierta y se cerrara la puerta del molino. Acto seguido abandonó su escondite, corrió hacia la gran construcción de madera y entró.

Gytha se encontraba junto al fogón, y se volvió sobresaltada al oír la puerta.

Cædmon echó un breve vistazo a la amplia estancia y de pronto recordó la fría noche invernal en que había hallado refugio de la tormenta de nieve allí mismo. No había vacas en el rincón de detrás del hogar, sin duda estaban pastando, pero tres pequeños jugueteaban en la paja del suelo.

-Gytha.

Ella se lo quedó mirando fijamente.

-Así que estás aquí.

Él sonrió.

-Sí, aquí estoy. No hay motivo para que te quedes ahí parada como un corzo asustado. Aparta el atizador, soy yo.

Ella dejó la encenizada barra de hierro en la mesa con aire ausente y se rodeó con las manos, como si tuviera frío.

-Oímos que habías vuelto y que te habías traído una esposa normanda.

-Sí. ¿Dónde está, Gytha?

-¿Hengest? Ha ido a pescar.

-¿Sin caña y con una bolsa al hombro? Qué extraño.

Gytha bajó la mirada.

-Dímelo -pidió él en voz queda-. No es a Hengest a quien busco. No pretendo traer la desgracia a tu casa. Sólo quiero a Hereward.

Ella se estremeció al oír el nombre y sus ojos se posaron en los tres niños.

-No tengo nada que decirte, Cædmon.

Éste se acercó un tanto.

-Gytha, sé razonable. Tarde o temprano el sheriff se acabará enterando de que ocultáis a un proscrito y entonces nada ni nadie podrá salvaros. Pero yo aún puedo ayudaros.

Ella retrocedió.

-¿Quieres ayudarnos? ¿No traer la desgracia a mi casa? Entonces ¿por qué has venido? -respuso ella con amargura-. ¿Qué crees tú que pensarán mis vecinos cuando se enteren de que te he entregado a Hereward? ¿Y qué hará Hengest? Si quieres ayudarme, lárgate.

-No puedo. Ahora que lo sé, he de ocuparme de ello, de lo contrario me convertiré en cómplice.

Ella resopló desdeñosa.

-Nadie tendría por qué enterarse si decidieras olvidar lo que sabes, pero no puedes engañar a tu amado rey normando, ¿verdad? Por el contrario, entregar a un héroe de tu pueblo no te resulta difícil.

A Cædmon le molestó que ella pensara tan mal de él, y su amargura lo ofendía, pero replicó con calma:

-Tienes razón, Gytha. No puedo engañar al rey, pues le he prestado juramento. Pero Hereward no es ningún héroe, créeme. Cuando Ely cayó, huyó y dejó en la estacada a sus hombres, a mi hermano. Pero no se trata de eso. No he venido a pedirle cuentas a Hereward, sino a protegeros a vosotros y a mí mismo. Habéis sido muy imprudentes. En Helmsby es un secreto a voces: el molinero de Metcombe tiene escondido a Hereward el Guardián. Ælfric y Wulfnoth lo saben. Mi servidumbre y mis arrendatarios probablemente también. En algún

momento la noticia llegará a Blackmore, y lo que saben en Blackmore pronto lo sabe el sheriff, ya que allí los campesinos le temen, y antes o después alguno se irá de la lengua. Y entonces él vendrá aquí, quemará Metcombe y cegará a Hengest, lo matará o hará ambas cosas.

-¡Basta! -exclamó ella cortante. Se acercó a sus tres hijos, que miraban asustados al extraño con los ojos como platos. El mayor, que tendría unos cuatro o cinco años y ya era capaz de entender lo que Cædmon había dicho, rompió a llorar y hundió el rostro en las faldas de su madre.

Gytha miró con desprecio a Cædmon y acarició la cabeza de su hijo con una de sus callosas manos.

-Esto es lo que mejor saben hacer los normandos: asustar a los niños.

Cædmon bajó la mirada.

-Yo no soy normando, Gytha. Y lo siento, no tenía la intención de asustaros ni a ti ni a tus hijos, pero tienes que ayudarme y ayudaros a vosotros mismos. ¿Qué..., qué dirías si dejara aquí la espada y el cuchillo y fuera únicamente a hablar con Hereward? Nadie podría reprocharte nada, al fin y al cabo ya sé que está aquí, en alguna parte.

Gytha lo miró sin comprender con sus grandes ojos inquietos.

-Si vas a verlo desarmado, te matará.

-No lo creo.

Acto seguido se soltó el cinto y lo dejó en la mesa. Después desenvainó su cuchillo de monte y lo clavó bien alto, en una viga, para que los niños no pudieran cogerlo. Gytha lo observaba con los labios entreabiertos.

-¿Cómo sé que en el bosque no hay una docena de soldados normandos esperando? -Él se la quedó mirando en silencio. Gytha bajó los ojos y sacudió la cabeza-. Perdona.

-Debes creerme, Gytha: he venido a protegeros.

Era difícil creerlo después de que el molinero llevara años asegurándole que Cædmon de Helmsby era amigo de los normandos y no sentía compasión alguna por su propio pueblo. Con la prudencia que la caracterizaba, sopesó los pros y los contras, se paró a pensar en lo que le habían dicho Cædmon por un lado y su esposo por el otro, y tomó una decisión.

-¿Sabes dónde vive Godric, el barquero?

-Sí.

-A medio camino de su casa hay una vieja cabaña de pastor que ya no se usa. El pantano ha ido ganando terreno y han muerto ahogadas muchas ovejas. Ahí se esconde Hereward.

Cædmon asintió e hizo ademán de volverse.

-Espera... -Gytha cogió en brazos al lloroso niño y lo meció. Y a Cædmon le dijo-: He cambiado de opinión. Coge tus armas. No quiero que te mate.

Él vaciló un momento y rechazó la propuesta. Estuvo tentado de confiarle que llevaba un pequeño cuchillo en el zapato, mas no lo hizo. Al fin y al cabo, que ella lo considerara más intrépido de lo que realmente era no le hacía daño a nadie.

-No. Hereward no matará a un hombre desarmado.

-Ten cuidado -aconsejó Gytha en voz baja-. Y presta atención al pantano, ¿me oyes?

Sonriente, Cædmon se acercó y le dio un beso en la mejilla.

-Descuida. Estaré de vuelta antes de que se ponga el sol para recuperar la espada.

El barquero vivía un tanto apartado del pueblo, junto a uno de los innumerables afluentes del Ouse, y el sendero discurría entre brezales cenagosos y bosquecillos. Cædmon iba a pie. Al cabo de más de un cuarto de hora, apareció ante él la desmoronada cabaña en una depresión poco profunda del terreno; se detuvo al abrigo de un pequeño grupo de espinos blancos y la escudriñó. No se movía nada. La cabaña era poco más que una insignificante talanquera con un tejado de paja agujereado. Puede que en su día tuviera una puerta, pero ahora no había más que una boca torcida que bostezaba al luminoso día estival. La negrura del interior resultaba

amenazadora, como si hubiera algo al acecho.

Cædmon titubeó. Una extraña sensación le advertía que no se acercara más. Se estaba planteando aproximarse a la cabaña por detrás para aplicar el oído entre los desvencijados tablones cuando de pronto oyó un leve crujido a sus espaldas. Se giró y se vio frente a frente con Hengest, que sostenía un hacha reluciente. Y el molinero no estaba solo: lo flanqueaban dos muchachos campesinos a los que Cædmon no conocía, pero que iban armados con sendos garrotes.

-Siento que hayáis venido, *thane* -dijo el molinero, y realmente parecía lamentarlo.

Cædmon jugó su única baza:

-No estoy armado, Hengest.

-Muy imprudente por vuestra parte. Sin embargo, eso no os salvará -replicó.

-Pero, Hengest... -balbuceó uno de los muchachos, inseguro-. Es el *thane*. Y... no se puede matar a un hombre desarmado.

Hengest le lanzó una breve mirada ceñuda.

-No es necesario hacerlo. Incluso un *thane* puede ahogarse en el pantano.

«¿Ah, sí?», pensó Cædmon. «Primero tendrás que atraparme, bastardo.»

-¿Le concederías un último deseo a un condenado a muerte, Hengest? -pidió.

-Será mejor que no creáis que no seré capaz -gruñó el molinero, amenazador-. Sois un traidor para vuestro pueblo, y no tendré miedo de rendir cuentas a vuestro padre y a vuestro abuelo en el más allá.

Cædmon contuvo una respuesta mordaz. No tenía sentido provocarlo más, ya que era peligroso. El molinero le guardaba rencor a Cædmon desde hacía años, un rencor que tenía más relación con Gytha que con el rey Guillermo o Hereward.

-¿Es que no vas a contestarme? -insistió Cædmon.

-¿Qué queréis?

-Déjame hablar con Hereward. Sólo un momento.

-No.

-¿Por qué?

-Porque vos lo traicionasteis vilmente, y sin duda a él le resultaría doloroso veros. Ya ha sufrido bastante.

-Si lo traicioné, no deberías disputarle el derecho de matarme.

Por un instante el molinero vaciló, y antes de que se decidiera, Cædmon preguntó:

-¿Siempre vigiláis a vuestro héroe de tres en tres o es que me estabais esperando?

Hengest señaló con una mano al larguirucho mozalbete que tenía al lado.

-Bedwyn vio vuestro caballo en el bosque. Yo iba camino de mi casa cuando él y su hermano...

En ese instante Cædmon agarró el hacha antes de que el molinero volviera a empuñarla con ambas manos y se la arrancó de un fuerte tirón. Luego dio un salto atrás y hendió el aire con la peligrosa arma como si fuese una guadaña, para mantener a distancia a los tres hombres. Se plantó con las piernas abiertas, esgrimiendo el hacha y sonriendo al trío de rostros estupefactos.

-¿Y ahora qué hacemos, Hengest?

El molinero no lo perdía de vista.

-Bedwyn, ve corriendo al pueblo y reúne a los hombres, deprisa...

El muchacho se volvió y echó a correr, pero no había dado ni siquiera diez pasos cuando Cædmon levantó el pie izquierdo, guardando un instante el equilibrio cual cigüeña, se sacó el cuchillo del zapato y lo lanzó con soltura. La pequeña arma salió veloz como una flecha y se clavó en la pantorrilla de Bedwyn. El muchacho soltó un aullido, cayó cuan largo era y fue a parar a uno de los traicioneros lodazales provocando un sordo chapoteo.

-¡Bedwyn! -gritó horrorizado su hermano e hizo ademán de ir en su ayuda, mas Cædmon alzó el hacha en señal de advertencia.

-No te muevas, muchachito.

-Pero, *thane*..., ¡es mi hermano!

Cædmon lo miró sombrío.

-Entonces jura por la vida de tu hermano que me obedecerás a mí y no al molinero.

El muchacho se llevó una mano al corazón y levantó la otra.

-Lo juro.

Cædmon le indicó que podía ir, y el muchacho dio media vuelta, se soltó el cinto mientras corría, se arrodilló al borde del cenagal y le arrojó a su gemebundo hermano la correa salvadora.

Cædmon centró su atención en el molinero, sin bajar un ápice el hacha; estaba agradecido de que Hengest no barruntara su escasa experiencia en el manejo del arma inglesa.

Embadurnado de barro y chorreando, Bedwyn volvió cojeando, apoyándose pesadamente en el hombro de su hermano y lloriqueando. Cædmon se lo quedó mirando y sacudió la cabeza.

-Sácate el cuchillo, así no te dolerá tanto -aconsejó, manteniendo la seriedad a duras penas-. Coge musgo y pónselo en la herida -indicó--Y quedaos los dos ahí y no os mováis del sitio. ¿Habéis entendido?

Ambos asintieron apocados.

Cædmon miró a Hengest y movió expresivamente el hacha.

-Tú y yo nos vamos a ver a Hereward.

Con el semblante pálido, el molinero se giró, empezó a andar colina abajo delante de Cædmon y realizó una última y audaz tentativa de proteger a su huésped: saltó hacia atrás repentinamente para hacer caer a Cædmon y arrebatarle el arma, mas los reflejos de éste eran excelentes. Se hizo a un lado casi con elegancia, y Hengest cayó de espaldas. Cædmon esperó en silencio a que volviera a ponerse en pie. La espalda vencida del molinero delató su desaliento y resignación.

Hengest se detuvo a la entrada de la cabaña. Cædmon le indicó con impaciencia que entrara.

-Después de ti.

Ambos tuvieron que agachar la cabeza al pasar bajo el dintel.

Dentro olía a oveja y podredumbre. El suelo de tierra estaba húmedo y no había mueble alguno. Cuando los ojos de Cædmon se acostumbraron a la penumbra, vio en un rincón del suelo a una figura inmóvil. Entonces agarró al molinero por el brazo y lo arrojó hacia Hereward, mientras él se apoyaba contra la pared contigua a la puerta y blandía el hacha.

-Levantaos, Hereward.

Éste dio señales de vida al cabo de un momento. Sus movimientos eran lentos como los de un anciano, si bien se levantó sin esfuerzo y dio un paso hacia delante. Al hacerlo le dio la luz que entraba por la abertura de la puerta. Cædmon sabía que Hereward andaría por los treinta y tantos años, aunque su cabello era de un blanco níveo y profundos surcos cincelaban su rostro. Sólo los penetrantes ojos de hada seguían siendo los mismos. Se miraron largamente.

-He oído que Dunstan se quitó la vida -dijo Hereward al cabo. Su voz era tan poderosa y sonora como antaño, mas en ella no se percibía ya su inquebrantable arrogancia.

-No, cayó en la lucha -se oyó decir Cædmon.

-No a manos vuestras, espero, por los dos.

Cædmon sacudió la cabeza.

-Pero sí en mi presencia.

Hereward, aquel al que llamaban *el Guardián*, bajó la mirada y dijo:

-Me alegro de que hayáis venido, de que todo haya acabado.

Cædmon se endureció para no sentir compasión.

-No os equivoquéis. No he venido a mataros, mas si os entregáis a mí por propia voluntad, haré..., haré lo que pueda por vos.

Hereward levantó la cana cabeza y le dijo a Hengest:

-Lo siento, mi valiente amigo. Te agradezco lo que has hecho por mí, pero me temo que la

oferta del *thane* es demasiado tentadora. Estoy cansado, Hengest.

«También lo estaría yo», pensó Cædmon. Ocho años huyendo, ocho años en escondrijos miserables como aquél, un proscrito al que cualquiera podía dar muerte para cobrar la recompensa que pesaba sobre su cabeza...

Hengest miró al suelo y no dijo nada.

-Ya no tiene sentido -intentó explicar Hereward-. En Ely tuvimos nuestra oportunidad, pero ahora... es demasiado tarde. Inglaterra es de Guillermo. Sus propios nobles trataron de derrocarlo y fracasaron. ¿No es así, *thane*?

Éste asintió.

-Así fue.

Hereward se quitó la espada y se la dio a Cædmon.

-Vámonos -dijo, y le puso la mano en el hombro al molinero, que asintió entristecido, hizo acopio de valor y miró a Cædmon.

-¿Puedo quedarme en Metcombe o el sheriff me echará encima a sus perros de presa? -preguntó.

Cædmon lo tranquilizó.

-Puedes estar seguro de que por mí nada sabrá. Y cuando Hereward ya no esté aquí, dejarán de importar los rumores que lleguen a oídos del sheriff. Si os va a buscar a casa, enviadme un mensajero, como antaño.

Hengest se lo quedó mirando con incredulidad. A todas luces no contaba con que Metcombe siguiera estando bajo la protección de Cædmon. Sin embargo, no fue capaz de darle las gracias, sino que únicamente preguntó:

-¿Adónde lleváis a Hereward? ¿A Helmsby?

Cædmon miró un momento los todavía llameantes ojos de hada e hizo un gesto negativo con la cabeza. En Helmsby no había mazmorra, y no se fiaba de Hereward. Una vez saciado y descansado, podía recuperar su espíritu combativo, y Cædmon tendría que dar toda clase de explicaciones si semejante prisionero escapaba. O tal vez Lucien fuera por él y le hiciera sabe Dios qué, y eso era algo que Cædmon no quería en modo alguno.

-A Dover -dijo finalmente-. A la corte del obispo Odo, el hermano del rey. Es compasivo con los ingleses caídos en desgracia, nadie lo sabe mejor que yo.

Helmsby, julio de 1079

Contaba con que Aliesa estuviera ausente unos días, pero al cabo de dos semanas empezó a preocuparse y la echaba tremendamente de menos. No obstante resistió la tentación de ir tras ella, y en su lugar envió a Alfred a Blackmore para obtener información. Los rumores con que regresó el mayordomo fueron tranquilizadores, aunque un tanto enigmáticos. Los campesinos contaban que el sheriff había acogido a su propia hermana con la mayor cordialidad y recibido amablemente a la del *thane* de Helmsby, pero que desde que habían llegado nadie había vuelto a verle el pelo a la hermosa Beatrice. Bueno, Cædmon estaba seguro de que Hyld y Aliesa lo informarían con lujo de detalles de su visita a Fenwick. De momento se contentaba con saber que se encontraban bien.

Él se pasaba los días trabajando. La cosecha había comenzado, y a menudo estaba en los campos con Alfred de la mañana a la noche. La mayoría de las veces se llevaba a Ælfric y Wulfnoth. Disfrutaba de la compañía de sus hijos, y mantuvo su promesa de hablarles de normandos e ingleses, de sus méritos y sus debilidades, y de los puntos que tenían en común. Ælfric seguía mostrándose escéptico respecto a todo lo normando, por mucho que Cædmon se esforzara por despertar en él fidelidad y lealtad al rey, antiguas virtudes éstas de los guerreros anglosajones. Sin embargo, su hijo al menos lo escuchaba atentamente, y sus numerosas preguntas delataban lo mucho que reflexionaba sobre todo lo que le contaba su progenitor.

Wulfnoth iba perdiendo poco a poco la timidez y asimilaba con avidez los nuevos conocimientos sobre el mundo normando. Con frecuencia señalaba un objeto, un animal o un árbol y le preguntaba a su padre cómo se decían en normando, y luego jamás olvidaba las palabras. Ælfric miraba a su hermano sin entenderlo y a veces sacudía la cabeza, pero ya no con el desprecio de antes del verano. Cædmon nunca llegó a saber cuál fue la promesa que Wulfnoth le arrancó a su hermano mayor, pero era evidente que Ælfric cumplió su palabra y de repente empezó a tenerle cierto respeto a Wulfnoth. Cædmon se sentía orgulloso de ambos y no poco aliviado. Dunstan, a quien con tanta frecuencia redescubría en su arrojado primogénito, habría hecho cualquier cosa, justa o injusta, por eludir el cumplimiento de una promesa enojosa.

El día de San Swithun, a mediados de julio, vino cargado de lluvia, tal como pronosticase la pierna izquierda de Cædmon nada más despertar.

Aquel cambio brusco del tiempo trajo consigo quejas y lamentos generalizados, pues todo el mundo sabía que si llovía en San Swithun llovía durante un mes. Sin embargo, ese día festivo además de la lluvia también vino el obispo de Elmham junto con su diácono y unos cuantos capellanes a consagrar la iglesia de San Wulfstan de Helmsby. En el banquete que se celebró a continuación en la sala, aquél felicitó efusiva y repetidamente a Cædmon por la nueva iglesia, y al despedirse le confió que estaba convencido de que con dicho regalo a Dios quedaba borrada toda la culpa con que había cargado debido a su..., en fin, a su delicado matrimonio.

Cuando la delegación episcopal abandonó Helmsby, Cædmon volvió a la ahora solitaria iglesia de piedra. El aire fresco y húmedo del interior aún olía a incienso. Aspiró hondo el embriagador aroma y miró con atención alrededor. Cuatro pares de columnas separaban las naves laterales de la nave principal. Sendos arcos de medio punto servían de unión entre las columnas, y tras cada arco se abría un vano en los muros de las naves laterales a través del cual entraba la luz de la lluviosa tarde. «Tal vez un día haga poner vidrio en las ventanas», pensó. Sobre las elevadas ventanas de la nave central se extendía una bóveda de cañón de madera, y si -como acababa de hacer él en ese instante- uno se situaba de espaldas al portal, aún inexistente, toda la construcción parecía orientada al presbiterio, las columnas parecían llevar directamente allí. Desde el ábside, una angosta escalera bajaba a la cripta, donde, en un sencillo relicario de piedra, se conservaban las esquirlas de los huesos de San Wulfstan, que la parroquia estimaba de su propiedad, y si algún día volvía a tener dinero, Cædmon pensaba erigir un campanario en la todavía incompleta fachada oeste de la iglesia. Así y todo, la construcción ya era soberbia, y los campesinos de Helmsby bajaban la cabeza respetuosos al entrar. Cædmon debería haber estado orgulloso de su obra o al menos satisfecho. Sin embargo, lo que sentía empezó siendo una dulce añoranza que al cabo amenazó con desbordarse y anegarlo en aquella tristeza con la que tan familiarizado estaba. Encendió dos velas -una por Richard y la otra por Etienne- que depositó en el altar, se arrodilló ante él y buscó consuelo en la oración. Mas no era capaz de hallarlo, de manera que pidió que Aliesa volviera a casa pronto, pues sabía que tan pronto como estuviera a su lado, la tristeza se desvanecería.

Cuando oyó unos pasos silenciosos sobre las baldosas de piedra, creyó que Dios le había concedido su deseo con inusitada rapidez y volvió la cabeza esperanzado. Pero no era Aliesa la que avanzaba por la crepuscular nave central, sino una pequeña y oscura figura que vestía una cogulla.

-¿Cædmon? Perdona que te moleste. Tu mayordomo me dijo que podía encontrarte aquí...

-¡Hermano Oswald! -Se levantó de un brinco y corrió a su encuentro-. ¿Qué demonios te trae por Helmsby? -Le dio un abrazo.

Oswald no respondió inmediatamente, sino que echó un atento vistazo alrededor.

-Una iglesia magnífica, Cædmon. Enhorabuena.

-Gracias. Ven, vayamos a la sala.

Oswald rehusó la invitación.

-Quedémonos aquí un instante. Me gustaría verla con calma. Además, fuera llueve a cántaros.

Risueño, Cædmon se encogió de hombros.

-Como tengamos que esperar a que escampe, más vale que ocurra un milagro o moriremos aquí de hambre. Hoy es San Swithun.

-Oh, no, ¿es verdad?

-Tú deberías saberlo mejor que yo, hermano Oswald.

-Ay, Cædmon, si tú supieras...

Éste se percató de lo desdichado e inquieto que parecía su viejo amigo.

-¿Qué ocurre?

El menudo monje puso cara de risa y pena a un tiempo.

-He roto con mi abad. Si quieres saber qué ha pasado exactamente, te diré que me he ido de Winchester sin permiso. Me he dado..., bueno, a la fuga.

Cædmon se lo quedó mirando con incredulidad antes de recordar lo que Guthric le había contado.

-Tu codicioso abad no te deja tranquilo, ¿no?

-No sólo eso; es estúpido y cruel. Les hace la vida imposible a los hermanos ingleses. En este caso, el rey y Lanfranc han elegido mal, Cædmon. Guy de Lisieux no es el superior indicado para un monasterio inglés.

-Deberías decírselo a Guthric. Si le expone el caso a Lanfranc, el arzobispo se encargará.

Oswald asintió.

-Estuve con Guthric y me prometió que se ocuparía de ello, pero por desgracia está el hecho de que he roto uno de mis tres votos. -Sonrió-. La obediencia siempre se me ha hecho más cuesta arriba que la pobreza y la castidad. Sea como fuere, Guthric me dijo que sería aconsejable que desapareciera por un tiempo, hasta que el asunto se haya olvidado Y añadió que estabas buscando un preceptor para tus hijos. -Extendió los brazos-. Has tenido suerte. Me ofrezco a buen precio: me conformo con un techo sobre mi cabeza y dos comidas frugales al día.

Cædmon estaba radiante. Difícilmente podría ser mejor. Tomó al hermano del brazo.

-En tal caso sé bienvenido a Helmsby, Oswald. ¿Bajo qué tutela iban a estar mejor Ælfric y Wulfnoth? Vamos, se alegrarán de volver a verte.

Apenas se habían alejado diez pasos de la nueva iglesia cuando ya estaban calados hasta los huesos, mas los dos conocían los chaparrones de East Anglia y no hacía frío, por lo que no se dieron especial prisa en recorrer la media legua que los separaba del castillo.

-¿Sabes algo de Hereward? -preguntó Cædmon.

Oswald asintió.

-Me encontré al obispo Odo en Canterbury. No quería admitirlo sin rodeos, pero según parece siente una enorme simpatía por Hereward. Tomaste una sabia decisión, Cædmon. Odo intercederá por Hereward ante el rey, estoy seguro.

Cædmon respiró hondo.

-Podrían subsanarse tantos errores si Guillermo decidiera no ajusticiarlo o cegarlo. La gente olvidaría a Waltheof de Huntingdon. Quiere olvidarlo, ya que era un traidor y un cobarde.

-También Hereward dio sobrada prueba de su cobardía en la caída de Ely -observó Oswald.

-Eso lo sabemos tú y yo, pero a ojos de muchos ingleses es el último héroe anglosajón. Si Guillermo respeta su vida, demostrará ser un rey inglés.

-¿Cuándo crees que volverá el rey a Inglaterra?

Cædmon encogió los hombros.

-Depende de cómo evolucione la situación en el continente, de si confía de nuevo en su

hijo Robert, y de cómo se comporten Maine, Flandes, Bretaña y, sobre todo, Felipe de Francia. Normandía está siendo acosada desde numerosos frentes y adolece de una fuerte división interna.

-Y los escoceses están asolando Northumbria.

-De eso se ocupará en cuanto pueda, créeme.

El monje se mostró escéptico.

-Es muy cruel con Northumbria.

-Sí, es verdad, pero no soporta que nadie vulnere sus fronteras.

Cuando Aliesa y Hyld volvieron a casa a los dos días, Cædmon encontró a su esposa pálida y fatigada.

Había salido precipitadamente al patio después de oír los gritos de Alfred, y la descubrió ante la cuadra. Hyld había desaparecido en el cobertizo de madera con los caballos y estaba conversando con Ine. Aliesa aguardaba bajo el aguacero y, al ver venir a su esposo, sonrió.

Su empapado cuerpecillo se perdió casi por completo entre los brazos de Cædmon, que cerró los ojos y besó sus mojados rizos negros.

-Dios mío..., no vuelvas a dejarme tanto tiempo solo, ¿me oyes?

-Cielo santo, suéltame, trol, ¿qué pensará la gente? -musitó ella con voz cantarina.

-Que piensen lo que quieran. -Sin embargo se separó de su esposa, dio un paso atrás y tomó su mano-. Vayamos a resguardarnos. Está muy desapacible, no quiero que te resfríes. Parece que el tiempo ha cumplido la promesa de San Swithun... -De pronto sentía el extraño impulso de decir tonterías, de modo que apretó los labios para evitarlo. La agarró del brazo sonriendo y la llevó a casa-. ¿Te encuentras bien? -preguntó inquieto, observándola de reojo-. Estás muy pálida.

-Me encuentro perfectamente -le aseguró ella.

Mas su sonrisa le recordó al sol invernal: demasiado radiante y falso. Cædmon no hizo más preguntas por el momento; esperó paciente a que su mujer saludara a Alfred, Irmingard y al tío Athelstan, y luego la condujo a la escalera.

-Seguro que querrás cambiarte de ropa.

Ella asintió y preguntó:

-¿Dónde están los niños?

-En su cámara. Adivina qué: el hermano Oswald ha venido a vernos. Va a quedarse un tiempo y es su preceptor. He pensado que podríamos mandar construir una capillita en el patio. Oswald podría ser nuestro capellán.

-Una idea estupenda -lo felicitó ella, mientras entraba delante en la alcoba.

Cædmon cerró la puerta y le retiró la mojada capa, que arrojó sobre el arca que había junto a la ventana. Aliesa se dejó caer en el borde de la cama. Sus vencidos hombros delataban su agotamiento. Él se sentó a su lado y agarró su mano.

-Helada -comprobó-. Métete en la cama, ¿eh? Para entrar en calor.

Cædmon contaba con que ella protestaría, pero se dejó hacer sin oponer resistencia.

-Sólo unos minutos -aclaró mientras se deslizaba bajo las mantas-. Luego iremos abajo a comer.

-De acuerdo.

Ella se llevó la mano del esposo a la mejilla.

-Ashby y Blackmore son tuyos -susurró soñolienta—. Lucien me ha dado un documento.

Él sacudió la cabeza, risueño.

-Eres increíble, Aliesa.

-Sí, lo sé.

Estuvo durmiendo hasta poco después de medianoche, y Cædmon no se apartó de su lado. Sentado en el borde de la cama, estudió su rostro, escuchó su respiración y se preguntó por sus sueños. Cuando finalmente ella despertó, lo miró un instante a los ojos, en silencio, tiró de

él hacia sí, y Cædmon la amó con todo el cuidado y el mimo de que fue capaz. Justo después volvió a quedarse dormida, y no se despertó al amanecer.

-Es por el embarazo -le explicó Hyld cuando tuvieron oportunidad de secretear en el desayuno-. Les ocurre a muchas mujeres, merma todas sus fuerzas. Si fuese una sencilla campesina, que ha de trabajar duro embarazada o no, jamás podría tener un niño. Tampoco así estoy totalmente segura de que vaya a lograrlo. En cuanto hace un esfuerzo, comienza a sangrar. Si te importa tu legítimo heredero, encárgate de que se cuide.

Él hizo un gesto negativo con la mano.

-No se trata de eso. Tengo miedo por ella.

Hyld lanzó un suspiro y asintió.

-En eso coincides con su hermano. Su esposa también se encuentra en estado de buena esperanza y siempre tiene ganas de vomitar, pero no está ni la mitad de preocupado por ella que por Aliesa. Creo que nunca te perdonará que la hayas dejado embarazada.

Cædmon soltó un gruñido y clavó la vista un instante en su cerveza.

-Son tantas las cosas que nunca me perdonará que ya ni siquiera importa. ¿Cómo estaba?

Hyld se tomó su tiempo para responder. Había acompañado a Aliesa a Fenwick sumida en un mar de dudas; si se dejó convencer fue únicamente porque le había tomado mucho cariño a su cuñada normanda. Y cuando volvió a ver a Lucien de Ponthieu, ocurrió lo que tanto temía; el espeluznante día que llegaron a Salby los jinetes de la muerte, las indescriptibles semanas que siguieron, incluso el dolor por la muerte del pequeño Olaf, todo aquello volvió de pronto al presente. Mas fue tal la alegría de Lucien al ver a su hermana que lo transformó por completo, convirtiendo al gruñón sanguinario en un joven noble radiante y asombrosamente atractivo. De repente ya no resultaba amenazador, sino tremendamente alegre, lo cual ayudó a Hyld a vencer su miedo.

-Su dicha fue desbordante..., en un principio. Todavía no sabía todo lo ocurrido, y cuando Aliesa le dijo que os habíais casado, la miró como si le hubiera clavado un puñal en el corazón. Se puso en pie y se marchó sin decir palabra. -Ensimismada, Hyld tomó dos cucharadas de avena antes de proseguir-. Después se tranquilizó. Aliesa sabe cómo lidiar con su hermano, al fin y al cabo tiene toda una vida de práctica. Lucien prometió que en el futuro os dejaría en paz a ti, a los tuyos y tus tierras. Creo que ya no hace falta que te preocupes por él.

«Sólo que si Aliesa muriese en el sobreparto, no descansaría hasta dar muerte a Cædmon», pensó con inquietud.

-¿Y... Beatrice? -quiso saber su hermano.

Hyld torció el gesto.

-Beatrice es un monstruo.

-Ya. Un ángel frío.

-Bueno, dicen que en la cama de Lucien es más bien lo contrario. Realmente fogosa, aunque sólo si antes él la atiza. Al parecer les divierte a ambos, así que en cierto modo son una pareja perfecta.

-Ojalá sean felices juntos. -Cædmon tomó un buen trago del vaso para ocultar su repulsión-. Veo que has estado hablando con la servidumbre.

Hyld asintió.

-Y he oído historias pasmosas. La gente le tiene terror a Beatrice y la odia. Si no tiene cuidado, un buen día desaparecerá para siempre en el pantano. Fenwick es un lugar desolado, Cædmon. Todo el mundo vive asustado. Las criadas y los mozos temen a Beatrice, Beatrice teme a Lucien, Lucien teme las rebeliones inglesas y, por encima de todo, teme a vuestro rey.

Sin embargo, el rey seguía en el continente, donde la situación política era tan tensa que

apenas tenía tiempo de fijar su atención en Inglaterra. Durante todo el otoño no fueron muchas las noticias que llegaron a Helmsby. Guthric apareció el día de San Miguel e informó de que Guillermo y el príncipe Robert se habían reconciliado, pero ni siquiera Guthric sabía la respuesta a la perentoria pregunta de Wulfnoth de cuándo regresaría el rey y traería a casa al príncipe Henry. A Cædmon aquello le venía bien. Por fin tenía tiempo para ocuparse de sus tierras y de sus ya numerosas propiedades. Las visitó todas para hacerse una idea de la situación in situ, tomó a algunos jóvenes más a su servicio, celebró una vez al mes audiencia en Helmsby y, poco después del día de Todos los Santos, se desplazó a Norwich para asistir a la audiencia superior del condado. El tan temido reencuentro con Lucien, que al ser el sheriff ostentaba la presidencia, transcurrió de un modo absurdamente normal. Intercambiaron un frío saludo con la cabeza y se preguntaron educadamente por la salud de sus respectivas esposas. Nadie que los viera habría podido sospechar que el uno se había casado con la hermana del otro y éste con la prometida del primero, o que la última vez que se vieron había por medio un látigo. Y aunque al recordarlo a Cædmon se le erizó el vello de la nuca, se cuidó muy mucho de que se le notara. Regresó a casa aliviado y un tanto orgulloso de su desenvoltura. Tal como Hyld vaticinara, el embarazo de Aliesa estaba siendo complicado, si bien después de que pasaran los difíciles tres primeros meses cesaron las hemorragias. Aliesa llevaba la casa de Cædmon con la elegante facilidad aparente de un malabarista: refino el menú sin ofender a la malhumorada cocinera y llevó discretamente a cabo algunas reformas. En las largas tardes invernales, a veces les leía pasajes de los libros que hacía traer de Herefordshire o les cantaba alguna de las canciones inglesas que Cædmon le enseñaba. En un principio los moradores de la sala se mostraron escépticos con las novedades normandas, mas cuando comprobaron que la esposa de Cædmon estaba abierta a todo lo inglés, se mostraron complacientes. Y así pasaron un apacible invierno, y cuando en Navidad Cædmon llevó a la sala a un juglar que hizo una respetuosa reverencia ante la señora y anunció su intención de recitar la historia de Sigfrido, el dragón y el oro del Rin, fue como si se cumplieran todos los deseos.

Helmsby, marzo de 1080

Habían echado a Cædmon de casa. Éste habría ido gustosamente a su nueva iglesia a rezar, pues le temblaban las rodillas de miedo y tenía las manos frías y húmedas, pero no se atrevía a alejarse tanto. Había ido a la aldea en busca de Eanfled, la partera, una o dos horas después de medianoche, y ya casi era mediodía, pero todo estaba tranquilo en el puente levadizo. Y tampoco se atrevía a ir a preguntar cómo iban las cosas.

-Ejem, disculpad, *thane*, ¿os importaría haceros un poco a un lado? -pidió Ine.

Cædmon le dejó sitio.

-Lamento estar en medio, Ine. No sé a qué otro sitio ir con esta maldita lluvia.

Ine llevó a sus respectivos lugares a los dos caballos que traía de los pastos. Uno era *Widsith*, ya jubilado, pero al que Cædmon seguía queriendo más que a su sucesor, *Frison*, un caballo flamenco negro, paciente e inteligente, mas veleidoso. Debido precisamente a esas características, Cædmon lo había bautizado con el nombre del duque de Flandes, Robert le Frison.

Se acercó a su viejo compañero de fatigas y le quitó a Ine la paja de la mano.

-Ya lo froto yo. Me alegro de tener algo que hacer. Por cierto, ¿cómo está tu mujer?

Ine asintió y respiró hondo.

-Le falta poco. Ojalá hubiera pasado todo ya. Ojalá... pudiera estar tan sereno como vos.

-No estoy sereno, Ine.

-Pero lo parece.

Cædmon hizo una mueca. «Es mi parte normanda», pensó, y toqueteó nervioso la crin, todavía exuberante, de *Widsith*. No obstante tenía sus dudas respecto a cuánto más podría

mantener íntegra su aparente serenidad.

Al oír unos pasos apresurados y leves en el patio, salió a la puerta de la cuadra. Su hermana corría hacia él con las faldas ondeando al viento, sin molestarse en esquivar los charcos, lanzando pequeñas salpicaduras de barro. Cædmon le vio la cara, cerró un instante los ojos y dio gracias a Dios.

-Hyld...

Ésta le echó los brazos al cuello.

-Es un niño, Cædmon. Me pregunto por qué en esta familia nadie tiene niñas, pero es un niño maravilloso. ¡Venga, vamos!

Arrojó al suelo el puñado de paja que sostenía, cogió del brazo a su hermana y se dejó arrastrar hasta el puente bajo la incesante lluvia.

-¿Y Aliesa?

-No te preocupes. Ha sido horrible, pero está bien. He de reconocer que temía por ella, pero ha aguantado mucho mejor de lo que yo pensaba. Y ahora asegura que, después de todo, es una mera cuestión de voluntad...

Todo el que se topó con él en la sala trató de darle la enhorabuena, pero Cædmon no pudo ofrecerles más que una leve inclinación de cabeza y una sonrisa nerviosa antes de subir a toda prisa la escalera, los peldaños de dos en dos, y abrir de un empujón la puerta de la alcoba.

Aliesa no estaba desgreñada ni rendida, como esperaba. Las ojeras eran lo único que delataba la lucha que acababa de librar. Tenía el cabello peinado y trenzado, la camisa tan limpia como las sábanas de la cama. Parecía la de siempre.

-Toma. -Le tendió, sonriente, el diminuto lío que tenía en brazos-. Hyld opina que es bastante agraciado.

Cædmon se arrodilló junto a ellos y los abrazó a ambos con sumo cuidado. Luego cogió al bebé, lo sostuvo torpemente con las dos manos y lo observó con detenimiento. Se percató de que su hijo acusaba mucho más que la madre el esfuerzo de las últimas horas: su pequeño rostro estaba hinchado y rubicundo. «¿También fue Ælfric tan diminuto?», se preguntó con incredulidad. «¿Sus manos y sus dedos igual de minúsculos?»

-Es perfecto -dijo con voz bronca, y carraspeó con decisión y besó cauteloso su pequeña frente enrojecida-. Y se parece a ti.

Aliesa se lo quitó con una sonrisa orgullosa, acomodó su cabecita en el pecho, aunque estaba profundamente dormido, y comentó:

-Es un dudoso cumplido, Cædmon.

Éste se echó a reír.

-Pero su cabello es negro como el azabache.

-Sí, ya lo he visto. -Embelesada, pasó el pulgar por la oscura pelusilla. Luego levantó la cabeza-. No podemos llamarlo Etienne, Cædmon.

-No, lo sé -convino éste compasivo.

-¿Te gustaría que tuviera un nombre inglés? -le preguntó su esposa.

Él sacudió la cabeza.

-He pensado que, si no tienes nada que objetar, podemos llamarlo Richard.

Ella reflexionó un instante. Durante las últimas semanas se había planteado más de una vez tan difícil cuestión, pero aún no la habían discutido, ya que traía mala suerte hablar del nombre del niño antes del parto. También a ella le había venido a la cabeza el nombre del difunto príncipe.

-De acuerdo. Es un buen nombre.

Cædmon opinaba lo mismo.

Ella agarró su mano y apoyó la cabeza en su hombro.

-Sólo si estás seguro de que no te invadirá la tristeza cada vez que oigas el nombre de tu hijo.

Él negó con la cabeza. No hacía falta oír el nombre para acordarse del príncipe; no pasaba un solo día sin que pensara en él.

-No, sería un consuelo que al menos su nombre y de ese modo su memoria siguieran vivos en nuestro hijo.

-Bien, entonces ve a buscar al hermano Oswald y a Alfred.

Hacía tiempo que habían decidido que, si era niño, Alfred sería el padrino, y el hermano Oswald se había mostrado más que dispuesto a acristianarlo. Lo habitual era bautizar al niño nada más nacer, pues si moría antes de que el sacramento lo exculpara del pecado original, la salvación de su alma inocente sería incierta. De manera que Cædmon raptó a su hijo durante media hora, y los tres hombres se lo llevaron, debidamente abrigado, a la iglesia del pueblo, a paso de tortuga y con tan exagerado celo que todo el que los vio no pudo por menos que sonreír. Las gentes de Helmsby, que debido al mal tiempo no habían salido a los campos, abarrotaron San Wulfstan para presenciar tan feliz acontecimiento, y a Cædmon le conmovieron las numerosas felicitaciones que recibió. Sin embargo, cuando el hermano Oswald sumergió por vez primera al recién nacido en la helada agua de la pila bautismal, Richard se despertó y prorrumpió en indignados sollozos, tanto más ruidosos cuanto más levantaba el hermano la voz para acallarlos. Los campesinos le dieron la enhorabuena a Cædmon por el vozarrón de Richard, pero padre, padrino y sacerdote se sintieron igualmente aliviados al devolver a su madre el pequeño llorón. Aliesa le dio el pecho y él se calmó en un abrir y cerrar de ojos.

Cædmon contempló a madre e hijo con absoluto embeleso.

-Me pregunto si es realmente necesario que el ingreso en el seno de la Santa Madre Iglesia vaya unido a semejante susto -musitó.

Aliesa acarició cariñosamente la cabeza del pequeño Richard y dijo:

-Todos hemos de pagar un precio por la salvación eterna, nunca es demasiado pronto para aprenderlo.

Él suspiró.

-Es verdad. He estado pensando que podíamos celebrar un banquete para festejar su nacimiento. Es un buen motivo de celebración, ¿no crees?

Ella asintió.

-Invita a Lucien y Beatrice.

-Oh, no; ¿es preciso?

-Claro que no. Sólo te lo estoy pidiendo.

¿Cómo iba a rehusar? Lucien era su hermano y, que Dios los ayudara, el tío de Richard. Otro vínculo que los unía más aún de por vida. Tal vez fuera hora de intentar al menos dejar el pasado atrás y llevar una relación más o menos normal. Sin embargo, Lucien jamás daría el primer paso, eso era algo que Cædmon sabía de sobra, de modo que todo dependía de él.

-Está bien -cedió.

Ella lo recompensó con una sonrisa, algo por lo que él habría accedido a bajarle las estrellas del firmamento.

-Ine dice que su hijo nacerá un día de éstos -informó Cædmon-. Gunnild sería una buena ama de cría para Richard.

Aliesa lo pensó un instante.

-En ese caso, sus primeras palabras serán en inglés -musitó ensimismada. Cædmon no dijo nada, y al cabo ella añadió-: Pero creo que debería ser así, al fin y al cabo Richard es inglés.

Dejaron el banquete para un domingo poco después de Pascua, pues durante la Cuaresma era impensable cualquier clase de francachela, y tras cuarenta días sin carne, mantequilla y huevos sabrían apreciar mejor que nunca una mesa repleta. Se sirvió venado y cordero con exquisitas salsas y las más valiosas especias -Cædmon consiguió incluso pimienta y azafrán de Norwich gracias a un comerciante judío-, así como dulces y sustanciosas empanadas de un delicioso dorado, jugosos bizcochos de miel con pasas y almendras, crujientes pollos asados y mucho más. El aguamiel, el vino y la sidra corrieron a raudales. El ambiente era distendido, y

los músicos normandos que Cædmon había traído igualmente de Norwich alegraron también a los ingleses. No quiso contratar a ningún juglar inglés, pues las canciones habrían aburrido a sus invitados normandos.

Lucien no rechazó la invitación de Cædmon. Se sentó a la izquierda de su hermana, en la mesa principal, comió poco, apenas dijo palabra y escuchó visiblemente hastiado a Aliesa y Beatrice, que conversaban con él de por medio. Como era de esperar, hablaron de los niños y sus particularidades. Pocas semanas antes de Navidad, Beatrice había traído al mundo a una niña -una amarga decepción para Lucien-, y Aliesa se volcó en el único tema que interesaba por igual a ella y su cuñada.

-Naturalmente tengo un ama normanda -oyó Cædmon decir a Beatrice-. A esas campesinas inglesas no se les puede confiar un bebé. Mi hermano me la envió desde casa, pero me temo que no sirve para nada. Es despistada y tampoco es que tenga mucha leche. Y poco antes de Pascua...

-¿Más vino, Lucien? -preguntó Cædmon para no tener que oír la desagradable y cortante voz de Beatrice.

Su cuñado asintió.

-No es un mal caldo -observó.

A Cædmon le sorprendió el cumplido, y repuso sonriente:

-Del Languedoc. Es posible que ese pueblo chalado de ahí abajo sienta antipatía por nosotros y pacte con Felipe de Francia, pero lo cierto es que hacen un vino que no está nada mal.

Lucien se mostró en desacuerdo.

-El Languedoc está muy lejos. De momento me preocupa más Northumbria.

A Cædmon se le erizó el vello de los brazos y la nuca. Northumbria era lo último que quería discutir con Lucien. El tema le traía demasiados recuerdos horribles. Sin embargo, era la primera vez desde que se conocían que Lucien no lo trataba con manifiesta hostilidad, y él no quería volver a estropearlo.

-¿Por qué? ¿Qué sabes de Northumbria?

Lucien encogió sus anchos hombros y a continuación apoyó su único codo en la mesa.

-El arzobispo de York ha descubierto una intriga. Un puñado de *thanes* northumbrios y prósperos comerciantes daneses pretendían enviarle un mensajero al rey de Dinamarca.

-Para invitarlos a él y su flota, ¿no? -se lamentó Cædmon-. ¿Es que los del norte no aprenden nunca? ¿No tuvieron bastante con la última visita de los daneses?

-Bueno -replicó Lucien-, temen a los escoceses y creen que el rey Guillermo no está dispuesto o en situación de protegerlos de Malcolm.

Cædmon sacudió la cabeza. El rey no podía estar en todas partes al mismo tiempo. De haber permanecido en Inglaterra el pasado otoño, habría expulsado a los escoceses del norte de Inglaterra, pero la situación en Francia se lo impidió.

-Considerando la cuestión desde el punto de vista de los northumbrios, es comprensible -terció Aliesa, pensativa-. Si el propio rey no podía acudir a luchar contra los escoceses, debería haber mandado a uno de sus hermanos o a Rufus. No es de extrañar que la gente del norte tenga la impresión de que el rey no tiene el menor interés en defenderlos.

-Jamás le han dado al rey ningún motivo para que les tome cariño -comentó Lucien sarcástico.

Su hermana sacudió la cabeza con determinación.

-Nadie pide que les tome cariño, pero es su rey y tienen derecho a su protección.

Lucien la miró a ella y después a Cædmon.

-Creo que ya sé de dónde sacas tus opiniones políticas.

Ella se irguió.

-¿Ves esta cabeza sobre mis hombros, Lucien? ¿Consideras que sólo sirve para llevar el *couvre-chef*?

Él alzó la mano arrepentido.

-No. Conozco un tanto esa cabeza y sé que es capaz de concebir las reflexiones más singulares.

Cædmon vio la mirada celosa que Beatrice le lanzaba a Aliesa, y volvió la cabeza para ocultar su sonrisa y llamar al copero.

-Ælfric, tráele más vino al sheriff. ¿Ælfric? ¿Dónde está tu hermano, Wulfnoth?

La gran jarra de vino era demasiado pesada para un muchachito de nueve años, pero Wulfnoth, que tenía que ocuparse de los invitados de la mesa izquierda, no se acobardaba. Se acercó a la cabecera, llenó el vaso de Lucien sin derramar una sola gota y contestó con la cabeza gacha:

-No lo sé, padre.

-Wulfnoth -empezó el hermano Oswald en voz baja; su tono no auguraba nada bueno-. Ya te he dicho dos veces esta semana que mentir también es pecado aunque lo hagas para encubrir a tu hermano. ¿Es que aún no lo sabes?

Wulfnoth asintió.

-¿Cómo dices?

-Sí, hermano Oswald.

-¿Y qué crees tú que he de hacer para que tomes en consideración de una vez lo que te digo?

Wulfnoth tragó saliva y no dijo nada. Como tantas otras veces, Aliesa acudió en su ayuda. Le indicó que se aproximara.

-Ven conmigo, Wulfnoth.

Éste lo hizo.

-El hermano Oswald tiene razón, ¿sabes? Cuando tu padre te pregunta dónde está tu hermano, debes responderle. Así son las cosas. Eres muy valiente al intentar proteger a tu hermano, pero tu deber para con tu padre es mayor. Lo sabes, ¿no?

-Sí.

-¿Entonces?

El muchacho levantó la cabeza y la miró a los ojos.

-Es que de verdad no sé dónde está, pero dijo que..., que no quería ser copero.

Ælfric en realidad había dicho que prefería vérselas con cualquiera y con el hermano Oswald antes que servir en la mesa a su padre y a aquella maldita chusma normanda, pero hasta Wulfnoth sabía ya que a veces resultaba más diplomático repetir únicamente el sentido de las palabras.

-Creo que Ælfric no me ha entendido bien -musitó Cædmon-. No se trataba en modo alguno de una invitación. -Le hizo una señal a su segundogénito con la cabeza-: Está bien. Puedes irte.

-En verdad debo felicitarte por tus hijos, Cædmon -se burló Lucien con malicia-. Son tan disciplinados. Si el desaparecido es un granujilla inglés rubio clavado a ti, lo vi cuando llegamos. Estaba agachado detrás del establo, llorando a moco tendido.

«Nunca has podido resistir la tentación de meter en líos a un inglés», pensó Cædmon. Cuando el preceptor de sus hijos hizo ademán de levantarse, él sacudió la cabeza.

-No, déjalo, hermano Oswald. Ya me encargo yo.

Le indicó al hijo de catorce años de uno de sus *housecarls* que se ocupara de que los vasos de la mesa principal no estuvieran vacíos y esperó a que la comida acabara y a que se retiraran los invitados principales: el sheriff y su esposa, algunos nobles normandos y *thanes* ingleses vecinos. Cuando en los bancos sólo quedaban el tío Athelstan y el resto de bebedores contumaces, y los demás ya estaban retirando las mesas y yendo por sus mantas, Cædmon se disculpó ante su esposa y fue en busca de Ælfric.

Aunque hacía ya rato que los niños debían estar en la cama, su primogénito no se hallaba en el cuarto que compartía con Wulfnoth y con los hijos de los *housecarls*, de manera que Cædmon salió al patio y lo encontró detrás del establo, como dijera Lucien. La noche era clara y casi había luna llena. Ælfric estaba sentado contra el muro del establo con la frente

apoyada en las rodillas.

-Ælfric...

Éste alzó la cabeza.

-Oh, mierda. Creía que al menos me darías un respiro hasta mañana.

-Haz el favor de levantarte cuando te hablo.

Ælfric se puso en pie despacio y se plantó ante él. Miró a su padre fijamente a los ojos. Desafiante, le pareció a Cædmon.

-¿Qué mosca te ha picado? No puedes negarte sin más ni más a hacer lo que te digo. ¿Qué modales son ésos?

-Es que..., es que no quería hacerlo.

-¡Que quisieras hacerlo o no carece de importancia! Me has puesto en ridículo delante de mis invitados, maldito...

-¿Bastardo?

Cædmon alzó la mano impulsivamente, mas luego titubeó y la bajó. De pronto le vino a la cabeza aquella noche, hacía casi dieciséis años, ante su padre en el huerto, igual que Ælfric ahora ante él. «¿Cómo has podido desairarme así, Cædmon?» Era una noche de abril como ésa, sólo que más tibia, y recordó perfectamente la amargura, la desesperación que sintió al darse cuenta de que su padre lo enviaba lejos de casa porque tenía un defecto, porque era el menos valioso de sus hijos. Ahora a veces pensaba que quizá los motivos de su padre fueran otros, pero así y todo el *thane* no supo disipar la duda de su hijo, y Cædmon tardó años en superar la pena y la ira y en aceptar su propia valía. Y Ælfric sólo tenía once años, tres menos que Cædmon entonces.

En lugar de pegarle, apoyó las manos en los huesudos hombros de su hijo.

-No voy a tratar de hacerte creer que nada ha cambiado con el nacimiento de Richard, Ælfric, pero es tu hermano. Uno nunca tiene bastantes hermanos. También debería ser motivo de celebración para ti.

-La verdad es que no me habría importado tener una hermana -respondió el muchacho con voz ahogada-, pero ahora ya nunca seré *thane* de Helmsby.

-No, probablemente no. Y entiendo que estés decepcionado, pero eres y siempre serás mi hijo, igual que Wulfnoth, y cuando yo muera no os dejaré con las manos vacías, te lo prometo. No correréis la misma suerte que el tío Athelstan. Y has de pensar otra cosa, Ælfric: Inglaterra está cambiando. Nada es ya como antes. Si actúas correctamente, puedes ganar más tierras de las que yo poseo si sirves al rey o a su sucesor con lealtad, con toda el alma. Depende únicamente de ti.

Ælfric bajó la cabeza y se pasó la manga por los ojos con disimulo.

-No puedo -replicó inexpresivo-. Los normandos son tan raros, tan extraños... Me dan miedo.

-No sabía que algo pudiera darte miedo. ¿Por qué precisamente los normandos? Son personas, igual que nosotros. ¿Y Aliesa? ¿Acaso no es buena contigo? Creo que no sabes la suerte que tienes con tu madrastra.

Ælfric asintió.

-Sí. Ojalá no fuese así. Ojalá fuera mala y seca como la abuela. Aliesa me..., me desconcierta.

«De modo que ahora llegamos al fondo de la cuestión», pensó Cædmon.

-¿Por qué te empeñas tanto en odiar a los normandos? El mundo no es así de sencillo, ¿sabes? Es preciso considerar a cada cual por separado.

-Pero nos han arrollado. ¡Nos someten y nos humillan!

Cædmon suspiró.

Ælfric, ya conoces la historia de la promesa del rey Eduardo y la falta de palabra de Haroldo Godwinson. No es necesario que vuelva a explicarte cómo se llegó a todo ello, pero no todos los normandos son opresores, sino sólo aquellos que odian y desprecian por principio a todos los ingleses. Igual que tú crees detestar a todos los normandos. Es estúpido y estrecho

de miras y, sobre todo, se basa en la ignorancia. No sirve de nada desear siempre que las cosas sean distintas. Has de aceptar el mundo como es e intentar comprenderlo. Creo que bastaría con que conocieras mejor a los normandos.

-Pero ese endemoniado idioma...

Cædmon rió suavemente y, tomándolo de la barbilla con dos dedos, le obligó a mirarlo a la cara.

-Sí, es para romperle a uno la lengua, pero lo aprenderás. El hermano Oswald es un excelente preceptor, y si te esfuerzas y dominas el normando lo bastante para cuando regrese el rey y me mande a buscar, tal vez te lleve conmigo a la corte. ¿Qué te parece? -Fue una idea espontánea, pero al pensarla un instante se percató de que no era nada mala-. Podrías ver a los guerreros más valientes de Inglaterra y, si quieres, entrar al servicio del príncipe Rufus. Tu tío Eadwig es el caballero más leal de Rufus. Seguro que te echaría una mano y te ayudaría a familiarizarte con el mundo normando. Quién sabe, tal vez Eadwig lo haga mejor que yo.

Al oír el nombre de su tío, el rostro de Ælfric se iluminó. Miró a su padre con los ojos como platos, dio rienda suelta a la imaginación y se frotó la barbilla con timidez.

-¿Lo harías? ¿Me llevarías contigo?

Cædmon se encogió de hombros.

-¿Por qué no?

-No lo sé. Porque soy un inútil y mi madre sólo es una criada. -Levantó las manos-. Porque soy un bastardo.

Su padre sonrió con mayor despreocupación de la que sentía.

-Como el rey. Ya ves, tus posibilidades son casi ilimitadas. Tu madre es una mujer estupenda, Ælfric, no debería preocuparte su estamento. Sí, te llevaré conmigo si veo que te esfuerzas de verdad en mejorar no sólo tu normando, sino sobre todo tus modales. Créeme, si uno quiere entenderse con los normandos, pocas cosas son más importantes. Has de aprender a moderarte. Piensa antes de actuar. No vuelvas a hacer lo que has hecho esta noche. Ha sido vergonzoso tanto para ti como para mí.

Ælfric lanzó un suspiro.

-Lo siento.

-Sí, eso espero. -Cædmon acarició la rubia cabellera-. Y ahora, largo. Vete a la cama, es tarde.

Su hijo asintió y lo miró con la sonrisa audaz que tanto le caracterizaba y que no era capaz de contener mucho tiempo.

-Buenas noches, padre. Espero que el rey te llame pronto.

Helmsby, julio de 1080

Era un domingo de verano perfecto. El cielo lucía increíblemente azul y despejado. El zumbido de las abejas y abejorros que revoloteaban alrededor de las flores de la pequeña pradera, junto al pozo, inundaba el cálido aire.

Cædmon estaba sentado contra el tronco del imponente roble que daba sombra al pozo con el laúd en el regazo, tocando la canción del lobo y la paloma. Aliesa había apoyado la cabeza en su hombro y tarareaba la melodía en voz queda. Una sonrisilla melancólica en sus labios le indicaba a Cædmon que se acordaba, igual que él. Y cuando hubo terminado, ella musitó:

-Dios mío, qué desdichados éramos...

Él apartó la mano de las cuerdas y le pasó el brazo por los hombros.

-¿De verdad lo eras? No se te notaba.

Ella lanzó un suave suspiro.

-Bueno, al menos uno de nosotros tenía que controlarse, ¿no?

Cædmon no estaba tan seguro. Pensaba que todo habría sido más fácil si ella le hubiese

hecho saber desde el principio lo que sentía por él. Pero de aquello hacía mucho tiempo. Le parecía bien recordarlo y lo hacía a menudo, mas no le gustaba hablar de ello.

Aliesa levantó la cabeza y miró a Richard, que estaba tumbado en una suave manta sobre la hierba junto con Edith, su hermana de adopción. Gunnild se hallaba sentada a su lado y divertía a ambos niños alternativamente con el sonajero de Richard, un multicolor objeto de madera de pícea hueca relleno de guisantes secos. Era un regalo de Alfred a su ahijado.

Aliesa respiró hondo.

-¿Por qué no serán todos los días como éste?

Cædmon cogió una cereza de la fuente que tenía al lado y se la metió en la boca a su esposa.

-Es mejor que esperes a que haya terminado -advirtió risueño-. Tanto tiempo sin saber nada de Ælfric, Wulfnoth, Harold y Guthrum no es muy buena señal.

-Han ido a pescar -aclaró Hyld, que se había acomodado junto al pozo con el inevitable bastidor en las rodillas-. Alfred y el tío Athelstan están con ellos.

-¿A pescar? ¿A esta hora? -Cædmon se echó a reír-. Se van a llevar una buena desilusión.

Hyld asintió sonriente.

-Supongo que la pesca no era más que un pretexto para nadar en el río. De ese modo los niños estarán limpios de una vez.

-Al que sí que le hace falta un buen baño es al tío Athelstan -observó Aliesa mordaz, y todos rompieron a reír.

Hyld dejó el bastidor y ladeó la cabeza.

-Caballos.

Apenas lo hubo dicho aparecieron seis jinetes en la puerta. Se detuvieron brevemente, hablaron con los guardias y, a continuación, se dirigieron hacia ellos y desmontaron.

Cædmon se puso en pie con presteza. De reojo vio el rostro decepcionado de Hyld. Aquel a quien esperaba día a día con creciente impaciencia no se encontraba entre los recién llegados.

-¡Rufus! ¡Y Henry! -Cædmon se inclinó ante los príncipes, que habían entrado en el patio con cuatro de sus caballeros-. Bienvenidos a Helmsby.

Aliesa también se había levantado y saludaba a tan importante visita mientras Cædmon abrazaba a Eadwig y Leif, y les daba la bienvenida a los dos jinetes restantes.

Estuvieron conversando un rato, hasta que Cædmon finalmente levantó a Richard de la manta y se lo enseñó a los visitantes.

-Es nuestro hijo -anunció innecesariamente-. Tiene tres meses. ¿Qué decís?

-Sobrino número cinco -observó Eadwig radiante-. Es un muchachote.

Henry, que se había arrodillado ante Aliesa en la hierba y sostenía sus manos con una naturalidad inusitada, alzó la cabeza y contempló a Richard.

-Enhorabuena. Se parece a ti, Aliesa.

-Sí -convino su hermano mayor-. Y a Lucien. Sólo que más pequeño y con dos brazos.

Aliesa lo miró con severidad, y Cædmon tuvo que apretar los dientes para mantener la seriedad.

-Ay, Rufus, cómo te he echado de menos; sobre todo tu encanto y tu tacto.

El príncipe ya tenía veinticuatro años, mas seguía sonriendo como un patán.

-¿Cómo se llama?

-Richard.

El semblante de Rufus cobró una repentina gravedad, y dijo en voz baja:

-Un buen nombre. Estoy seguro de que mi hermano se habría sentido muy honrado.

Cædmon entregó a su hijo al ama.

-Llévalo dentro, Gunnild, esto se está poniendo muy bullicioso. Y ¿te importaría hacernos llegar vino y algún manjar?

Gunnild asintió cohibida y cogió a un niño en cada brazo.

-Naturalmente, *thane*.

-Avisaré a Helen por lo de la comida -se ofreció Hyld, y enfiló hacia el puente levadizo

con Gunnild.

Leif se la quedó mirando un instante.

-¿No está aquí mi hermano? -preguntó.

Cædmon sacudió la cabeza y suspiró.

-Al parecer se retrasa casi un año.

-Es un idiota -opinó el joven danés-. Disculpadme un momento, quiero saludar a mi hermana.

Se sentaron en la hierba y, después de que una sirvienta les llevara cerveza, vino, pan y fiambre, se pusieron a intercambiar novedades.

-Padre y Robert se han reconciliado -informó Rufus-. Claro que eso le ha aguado la fiesta al rey de Francia. En Bretaña y Maine sigue reinando el desasosiego, pero padre vuelve a Inglaterra este mes.

-¿Os ha enviado delante? -quiso saber Cædmon.

Rufus asintió, y fue Henry quien explicó:

-Padre vendrá después con madre y traerá a Robert. Eso es algo que a Rufus no le gusta; se pregunta qué quiere Robert de pronto en Inglaterra.

-Vamos, cierra el pico, Henry -le cortó su hermano.

Cædmon miró ora a un príncipe, ora a otro, y asintió pensativo.

-Comprendo tu preocupación. Robert es codicioso y está ávido de poder, pero no te aflijas. Si sigue haciendo caso a Edgar Ætheling y a sus demás protegidos, no tardará mucho en romper de nuevo con tu padre.

-Sí, eso mismo dice Eadwig -gruñó Rufus-, pero no puedo evitar enfadarme. He puesto todas mis fuerzas, mi fortuna, toda mi vida al servicio de mi padre. Lo he hecho todo por reemplazar a Richard. Sin embargo, él no sabe apreciarlo. De pronto para él sólo cuenta Robert.

-Es como la historia del hijo pródigo -intervino Henry.

Cædmon le dio la razón y le dijo a Rufus:

-Sí que sabe apreciar lo que haces por él, estoy seguro. Sólo que es incapaz de demostrarlo. Pero no lo olvidará. Él nunca olvida nada.

Rufus le dirigió una mirada dubitativa, se llevó un trozo de trucha ahumada a la boca y cambió de tema.

-¿Qué demonios ha pasado en Northumbria?

Cædmon bajó la vista, y fue Aliesa quien repuso:

-Han asesinado a Walcher.

-Sí, eso hemos oído -dijo Eadwig.

-¿Quién es Walcher? -se interesó Henry.

-Era -corrigió su hermano-. Un sacerdote de Lorena, tengo entendido. Llegó a la corte de padre poco después de la conquista, más o menos cuando tú viniste al mundo. El rey lo nombró obispo de Durham, y Walcher trató con tal habilidad a las obstinadas gentes del norte que, tras la traición de Waltheof, se hizo con el ducado de Northumbria. Pero al parecer no tenía tanta mano como pensaban padre y Lanfranc.

-No -convino Cædmon-. Los northumbrios estaban exasperados por los constantes ataques escoceses y buscaban un chivo expiatorio. Se produjo una revuelta y Walcher se refugió en su iglesia con sus caballeros y parte de su servidumbre. La multitud amotinada prendió fuego a la iglesia. Cuando Walcher y los suyos salieron, fueron asesinados uno tras otro.

-Dios mío... -Eadwig se frotó la frente-. Esos northumbrios son verdaderos bárbaros.

-Sí. ¿Qué hace falta para que se calmen de una vez? -gruñó Rufus.

-Yo te lo diré -replicó Cædmon-. El rey de Escocia tiene que dejar de martirizarlos. Necesitamos una paz duradera con Escocia. Tal vez debieras casarte con la princesa escocesa.

Rufus se atragantó. Cuando finalmente dejó de toser y resollar, dijo jadeante:

-Pero si sólo tiene siete años o algo así.

Cædmon asintió.

-Cierto. Entre tanto vuestro tío Odo formó una tropa y se dirigió hacia el norte a marchas forzadas para aplastar los levantamientos y expulsar a las huestes escocesas. También se llevó consigo a los siete hombres que Helmsby ha de poner al servicio de la Corona. En resumidas cuentas, su misión fue exitosa, pero de mis hombres sólo han vuelto tres.

-¿Quiénes faltan? -preguntó Eadwig asustado.

-Edwin, Gorm, Elfhelm y su hermano Odric -enumeró Cædmon preocupado-. Y me temo que faltar no es el verbo adecuado. Todo esto sucedió en mayo. Odo regresó hace más de seis semanas. Si estuvieran con vida, habrían vuelto a casa hace tiempo.

Eadwig bajó los ojos y meneó la cabeza. Todos aquellos hombres habían acudido a Helmsby cuando Cædmon se convirtió en su *thane*. Eadwig había pasado más de media vida con ellos. Le habían enseñado a montar a caballo y a manejar el hacha, y le habían contado historias; todos ellos habían hecho lo posible por sustituir a su difunto padre y al hermano que siempre estaba lejos. Eadwig se esforzó por mantener la compostura, y Rufus le puso la mano en el hombro.

-Esos malditos escoceses se van a enterar -farfulló-. Estoy seguro de que puedo obtener el permiso del rey para ir a Escocia este mismo año. Y no precisamente para hacerle la corte a la princesa Maud, por muy encantadora que sea, sino para amedrentar a su padre.

Eadwig asintió, mas su consuelo no parecía mucho.

-¿Por qué crees que tu padre te dejará ir a Escocia? -preguntó Cædmon.

-Porque él mismo ha dicho que ya es hora de encargarse de los escoceses. Nada más llegar a Inglaterra reunirá a sus vasallos para discutir con ellos la cuestión. Una corte extraordinaria, si quieres. Tú también has de ir. Es decir, que nos ha pedido que te informemos de que desea que nos acompañes a Winchester y estés allí cuando él llegue. -Hizo una leve reverencia ante Aliesa-. La invitación se hace extensiva a vos, *madame*.

-Será un placer, mi príncipe -contestó ella a la ligera, e intercambió una breve mirada con Cædmon y vio en sus ojos lo que ella misma pensaba: que los días apacibles y despreocupados habían acabado.

Partieron tres días después. Rufus les metió prisa, y habría preferido salir para Winchester a la mañana siguiente, pero comprendió que Cædmon y Aliesa tenían que hacer algunos preparativos antes de dejar Helmsby por tiempo indefinido.

Por fin, el día anterior a la partida regresó Erik. Hyld lo recibió radiante de alegría, mas sin muchos aspavientos, como si hubiera estado ausente dos días en lugar de dos años. Procuró que no se le notase lo desdichada, inquieta y sola que había estado a menudo durante todo aquel tiempo, pues -según le confió más tarde a Aliesa- aquél era el mejor método para que a Erik lo atormentara la conciencia. Y ciertamente éste parecía compungido, y aclaró que habría vuelto hacía meses de no haberse cruzado, en medio del mar del Norte, al príncipe Canuto, que iba camino de Dinamarca para ser coronado rey tras la muerte de su hermano, y como su derecho no era en modo alguno incontestado, había vuelto a exigir los servicios de Erik.

-¿Qué podía hacer, Hyld? Soy súbdito de la Corona danesa, independiente- mente de dónde viva.

Hyld asintió comprensiva y le puso la mano en la pierna bajo la mesa.

-De manera que Canuto es rey de Dinamarca... -musitó Cædmon meditabundo.

-¿Y eso es bueno o malo? -quiso saber Rufus.

Cædmon se encogió de hombros y tenía en la punta de la lengua que a fin de cuentas un pirata era tan bueno o malo como los demás, cuando cambió de opinión en el último instante y miró escrutador a Erik.

-¿Tú qué crees?

Erik sonrió y dejó a la vista dos hileras de magníficos dientes que parecían resplandecer más aún entre su negra barba.

-Ciertamente es bueno para Dinamarca, pero si queréis saber si a Canuto podría ocurrírsele volver a probar suerte en Inglaterra..., a mí no me extrañaría.

-A mí no me hace ninguna gracia -espetó Leif huraño.

Su mirada reprobatoria no pareció afectar especialmente a Erik, que se encogió de hombros, se puso en pie e invitó a hacer lo propio a su esposa.

-Sea como fuere, el rey Canuto podría proporcionarte abundante material para tu curioso libro de historia, hermanito. Y ahora, si nos disculpáis...

Winchester, julio de 1080

-Bienvenido a casa, *sire*.

El rey sonrió someramente.

-Eso aún no me lo ha dicho nadie. El arzobispo de Canterbury, el canciller, el mayordomo, el condestable y el chambelán me han dicho: «Bienvenido a Inglaterra, *sire*». Sólo vos decís «a casa». El modo cædmónico de reprocharme mi larga ausencia.

Cædmon se frotó el mentón contra el hombro con timidez y miró discretamente alrededor. Naturalmente toda la corte estaba escuchando. Se habían reunido todos en el patio, ante la sala, para saludar a los recién llegados.

-¿Por qué iba a hacerlo, mi rey?

Guillermo se tomó su tiempo para responder. Dejó vagar brevemente la mirada por la concurrencia, por las dependencias, la empalizada y la magnífica construcción principal, luego alzó los ojos al azul cielo estival y musitó:

-¿Sabéis?, es estupendo estar de nuevo en Inglaterra. Rufus dice que tenéis nuevas de Dinamarca, ¿es cierto?

-Posiblemente nada que vos no sepáis ya.

-No obstante, venid a verme antes de almorzar.

-Como deseéis, *sire*.

A una señal de Guillermo, Cædmon se hizo a un lado para dejar sitio a los siguientes y saludó a la reina.

-Espero que hayáis tenido un buen viaje, *madame*.

Ella sonrió.

-Espantoso. Los barcos y yo no nos llevamos bien. He oído decir que tenéis un hijo, Cædmon. Enhorabuena. Debéis de ser muy felices.

El joven resplandeció.

-Gracias. Sí, lo somos.

Ella posó con liviandad la mano en su brazo, acercó un tanto la cabeza a él y susurró:

-¿Por qué no está aquí vuestra esposa?

-Os aguarda en vuestros aposentos, *madame*. -Le costó resistir su escrutadora mirada; acto seguido alzó la mano libre, algo avergonzado, y confesó-: Temía que, con motivo de este recibimiento, alguien pudiera decirle a ella o a mí algo especialmente desagradable. Quería evitárnoslo a todos, pero arde en deseos de volver a veros.

-¿Va... mal?

Él sacudió la cabeza.

-Creía que sería peor.

Roland Baynard, unos cuantos viejos amigos más e incluso algunas jóvenes damas de la corte los ignoraban tanto a él como a Aliesa y se habían negado a sentarse con ellos a la mesa, mas los príncipes y sus caballeros, Lanfranc, Odo y la mayoría de los demás obispos y nobles y sus séquitos, que ya habían llegado a Winchester, se comportaban como si los acontecimientos del último verano no hubieran sucedido. Montgomery y algunos otros incluso parecían esforzarse especialmente por demostrar a Cædmon y Aliesa su amistad e imparcialidad, y si bien él les estaba sumamente agradecido, a veces encontraba su atención un tanto embarazosa.

La reina bajó la mano.

-Caerá en el olvido, Cædmon. Dentro de unos años nadie pensará en ello.

«Nadie salvo Aliesa y yo», pensó él.

-Sí, claro, *madame*. -Se despidió con una galante reverencia y se acercó al príncipe Robert, que se hallaba algo apartado con Edgar Ætheling.

Antes de que pudiera decir nada, Robert le propinó un codazo en el costado a su amigo y murmuró:

-Ahí viene el amigo más fiel de Etienne Fitz Osbern.

-¡Ah! -Edgar echó un vistazo alrededor-. ¿Dónde está la radiante viuda?

A fin de cuentas, Cædmon agradecía que se le ahorrara tener que mantener la máscara de la cortesía. Asintió con frialdad.

-Príncipe Robert. Me sorprende veros en Inglaterra, teniendo en cuenta que hasta ahora todas vuestras esperanzas y vuestro afán han estado centrados en Normandía.

-Voy allí donde mejor puedo servir a los intereses de mi padre, *thane*.

Cædmon no se esforzó por reprimir una sonrisa burlona.

-Cuan insólito arrebato de sentido del deber. En caso de que tengáis en mente Escocia, en el príncipe Edgar tenéis a un consejero verdaderamente experto. De todos es sabido que se lleva particularmente bien con su cuñado, el rey Malcolm.

Edgar Ætheling avanzó un paso hacia él.

-Será mejor que tengáis cuidado, *thane*. La estrella de Rufus declina. Su amistad no os protegerá por mucho tiempo y nunca ha sido demasiado difícil hacer que la confianza del rey en uno de sus vasallos se tambalee.

-O en uno de sus hijos -replicó el aludido, acalorado, y dio media vuelta y se alejó sin saludar.

A Cædmon le sorprendió encontrar al rey a solas, de modo que se detuvo en la puerta, inseguro.

-¿He llegado demasiado pronto?

Guillermo se apartó de la ventana y negó con la cabeza.

-No. Entrad, *thane*. Trae el vino y lárgate, Paul -ordenó al sirviente, que al parecer había entrado poco antes que Cædmon.

El joven llenó dos vasos y le ofreció uno al rey. Guillermo no lo tocó, sino que le lanzó al criado una mirada impaciente, casi amenazadora. Éste se llevó el vaso a los labios a toda prisa y le dio un buen trago. A continuación dejó la copa ante el rey, en la oscura mesa de roble, le entregó su vino a Cædmon y se fue.

-¿Lo hacéis probar, *sire*? -preguntó Cædmon perplejo.

Guillermo alzó las manos como disculpándose.

-Estuve enfermo en invierno. Los médicos no fueron capaces de dar con la causa. Al final la reina insistió en cocinar para mí, y sólo comía lo que ella me preparaba. Mejoré de un día para otro. Tal vez fuera una casualidad o tal vez no. No sería la primera vez que alguien trata de envenenarme.

-Pero ¿quién podría hacer algo así? -inquirió Cædmon, francamente horrorizado.

Guillermo lo miró como diciéndole que no se hiciera el tonto.

-Nunca me han faltado enemigos.

-Pero ¿quién entre vuestros enemigos es un cobarde tan infame? Y tuvo que ser alguien muy cercano a vos.

-Sí. Ciertamente toma cuerpo la sospecha contra mi hijo y heredero Robert, ¿no creéis?

Escandalizado, Cædmon guardó silencio, y Guillermo sonrió burlón.

-A veces sois un alma cándida. ¿De verdad creíais que volvería a fiarme de él? ¿Acaso pensáis que he envejecido con tantos enemigos porque soy crédulo o sentimental?

-Eh..., no. No, no cabe duda de que no lo sois, *sire*. Pero si no ha recuperado vuestra

confianza, ¿qué..., qué está haciendo aquí Robert?

-Pronto lo veréis. Sin embargo, no es de Robert de quien quería hablar con vos, sino de Hereward.

Cædmon se sintió incómodo.

-Vos sois de la opinión de que debería ser benévolo con él, ¿no es verdad? -preguntó Guillermo.

-Sí.

-¿Devolverle sus propiedades?

-Sería un bonito gesto.

-¿Esperar que en el futuro me sea leal por pura gratitud?

-En modo alguno.

Guillermo hacía girar el vaso entre las manos, mas no bebía. Escudriñaba a Cædmon de reojo.

-¿Entonces? ¿Qué proponéis vos? Vos lo capturasteis y declinasteis matarlo. Y además declinasteis entregarlo al sheriff responsable.

Cædmon ni siquiera intentó aducir una excusa plausible.

-De haberlo hecho, habría firmado la sentencia de Hereward.

Guillermo arrugó la frente.

-Y ahora no tendría que ocuparme yo de ello. Tengo este problema por vuestra culpa. Lo menos que puedo exigir es que lo solucionéis vos.

Cædmon no respondió de inmediato. Sopesó la situación y recordó todo lo que sabía de Hereward. Se pasó la siniestra por el pecho sin darse cuenta y al final dijo:

-Lo perdoné porque cuando lo encontré estaba desarmado e indefenso. Y porque creo que sería bueno para vos y para Inglaterra que lo dejarais vivir como prueba de reconciliación. Parecía frágil e inofensivo, pero, sinceramente, no estoy seguro de que lo sea. Tomad de rehenes a sus hijos. Si no tiene hijos, llevadlo de *invitado* a vuestra corte, como habéis hecho todos estos años con Wulfnoth Godwinson. Pero dejadlo vivir. Significa mucho para la gente.

-¿Por qué iba a importarme eso? -replicó Guillermo con brusquedad.

Cædmon se mordió el labio inferior y deseó no haber dicho esa última frase. Aunque el rey tenía conciencia, siempre era peligroso apelar a ella. Antes de que se le ocurriera una respuesta, llamaron a la puerta y entraron Robert y Odo, los hermanos del rey. Poco después llegaron Lanfranc y el obispo de Winchester, Montgomery, Warenne y los tres príncipes. Estuvieron hablando del nuevo rey de Dinamarca, de Maine que seguía siendo la manzana de la discordia entre Guillermo y sus vecinos franceses, y de unos cuantos asuntos urgentes antes de que el rey volviera por fin al tema inicial y les preguntara a los allí reunidos su opinión acerca de la suerte de Hereward.

-Hacedlo ajusticiar, *sire* -aconsejó Warenne en el acto, y se sorbió los mocos y se pasó la manga por la siempre goteante nariz-. Habéis tenido demasiada paciencia con esos rebeldes ingleses desde el principio. No tenéis más que pensar en Morcar y Edwin: ¿cómo os agradecieron vuestra magnanimidad? Con una constante disidencia.

-Eso difícilmente es comparable -medió Montgomery-. De la caída de Ely hace ya casi diez años y han cambiado muchas cosas. Hoy en día nadie seguiría a Hereward, ningún hombre razonable de Inglaterra está dispuesto a rebelarse contra el gobierno normando. Aparte de Northumbria, naturalmente, pero allí Hereward carece de influencia. Sería más saludable dejarlo vivir.

Odo asintió con la cabeza.

-Un riesgo aceptable. Hereward es un anciano.

-Yo opino que Warenne tiene razón, *sire* -intervino el príncipe Robert-. El único disidente inglés que no os traicionó por segunda vez fue Waltheof de Huntingdon. Todos esos nobles ingleses no hacen sino esperar una nueva ocasión para sublevarse. Al menos deberíais encerrar a cualquiera que pudiera guiarlos.

-En ese caso deberíamos empezar por tu amigo del alma Edgar Ætheling -gruñó Rufus.

Robert se volvió furioso hacia él, pero antes de que pudiera decir nada, el rey advirtió en voz queda:

-Modérate, Rufus. -Mas ni a Cædmon ni a los príncipes les pasó inadvertida la diversión que se reflejó en sus ojos.

Rufus bajó la cabeza arrepentido, pero mantuvo su opinión.

-Estoy de acuerdo con Montgomery y con mi tío el obispo.

-Yo también -dijo tímidamente Henry.

El príncipe Robert resopló con desdén y espetó:

-No me sorprende...

El rey lo miró ceñudo, con desaprobación, aunque parecía sumido en sus pensamientos. Finalmente su semblante se iluminó y dijo:

-Dado que también Cædmon y el arzobispo son de la misma opinión, Hereward conservará la vida y será bienvenido en mi corte en calidad de invitado. Además le serán devueltas algunas de sus propiedades. -Con una sonrisa de todo punto insólita, casi campechana, miró los rostros en parte encantados, en parte críticos, y al instante añadió-: Siempre y cuando cada uno de sus seis intercesores esté dispuesto a pagarme el *wergeld* por Hereward. ¿Cuánto vale? Es un *thane* inglés, ¿no es así? ¿Mil doscientos chelines? Es mejor redondear. Digamos que cincuenta libras.

Al anuncio siguió un consternado silencio. Odo se aclaró la garganta y dijo:

-*Sire*..., ¿es que queréis vendernos la vida de Hereward?

-En cierto modo. He de llevar un ejército a Escocia y necesito dinero para pagarlo. Consideradlo, pues, un donativo para un buen fin.

-Pese a todo, lo considero una medida en extremo dudosa, *sire* -observó Lanfranc.

-¿Por qué? -replicó el rey impasible-. Es el derecho inglés. Hereward merece la muerte, a menos que alguien pague un *wergeld*.

Aquélla era la tergiversación más pasmosa que Cædmon había oído jamás. Según el derecho inglés, un hombre que hubiese mutilado o matado a otro debía pagarle a la familia de éste un *wergeld*, que se establecía según el caso. No obstante, el importe de la suma dependía del estatus del perjudicado, no del acusado, y la cantidad se pagaba una vez, no seis. Cincuenta libras era un dineral. Con ellas podían comprarse cuatrocientos bueyes, dos mil ovejas o cincuenta buenos esclavos. Lo cierto es que no sabía de dónde iba a sacar esa suma. Tras la construcción de la iglesia, carecía de semejante reserva.

-Y bien, ¿qué ocurre, *monseigneurs*? ¿Por qué tan callados de pronto? Perdonarle la vida a Hereward me supone un sacrificio: he de renunciar a mi venganza. Es justo que también vosotros hagáis un sacrificio -se mofó Guillermo.

Rufus y Henry intercambiaron una mirada y asintieron.

-Nosotros pagaremos -manifestó el mayor.

-Yo también -aseguró Montgomery.

Tras un breve titubeo, ambos obispos dieron a su vez su aprobación. Cædmon estaba en un aprieto. No quería reconocer ante todos aquellos hombres que no podía reunir el dinero. Tendría que hacerlo de algún modo. «Quizá pueda recaudarlo en Metcombe, yendo de puerta en puerta», pensó furioso.

-Yo también pagaré -le indicó al rey.

Guillermo sonrió con complicidad.

-Puntualmente, si se me permite, *monseigneurs*. Después del día de San Miguel.

Y así fue como llegó Hereward e*l Guardián* a la corte del rey normando. Allí la gente lo miró con asombro, boquiabierta, y finalmente fue olvidado por la mayoría, pues llevaba una existencia solitaria, apenas frecuentaba la sala y pasaba la mayor parte de sus días en la capilla. Al final de su largo peregrinar, Hereward encontró a Dios, y corría el rumor de que le había pedido a Guillermo que le permitiera ingresar en un monasterio. También según los rumores, Guillermo había accedido de buena gana, mas sólo a condición de que Hereward entrara en el monasterio que el rey haría erigir cerca de Hastings, en el antiguo campo de

batalla. El altar de la iglesia del monasterio estaría exactamente en el punto en que había caído Haroldo Godwinson, de modo que para Hereward sería un lugar de doble veneración. Por desgracia la construcción aún no estaba lista, Hereward tendría que esperar unos años...

El rey consagró sus siempre inagotables energías a la minuciosa preparación de la campaña de Escocia, movilizó a todos los hombres que le debían vasallos y además reclutó mercenarios ingleses y normandos. A Cædmon le fue encomendada la formación de los arqueros y ballesteros ingleses, y el rey lo enviaba continuamente con embajadas a Canterbury y Dover. Sólo a finales de septiembre lo dejó libre unos días para que pudiera ir a Helmsby por el *wergeld* de Hereward. Aliesa lo acompañó, pues echaba tremendamente de menos a Richard.

De camino a casa, Cædmon le fue contando cómo estaban las cosas: -La cosecha es buena, así que supongo que mis campesinos pueden pagar todo el arriendo. Pero ya sabes que en metálico sólo se abona una pequeña parte, la mayoría se recibe en grano, reses, huevos y demás. Creo que las cincuenta libras constituyen las dos terceras partes de los ingresos arrendaticios de este año. Sin embargo aún tenemos que pagar los impuestos y necesitamos dinero para la heredad. Resumiendo, opino que he de pedirle prestada la mitad de la suma a Levi el Judío.

-¿Qué hay de los excedentes de nuestra propia cosecha? ¿No podemos vender nada? ¿Y qué pasa con la lana?

-Los ingresos procedentes de la venta de la lana se han ido en caballos nuevos. -Su esposo sacudió la cabeza abatido-. Tengo la obligación de ocuparme de que mis hombres estén razonablemente armados y equipados. Es increíble lo que cuesta eso. Lo siento, Aliesa. El dinero por ese maldito canalla de Hereward nos supondrá un buen retroceso. Tendría que haberte consultado, pero tuve que decidirme en el acto, ¿comprendes?

Ella rió con perplejidad.

-Cædmon, pero ¿qué dices? Es tu dinero.

Él era de otra opinión.

-Se trata del bienestar de nuestra familia y nuestro hogar, y de la herencia de nuestro hijo.

Ella pensó que tal vez aquél no fuera el mejor momento para comunicarle que estaba esperando otro hijo. En su lugar, le puso la mano en el brazo.

-No te aflijas, querido. Era el precio que había que pagar por la vida de Hereward y te mostraste dispuesto a pagarlo en aras de la paz entre normandos e ingleses. Estoy segura de que a los hombres y las mujeres del castillo no les importará apretarse un poco el cinturón. Saldremos a flote. Y si has de pedir dinero, acude a tu cuñado Erik. Es rico y te lo prestará sin intereses.

-Pero no quiero hacerlo. Me resulta embarazoso.

-No debería. Te tiene en gran estima. Haría eso y mucho más por ti, créeme.

Él asintió a regañadientes.

-Sí, lo sé.

Y le contó el ofrecimiento que Erik le hiciera cuando Cædmon se hallaba prisionero en Dover y ella estaba encerrada en el convento de Caén.

Aliesa no se mostró sorprendida.

-Pues ya ves.

Sin embargo, cuando llegaron a casa resultó que, misteriosamente, el problema se había resuelto por sí solo. Después de que Cædmon saludara a su familia y sus *housecarls*, Alfred lo llevó aparte y le susurró:

-Te ruego que subas conmigo arriba.

Fueron por las escaleras.

-¿Qué pasa?

Su primo poseía una segunda llave del cuarto de Cædmon. Sin responder a su pregunta, la metió en la cerradura, abrió la puerta y lo llevó hasta el arca que había bajo la ventana. Con otra gran llave de hierro liberó el candado de ésta, abrió la tapa y sacó dos pesados sacos de

monedas.

-Toma.

Cædmon los miró sin comprender.

-¿Qué es esto?

-También a mí me gustaría saberlo. Hace alrededor de un mes llegaron dos jinetes clandestinamente y pidieron ver al mayordomo. El centinela me sacó de la cama. Uno de los mensajeros me puso delante los dos sacos y me dijo que era dinero para ti. «¿De quién y para qué?», le pregunté yo. Repuso que para qué ya lo sabías tú, y de quién no estaba autorizado a decirlo. No supe qué hacer. ¿Qué significa esto, Cædmon?

El *thane* sacudió la cabeza desconcertado.

-No tengo la más remota idea. ¿Cuánto es? ¿Lo has contado?

El semblante de Alfred reflejó una preocupación aún mayor.

-Ochocientos chelines.

-Ochocientos chelines -repitió Cædmon-. ¿Veinticinco libras?

Alfred carraspeó y contestó:

-Sí.

-¿Y el mensajero no dijo su nombre?

-No.

-¿Portaba blasón?

El mayordomo negó con la cabeza.

-Nada. Pero ambos hombres lucían valiosas ropas y tenían buenos caballos.

-¿Normandos o ingleses?

-El que habló era inglés. El otro parecía normando.

Cædmon se sentó en el borde de la cama y se puso a pensar. Al poco levantó la cabeza y miró a su primo.

-Estoy tan sorprendido como tú, Alfred, pero no es necesario que te preocupes. Nadie está intentando comprarme para tramar algún complot ni nada parecido.

-Cædmon, cómo puedes pensar que yo creería...

Cædmon desoyó la protesta.

-Bueno, al fin y al cabo es de lo más sospechoso. El mensajero tenía razón en algo: desde luego sé para qué es el dinero. -Le contó a su primo el trato que tan descaradamente los había obligado a aceptar el rey a él y los demás-. Pero que me aspen si sé de quién es.

-¿Del conde de Kent, tal vez?

-¿El obispo Odo? ¿Por qué lo crees?

-Es tu amigo. Y es rico.

-Pero no lo bastante, en su opinión. No, Odo evita los gastos, pues necesita todo lo que tiene para su disoluto modo de vida.

-Entonces uno de los príncipes.

Cædmon asintió ensimismado. Apostaba por Henry. Si Rufus hubiese querido darle la mitad de la suma, lo habría hecho en Winchester abiertamente, sin pararse a pensar en lo desagradable que habría sido la situación para Cædmon. Rufus era impulsivo y no especialmente comprensivo. Henry, en cambio, era juicioso y, aunque ni siquiera tenía trece años, rara vez hacía algo sin sopesar las consecuencias para él y para los demás. En suma, Henry era como su difunto hermano Richard y, al igual que él, tendía a desarrollar ideas y planes complicados. Esos misteriosos mensajeros sin nombre ni escudo de armas llevaban su firma.

-Sí, es posible que tengas razón, Alfred. Seguro que fue uno de los príncipes.

-¿Y vas a aceptarlo?

-Oh, sí. En primer lugar porque lo necesito y en segundo lugar porque no sabría a quién devolvérselo.

Alfred volvió a dejar el dinero en el arca y le entregó la llave a Cædmon.

-Toma. Mientras estés en casa, es mejor que la guardes tú.

-Gracias.

De pronto Alfred sonrió de oreja a oreja.

-Muchacho, me siento aliviado. Este asunto lleva semanas quitándome el sueño, ya que pensaba que algún normando pretendía colgarte un muerto. He de admitir que sospechaba de tu cuñado el sheriff.

Cædmon se puso en pie y le dio unas palmaditas en la espalda.

-No, esta vez no. Lucien jamás haría nada que pudiera apenar a su hermana, ¿sabes? Creo que por eso estamos a salvo de él.

-Pero sólo hasta que maquine alguna acción diabólica que te perjudique sin que nadie sospeche de él.

Cædmon se paró a pensar en ello.

-Sí, tal vez, pero no veo qué querría conseguir con tan enigmático donativo. No, estoy seguro de que esto es obra de un amigo.

Gloucester, enero de 1081

-Ahí vuelve el radiante vencedor -musitó Rufus-. Ojalá los malditos escoceses le hubiesen partido la crisma.

-Rufus -amonestó Cædmon en voz baja-. ¿Cuándo vas a aprender que es mejor no decir todo lo que se piensa?

Malhumorado, Rufus lanzó un gruñido y siguió mirando por la ventana el nevado patio, donde habían acudido el rey y casi todos los miembros de la corte para dar la bienvenida al príncipe Robert.

Rufus se había sentido profundamente contrariado cuando, el pasado otoño, su padre envió solo a Robert a la campaña de Escocia en calidad de jefe del ejército. Su único consuelo era que, con toda probabilidad, Robert fracasaría estrepitosamente, pues todo el mundo ponía en duda su destreza estratégica y táctica. Mas Robert sorprendió a todos, arrolló y devastó Lothian de golpe y porrazo, y se plantó en Falkirk antes de que el rey Malcolm supiera lo que había ocurrido, de manera que no le quedó más remedio que firmar el acuerdo que Robert le dictó. Y para que los escoceses no olvidasen quién ejercería la hegemonía en el norte a partir de ese momento, a su vuelta Robert hizo erigir en las proximidades de la frontera un imponente castillo para que el paso estuviera vigilado y afianzado. Así que no era de extrañar que su entrada en Gloucester fuera triunfal.

Mientras Cædmon, Eadwig, Rufus y Henry miraban por la ventana, el rey se acercó a su primogénito, que había doblado la rodilla ante él en la nieve, lo levantó y le dio un abrazo. La corte prorrumpió en gritos de júbilo.

Rufus se apartó hastiado.

-Ælfric, tráeme algo de beber.

-Sí, mi príncipe. -El muchacho corrió hacia una mesa lateral, llenó una copa plateada y se la llevó al príncipe. Rufus le arrebató el vaso con rudeza y le indicó bruscamente que se fuera. Ælfric retrocedió y miró escrutador a Eadwig, a Cædmon y al príncipe Henry-. ¿Vosotros también queréis?

Los aludidos negaron con la cabeza, y Cædmon obsequió a su hijo con una reconfortante sonrisa.

-No, gracias.

En su opinión, Ælfric aguantaba el tirón sin acobardarse. Había entrado al servicio de Rufus hacía algo más de tres meses. El príncipe lo había acogido de buena gana a instancias de Cædmon, pero aquél podía ser igual de brusco e impaciente que su padre. Ælfric aún tenía problemas con la lengua normanda, y Rufus no escatimaba bofetadas cuando el joven no entendía sus órdenes a la primera. No obstante, Rufus hablaba cada vez más en inglés con su séquito. Todo aquel de su entorno que quisiera llevar una existencia pacífica sin granjearse la

enemistad del príncipe debía dominar ambas lenguas. Y, para su sorpresa y alegría, Ælfric había comprobado lo inglés que era el príncipe en muchas otras cosas. Rufus adoraba la cerveza y la contundente comida inglesa, las leyendas y las canciones, las fiestas y los santos ingleses, y a veces, cuando nadie lo veía, cazaba con la honda. Además, el muchacho se había dado cuenta de que no había ningún hombre en el mundo a quien Rufus tuviera en más alta estima que a su tío Eadwig, lo cual llenaba a Ælfric de orgullo, y, tal como Cædmon esperaba, Eadwig velaba por el bienestar de su sobrino y lo ayudaba a familiarizarse con aquel mundo nuevo y a comprenderlo. Y dado que ahora solían ser Leif y Eadwig los que instruían a los jóvenes de la corte en el manejo de las armas, Ælfric se libró de esa particularísima manera normanda de hacer la pascua que tanto Cædmon como Eadwig habían sufrido, Ælfric aún era joven y moldeable. No tardó en vencer sus reservas para con todo lo normando, y cuando se enteró de que, al igual que su padre, el príncipe Rufus había intercedido ante el rey por Hereward el Guardián, su veneración por el príncipe no conoció límites.

Eadwig le dio un codazo a Rufus.

-Ya vienen. Sonríe, Rufus. No dejes que tu hermano vea lo que sientes, eso haría que su triunfo fuera completo.

Rufus soltó un agrio gruñido, mas asintió, y cuando el rey, la corte, el vitoreado vencedor y su séquito entraron en la sala, sus felicitaciones y su fingida alegría por el victorioso regreso de Robert resultaron casi tan convincentes como las de Henry. También la reina acudió a la sala, y ella no tuvo que simular su dicha. Orgullosa y aliviada por que su primogénito hubiera vuelto a casa sano y salvo, lo estrechó entre sus brazos, y Robert se inclinó consideradamente para que aquella muñequita que era su madre pudiese ponerle las manos en los hombros.

Aliesa, que formaba parte del séquito de la reina, se dirigió a su sitio y se sentó junto a Cædmon, que le agarró la mano con disimulo bajo la mesa y se la apretó levemente. Evitaban tocarse en público, pues no veían ningún sentido en dar más pábulo a la maledicencia de todos los que se tomaban a mal su matrimonio.

-Estás pálida y pareces fatigada -musitó él.

-Muy halagador, muchas gracias -contestó ella risueña-. Estoy fatigada y es posible que también pálida, pero no es preciso que hablemos de ello todos los días. Dentro de cuatro meses todo habrá terminado.

-Me preocupo por ti, eso es todo.

Con la mirada baja, Aliesa le regaló la más radiante de sus sonrisas, una sonrisa que seguía haciendo que le temblaran las rodillas.

-Y sé apreciarlo -musitó ella-. Debo confesar que me sentiré aliviada cuando hayan pasado las Navidades. Esas dos semanas ya me resultan agotadoras sin estar esperando un hijo.

También Cædmon estaba harto de las encorsetadas fiestas y las interminables misas mayores de cada año, sobre todo porque apenas le dejaban tiempo para estar a solas con su esposa. Albergaba la sospecha de que la reina requería a Aliesa más de lo debido. Y aún más, albergaba la sospecha de que Aliesa llevaba peor ese embarazo que el primero, aun cuando jamás lo admitiera.

Antes de que pudieran reanudar su conversación, aparecieron Lucien y Beatrice, que ocuparon los asientos libres de al lado. Cædmon nunca habría pensado que pudiera depararle alguna alegría tener de vecino de mesa a Lucien, pero incluso éste era mejor que los llamativos espacios libres que con tanta frecuencia se abrían ahora a derecha e izquierda de ellos, como si fuesen leprosos.

-¿Qué ha pasado con el rey de Escocia? -susurró Lucien a Cædmon por todo saludo-. ¿Se hizo vendar los ojos y atar las manos a la espalda o cómo es que Robert lo venció?

Cædmon sonrió y repuso:

-Tal vez debieras preguntárselo a él.

-Espero que el rey lo envíe pronto a Ruan -refunfuñó su cuñado-. No sé qué espera sacar aprovechándose de la rivalidad entre sus hijos. Si Robert se queda aquí, reinará la discordia.

Aliesa asintió meditabunda y miró la mesa principal.

-El rey no se para a pensar en eso -dijo en voz baja-, como de costumbre. Sus hijos no son más que herramientas para él. Miradlo. Hoy es el gran día de Robert, pero Guillermo sólo tiene ojos para su reina, como siempre.

-No creas -intervino Cædmon, la voz igualmente queda-. Guillermo lo ve todo.

Lucien asintió.

-Y lo oye todo, así que será mejor que hablemos del tiempo. -En East Anglia han empezado el deshielo y las lluvias -informó Beatrice al punto.

Lucien revolvió los ojos.

-Y, como siempre, en tu cabeza reina una densa niebla, querida.

Dover, marzo de 1081

-¡Cædmon! -El obispo Odo se levantó de su mesa y fue a su encuentro-. Bienvenido. Una agradable sorpresa, para variar.

-Gracias, *monseigneur*, pero no estoy muy seguro de que sigáis diciendo lo mismo cuando hayáis oído la nueva que os traigo.

Cædmon se despojó de la mojada capa y se la entregó a un criado. Luego se acercó al fuego y se calentó la espalda y la pierna izquierda, que desde ese invierno le daba más guerra cuando hacía mal tiempo que en todos los años anteriores. «No te mentí, Etienne -pensó-, a partir de los treinta acechan los achaques de la vejez...»

Después de que el criado los hubiera dejado a solas, Odo preguntó:

-¿Os envía el rey? ¿Dónde es el incendio esta vez? ¿En la frontera escocesa o en el continente?

-En ninguna parte. Sólo hay algunas hogueras aquí y allá, como de costumbre, pero el rey estima oportuno llevar la antorcha a Gales, por seguir con vuestra metáfora.

-¿Gales? -repitió Odo con incredulidad-. ¿Es que mi hermano carece de focos de agitación? ¿Acaso se aburre?

Cædmon se encogió de hombros.

-Opina que deberíamos sacar provecho de las luchas internas por el poder que asolan Gales desde hace décadas y afianzar nuestro dominio allí antes de que los galeses lleguen a un acuerdo y designen a un nuevo líder.

El obispo reflexionó un instante.

-Bueno, la idea no es mala. ¿Y qué quiere de mí?

-Desea que forméis y capitaneéis una tropa de doscientos jinetes y al menos mil infantes.

Odo soltó un bramido y conjeturó:

-Y que también la pague, ¿no?

El criado regresó con vino caliente y empanadas recién hechas, de modo que Cædmon no tuvo que responder. Una vez solos de nuevo, Odo se sentó a la mesa y lo invitó a que lo acompañara. Cædmon tomó asiento y cogió con los dedos una de aquellas empanadas. Estaba rellena de carne de cerdo y trocitos de manzana.

-Deliciosa -dijo.

El obispo asintió.

-Un cocinero nuevo. Es muy joven, pero un genio.

-¿Normando?

Odo negó con la cabeza.

-Romano.

Cædmon se lo quedó mirando perplejo, pero enseguida cayó en la cuenta.

-¡Claro! El pasado verano fuisteis de peregrinación a Roma, a visitar al Papa.

-Bueno, a uno no se le presenta todos los días la oportunidad de conjugar el fomento de la salvación propia con los deseos políticos del rey -comentó Odo, risueño, y alargó la enjoyada diestra para coger otra empanada-. Como vos mismo sabéis, en la mayor parte de los casos

uno ha de elegir entre ambos propósitos.

-Muy cierto -musitó Cædmon.

-Supongo que os quedaréis a pasar la noche, ¿no? ¿O es que tenéis intención de seguir viaje a Canterbury?

-No, vengo de allí.

-Entonces sed mi invitado.

Cædmon aceptó agradecido.

-¿Qué quería el rey de Lanfranc? -preguntó el obispo como si tal cosa, si bien Cædmon sabía de sobra que le atormentaban los celos cada vez que Guillermo acudía en primer lugar al arzobispo en busca de consejo.

-Nada en absoluto -respondió-. Sólo fui a ver a mi hermano Guthric. Estuvo muy enfermo el último invierno y yo estaba preocupado.

-Es verdad, recuerdo que por Navidad no estuvo en Gloucester. ¿Se encuentra mejor?

Cædmon asintió.

-Se ha recuperado totalmente, pero está pálido y flaco. Ayuna y trabaja demasiado. Cuando sus numerosas obligaciones le dejan algo de tiempo, escribe un tratado sobre derecho canónico. Creo que no duerme nunca.

-Un hombre erudito. Si lo deseara, podría llegar muy lejos.

Cædmon sonrió.

-Guthric no posee la menor ambición personal.

Odo se frotó el mentón.

-No lo sé. Posiblemente por eso lo admiro tanto. Y ahora habladme de vuestra fantástica esposa.

Estuvieron charlando de esto y aquello, y cuando llegó la hora de la cena, el obispo decidió que no era preciso bajar a la sala, sino que hizo que les subieran algo. A Cædmon le sorprendió, pues era de todo punto extraño que el señor del castillo no tomara la principal comida del día con los demás. Sin embargo, los aposentos privados de Odo eran cálidos y acogedores, mientras que la sala estaba expuesta a las corrientes y llena de humo, y Cædmon aún no se había secado del todo. De manera que aquella excepción le vino de perlas.

Cuando finalmente se despidió, tras dar buena cuenta de un último vaso del excelente borgoña de Odo, hacía horas que había anochecido. Provisto tan sólo de una titilante y goteante vela, recorrió el largo corredor hasta la escalera. La corriente amenazaba con apagar la débil llama, pero, de haber sido necesario, Cædmon habría podido orientarse allí incluso en la oscuridad. Había vivido más de un año en el castillo y, desde entonces, siempre que pernoctaba en Dover ocupaba el mismo cuarto. Se hallaba sumido en el pasado cuando descorrió el cerrojo y entró en la oscura habitación: pensaba en Hyld, en el hermano Oswald y en el maravilloso tapiz que confeccionaron allí; mas al sentir un soplo de aire en la mejilla izquierda reaccionó de inmediato.

La vela cayó al suelo y se extinguió. En la más absoluta oscuridad, sacó el cuchillo de monte, embistió a la oscura sombra que lo acechaba tras la puerta y agarró paño y un musculoso brazo. Lanzó con fuerza hacia la izquierda a la silueta, que se dio un duro golpe contra la pared, se abalanzó sobre ella por detrás y le puso el cuchillo en la garganta.

-¿Quién eres? -siseó furioso-. Date a conocer, ¡deprisa!

-*Thane*, por el amor de Dios..., soy yo, Odric.

Cædmon bajó el arma y retrocedió un paso. Por un momento le asaltó el pánico, pues creyó que quien lo atacaba era el espíritu de su *housecarl*, mas desechó la idea en el acto. Un fantasma no estaba hecho de carne y hueso, no tenía brazos ni cuello que palpar, y sobre todo no tenía miedo.

-Odric... Dios mío. -No dijo: creía que habías muerto, ya que traía mala suerte-. Perdona, viejo amigo. Me has dado un susto de muerte.

Oyó la respiración profunda de Odric.

-Sí, vos a mí también, *thane*.

Cædmon se agachó y buscó a tientas la vela entre la paja del suelo.

-Espera un momento -pidió, y abrió la puerta, prendió la mecha en una de las teas del corredor y volvió con la luz. Contempló a aquel *housecarl* al que creía muerto. Una cicatriz, inexistente con anterioridad a la campaña de Odo en Northumbría, le atravesaba el mentón, rasurado a la manera normanda, pero Odric seguía siendo un hombre extraordinariamente apuesto. Sólo sus ojos gris mar, antes por lo común alegres, estaban ahora como platos y profundamente inquietos.

Cædmon le puso la mano en el hombro.

-Me alegro mucho de verte. ¿Dónde..., dónde demonios te has metido? Ven, siéntate.

Lo condujo hasta la cama, corrió las sencillas colgaduras y ambos se sentaron en el borde.

-Estamos en la isla de Wight -informó Odric.

-¿Estamos?

Odric volvió el rostro hacia él. Parecía confundido.

-Sí. Edwin, Gorm, mi hermano Elfhelm y yo, como sin duda sabéis.

Cædmon estaba perplejo, si bien el instinto le advirtió que tuviera cuidado.

-Bueno..., no estaba seguro del todo. Cuéntame. ¿Cómo os ha ido? ¿Cómo es que has venido aquí?

Odric entrelazó los dedos y bajó la vista.

-El pasado verano, cuando volvíamos de la frontera escocesa, el obispo Odo..., quiero decir, el conde de Kent nos trajo aquí. Licenció a los infantes del *fyrd* para que pudieran regresar a tiempo para la cosecha, pero a nosotros nos dijo que teníamos que quedarnos. Bueno, nosotros no le dimos importancia. Antes de que partiéramos con él al norte, nos dijisteis que teníamos que serle tan fieles y servirle con tanta lealtad como a vos. Y así lo hacemos, pero este asunto está empezando a parecemos algo extraño. Y tenemos nostalgia. Elfhelm y Gorm tienen familia en Helmsby, quieren volver de una vez a casa. Yo llevo dos días aquí y mañana he de volver a la isla, pero como una de las mozas de la cocina me habló de tu presencia, pensé en venir a preguntaros... Maldita sea, esto me resulta muy difícil, *thane*, no quiero que penséis que os voy a dejar mal y que estoy desacatando órdenes. Sabemos que el conde de Kent es un hombre bueno y que es vuestro amigo, pero creí que debía preguntaros si..., si todo esto tiene su razón de ser. -Lanzó un suspiro, como si acabara de quitarse un gran peso de encima.

La mente de Cædmon iba a toda velocidad, mas no dejó que se le notaran ni el desconcierto ni el vago terror que se había apoderado de él al escuchar las palabras de Odric. Su sonrisa parecía del todo relajada y tranquilizadora cuando volvió a posar su mano en el hombro del joven caballero.

-No te preocupes, Odric, has obrado correctamente. De modo que os ha enviado a la isla de Wight... De eso no me ha dicho nada.

Odric asintió.

-Tiene algunas propiedades allí. Creo que la mitad de la isla es suya. Aquello es maravilloso, el clima es tan benigno que se puede nadar durante todo el verano. Aunque tampoco hay mucho más que hacer. Eso es lo que nos parece tan extraño. Estamos allí a la espera de sólo Dios sabe qué. Nos ejercitamos unas horas al día, un instructor normando se ocupa de los novatos, pero no pasa nada.

-Bueno, estoy seguro de que pronto pasará algo. Dios sabe que preferiría teneros en casa, Odric, pero ya sabes cómo son las cosas. Le debo soldados al rey.

-Sí, claro, *thane*. Espero que no creáis que quería quejarme. Mi hermano, Gorm, Edwin y yo haremos de buena gana lo que el rey o su hermano nos digan e iremos a donde nos manden mientras sepamos que ése es también vuestro deseo.

«Mi fiel Odric», pensó Cædmon.

-En tal caso, estate tranquilo, vuelve a la sala y tal vez sea mejor que no le cuentes a nadie que has hablado conmigo. Ya sabes que, para algunas cosas, los normandos son un poco... quisquillosos. Diles a Gorm y Elfhelm que sus mujeres e hijos están bien, yo los saludaré de

su parte. Y a vosotros os llevaré a casa lo antes que pueda.

Se levantó, y Odric lo imitó.

-Gracias, *thane*. ¿Cómo les va a lady Aliesa y al pequeño Richard?

-No podría irles mejor. Si Dios quiere, para la recolección Richard tendrá un hermano o una hermana.

-Espero que lleguemos a tiempo.

Cædmon lo acompañó hasta la puerta.

-Si de mí depende, dalo por hecho. Hasta la vista, Odric, y buen viaje. Que en tu camino halles amigos, los ángeles te guíen y te acompañen los santos. -Le dio un breve abrazo.

-Gracias, *thane*. Dios os proteja.

La inquietud de Odric se había desvanecido, y salió al corredor esbozando la audaz sonrisa que le caracterizaba.

Cædmon se quedó apesadumbrado. Estuvo unos minutos reflexionando sobre lo que debía hacer, mas no podía decidir nada antes de obtener respuesta a unas preguntas candentes y de desahogarse. De modo que abandonó su cuarto, bajó las escaleras, volvió a los aposentos de Odo y llamó a la puerta.

La voz que lo invitó a pasar no sonaba adormilada.

Cædmon entró. El obispo se encontraba sentado a la mesa con un libro a la luz de dos velas y un vaso al alcance de la mano.

-¡Hombre, Cædmon! ¿Ocurre algo?

-Todavía no, que yo sepa, pero he olvidado daros las gracias, *monseigneur*. Y quería hacerlo sin falta antes de irme a dormir.

-¿Las gracias? -preguntó Odo sin comprender-. ¿Por qué?

-Por haberme pagado el *wergeld* por los cuatro *housecarls* que me robasteis.

Odo se lo quedó mirando fijamente con sus carnosos labios entreabiertos, pero él no se inmutó.

-Cuando mi mayordomo me habló de los misteriosos mensajeros que llevaron el dinero a mi casa, creí que un bienhechor desconocido quería darme la mitad del importe que le debía al rey por Hereward. Me dejé engañar por la suma, pero veinticinco libras también son ochocientos chelines. El *wergeld* de un hombre sencillo, como, por ejemplo, un *housecarl*, asciende a doscientos chelines. Odric, Elfhelm, Gorm y Edwin. Ochocientos chelines.

-Cædmon..., no es lo que creéis.

Éste se acercó despacio a la mesa.

-Tal vez no. Espero estar equivocado. No puedo creer que sea lo que parece. Pero sea lo que fuere, *monseigneur*, sea lo que fuere lo que os proponéis hacer con la tropa de caballeros seleccionados que habéis hecho reunir y formar en la isla de Wight, no quiero que mis hombres tengan nada que ver. Os restituiré la suma y vos me devolveréis a mis *housecarls*. Son hombres buenos y confían en mí. -Se interrumpió, sacudió la cabeza perplejo y resopló-: ¿Cómo habéis podido? Ésas a las que habéis enredado en vuestro dudoso juego son personas. Sus familias pensaban que habían muerto. Lloran por ellas, igual que hemos hecho mi hermano y yo. ¿En qué estabais pensando? ¿Qué os habéis creído?

Odo se levantó del sillón.

-¡Moderaos, *thane*! Creo que olvidáis con quién estáis hablando.

Las manos de Cædmon se tornaron puños.

-Sé de sobra con quién estoy hablando. Creo que es la primera vez que veo claro quién sois y lo que sois.

- Cædmon, escuchadme. Es cierto que os robé a esos hombres. A los cuatro mejores. He hecho lo mismo con otros. Y no tenía tranquila la conciencia, por eso os envié el dinero. No puedo decir que ello la haya tranquilizado por completo, pero necesito a esos hombres. Y el motivo por el que los necesito no es la traición. Nada que pueda perjudicar a mi hermano el rey en modo alguno. Debéis saber que jamás lo haría.

Las suaves palabras surtieron efecto. Cædmon se calmó un tanto y venció la tentación de

abalanzarse con los puños sobre la sacrosanta persona de un obispo de la Santa Madre Iglesia. Con todo, estaba muy lejos de sentir consuelo.

-Si estáis formando una tropa con tanto secretismo, no puedo creer que cuente con la aprobación del rey.

-Yo jamás he dicho eso -replicó Odo, esbozando una débil sonrisa.

Cædmon no veía nada hilarante en dicha situación.

-Entonces devolvedme a mis hombres. Os están sirviendo porque creen que ése es mi deseo. Estáis abusando de su lealtad y su fidelidad del modo más infame. No puedo hacerme responsable. Ellos confían en mí, y yo he de protegerlos de que cometan equivocaciones. De modo que devolvédmelos.

Odo cruzó los brazos.

-Pues no.

Cædmon se frotó el mentón contra el hombro.

-Insisto.

-No servirá de nada.

-¿Es que no entendéis que vuestro juego ha terminado? Estoy dispuesto a concederos tres días para que habléis con el rey, pero si para entonces no le habéis dicho la razón de tan misteriosa tropa, me veré obligado a comunicarle lo que sé.

Odo se apoyó en la mesa y cruzó los brazos.

-Me temo que sois vos quien subestima la situación. Evité que bajarais esta tarde a la sala para frustrar un encuentro entre vos y Odric porque quería ahorraros las consecuencias. Pero no ha sido posible.

De pronto el obispo miró a un punto situado detrás de Cædmon. Éste se giró justo cuando los guardias lo sujetaban. Desconocía mediante qué señal oculta los había llamado Odo, y pensó enfurecido que tendría que haber recordado que aquel hombre siempre estaba preparado para cualquier eventualidad.

-Lo siento, Cædmon -se disculpó Odo en voz queda, tanto que casi pareció un suspiro-. Pero me temo que tendréis que volver a soportar mi hospitalidad algo más de lo que teníais pensado.

-No...

-Lleváoslo. Encerradlo donde nadie pueda encontrarlo. Y tened cuidado de que nadie lo vea.

-¡No! - Cædmon trató de zafarse y se revolvió furiosamente, coceó espinillas y repartió codazos a diestro y siniestro, hasta que un objeto contundente le dio en la nuca.

Lo último que pensó fue que Odo no le había dado respuesta alguna a la embajada del rey.

Dover, marzo de 1082

La puerta se abrió de golpe y el guardia apareció con una escudilla de comida y una jarra.

Cædmon dejó a un lado el laúd, se puso en pie y contempló el almuerzo ceñudo.

-¿Cómo es que no hay pollo asado? Habría jurado que hoy era miércoles.

El joven soldado bajó los ojos y asintió, consciente de su culpabilidad.

-Cierto, pero hoy comienza la Cuaresma, *thane*.

Cædmon se lo quedó mirando con incredulidad. Un año, pensó conmovido. Todo un año...

Apretó fuertemente los dientes. Hasta el momento había mantenido la compostura o al menos no la había perdido delante de testigos, y no había motivo alguno para que aquello cambiara sólo porque ese día fuera Miércoles de Ceniza. Movió la mano con desdén.

-Está bien. Desaparece de mi vista.

El joven se dirigió hacia la puerta, mas antes de que hubiera salido Cædmon lo llamó:

-No, aguarda. ¿Qué tiempo hace fuera?

-Fresco y soleado. Es primavera.

Cædmon hizo una mueca disimuladamente.

-Me alegro por el mundo. ¿Dónde está el rey?

-En el continente, *thane*. Dicen que por fin ha recuperado Maine.

Cædmon asintió. «Bien hecho, Guillermo», pensó. «No sé qué ve Dios en ti, pero al parecer sigue a tu lado.»

-¿Y los príncipes?

-Rufus y Robert han acompañado al rey y Henry se ha quedado en Inglaterra. Según dicen, pasa la mayor parte del tiempo con Lanfranc y con vuestro hermano en Canterbury.

Cædmon apartó la cabeza y clavó la vista en el familiar muro gris.

-Bien -contestó-. Puedes irte.

Una vez a solas, Cædmon se llamó necio desagradecido por haberlo tratado con tanta rudeza. Y es que aquel muchacho era el único que le contaba de vez en cuando alguna novedad del mundo, que cambiaba la tea por iniciativa propia, el único que no dejaba a su suerte a Cædmon. Era amable y bueno, y tenía conciencia. Sin embargo, Cædmon ni siquiera se había molestado en preguntarle su nombre.

Prometió mejorar. Se obligó a contenerse, a no abandonarse, a no dejarse llevar por la amargura. Corría ese riesgo. Además, su cautiverio era ciertamente soportable. De todas las veces que en su vida había sido encerrado en mazmorras normandas, merecida o inmerecidamente, ninguna le había ido tan bien como ésa. Lo alimentaban magníficamente: le daban de comer lo mismo que a los de la sala, vino aceptable y tanta cerveza como quisiera. Había acumulado tantos chismes allí abajo que su pequeño calabozo casi se veía desbordado: mantas, cojines, un laúd e incluso libros. Lo afeitaban dos veces por semana y, si lo pedía, le llevaban agua para lavarse. No había pasado privaciones ni un solo día ni había tenido frío de verdad, y sólo las tres o cuatro veces que había intentado escapar lo habían encadenado unos días. Era soportable. Incluso era soportable llevar un año sin ver el sol, ni la luna, ni el cielo. A eso uno podía acostumbrarse. Uno podía acostumbrarse a casi todo.

En cambio, lo que le resultaba insoportable, lo que casi le hacía perder la razón era la idea de que Aliesa llevara un año afligida, de que pasara las noches en vela y se preguntara qué demonios habría sido de él. Su inquietud, su pesar, su tristeza. Y que nadie pudiera o quisiera decirle a él cómo estaba su esposa, si le había dado un cuarto hijo o una hija, o si su esposa había muerto al dar a luz. O si lo había dado por desaparecido y empezaba a buscar un padrastro para sus hijos. En un año podían pasar muchas cosas, y él no sabía nada. Tampoco su joven guardián inglés podía o quería contarle lo que ocurría en Helmsby.

Suspiraba por su esposa. Era peor que nunca, pues antes la añoranza que sentía por Aliesa era como querer tocar las estrellas, pero ahora ella le pertenecía, igual que él a ella, y, con su enorme ingenuidad, él había creído que ya sólo Dios podría volver a separarlos. En su lugar lo había hecho Odo. Con frialdad, calculadoramente y sin vacilar un instante, los había sacrificado a su ambición, a su insaciable sed de poder. A veces Cædmon lo odiaba tanto que se sentía miserable. Una sensación similar a un frío entumecimiento que lo paralizaba por completo se apoderaba de su ser. Otros días estaba convencido de que Odo no era más que un instrumento en los insondables planes de Dios y de que él, Cædmon, seguía pagando el precio por haberse adueñado de aquello que no le correspondía.

De todas formas, mirara las cosas como las mirase, todos sus pensamientos estaban abocados a la desesperación. Mas esta vez no se rendía a ella. Lo acompañaba día y noche, acechaba a cada momento de debilidad para vencerlo, pero él seguía oponiendo resistencia. Comía y bebía incluso cuando no tenía apetito. Tocaba el laúd, mantenía la mente ocupada, leía la Biblia inglesa y los otros libros que le habían llevado, y sobre todo no dejaba que su cuerpo se volviera perezoso. El agujero sin ventanas en que lo habían encerrado medía siete pasos. Desde por la mañana hasta que calculaba que era mediodía, lo recorría arriba y abajo, siempre arriba y abajo, tal vez un millar de veces. Al cabo de unas semanas aprendió a caminar con las manos. Al principio se le antojaba imposible, pero no se dio por vencido ni se

dejó desanimar, y el desafío lo tenía ocupado todo el día y le daba alas. Cuando por fin dominó aquel arte acrobático, cubría aproximadamente una décima parte de su marcha diaria de ese modo. Y hacía todo lo posible por evitar volver a enfermar. La mano con que lanzaba seguía tan certera como siempre, y ninguna rata que se aventurara a entrar en su alojamiento permanecía mucho con vida. Intentando darles caza, había destrozado más de un vaso de madera, pero siempre recibía uno nuevo.

Y siempre que se le presentaba la ocasión intentaba escapar. Sin embargo, las ocasiones eran cada vez más escasas, pues los guardias se habían vuelto precavidos. Ya no le daban la espalda. La última vez le había roto la nariz a uno de ellos y logrado llegar casi al final de la escalera antes de que lo atraparan. Desde entonces solían presentarse de dos en dos, y Odo le hizo saber que al siguiente intento de fuga se acabarían todos los privilegios. Esa fue la única noticia que le llegó de Odo. Por lo demás, el obispo mostraba poco interés por Cædmon y, sobre todo, nunca se dejaba ver. Según le contaba el joven inglés, ahora cada vez se ausentaba más y por más tiempo. «Probablemente para inspeccionar su creciente ejército de la isla de Wight», pensaba Cædmon. O tal vez fuera a Helmsby para consolar a Aliesa, o quizá para ser admitido en su cama. Y cuando pensaba eso, le entraban ganas de no dejar títere con cabeza y arremeter con los puños contra la puerta de roble. En su lugar se ponía a andar boca abajo hasta que empezaban a temblarle los brazos y finalmente sus codos cedían y se quedaba tendido en el frío y pisoteado suelo, jadeante, sudoroso y completamente hecho polvo.

Un día allí abajo era como cuarenta; cuarenta días, como uno solo. Cuando una noche el guardia le llevó cordero asado, pan de trigo tierno y reciente y tortitas de tocino, se lo quedó mirando sorprendido.

-Dios mío..., ¿es que ya estamos en Pascua? -preguntó con incredulidad.

El hombre asintió y dejó la bandeja con tan aromáticas y tentadoras viandas en un tajuelo. Luego se quedó de pie, balanceando los brazos y mirando sin inmutarse a Cædmon.

-¿Por qué me miras así? ¿Quién eres tú? Eres nuevo aquí, ¿no? ¿Has venido para ver al mayor tonto sobre la faz de la tierra, un *thane* inglés que creía poder defenderse de la arbitrariedad del poderoso conde de Kent?

El soldado carraspeó, se quitó el yelmo de la cabeza e hincó la rodilla.

-*Thane*...

Cædmon dio un respingo, reprimió a duras penas una exclamación de asombro y musitó:

-Odric...

-Todo esto es culpa mía, *thane*. De verdad..., de verdad que no era mi intención. De haber sospechado...

Cædmon llegó hasta él de una zancada, lo agarró del brazo y lo levantó.

-¿Estás loco? Ponte en pie. -Abrazó a su *housecarl*, cerró los ojos e intentó vencer la esperanza que le invadió de repente y que pretendía hacerle creer que le habían crecido alas-. No es culpa tuya. ¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Qué haces aquí?

Odric había bajado la cabeza y se frotaba disimuladamente los ojos. Cædmon se esforzó por ser paciente. Llenó un vaso de cerveza y se lo ofreció.

-Toma, bebe y cuéntame. En voz baja.

Cuando había desembarcado en la isla de Wight, el capitán del barco ordenó a unos soldados que lo apresaran, contó entre susurros. No volvió a donde se hallaba acantonada la tropa, sino que, al igual que Cædmon, se había pasado el último año encerrado. Había huido hacía unos días. Un pescador lo había pasado a la otra orilla con su barca, altruistamente, sólo para burlarse de los normandos, según decía. Odric había robado un caballo, había ido a Canterbury en busca de Guthric y le había relatado lo poco que sabía.

-Guthric sumó dos y dos, y dijo que se imaginaba dónde habíais desaparecido sin dejar rastro alguno. Vinimos aquí, estuvimos haciendo preguntas en la taberna, atrajimos a uno de los soldados del conde a un rincón oscuro y tomé prestado su uniforme. Luego entré a hurtadillas aquí. -Le entregó el yelmo a Cædmon, se quitó la capa que lucía el emblema de la guardia del castillo y se sacó la cota de malla por la cabeza-. Tomad, poneos esto. Guthric os

aguarda en la ciudad, yo os indicaré el camino.

-No, Odric. O vamos los dos o ninguno.

Éste sacudió enérgicamente la cabeza.

-Imposible. Sólo puede escapar uno, sin estas ropas no tenemos ninguna posibilidad. Marchaos, *thane*, os lo ruego. Guthric asegura que, en cuanto estéis en libertad, descubrir el plan de Odo sólo será cuestión de días. Hasta entonces aguantaré aquí. -Señaló sonriente la cena-. Sobre todo en vista de la comida.

Cædmon no se movió del sitio. Cuando se descubriera quién lo había ayudado a huir, a Odric no le esperaría ningún festín.

-¿Por qué no ha traído Guthric soldados? ¿Por qué no le ha enviado un mensajero al rey?

-No ha sido posible. Por favor, *thane*, ahora tenéis que iros. Guthric os lo explicará todo, pero debéis daros prisa.

Cædmon se enfundó la ropa, fue hasta la puerta y escuchó. Luego le indicó a Odric:

-Túmbate boca abajo. Procura hacerte el muerto. Cuando se te acerquen unas piernas, vuelve a la vida y hazlas caer. A menos que sean las mías.

-*Thane*... -suplicó Odric, desesperado.

-¡Haz lo que te digo! -siseó Cædmon, y entonces Odric hizo lo que llevaba años haciendo, lo que le resultaba natural y le hacía sentirse más seguro: obedecer.

Una vez yació inmóvil en el suelo, Cædmon abrió la puerta y gritó:

-¡Eh! ¿Podéis echarme una mano? Algo va mal.

Dos soldados normandos salieron con parsimonia de la cercana garita, uno con un vaso en la mano. Cædmon dejó que cruzaran el umbral, cerró la puerta de golpe, le arrebató el yelmo al primero que agarró y le dio un puñetazo en la sien. El hombre se desplomó justo cuando el segundo se abalanzaba sobre Cædmon por la espalda. Éste recibió una patada en la corva y se tambaleó contra la pared. Probablemente no le habría ido demasiado bien de no intervenir en ese instante Odric: en menos que canta un gallo, también el segundo normando quedó tendido en el suelo.

-¿Ves qué fácil es? -dijo Cædmon -. Elige a uno de ellos, creo que el de pelo negro es de tu estatura...

Odric se puso el uniforme del soldado a toda prisa, y luego ambos recorrieron el bajo corredor, subieron la escalera y salieron al patio sin que nadie se lo impidiera.

Casi había oscurecido. Cædmon se detuvo, levantó la cabeza y vio las estrellas en el despejado cielo. Un suave soplo de aire vespertino le acarició el rostro. Arrastraba la característica y familiar mezcla de brisa del mar y hedor del puerto. Cædmon respiró hondo varias veces.

Odric miró nervioso alrededor, mas no le metió prisa. Sólo habían pasado cinco días desde que él mismo volviese a disfrutar del cielo nocturno.

-Vamos -dijo Cædmon.

Cruzaron el patio sin ir tan aprisa como para despertar sospechas, pero tampoco innecesariamente despacio.

-Eh, vosotros, ¿adonde vais? -preguntó el centinela de la puerta en normando.

Cædmon agachó la cabeza y farfulló:

-¿Adónde vas tú en Pascua cuando estás libre? Pues a la iglesia.

El soldado soltó una risotada.

-Sí, apuesto que sí.

Con la puerta ya a sus espaldas, ambos respiraron hondo, intercambiaron una sonrisa y echaron a correr. No tardaron en alcanzar las primeras casas de la ciudad. Guthric aguardaba ante la casona de un comerciante. Al verlos llegar, salió de las sombras y abrazó a su hermano.

- Cædmon..., alabado sea Dios. ¡Y Odric! Me alivia que no hayas tenido que quedarte allí. Vamos, salgamos del camino. Cuando descubran vuestra huida, peinarán la ciudad.

Los dos lo siguieron calle abajo.

-¿Adónde vamos? -quiso saber Cædmon, que no podía dejar de alzar una y otra vez la vista al cielo, que cambiaba de color a cada minuto.

-Al puerto -replicó su hermano.

Cædmon se paró en seco.

-No iré a ninguna parte mientras no haya visto a mi esposa.

Guthric lo miró de reojo y sonrió.

-No, ya me lo figuraba. Vamos, cuanta más prisa te des, antes la verás.

-¿Está aquí? -Agarró a Guthric del brazo-. ¿Dónde? ¿Cómo está? ¿Qué ha sido del niño?

Guthric se zafó risueño.

-Vas en dirección contraria, aquí hay que torcer a la izquierda. Está bien. Al menos lo estará en cuanto vea que estás a salvo. El niño es una niña. La reina se ha ofrecido a amadrinarla, de modo que tu hija se llama Matilda. Ya hemos llegado: San Edmundo.

Era una iglesia vieja y modesta situada en un barrio humilde.

Cædmon abrió con fuerza la puerta, tanto que a punto estuvo de sacarla de los carcomidos goznes, y entró precipitadamente. Guthric y Odric se quedaron esperando fuera.

Aliesa se hallaba arrodillada ante el altar; Cædmon distinguió su silueta ante las dos o tres velas que había encendidas. Cuando ella oyó la puerta, giró la cabeza, se puso en pie ágil y garbosamente y corrió a su encuentro. La iglesia era pequeña, de modo que no tardaron en encontrarse; Aliesa le echó los brazos al cuello y apoyó su rostro en el hombro del esposo. Cædmon la atrajo hacia sí, amenazando nuevamente con cortarle la respiración, y pensó que aquélla era la sensación más maravillosa del mundo: sentir a su esposa en el cuello y los brazos, en el pecho, casi en todo su cuerpo.

- Cædmon... -Su voz sonó ahogada.

Él le puso un dedo bajo el mentón, le alzó la cabeza y besó sus lágrimas antes de concentrarse apasionadamente en su boca.

-Lo siento tanto, Aliesa -dijo finalmente-. Si no hubiera sido tan increíblemente necio, te habría ahorrado todas estas preocupaciones, pero...

Ella posó un dedo en sus labios y sacudió la cabeza. Ya no lloraba, mas seguía abrazada a él como si tuviera que cerciorarse con todo su cuerpo de que de verdad su esposo estaba allí.

-Ahora todo eso da igual. Estás aquí y es lo único que cuenta. Todo está bien.

«Todo está bien.» Sonaba a las mil maravillas y quería obligarse a creer que era cierto al menos unos minutos. Miró su rostro, le pasó el pulgar por las sienes y le pidió:

-Háblame de Matilda.

-Es la niña más hermosa que puedas imaginarte -sonrió Aliesa-. Y buena. El ama se levanta tres veces cada noche para comprobar que está bien, ya que nunca se la oye.

-¿A quién se parece?

-A ti. Es tu viva imagen. Y Richard ya habla, Cædmon. Adora a su hermanita y sigue al ama de cría como si fuera su sombra, vaya donde vaya, y habla de la mañana a la noche.

«Dios mío, quiero ir a casa», pensó. Echaba tanto de menos a sus hijos y su hogar que no supo qué decir. Aliesa también le habló de Wulfnoth, de Alfred e Irmingard y sus hijos, y él le hizo preguntas y la escuchó con atención hasta que al final todo pareció estar dicho y permanecieron un rato en silencio. Luego ella lo miró a los ojos.

-Cuéntame lo ocurrido.

Él se limitó a decir dos o tres frases. La visita nocturna de Odric, su posterior enfrentamiento con Odo y el desenlace.

Aliesa meneó la cabeza y dijo:

-Sigo sin entenderlo. Ha sido mi confesor durante años. Siempre ha sido nuestro amigo. Y estos últimos meses ha venido a verme tres veces para consolarme. ¿Cómo puede una persona ser tan falsa?

Cædmon le acarició los brazos y los hombros.

-Estoy seguro de que quería consolarte. Es posible que realmente le remordiera la conciencia. ¿Qué te dijo? ¿Cómo te explicó que me había... perdido en Dover?

-Cuando llevabas fuera unos días, el rey le envió un mensajero a Odo para preguntarle dónde te encontrabas, y el obispo se mostró sorprendido y dijo que habías vuelto a Winchester a la mañana siguiente. El rey te hizo buscar durante días.

-Qué halagüeño...

-Rufus y Eadwig hallaron tu caballo en el Nuevo Bosque. Creímos que te habían atacado los bandidos, pero Guillermo afirmó que tú no eras de los que caen sin más en manos de los salteadores. Y en opinión de Eadwig, era en extremo singular que unos bandidos dejaran un caballo valioso, pero... -Se enjugó los ojos con el dorso de la mano-. Dios mío, mírame. Perdona, Cædmon. Es el alivio, no es más que eso. Cuando trajeron a casa tu caballo sin ti fue uno de los peores momentos de mi vida. Pero nunca creí que hubieses muerto.

Cædmon podía hacerse una idea de cómo había sido aquello para ella. El miedo, la incertidumbre, las miradas acechantes y maliciosas en la corte de quienes creían que estaba recibiendo su merecido. Volvió a besarla, esta vez con avidez, deseoso en el más amplio sentido de la palabra de hacerla olvidar y darle a entender que no le importaría tenderla allí mismo, en el pisoteado suelo de tierra, y hacerle el amor, fuese o no una iglesia.

Ella rió sin aliento cuando sus labios se despegaron; acto seguido apoyó la frente en su hombro y le preguntó:

-Guthric dice que has de volver a marcharte esta misma noche, ¿es cierto?

-Guthric parece disponer de mi persona con la misma naturalidad que el rey -contestó él mordaz-. No voy a irme a ninguna parte. Ya he tenido bastante.

Con un discreto carraspeo, Guthric surgió de las sombras y se acercó a ellos. A Cædmon le pasó por la cabeza que Odo una vez había dicho que Guthric tenía el don de ser invisible y, de ese modo, escuchar todo aquello que no iba destinado a sus oídos.

-Cædmon, debes irte -advirtió su hermano en voz queda pero suplicante-. Créeme que te entiendo, pero la situación es absolutamente desesperada. Si el rey no detiene a su hermano, se producirá una catástrofe. Odo puede hacerse a la mar de un momento a otro, cosa que hemos de evitar a toda costa.

-Ni siquiera sé qué es lo que se propone -repuso Cædmon.

-Pero yo sí.

-Entonces ve tú a ver a Guillermo.

-A mí no me creerá. Es demasiado... monstruoso.

Cædmon se mesó el pelo y respiró hondo.

-¿De qué se trata?

Guthric no respondió en el acto. Apoyó un hombro contra uno de los pilares de piedra, miró primero a Aliesa, luego a Cædmon, y explicó:

-Odo cree que es el elegido para ser Papa.

Ambos guardaron silencio consternados.

-Cuando estuvo en Roma por primera vez hace cuatro años, un adivino profetizó que el próximo Papa se llamaría Odo -prosiguió Guthric.

-Estoy seguro de que la noticia le alegró sobremanera -soltó, sarcástico, Cædmon.

-Yo también lo creo. En su siguiente peregrinación a la Ciudad Eterna, el obispo adquirió un palacio allí, ofreció ostentosas fiestas a la nobleza romana y trabó numerosas amistades. Todo eso lo sabíamos y lo observábamos con cierta preocupación, pero Lanfranc dijo, con razón, que nadie podía impedir que Odo contribuyera con medios legítimos al cumplimiento de la profecía. Al fin y al cabo hay cosas peores que tener a un normando en la Santa Sede. Ningún papa vive eternamente, ni siquiera Gregorio, y no está de más pensar en el futuro. -Guthric hizo una elocuente pausa.

Pese a todo, Cædmon no dijo nada, pero Aliesa peguntó:

-¿Pero?

-Según parece, desde hace dos o tres años Odo tiene una insaciable sed de dinero. Ha ido saqueando su condado, ni siquiera se ha detenido ante monasterios e iglesias. Nunca había hecho nada parecido. Uno tiende a olvidarlo, pero él es y siempre será un obispo, y es un

hombre muy piadoso. En los últimos meses se ha reunido regularmente con distintos nobles normandos, tanto en Inglaterra como en el continente. Entre otros, con el conde de Chester, que debido a su cercanía a la frontera galesa posee una nutrida tropa. Todo ello... inquietó a Lanfranc. Nosotros no supimos interpretarlo debidamente. Hasta que ayer vino a verme Odric y me informó de lo que está sucediendo en la isla de Wight. De pronto todo cobró sentido.

-¿Quieres decir que Odo pretende marchar a Roma con un ejército y derrocar al papa Gregorio? -preguntó Cædmon perplejo.

-Dios sabe que no sería la primera vez que sucede algo así -contestó Guthric-. Gregorio es un autócrata...

-¿Un qué? -interrumpió Cædmon.

-Alguien que quiere gobernar totalmente solo. Tiene muchos enemigos. Para un estratega inteligente, sería sencillo movilizarlos.

-Odo es un estratega inteligente -observó Aliesa.

Guthric asintió.

-Por eso hay que ponerle coto antes de que tenga ocasión de poner en práctica sus planes. Estoy seguro de que lo tiene todo minuciosamente preparado. El mero hecho de que sea capaz de formar un ejército delante de nuestras narices sin que nos enteremos demuestra su inteligencia. Yo habría jurado que algo así era imposible. -Sacudió la cabeza como si siguiera sin comprenderlo del todo-. Habría jurado que en Inglaterra no pasaba nada que Lanfranc no supiera. Por eso has de cruzar el Canal esta noche e ir en busca del rey para explicarle todo esto. Es algo que sólo tú puedes hacer.

Cædmon estaba inmóvil con los brazos cruzados; su postura era un claro reflejo de su rechazo. Aliesa se acercó a él y, compasiva, le puso la mano en el brazo.

-Guthric tiene razón. Debes hacerlo.

Él la miró, asintió y se encogió de hombros con incomodidad. -Dios mío..., cómo va a odiarme Guillermo por esta nueva.

Carisbrooke, mayo de 1082

-¿Quién sois vos? -preguntó el joven centinela asustado-. ¿Qué queréis?

Guillermo cogió con una de sus garras la cota de malla como si fuera de suave lienzo y lanzó al delgaducho jovenzuelo contra la jamba.

-Soy el rey de Inglaterra, pedazo de animal, y me gustaría hablar con mi hermano, si es que no llego en mal momento.

Desde el suelo, medio sentado medio tumbado, el joven levantó la cabeza y se quedó mirando al rey con los ojos como platos.

-Oh, Jesús, María y José...

El monarca lo esquivó con despreocupación.

-*Sire* -empezó Robert de Mortain en voz baja-, os lo pido una vez más: permitidme volver al barco.

Guillermo se volvió y lo miró brevemente.

-No. Deja de gimotear de una vez, Robert. También es mi hermano, ¿acaso crees que me resulta fácil?

Robert le lanzó a Cædmon una mirada desamparada y lastimosa, y dibujó con los labios las palabras: «Sí, eso creo».

Lo cierto es que Guillermo había actuado con rapidez, prudencia y gran decisión cuando Cædmon le informó de su cautiverio, de las dudosas maquinaciones de Odo y de las sospechas que abrigaba Guthric. En efecto, el rey descargó su ira en primer lugar sobre la cabeza, del portador de tan funestas noticias, mas no fue tan malo como Cædmon había pensado. Guillermo no destrozó ningún mueble ni atizó a nadie, pero tampoco dudó ni un instante de las palabras de Cædmon, sino que puso rumbo a Inglaterra de inmediato y

convocó en Winchester a sus consejeros para cruzar a la isla de Wight nada más llegar. Habían desembarcado en Cowes hacía más de una hora y se habían dirigido a Carisbrooke sin demora.

El rey atravesó la antesala en cuatro zancadas, y cuando entró en la estancia principal del castillo con su considerable séquito, los instrumentos de los músicos enmudecieron uno tras otro y también el vocerío fue disminuyendo hasta acallarse por completo.

Guillermo se acercó a la mesa elevada.

-Quisiera hablar contigo un momento..., hermano.

Odo se levantó despacio.

-*Sire*.

Eso fue todo. La voz no le tembló ni sonó ahogada, pero no dijo nada más. Miró al rey y después a su hermano menor, luego a Warenne, a Montgomery y a todos aquellos a cuyo lado había conquistado y administrado Inglaterra en beneficio de su hermano. Más de uno bajó la mirada.

No así Cædmon, que miró abiertamente aquellos ojos negros, sereno incluso y no sin cierta satisfacción.

El rey cruzó los brazos ante su fornido pecho.

-¿Es cierto que les has robado al *thane* de Helmsby y a otros de mis vasallos sus caballeros, hombres que servían en mis filas, para formar un ejército propio?

Odo carraspeó y repuso:

-Sí.

-¿Y es cierto que pretendías marchar con ellos a la conquista de Roma sin recabar mi consentimiento?

Odo se irguió y espetó.

-Es un asunto de la Iglesia para el que no necesitaba vuestro consentimiento, *sire*.

Guillermo dio un paso al frente.

-Pero sí a mis soldados, ¿verdad?

Odo bajó la vista un momento, mas volvió a mirarlo a los ojos inmediatamente.

-Me habéis dejado al margen una y otra vez. Toma, Odo, para ti Kent, me dijisteis, pero el poder prefiero compartirlo con otros. El verdadero poder. No era... suficiente para mí. Vos no erais el único que se sentía llamado a lo más alto, hermano.

El rey esbozó una sonrisa glacial.

-¿No pretenderás comparar tu sacrílega revuelta contra la Santa Sede con mis victorias, mi guerra santa con tu traición? ¡Es infame!

Odo se estremeció casi imperceptiblemente.

-Yo no he traicionado a nadie y menos a vos. Quería la Santa Sede para gobernar la cristiandad junto con vos.

Guillermo alzó la mano en señal de rechazo.

-Has intentado que el conde de Chester y otros nobles normandos e ingleses te siguieran a Roma, que se rebelaran contra el Papa y contra su rey. Eres un traidor. -Volvió la cabeza y dijo a nadie en particular-: Detenedlo y atadlo.

Nadie se movió.

De pronto el rostro de Odo se tornó ceniciento.

-*Sire*..., soy obispo de la Santa Madre Iglesia. Vos mismo habéis dicho un millar de veces que ningún poder terrenal puede juzgar a un hombre de la Iglesia. No podéis arrestarme. No tenéis ningún derecho.

-No es al obispo al que arresto, sino al conde, mi vasallo -replicó el rey sin inmutarse, y rodeando la mesa en un santiamén aferró a Odo por el codo con una de sus garras-. Y si nadie se atreve a hacerlo, lo haré yo mismo.

Dicho eso, arrancó la valiosa bolsa bordada del cinto de Odo, sacó el cordel de un tirón y le ató a su hermano las manos a la espalda. Acto seguido arrojó el contenido de la henchida bolsa al otro extremo de la mesa.

-¡Vosotros, largo! -ordenó a los hombres que estaban allí sentados y recogían con avidez la lluvia de monedas-. Aquí ya no tenéis nada que hacer. La gran aventura ha terminado antes de empezar.

Los aludidos se levantaron presurosos y salieron de la sala. Sólo tres se acercaron titubeando y se arremolinaron en torno al *thane* de Helmsby. Cædmon saludó a sus tres *housecarls*, le puso brevemente la mano en el brazo a Elfhelm y musitó:

-Odric se encuentra bien. Está en casa.

Odo levantó la cabeza al oír el murmullo y miró a Cædmon.

-Mi único error -dijo inexpresivo, casi extrañado-. Tan sólo ese único error. Pero no podía mataros, Cædmon.

Cædmon le devolvió la mirada en silencio, mas pensó: «Eso es lo que te diferencia de Guillermo».

El rey observó el mudo intercambio y esbozó una amarga sonrisa burlona.

- Cædmon...

El *thane* lo miró un instante y respiró hondo.

-No, *sire*. Quiero ir a casa.

Como de costumbre, el rey hizo caso omiso de su objeción sin más ni más.

-Llevad al conde de Kent a Ruan y entregadlo al oficial de la guardia. Decidle que lo encierre y, si quiere, que arroje la llave al Sena.

-Guillermo -protestó Robert encarecidamente-, ¡es nuestro hermano!

El rey se lo quedó mirando.

-Sí, eso es lo realmente amargo. Primero mi hijo. Luego mi hermano. ¿Quién será el próximo?

Libro segundo

«¿Quién no iba a lamentar esos tiempos?
¿Y quién podría ser tan despiadado para no
llorar semejante infortunio? Sin embargo,
tales cosas suceden porque los hombres son
pecadores y no aman ni a Dios ni la probidad.
Y el pecado del rey fue su desmedida sed de
oro y plata. »

Crónica anglosajona, 1087

Helmsby, enero de 1086

Ine salió del establo al oír los caballos en el patio y se puso a contarlos con disimulo. «Dos, cuatro, seis..., siete. San Oswald, ¿dónde voy a meter a todos esos jamelgos?»

-Bienvenido a casa, *thane*.

Cædmon desmontó y le tendió la rienda.

-Gracias. ¿Cómo están todos?

El mozo de cuadra se encogió de hombros.

-Bien. Sólo que esto está demasiado abarrotado, la aldea y la sala están a..., ejem. -Sonrió cohibido-. Disculpad, *thane*. Creo que para el señor del castillo y su séquito siempre hay sitio.

Cædmon se sobresaltó de modo casi imperceptible, pues «séquito» no era la expresión adecuada. Sin embargo, el príncipe Henry se echó a reír, se quitó el yelmo de la cabeza y bajó de la silla de un salto.

-Si no hay más remedio, tu séquito puede pernoctar en la sala sobre la paja, Cædmon.

Ine no tenía ni idea de a quién tenía ante sí y repuso meneando la cabeza:

-También está llena.

Wulfnoth y Ælfric desmontaron a su vez, y el menor de los hermanos comentó sonriente:

-Bueno, mi príncipe..., siempre está el henil.

Ine se quedó mirando al hijo del *thane* con la boca abierta y luego al joven normando. Balbució una disculpa y se apresuró a meter los caballos en el establo. Odric, su hermano Elfhelm y Gorm, que ahora solían acompañar a Cædmon, lo siguieron con las demás bestias.

Cædmon condujo a sus hijos y a su invitado hacia el puente levadizo.

-Espero que seas indulgente, Henry. Opine lo que opine mi mozo de cuadra, te encontraremos un lecho como es debido. Y el que tenga que desocuparlo, lo hará con gusto.

El príncipe, que apenas contaba dieciocho años, lo miró de reojo y sonrió.

-¿Cómo puedes estar tan seguro?

-Porque todo indica que el honor será mío.

Todos cruzaron risueños el helado y resbaladizo puente de madera. Desde el pronunciado terraplén sobre el que se alzaba la torre del castillo salió disparado algo que parecía una gran bola de nieve y bajaba rodando hacia ellos. Cuando se desenrolló a sus pies, resultó tener brazos y piernas.

-¡Padre! ¡Estás en casa!

-¡Matilda!

Cædmon la cogió en brazos y la lanzó por los aires, con lo que la nieve voló a su alrededor. La niña lanzó un grito de júbilo, le echó los brazos al cuello y pegó su enrojecida y aterciopelada mejilla a la suya.

-¡Pinchas!

-Y tú me estás empapando -repuso él, y la acomodó en su brazo izquierdo y la llevó escaleras arriba-. ¿Qué dirá tu madre cuando te vea así?

-¡Ma-til-da! Mira cómo te has puesto otra vez. -Imitó con tal exactitud el tono medio indulgente, medio reprobador de su madre que su padre, sus hermanos y el príncipe no pudieron por menos que reír.

Cædmon la besó con disimulo en la mejilla. Aun cuando jamás lo habría admitido abiertamente, reconoció para sí que no amaba a ninguno de sus hijos tanto como a aquella niñita. Físicamente Matilda guardaba un gran parecido con él: tenía unos ojos grandes de un azul intenso, y las largas trenzas rubias le recordaban a Hyld a su edad, si bien eran algo más oscuras, precisamente del mismo color que el cabello de Cædmon. Sin embargo, había heredado de su madre no sólo la inteligencia despierta, sino también el carácter apacible y generoso, y por eso a Cædmon no le preocupaba que la excesiva indulgencia con que la trataba todo el mundo pudiera echarla a perder. El castillo entero, mas sobre todo su familia, adoraba a Matilda. Desde que ella existía, Ælfric había enterrado tácitamente los

resentimientos que albergara hacia sus hermanastros; y cuanto más se acostumbraba al papel de hermano mayor protector, más iba venciendo Wulfnoth su aparentemente insuperable timidez ante el mundo; y Richard, que sólo le sacaba un año a su hermana, que a la sazón contaba cinco, era su más ferviente admirador y su más fiel cómplice en todo lo que la pequeña emprendía.

-¿Dónde está tu hermano? -preguntó Cædmon, mientras abría la puerta con el hombro y entraba en la sala.

-Con el hermano Oswald -respondió-. Ahora tiene que aprender a leer.

Cædmon asintió distraído y echó un vistazo a su sala un tanto espantado: estaba atestada. La gente se apretujaba en los bancos, ni siquiera las mesas adicionales proporcionaban bastante espacio. Había grupitos acomodados en mantas sobre la paja, niños alborotando, lactantes berreando, perros ladrando, y reinaba un vocerío realmente babilónico.

-Cielo santo... -musitó-. ¿Acaso es una feria?

Matilda sacudió la cabeza.

-No, madre dice que se llama «acuartelamiento». -Al instante la niña alzó el mentón y miró con desagrado a Henry-. ¿Por qué te ríes de mí? ¿Quién eres tú?

-Éste es Henry Fitz William, Matilda, el hijo del rey y de tu madrina -le explicó Wulfnoth-. Y has de ser un poco más amable con él, pues es un príncipe.

-Oh. -Matilda se tapó la boca con una de sus regordetas manos-. Te ruego que me perdones, príncipe Henry Fitz William.

Éste hizo una galante reverencia ante ella.

-No, tienes toda la razón, Matilda. Reírme de ti ha sido una descortesía por mi parte. Soy yo quien debe disculparse.

Ella le obsequió con una sonrisa radiante y de paso le dio unas palmaditas en la espalda a su padre.

-Bájame.

Cædmon la depositó en el suelo, contempló un poco más aquel caos y buscó a su esposa sin éxito entre los presentes.

Matilda, que entre tanto había saludado graciosamente a sus hermanos mayores con un húmedo beso, se plantó ante Henry y levantó la vista para mirarlo.

-¿Tu madre fue mi madrina?

-Así es -asintió él.

-Estarás muy triste por su muerte.

Henry se agachó y la miró a los ojos.

-Sí, pero de eso hace ya más de dos años, ¿sabes? El tiempo ayuda. Uno se siente menos triste cada día.

-Claro que no puede decirse lo mismo del rey -murmuró Ælfric en normando.

Cædmon le lanzó una mirada admonitoria, mas antes de que pudiera decir nada, Alfred salió de aquella maraña humana y se acercó.

-¡Cædmon! -Sonriente y sin atisbo de torpeza, se inclinó ante Henry-. Bienvenido a Helmsby, mi príncipe. Muchachos. -Saludó a sus sobrinos con la cabeza antes de dirigirse de nuevo a Cædmon -: Te ruego que me disculpes, ayer llegaron otros diez, pero ya los distribuiré, no temas. No tardaré mucho.

-¿Diez más? -preguntó Cædmon con incredulidad-. ¿Quién lo ha dispuesto?

-Adivina.

-Lucien...

-Exacto. Ahora tenemos cuarenta y dos invitados en total, aparte de las gentes de Metcombe. Dicen que, por el contrario, tu cuñado y la bella Beatrice alojan a siete. Todos ellos oficiales normandos, se sobrentiende.

Cædmon exhaló un suspiro.

-¿Y van a pasar aquí el invierno?

-Eso creo. Si hacemos un esfuerzo y nadie golosea en la olla de la miel... -concluyó,

lanzando una elocuente mirada a su sobrina.

Matilda aún seguía junto a Henry. La nieve que llevaba pegada al cabello y la ropa se había derretido, y las trenzas le goteaban. Sonrió a su tío con candidez y, acto seguido, apartó el rostro y puso cara de duendecillo.

-Ahí viene madre.

Cædmon dio media vuelta, fue al encuentro de su esposa y la abrazó con naturalidad. Permanecieron un breve instante entrelazados sin hablar, intercambiaron una sonrisa de profunda intimidad y al momento Aliesa se soltó para saludar a los demás. Finalmente miró a su hija y sacudió la cabeza entre suspiros.

-¡Ma-til-da! Mira cómo te has puesto otra vez. -Le extrañó que todos se rieran al oír su amonestación, y aclaró-: Pillará un resfriado si va por ahí con la ropa mojada con el frío que hace. ¿Dónde está el ama, Matilda?

-No lo sé. Me libré de ella después de desayunar y no he vuelto a verla desde entonces.

-Vaya. Bueno, Wulfnoth, en ese caso, tuyo es el honor de acompañar arriba a tu hermana y ocuparte de que se ponga ropa seca.

-Eh..., ¿yo? -preguntó horrorizado el quinceañero.

-Eso es. Como ves, las sirvientas están muy atareadas, y dado que las aventuras de Matilda te resultan tan hilarantes, ahora tienes la oportunidad de atenderla un poco más. Ve con Wulfnoth, ángel mío. No te escapes y procura no sacarlo de quicio, ¿de acuerdo?

Aliesa le acarició cariñosamente la cabeza a su hija, y Matilda agarró la mano de Wulfnoth y sorteó el abigarrado ajetreo para alcanzar la escalera.

-Será mejor que vayamos arriba y nos suban algo caliente -propuso Aliesa-. Debéis de estar congelados.

Aliesa se volvió, pero antes de ir tras ella, Cædmon le puso la mano en el brazo a su primogénito y señaló un rincón situado al otro extremo de la sala.

-Allí está tu madre con dos de tus hermanos, Ælfric. Ve a saludarla y asegúrate de que tiene todo lo necesario. Luego sube.

Ælfric no pareció entusiasmado, si bien satisfizo el deseo de su padre sin rechistar. A sus diecisiete años, seguía siendo un muchacho irascible y a menudo un temerario irreflexivo -motivos ambos por los que tanto agradaba su presencia a Rufus, el cual había accedido a dejarlo libre unos días sólo tras mucho vacilar-, pero Ælfric había aprendido mucho en los años que llevaba en la corte. A veces Cædmon pensaba que su hijo conocía sus propias debilidades mejor que la mayoría de las personas, y las combatía con la tozudez que le caracterizaba.

-Me alegro de que hayas venido, Henry. -Aliesa le ofreció al príncipe un vaso plateado. Se hallaban sentados a la mesa que había desde hacía algunos años en la espaciosa estancia de Cædmon y Aliesa, ya que a veces les gustaba estar a solas para leerse algo en voz alta, hablar o cultivar la música-. ¿Cómo está tu padre?

Henry se apresuró a dejar en la mesa el vaso, que quemaba terriblemente, y prefirió calentarse las manos en el brasero que tenía al lado.

-Está..., bueno, de salud mejor. Por fin le ha hecho caso a Malachias ben Levi y sigue una dieta estricta. Bien es verdad que no ha perdido peso, pero los dolores han remitido y eso lo anima un poco.

Aliesa le sonrió con calidez.

-Tiene suerte de tenerte a ti. Seguro que tú y tu hermano Rufus sois un gran consuelo para él.

-Sí, yo también lo creo -intervino Cædmon-, pero el rey sabe ocultar sus sentimientos. Al menos los más hermosos.

Ella asintió y le apretó suavemente la mano.

-Has de ser paciente con él. Todos debéis serlo. Ha sufrido muchos contratiempos en los

últimos años. Primero Odo y luego la muerte de la reina y la nueva rebelión del príncipe Robert. Y sus enemigos no le han dado ni un día de tregua. Es comprensible que esté amargado.

-Quizá quieras contárselo a las gentes de Metcombe, a cuyas cosechas y casas ha prendido fuego. Estoy seguro de que si les explicas lo mal que lo está pasando el rey, lo tendrán presente en sus oraciones -ironizó Cædmon.

Henry lo miró incómodo.

-Pero sabes perfectamente por qué lo ha hecho.

-Sí, Henry, claro que lo sé, mas no por eso ha de gustarme, ¿no?

Cuando el anterior verano habían recibido la noticia de que el rey Canuto de Dinamarca estaba equipando una flota para conquistar Inglaterra y hacer valer el derecho a la Corona inglesa que creía haber heredado, el rey hizo dos cosas para frustrar los ambiciosos planes de Canuto: llamó a filas a todos los hombres que estaban a su servicio y además reclutó a mercenarios en Inglaterra y Normandía, de manera que pasó a disponer de un ejército superior a aquel con que él mismo conquistara Inglaterra. Sin embargo, como la flota danesa se hacía esperar y era imposible mantener a todo el ejército a largo plazo en un lugar, el rey lo distribuyó entre sus propiedades y las de sus vasallos. Y así fue como Cædmon tuvo el dudoso placer de alojar bajo su techo a cuarenta y dos soldados extranjeros, algunos de ellos bastante tétricos. La segunda medida que el rey adoptó fue un tanto más drástica: dio orden de reducir a cenizas las aldeas situadas a lo largo de la costa oriental y a orillas de los ríos navegables junto con sus repletos graneros para que, si llegaban antes del invierno, los daneses pasaran hambre. Los daneses no llegaron, y en su lugar fueron los desdichados habitantes de los pueblos devastados quienes padecieron la hambruna. El sheriff de Norfolk, Lucien de Ponthieu, ejecutó las órdenes de su rey tan a conciencia como hiciera antaño en Northumbria.

Cædmon, Aliesa y Alfred trazaron un plan de emergencia para las aldeas de sus propiedades y distribuyeron provisionalmente a los que habían perdido su hogar entre los pueblos del interior. Las gentes de Metcombe se trasladaron a Helmsby, acomodándose tanto allí como en el castillo. Pero las reservas monetarias de Cædmon volvían a derretirse como la nieve al sol primaveral, y el rey había aumentado los impuestos. El *thane* no sabía a ciencia cierta cuánto tiempo podrían seguir así.

Henry se frotó la frente.

-Dios mío, tienes razón. Siempre intento defenderlo...

-Y eso está bien y es lo correcto -recalcó Cædmon-. Yo hago lo mismo ante todos, salvo vosotros dos. Incluso ante Rufus. Eres el único que ama lo bastante a tu padre como para que no te perjudique oír de vez en cuando un par de cosas sobre él. Con Rufus la cosa cambia, al igual que con tus hermanas.

Y es que, a diferencia de Rufus y en particular de Robert, a diferencia de casi cualquiera que Cædmon conociese, Henry no le tenía miedo al rey. No habría sabido decir por qué era así, lo único que sabía es que ése era el caso, y por consiguiente él podía hablar de manera distinta con Henry que con Rufus.

-Tampoco yo lo sé -prosiguió el príncipe, inseguro, y exhaló un suspiro-. A veces..., a veces me da mucha pena. Está solo. Cierto que tiene hijos, y al menos le queda un hermano digno de confianza y amigos, amigos verdaderos, como tú o Montgomery, pero así y todo está solo. Nunca he visto a nadie llorar la muerte de su esposa tanto como mi padre.

-Yo tampoco -convino Cædmon.

-Pues tengo la sensación de que los dos lo defendéis para disculpar una vez más algo que ha hecho -terció Aliesa suspicaz.

Cædmon y Henry intercambiaron una mirada, y el *thane* contestó:

-Por eso las deliberaciones de la corte han sido tan prolijas esta vez, porque el rey ha concebido algo de todo punto inaudito. Aún no estoy seguro de si es genial o demencial...

-Un poco de ambas cosas -repuso Henry.

-En todo caso suscitará descontento. Posiblemente algo peor.

-¿Qué se le ha ocurrido? -preguntó Aliesa. También ella conocía lo bastante al rey para esperar cualquier cosa.

Antes de que ninguno de los dos hombres pudiera responder, la puerta se abrió de golpe, sin previo aviso, y Ælfric entró atropelladamente.

-Padre, ven, te lo ruego. ¡Deprisa! -Y cuando Cædmon y Henry se pusieron en pie de un salto, el joven añadió sacudiendo la cabeza-: No, creo que será mejor que tú te quedes aquí, Henry. Esa chusma está dando problemas en la sala.

Cædmon sacó la espada y le hizo una señal al príncipe con la cabeza:

-Haz lo que dice.

Acto seguido bajó la escalera en pos de su hijo.

La sala seguía pareciendo Sodoma y Gomorra, pero en el interior de la herradura que dibujaban las mesas se había creado un pequeño espacio libre en torno al cual había un nutrido grupo de mirones. Sin perder un instante, Cædmon se abrió paso a empellones, y todo el que no lo dejó pasar en el acto recibió un codazo en las costillas.

Ya en primera fila, comprendió la situación al vuelo. Un soldado normando yacía inmóvil en el suelo, otros dos tenían agarrado por los brazos a Alfred, y un cuarto, un tipo rechoncho y calvo, amenazaba al mayordomo con el reluciente acero en el pecho. Cædmon lo cogió del brazo que portaba la espada y le propinó un tirón.

-¿Qué sucede aquí? ¡Soltad al mayordomo, granujas! ¡Inmediatamente!

En lugar de obedecer, el calvo dio un salto atrás y alzó la espada. Antes de que Cædmon pudiera preguntarle si estaba en sus cabales, el normando atacó. Los mirones se pusieron a salvo y el círculo se agrandó. Cædmon paró el torpe mandoble con facilidad, devolvió el golpe y, cuando su adversario retrocedió tambaleándose y extendió los brazos para mantener el equilibrio, le arrebató el acero de la mano y le puso su propia espada en el cuello. Al momento vio de reojo un movimiento, y antes aún de que Alfred pudiera gritar para advertirlo, Cædmon se sacó el cuchillo del zapato con la siniestra, lo lanzó con ligereza y soltura, y la hoja se hundió en el hombro del soldado que pretendía abalanzarse por un lado. El hombre pegó un grito y, al tratar de presionar la herida con la mano, rozó el corto mango del cuchillo y profirió otro chillido. Alfred se rió de él y de un violento gancho derribó al normando que quedaba en pie, lo cual le recordó a Cædmon que Ælfric Puño de Hierro también era bisabuelo de Alfred. Acto seguido, demasiado tarde, mas dispuestos a todo, irrumpieron en el círculo los *housecarls* de Cædmon. Éste los contempló y meneó la cabeza.

-Excelente. Estoy impresionado.

-Ejem, disculpadnos, *thane*, pero teníamos tanta hambre y... -comenzó Odric, pero Cædmon lo interrumpió con un gesto.

-¿Qué significa esto? -le preguntó al calvo, que intentaba estirar el cuello para evitar el contacto con la espada.

El tipo no respondió.

Alfred señaló al que yacía inconsciente en el suelo.

-Ese maldito bastardo intentó propasarse con una de las criadas y le desgarró el vestido. Lo que pasa es que esta chusma no entiende lo que significa no. Le eché una bronca y sus tres compinches cayeron sobre mí. Lamento que hayas tenido que molestarte, Cædmon. No volverá a pasar. Te aseguro que hoy es la última vez que bajo a la sala desarmado.

-¿Esta clase de cosas ocurre a menudo? -quiso saber el *thane*.

-De vez en cuando. Estos cuatro son los peores. También roban comida. Si es preciso, a los niños.

Cædmon se volvió hacia el calvo.

-¿De quién sois? -le preguntó en normando.

-De Hugh de Ryes.

-No lo conozco. ¿Dónde está?

-Con el sheriff de Norfolk.

-De modo que Hugh de Ryes se aloja en Fenwick y envía a su chusma a Helmsby. -Bajó el

arma y señaló la puerta con el mentón-. ¡Fuera! -Apuntó con el dedo al del suelo-. No os olvidéis de él, y llevaos a todos los vuestros. Y ahora, ¡largo! ¿A qué estáis esperando?

El calvo alzó la barbilla indignado.

-¡No podéis hacer eso! No tenéis derecho. Nos alojamos aquí por orden del rey!

-En ese caso te propongo que vayas a Gloucester a quejarte al rey. O a Hugh de Ryes, me da igual, pero si no os largáis en el acto haré que os azoten a todos. Y a eso tengo derecho, ¿sabes? -Al menos eso suponía, pues aquélla era una situación sin precedentes.

Los normandos fueron inteligentes y prefirieron curarse en salud. Sin dejar de refunfuñar, levantaron a su compañero, cogieron sus bártulos y se marcharon.

-Odric, Edwin, vigiladlos y aseguraos de que se esfuman.

Ambos *housecarls* se apresuraron a cumplir la orden.

Cædmon se volvió hacia su mayordomo.

-Creo que sería conveniente que nuestra gente montara guardia, Alfred. Mientras haya tantos extraños en Helmsby, las reglas serán distintas.

-Tienes razón, *thane*.

-La sala está abarrotada. Desaloja de aquí a todos los que puedas y acomódalos fuera: en el henil, la cilla, los establos, donde la cerveza, ya sabes, pero sólo se cocinará y hará lumbre aquí, lo último que queremos son incendios. No juntes a soldados ingleses y normandos, eso sólo trae problemas. Luego reúne a los *housecarls* y a todos los hombres de Helmsby y Metcombe que te parezcan adecuados y asígnales una guardia, día y noche. La cerveza se aguará desde ya mismo, no quiero ningún borracho aquí. Ejem, claro que eso no afecta a tu padre, aunque tendrá que ser discreto. Por cierto, ¿dónde está?

-¿Dónde va a estar? Pues con la tía Edith en Blackmore.

Cædmon sonrió.

-Sigue siendo muy emprendedor para su edad, ¿no? Creo que no bebemos lo suficiente, primo. Pero continuemos... El que no sepa comportarse o desacate tus órdenes será castigado o puesto de patitas en la calle. No tengas miedo de tomar medidas severas. Éstos de aquí son mercenarios, no inofensivos campesinos que van a la guerra porque han de servir en el *fyrd*. Si tienes presente que cada uno de estos tipos te cortaría el cuello sin vacilar para hacerse con tu bolsa, seguro que serás injusto con algunos, pero vivirás más. La mayoría de esta gente es escoria, ¿comprendes? El rey nos ordena que acojamos en nuestra casa a esta escoria y que nuestras esposas e hijas tengan que soportar su presencia, pero que me aspen si no puedo dormir tranquilo bajo mi propio techo.

Alfred asintió a todo.

-De acuerdo. Se hará todo como dices. -Respiró hondo y de pronto sonrió aliviado-. Dios, cómo me alegro de que estés en casa, *thane*.

Risueño, éste le dio unas palmaditas en la espalda.

-Después de lo que acabo de ver, primo, yo diría que te las arreglas muy bien tú sólito. Más cosas, Alfred. ¿Cuándo es la próxima *folcmot*?

-El sábado. Pasado mañana. ¿Por qué?

Cædmon lanzó un suspiro.

-Este acuartelamiento no es nada en comparación con lo siguiente que se le ha ocurrido al rey, pero de eso hablaremos después. Primero pongamos algo de orden en la sala.

-Conforme.

Alfred indicó a Gorm, Elfhelm y los demás que se acercaran y, acto seguido, se pusieron a hablar.

Cædmon se volvió hacia su primogénito, que había seguido toda la escena desde primera fila.

-Bien hecho, Ælfric.

-Oh, no sé -replicó el muchacho abatido-. Yo habría podido hacer lo mismo que tú, pero cuando tumbaron a Alfred pensé que lo matarían.

-Y lo habrían hecho. Y tal vez también a ti. Sé que eres bueno y rápido, pero para esa

gentuza hace falta algo más de experiencia de la que tú tienes.

Ælfric asintió y esbozó una débil sonrisa.

-Sobre todo no sé lanzar el cuchillo como tú. Nunca entenderé cómo lo haces.

Cædmon rió suavemente.

-Permíteme que guarde mis secretillos. Mira, ahí están el hermano Oswald y Richard.

El grupo de mirones se había disuelto en cuanto acabó la función, de modo que al menudo monje y al niño no les costó llegar hasta ellos. Cædmon fue a su encuentro.

-¡Richard!

Alzó a su hijo, lo besó en la frente y volvió a dejarlo en el suelo. Sabía que Richard no era muy amigo de las demostraciones de afecto en público; a decir verdad, sólo se dejaba besar voluntariamente por su madre y su hermana, y únicamente cuando nadie los veía. Ser el hijo menor del *thane* no le facilitaba las cosas; siempre que tenía ocasión hacía hincapié en su virilidad, y estaba ansioso por ser de una vez tan alto como Ælfric y Wulfnoth. Tras hacer una pequeña y perfecta reverencia ante su padre, se apartó el cabello de la frente y lo obsequió con una radiante sonrisa de sus increíbles ojos verdes.

-Bienvenido a casa, padre.

-Gracias, hijo.

Cædmon saludó también al hermano Oswald y después preguntó a preceptor y pupilo cómo se encontraban.

-Difícilmente podría irnos mejor -respondió Oswald, poniendo una mano en el hombro de Richard-. Lo único que no acaba de cuajar son las letras, ¿no es así? Tenemos una inteligencia realmente despierta, pero preferimos andar por el río y el bosque.

Cædmon le guiñó a Richard con complicidad.

-Está claro que en eso has salido más a tu padre que a tu madre.

Richard cambió diplomáticamente de tema.

-¿Ha venido Wulfnoth contigo?

-Sí. Y el príncipe Henry. Vamos arriba. Tú también, Oswald. Hay novedades sobre las que me gustaría oír tu opinión.

La centuria de Helmsby comprendía Metcombe, Helmsby y un puñado de pequeños caseríos contiguos, de manera que ya se encontraban allí casi todos los hombres que debían reunirse una vez al mes en Helmsby para celebrar la asamblea. Los restantes fueron llegando en el transcurso de la mañana del sábado. Cædmon mandó salir de la sala a todos aquellos a los que no se les hubiese perdido nada en la audiencia. Aconsejó a las mujeres, los niños y los siervos que se abrigaran bien y fueran a la iglesia mientras durara la *folcmot*, pues allí había sitio para todos. A los mercenarios que estaban allí acuartelados les advirtió que no causaran ningún problema en la aldea.

Finalmente se sentó a la mesa principal de la sala con su esposa, su mayordomo, sus hijos mayores y el anciano padre Cuthbert mientras los hombres libres de la centuria ocupaban los bancos o la paja.

-Éste es un duro invierno para todos -comenzó Cædmon después de saludar a la asamblea-, y no puedo prometer que la primavera vaya a ser mucho mejor. Nuestros graneros y bolsillos están casi vacíos, y sé que muchos teméis que las provisiones no alcancen para el invierno. Por desgracia, en semejantes tiempos triunfan especialmente la envidia y los celos, por lo que hago un llamamiento general para que recordéis el divino mandamiento de amar al prójimo y le ahorréis a esta *folcmot* las mezquinas contiendas entre vecinos, pues tenemos preocupaciones bastante serias. Y quisiera traeros a la memoria otro mandamiento: no robarás. El mayordomo y yo estamos de acuerdo en que el robo en tiempos difíciles es aún más imperdonable que de costumbre, y por consiguiente toda apropiación de posesiones ajenas será considerada como robo hasta nuevo aviso, lo cual significa que el ladrón cuya culpabilidad haya sido probada no se librará únicamente con la restitución del botín o el pago

de una compensación, sino que pasará a disposición del sheriff y del tribunal del condado. Supongo que estaréis todos conformes.

La respuesta fue un asentimiento general y un murmullo aprobatorio.

Cædmon se dirigió a Alfred.

-Veamos los casos pendientes.

-Hace dos meses, Wulfstan de Barton acusó a su vecino Cyneheard Rotschopf de robarle una vaca -empezó Alfred sin más-. Cyneheard no se presentó ni aquella vez ni la siguiente en la *folcmot* para dar su parecer sobre la inculpación. ¿Se halla hoy aquí? -Miró hacia donde se encontraban los hombres de la pequeña aldea de Barton.

Un hombrecillo delgado, de cabello llamativamente pelirrojo, se adelantó y sacudió la cabeza.

-No -dijo.

Alfred suspiró.

-Tú eres su hermano. Cynewulf, ¿no? -El mayordomo conocía a todos los hombres libres de la centuria por su nombre, sabía quién estaba emparentado con quién y tenía en la cabeza litigios presentes y pasados. Cædmon pensó que su primo tenía una memoria portentosa.

El tipo de Barton asintió.

-Así es. Y yo y todos los hombres honrados de Barton estamos dispuestos a jurar que mi hermano no es ningún ladrón.

-Sabes perfectamente que eso no sirve de nada mientras él no comparezca. Avísale de que el próximo mes es su última oportunidad. Si a la tercera citación no se presenta en la *folcmot*, se convertirá en un proscrito. Dile que se lo piense bien. En los tiempos que corren, un hombre es capaz de asesinar a otro sólo para quitarle la ropa que lleva puesta, y a un proscrito puede matarlo impunemente cualquiera. Siguiente caso. Edmund Zimmermann acusó a Osfrith Lügner de deberle el precio de una puerta de granero nueva. Dado que Osfrith es un conocido perjuro, no pudo evitar la demanda mediante un juramento de inocencia, por lo cual sería un juicio de Dios lo que decidiría. Padre Cuthbert, ¿cómo están las cosas?

-Edmund escogió la prueba del fuego. Según lo prescrito, Osfrith ayunó los tres días precedentes y después, también según lo prescrito, se sometió al juicio -graznó el anciano sacerdote-. Tres días más tarde la herida no se había gangrenado, y ya ha cicatrizado limpiamente.

Alfred asintió.

-Por consiguiente, Osfrith es inocente. -Pasó por alto el murmullo de indignación que se levantó alrededor del carpintero Zimmermann y miró al thane-. Eso era todo.

Cædmon se dirigió a la asamblea.

-Todo el que desee formular alguna queja puede hablar ahora.

Offa Offason, el hijo mayor del herrero, se levantó y se acercó a la mesa elevada. Llevaba vendado el ojo izquierdo.

-Winfrid Fischer me ha saltado un ojo, *thane* -anunció con amargura.

Cædmon miró con incredulidad a Winfrid, un huérfano de dieciocho años que se había criado en casa del padre Cuthbert y era el ser más pacífico que cupiese imaginar.

-¿Winfrid? -preguntó Cædmon.

El joven miró a su demandante y sonrió indulgente.

-Ibas borracho como una cuba y te caíste en un espino blanco, Offa. Cierto que el arbusto está ante mi cabaña, pero fuiste tú quien se cayó, y también fuiste tú quien se emborrachó sin mi... influencia.

La gente estalló en una carcajada.

Offa cruzó los brazos y se acercó a la mesa furioso.

-Juro que lo hizo él, y quiero el *wergeld* por el ojo.

Cædmon procuró que no se le notara lo mucho que detestaba al hijo del herrero ni cuánto le costaba creerlo. Estaba seguro de que Winfrid decía la verdad: Offa debía la pérdida del ojo a su embriaguez, pero quería sacar tajada de ello. No obstante, lo que Cædmon creyera o

dejara de creer carecía de importancia.

-Júralo, pues.

-Juro ante Dios y todos los santos que no presento esta demanda movido por el odio, la envidia o la ilegítima codicia -comenzó Offa.

Soltó la fórmula establecida de carrerilla, inexpresivamente-. Y juro ante Dios y todos los santos que Winfrid me ha saltado el ojo y que me corresponde un *wergeld*.

-El *wergeld* asciende a veinte chelines -informó Cædmon-. ¿Cómo lo ves, Winfrid? ¿Quieres pagar?

El muchacho sacudió la cabeza.

-Aunque quisiera, no podría. Y soy inocente.

-Tienes de plazo hasta la siguiente *folcmot* para encontrar doce conjurantes.

Para quedar absuelto no bastaba con que el propio acusado jurara su inocencia, sino que necesitaba que otros hombres juraran la veracidad de sus palabras. Dado que Winfrid no tenía parientes que pudieran respaldarlo, era posible que le costara dar con doce hombres, pues nadie se tomaba a la ligera el papel de conjurante. Con todo, si era necesario, Cædmon ayudaría al muchacho a hallar suficientes valedores. Eso no estaba prohibido.

-¿Alguien más? -inquirió Cædmon; y como nadie pidió la palabra, continuó-: Antes de que pasemos a la planificación de la aradura invernal y a otros asuntos de interés general, he de comunicaros algo.

-Para variar, *thane*, ¿qué tal si fuera una buena noticia? -gritó una voz cervecera desde las últimas filas y cosechó aplausos y risas.

Sonriente, Cædmon hizo un gesto negativo con la mano e inmediatamente recobró la seriedad.

-Tal vez la próxima vez, Byrtnoth -replicó-. Escuchad: al rey le interesa saber cómo les va a Inglaterra y a los ingleses. Quiere saber cuánta tierra posee cada uno, cuánto ganado, cuántos esclavos, cuántos molinos, cuánto bosque o cuántos pastos, qué arriendo debe cada cual y a quién y demás. Quiere saber cómo estaban las cosas en los tiempos del rey Eduardo, en el año de la conquista y hoy en día.

-¿Por qué no quiere saber cómo estaban en los tiempos del rey Haroldo? -se oyó otra voz, y de nuevo el resto prorrumpió en ovaciones y griterío.

«Dios mío -pensó Cædmon-, ¿por qué no pueden ser un poco disciplinados y limitarse a escuchar? ¿Por qué no pueden ser al menos de vez en cuando un poquitín normandos?» Mas no dejó que se le notara la contrariedad, sino que prosiguió:

-Para ello el rey enviará a hombres que recorrerán el país y realizarán una consulta. Eso es algo que os atañe a cada uno de vosotros y a mí también, al igual que a cada conde, abad u obispo. Se nombrará a seis hombres de confianza por aldea, los cuales prestarán una declaración jurada relativa a su situación económica y la de sus vecinos ante dichos funcionarios del rey. Quiénes serán esos hombres es algo que debo pensar detenidamente; os haré saber mi decisión el próximo mes. Los funcionarios reales anotarán todo lo que averigüen, y sus apuntes serán compilados en la escribanía real.

En la sala se hizo un silencio sepulcral. Cædmon intercambió una mirada con Aliesa antes de anunciar la más explosiva de sus novedades:

-Tras la debida evaluación de dichos apuntes, se establecerá de nuevo la tributación real.

Esta vez se produjo un tumulto. Los hombres se levantaron de los bancos de un salto, se pusieron a hablar con nerviosismo unos con otros, a soltar imprecaciones, a gesticular frenéticamente y a exteriorizar su indignación. Muchos le lanzaron preguntas a Cædmon. Éste aguardó a que el alboroto cesara, y cuando volvió a reinar el silencio dijo:

-Comprendo vuestra inquietud, y tampoco yo puedo decir que me agrade especialmente todo este asunto, pero ni a vosotros ni a mí nos han preguntado. Y después de todo no es ninguna catástrofe. Vendrán aquí, harán sus preguntas, anotarán vuestras respuestas y se irán. Sólo debéis tener en cuenta una cosa: no mentir bajo ninguna circunstancia. Pensad que haréis vuestras declaraciones bajo juramento, como aquí, en la *folcmot*. El que mienta no pecará

únicamente contra el rey, sino también contra Dios. Desconozco cómo lo castigará Dios, pero el rey hará cegar y castrar a los perjuros. Los que vengan serán normandos, de modo que sed lo más amables que podáis y no dejéis que se os note la rabia, así se irán antes. ¿Alguna pregunta?

Tenían multitud de preguntas, y Cædmon respondió con paciencia en la medida que fue capaz. Sin embargo, qué datos se debían dar en el caso de un campo cuya propiedad estuviera en entredicho, si los funcionarios del rey llegarían antes o después de la batalla y, sobre todo, cómo se calcularían los impuestos en el futuro eran cosas que tampoco Cædmon sabía.

-¿Pero al rey qué le importa cuántas ovejas tengo? ¿O cuántas jornadas de trabajo a la semana os debo por la tierra que he tomado en arrendamiento, *thane*? ¿Por qué quiere saberlo?

-No lo sé, Byrtnoth, pero él es el rey y puede preguntarles a todos sus súbditos todo aquello que despierte su curiosidad.

-A mí puede preguntarme lo que quiera, no tengo nada que ocultar -intervino el molinero de Metcombe. Hengest era un anciano, pero su postura seguía erguida, su voz, vigorosa como antaño, y su palabra conservaba el mismo peso entre los vecinos-. ¡Ese maldito bastardo ladrón ya me ha quitado todo lo que tenía!

Cædmon lo miró a los ojos.

-Construiremos Metcombe de nuevo, como siempre hemos hecho, y he dicho que os daré toda la simiente que pueda. Además, en mi sala no tolero ultrajes contra el rey Guillermo.

Cædmon hizo todo lo posible por quitarle hierro a la visita de los funcionarios reales y tranquilizar a la gente, pero en qué medida lo había logrado era algo que no sabría hasta que llegaran los funcionarios normandos. Muchos hombres parecían satisfechos y de buen humor, como sucedía al final de cada *folcmot*, cuando la reunión se disolvía y ellos se dirigían aprisa hacia el barril de cerveza más cercano, mas también había numerosos rostros reservados y ceñudos.

-No sabía que odiaran tanto a mi padre -dijo Henry abatido.

A propuesta de Cædmon, se había quedado en lo alto de la escalera y había escuchado toda la *folcmot*. Cædmon estimaba importante que el príncipe averiguara cómo estaba el alma del pueblo. Se hallaban sentados en familia en la alcoba de Aliesa y Cædmon, que habían cedido a Henry durante su visita.

-No es cierto, la mayoría no lo odia -contradijo Aliesa-. Es su rey desde hace veinte años y hasta la fecha siempre los ha defendido de los daneses. Hace tiempo que se han acostumbrado a él y también saben apreciarlo, pero a nadie le agrada que otro husmee en sus asuntos y pretenda ver qué y cuánto posee. Eso hiere el orgullo de muchos.

-«Husmear» no es la palabra adecuada -repuso Henry con vehemencia-. ¡Se trata de la base para calcular los ingresos de la legítima recaudación de impuestos de la Corona!

Wulfnoth le ofreció un vaso.

-Tomad, mi príncipe.

Henry bebió y torció el gesto.

-Aguamiel. Esta cosa es demasiado dulce para mi paladar, Wulfnoth.

-Pero es tranquilizante -contestó el muchacho con seriedad.

Henry lo miró ceñudo y de pronto rompió a reír.

-Valiente Wulfnoth. Tienes una forma muy elegante de decirme que no me comporto debidamente. -Arrepentido, se inclinó ante Aliesa-. No pretendía ser brusco contigo. Es sólo que... me ofende que ese anciano haya llamado a mi padre «maldito bastardo ladrón».

-No creas que no he sentido lo mismo -convino Aliesa.

Cædmon estaba junto a la ventana con los brazos cruzados.

-Hengest es incorregible y siempre lo será. Es viejo y vive en el glorioso pasado anglosajón. Es un rebelde, pero no habla por la mayoría, créeme, Henry. Sin embargo, tal

como dice Aliesa, los planes del rey tocan la fibra sensible de la gente. Cuantos menos pierdan la cabeza con toda esta historia, mejor.

-Habrá quien se oponga a las consultas -opinó Alfred preocupado-. Tal vez no aquí, pero sí en otra parte. Todo dependerá en gran medida de cómo traten a la gente los funcionarios de vuestro padre, mi príncipe. De lo razonables y pacientes que sean.

-Bueno, entre ellos habrá al menos un hombre razonable y paciente -dijo Cædmon mirando el techo-. Además de inteligente, apuesto, intrépido..., ¿qué más? Ah, sí, modesto, claro.

Todos lo miraron sin entender.

-¿A quién te refieres? -quiso saber Ælfric.

El hermano Oswald rió para sí.

-Me temo que no te han reconocido por tu descripción, Cædmon.

-¿Tú? -espetó Aliesa, desconcertada-. ¿Que el *thane* de Helmsby ha de ir por Inglaterra con los escribas reales vagabundeando y contando ovejas? ¿A qué necio se le ha ocurrido semejante desatino?

-A este necio -reconoció Cædmon imperturbable-. Para el sondeo, Inglaterra será subdividida en siete comarcas. Serán siete los grupos que realicen la consulta. Uno cubrirá Norfolk, Suffolk y Essex, que será al que acompañaré yo. Siempre y cuando no vengan antes los daneses.

-Pero ¿por qué quieres hacerlo? -preguntó el príncipe sorprendido.

-Para hacer de traductor de los escribas normandos y los campesinos ingleses. Para ayudarlos a que se entiendan, tanto literalmente como en los demás sentidos. -Miró al príncipe-. Para eso me tomó a su servicio tu padre, ¿sabes?

Según informaron los espías del rey entusiasmados, los daneses se habían peleado, debido a lo cual por el momento no tenían tiempo de invadir Inglaterra. Era evidente que al rey Canuto le costaba mantener unidas a las tripulaciones de sus barcos. Los siempre intrépidos daneses temían enfrentarse con el invencible Guillermo y cada noche desaparecían unas docenas de soldados del campamento de Canuto. De manera que, conforme a lo convenido, Cædmon emprendió el viaje con los comisarios reales. Y en efecto, su presencia en las consultas resultó beneficiosa y ayudó a las gentes a vencer recelos y temores. Pese a todo, a menudo la tarea era difícil y desagradable. Hubo resistencia e incluso revueltas sangrientas. Nunca antes se había realizado un censo así, nadie había oído nunca nada semejante, y en consecuencia fueron grandes la suspicacia y la indignación. Además, resultó más laborioso de lo que Cædmon pensaba, pues los escribas normandos con frecuencia no sabían qué palabras latinas debían emplear para los estamentos anglosajones y las particularidades del derecho de propiedad inglés. A mediados de junio regresó a casa, exhausto y aliviado.

-¿Tanto te has aburrido que te han salido canas o es sólo polvo? -bromeó Aliesa cuando lo saludó en la sala, y se lo sacudió sonriente antes de permitirle atraerla hacia sí.

Como siempre, su esposo hundió la nariz en su cabello y respiró hondo.

-Apenas se ve nada en el camino con tanto polvo -le explicó-. A nosotros no nos ha llovido ni un solo día. ¿Y por aquí?

-Ni gota. Alfred dice que es la primavera más seca que ha vivido East Anglia. Le preocupa la cosecha.

-A Alfred siempre le preocupa la cosecha -repuso Cædmon, y cogió agradecido el vaso que le ofreció una criada. Tenía el gaznate seco. Echó un vistazo alrededor mientras bebía-. Me alegro de que esto esté vacío.

-Sí, gracias a Dios. Han destinado a los soldados a Norwich, y la gente de Metcombe ha vuelto a la aldea para levantar sus casas de nuevo y labrar sus campos.

Él asintió.

-Lo sé. He estado allí. En compañía de tu hermano, por cierto. Los sheriffs estaban obligados a acompañar a los comisarios y, como era de esperar, Lucien se tomó muy en serio

sus obligaciones.

-¿Os habéis peleado? -inquirió ella.

Cædmon dejó el vaso vacío en la mesa y se sentó.

-No. Como sabes, nos tratamos con amabilidad desde hace años. Casi siempre. Me ha dicho que Beatrice se encuentra de nuevo en estado de buena esperanza.

Ella tomó asiento a su lado y agarró su mano.

-Como yo.

Cædmon levantó la cabeza sorprendido.

-¿Es cierto? Dios mío, no tengo más que mirarte y ya está.

Aliesa rió con suavidad.

-Tal vez tenga que ver con el hecho de que cada vez que me miras me conoces.

Él sonrió y no dijo nada. Le remordía la conciencia. Después de Matilda, Aliesa había sufrido dos abortos. Su esposa ya tenía treinta y cinco primaveras, y con cada año el riesgo era mayor.

-Es hora de que nos contengamos un poco -musitó él a disgusto.

A Aliesa le costó no esbozar una sonrisa de escepticismo.

-Ya te recordaré yo tus buenos propósitos a su debido tiempo.

-¿Y cómo te encuentras?

Ella le restó importancia al asunto y cambió de tema.

-El rey desea que vayas a verlo a Westminster lo antes posible. Eadwig estuvo aquí dos días poco después de Pentecostés y me dio la noticia.

Cædmon se mesó el cabello. No quería ir.

-Ahora no quiero dejarte sola -dijo.

-No es preciso que lo hagas. La invitación es válida para los dos. Eadwig dice que la corte vuelve a ser suntuosa, y el domingo de Pentecostés el rey nombró caballero a Henry. Wulfnoth no cabe en sí de orgullo por su príncipe...

-Aliesa, deja que vaya solo a ver al rey. Te disculparé. Ni siquiera tendría que mentir, ya veo que no estás bien.

Ella negó con la cabeza.

-Ni hablar. No te preocupes, nunca me encuentro bien cuando estoy encinta, eso no significa nada. Sin embargo, has estado más de tres meses fuera y no quiero que nos separemos tan pronto.

-No, a mí tampoco me agrada -convino él-. Pero sería mejor así, créeme. El rey cada vez está más... difícil, más melancólico. Y detesta ver a dos personas felizmente casadas.

Aliesa se levantó, dándole a entender diplomáticamente que no quería seguir hablando del tema.

-He de hablar con Irmingard y el ama de cría y hacer algunos preparativos. Nos veremos en el almuerzo. Y si, excepcionalmente, quieres un consejo de tu esposa, date un baño.

Winchester, julio de 1086

-Me alegro de que hayáis aceptado mi invitación sin pérdida de tiempo, *thane* -bramó el rey, si bien permitió con un gesto indolente que Cædmon se levantara.

-Llegamos algo tarde a Westminster, *sire*. Allí nos dijeron que estabais en Londres. Al llegar a la Torre, el comandante nos informó de que ya habíais partido hacia Oxford y...

-Sí, sí, muchas gracias, estoy perfectamente al corriente de mi itinerario en estas últimas semanas. ¿Tenéis algo que objetar a que inspeccione mi reino y mis propiedades?

-Ejem..., creo que no, *sire*.

Guillermo lo miró a los ojos. Su rollizo rostro no reflejaba emoción alguna, mas la mirada de aquellos ojos negros era tan amenazadora que Cædmon empezó a sudar. Se mordió la

lengua y recordó que el rey había perdido por completo el sentido del humor que tal vez tuviera un día y que los comentarios mordaces en su presencia eran más peligrosos que nunca.

Guillermo había engordado. En una de las comilonas que tanto gustaba de celebrar con sus íntimos, Rufus comentó que su padre parecía un sapo hinchado. Cædmon le aconsejó que cuidara su lengua y redujera el consumo de vino, pero, como la mayoría de las veces, Rufus había dicho la verdad. Nadie era capaz de explicarse cómo había engordado tanto el rey. Desde que falleciera la reina, comía y bebía con menos ganas aún que antes. Entre los ingleses corría el rumor de que devoraba todo el oro y la plata que le arrebataba al pueblo... Con todo, la corpulencia no había hecho de Guillermo un ser bondadoso, como era el caso de tantos otros obesos. Unida a su gran estatura, sólo lo había vuelto aún más compacto, imponente y amenazador. Todo aquel al que se acercaba el rey debía reprimir el instinto de retroceder.

Mas de nuevo Cædmon se libró. Guillermo se recostó en el amplio sillón y cruzó las piernas.

-¿Qué opináis de la Torre?

Cædmon no tuvo necesidad de fingir entusiasmo.

-Es grandiosa. Un castillo de piedra blanca. He de admitir que cuando comenzaron las obras no me decía gran cosa, pero las promesas de vuestros maestros de obras no eran exageradas. Es posible conjugar belleza y fuerza. No cabe duda de que la Torre de Londres es el más hermoso de vuestros castillos, *sire*, e inexpugnable.

Guillermo lo observó meditabundo un instante, ladeó la cabeza y dijo:

-Ojalá hubiese más ingleses como vos, que aprendieran de tan buena gana de los normandos, que no confundieran orgullo con terquedad.

Cædmon sacudió la cabeza.

-Todos los ingleses aprenden de los normandos, y viceversa. Y en lo tocante a la terquedad, creo que los normandos son iguales que los ingleses.

-Quizá tengáis razón. En efecto eso parece, viendo a mi hermano Odo y a mi hijo Robert. Hacedme el favor de servirme un vaso de sidra, *thane*.

«No soy tu copero, pero si no hay más remedio», pensó Cædmon; se acercó a la mesa que había bajo la pequeña ventana y llenó una copa de plata y piedras preciosas de una jarra a juego.

-¿Deseáis que lo pruebe primero, sire?

Guillermo sonrió sin rastro de humor.

-No. Ya lo ha hecho el criado que me la ha traído, y vos sois el único hombre del mundo al que no creo capaz de echar veneno en mi vaso.

Cædmon no sabía si sentirse halagado u ofendido, así que le tendió la copa sin decir nada.

-Habladme del censo, Cædmon. ¿Cooperaron mis súbditos? ¿Estuvieron mis funcionarios a la altura del cometido?

«No», habría sido la respuesta más franca, pero Cædmon echó mano de la diplomacia. Describió las dificultades con que se habían encontrado y finalmente dijo:

-A pesar de todo estoy seguro de que los resultados son lo bastante precisos como para cumplir su finalidad. Y, a mi juicio, las declaraciones de las gentes se ajustan a la verdad, ya que temen vuestra ira.

El rey bebió un trago.

-Bien.

-A muchos ya les intimidaba la consulta en sí, y naturalmente les resultaba inquietante que todo lo que dijeran fuese anotado. Un sacerdote de Colchester preguntó si se trataba del libro que abriría el ángel en el Juicio Final. Se oyeron risas, pero la voz se corrió, y ahora en todo el este lo llaman el Domesday Book: el Libro del Día del Juicio Final.

Guillermo puso cara de burla.

-Así será, al menos para aquellos cuyas declaraciones sean falsas.

-¿Y cómo va la evaluación? -preguntó Cædmon.

-Más lenta de lo que me gustaría, aunque mi primera impresión es que puedo estar más que satisfecho. A fin de cuentas, Inglaterra es un país productivo, bien ordenado y administrado.

Cædmon asintió. Él había llegado a la misma conclusión y también había pensado que veinte años de paz, sin ataques daneses, marcaban la diferencia. Un mérito de Guillermo, indudablemente. Pese a los elevados impuestos, a la mayoría de la gente le iba mejor que antes de la conquista, sobre todo en el campo. La cosa únicamente era distinta en Northumbria, donde causaran estragos los jinetes de la muerte. Los funcionarios reales que llevaron a cabo la consulta en el norte se encontraron con amplias regiones igual de despobladas que antes y escribieron una única frase: Hoc est wasta, «esto es un erial».

-Con todo, instituiré nuevas comisiones para que comprueben la encuesta -interrumpió el rey sus pensamientos-. Y esta vez sólo serán extraños los que interroguen a la gente. Ni su sheriff ni, sin duda, su *thane*.

Cædmon se asustó.

-Pero... la gente no lo entenderá.

-¿Y a mí qué me importa? Yo mismo atravesaré el país para ir al encuentro de la maldita flota danesa y me aseguraré de que se siguen mis instrucciones.

-*Sire*, causaréis disturbios.

El rey se levantó de su asiento con asombrosa agilidad.

-¿Ah, sí? Bueno, tal vez debería anunciar que, hasta que concluya la consulta, tomaré de rehén al *thane* de Helmsby y que lo haré cegar en cuanto el primer inglés oponga resistencia a mis comisarios.

Cædmon sintió la familiar punzada de miedo que siempre le causaban las amenazas de Guillermo, pero al menos había aprendido a ocultarle sus sentimientos.

-¿Sólo cegarme, mi rey? Eso es algo que sufren tantos ingleses a diario que no impresionará a nadie.

Por un instante temió que aquella huida hacia delante fuera su perdición. Los ojos de Guillermo se empañaron, la tristemente célebre iracundia que en los últimos años lo dominara más que nunca amenazó con estallar, y Cædmon sabía que, de ser así, podía pasar cualquier cosa, podían desencadenarse los más terribles acontecimientos con inusitada rapidez. Mas esa vez tuvo suerte. El rey se limitó a arrojarle la copa de plata. Cædmon se agachó y el proyectil le pasó rozando la cabeza. Le cayó un chaparrón pegajoso con aroma a manzana antes de que el vaso rebotara ruidosamente contra la pared y rodara por las baldosas ya abollado.

-Quitaos de mi vista antes de que pierda la cabeza -aconsejó el rey inexpresivo.

Los príncipes, Eadwig y los hijos de Cædmon habían ido de caza al Nuevo Bosque, de modo que el *thane* sólo tuvo ocasión de saludarlos por la noche, en la sala.

-¡Cædmon! -Rufus le dio un cordial abrazo-. Gracias a Dios que ha vuelto el domador de leones.

-No digas eso -gruñó el aludido, malhumorado.

Rufus rió alegremente. Era una risa bella y contagiosa. A veces Cædmon pensaba que Rufus reunía de un modo realmente incompatible la personalidad de sus dos progenitores, y aquella risa sin malicia y afectuosa era uno de los regalos más hermosos que le había legado su madre.

-¿Acabas de volver y ya habéis vuelto a reñir? -preguntó el príncipe-. Deberías dejar de provocarlo innecesariamente de una vez. Un día cumplirá sus amenazas.

Furioso, Cædmon asintió.

-Igual que el león siempre acaba despedazando a su domador.

-¿Qué ha ocurrido? -preguntó Aliesa. A diferencia de a Rufus, a ella no le hacían ninguna gracia las peleas de Cædmon con el rey. Siempre temía que la ira de Guillermo (la única debilidad que no tenía medida en él) terminara siendo la causa de su ruina.

Cædmon le quitó importancia al asunto.

-No vale la pena comentarlo.

Rufus miró a Aliesa con desagrado. «Es posible que ni siquiera se dé cuenta de que tiene el entrecejo fruncido», pensó Cædmon. A decir verdad, el príncipe no era muy amigo de las mujeres; en su trato con ellas era aún más torpe que Guthric y, por lo general, parecía considerarlas una molesta plaga, algo así como un montón de niños ruidosos. Henry, por el contrario, hizo una elegante reverencia ante Aliesa, como de costumbre dio la impresión de estar encantado de verla y le preguntó con sincera preocupación:

-¿No te encuentras bien? Te veo muy pálida.

Risueña, ella le puso la mano en el brazo.

-Es un verano caluroso, mi príncipe, y el calor no me sienta bien. Pero aparte de eso gozo de excelente salud.

-¿Está embarazada? -le susurró Ælfric a su padre al oído con una franqueza más bien inglesa.

Cædmon asintió con la cabeza y casi imperceptiblemente.

Eadwig, que se hallaba un tanto apartado hacia la izquierda con Leif y Wulfnoth, aguzó el oído y anunció en voz baja:

-Ahí viene el rey.

El pequeño círculo se disolvió, dispersándose casi con culpabilidad. Los cuchicheos despertaban con facilidad el recelo de Guillermo. Los príncipes tomaron asiento en la mesa principal, Cædmon, Aliesa y Eadwig ocuparon los suyos en el extremo superior de la mesa izquierda, y los donceles Ælfric y Wulfnoth se dirigieron al extremo inferior.

Se sirvió un plato de pescado más bien modesto. Al margen de las tres fiestas que se celebraban anualmente en la corte, durante los últimos años en la mesa de Guillermo se comía casi con frugalidad, sobre todo los viernes. El obispo de Sarum, invitado de la mesa principal, se quedó mirando sin ganas el insípido bacalao.

-Lamento que las comidas de mi sala no sean de vuestro agrado, *monseigneur* -dijo Guillermo, esbozando una engañosa sonrisa.

El obispo se sobresaltó.

-Naturalmente que no, *sire*... -Y para demostrarlo se llevó apresuradamente una cucharada a la boca.

-Entonces, bien -replicó Guillermo-. Es grave que un obispo conceda excesiva importancia a los placeres de la mesa y demás fruslerías mundanas.

-Tenéis toda la razón -lo secundó el obispo.

El rey asintió satisfecho y añadió en tono distendido:

-La abstinencia es el único camino hacia la virtud, o eso me parece a mí. Una vez conocí a un obispo que era incapaz de resistir las tentaciones de la carne, ya se tratara de fresas o de bellas mujeres. ¿Y sabéis dónde está hoy?

-Padre, os lo ruego -musitó Henry a su lado, lanzando un suspiro.

El rey desoyó a su hijo y clavó la mirada en su invitado.

El obispo, un anciano algo más voluminoso que Guillermo, bajó la cuchara despacio. La mano le temblaba y su cara de luna llena palideció. Sabía perfectamente de qué obispo estaba hablando el rey, pero no sabía qué error había cometido él para que Guillermo lo amenazara tan inequívocamente. Según las leyes que el rey introdujera en Inglaterra junto con Lanfranc y conforme a los deseos del Papa, no podía juzgar a ningún obispo, monje o sacerdote. Sin embargo, desde que Odo fuera detenido, ningún religioso se sentía a salvo de la arbitrariedad del rey.

-*Sire*, si he hecho alguna cosa que haya quebrantado vuestra confianza en mí...

-No hay nadie entre mis vasallos, mi consejo o mi familia que siga gozando de mi absoluta confianza, *monseigneur* -sentenció el rey, lapidario.

-Dios mío, *sire*, ¿cómo podéis decir algo así? -musitó Henry, que todavía no se había acostumbrado a aquellas injusticias que clamaban al cielo y que su padre últimamente soltaba sin vacilar.

-Una palabra más y abandonas la sala, Henry -bufó Guillermo sin siquiera mirarlo.

-Sí, será mejor que cierres el pico -aconsejó Rufus a su hermano.

El obispo sacudió la cabeza como si hubiese recibido un golpe en el rostro.

-Pero, sire... ¡Todos vuestros vasallos, todos vuestros súbditos os son leales! ¿Acaso no os han prestado juramento de fidelidad?

-¿Y quién no lo ha roto alguna vez? -replicó el rey sin inmutarse.

-Roger de Montgomery, Guillaume de Warenne, Robert de Beaumont -empezó a enumerar Henry, pero al captar la mirada asesina de su padre se puso en pie y se encaminó a la puerta mientras proseguía imperturbable-: Ralph Baynard, De Mandeville, Cædmon de Helmsby, Lucien de Ponthieu, el arzobispo de York, el obispo de Durham, el conde de... -Su voz se fue extinguiendo y, en el incómodo silencio que se hizo en la sala, Cædmon y Aliesa intercambiaron una sonrisa con disimulo.

-*Sire*, si habéis perdido la confianza en la lealtad de vuestros vasallos, dadles la oportunidad de renovar su juramento -pidió el obispo. Era evidente que la denodada resistencia de Henry lo había ayudado a recuperar su corpulenta compostura, mas la desconfianza que el rey manifestara en general contra la nobleza pareció afectarle sobremanera.

Guillermo resopló y apartó la escudilla del puchero intacta.

-¿Y cómo hacerlo, según vos?

El obispo se encogió de hombros.

-Nada más fácil. Convocadlos a todos a vuestra próxima asamblea.

-Por desgracia la próxima asamblea no será hasta Navidad, *monseigneur*, y este año tengo la intención de celebrar la fiesta en Normandía.

-Entonces convocad una asamblea extraordinaria antes de que os vayáis al continente. -De repente al obispo se le ocurrió una idea, y sus ojos se iluminaron-: Hacedme el honor de celebrar la asamblea en Sarum, *sire*. Permitid que mi villa sea el escenario del nuevo e inviolable juramento de fidelidad de todos vuestros vasallos ingleses.

De pronto el malhumorado rostro del rey resplandeció.

-Me parece una idea excelente, *monseigneur*. Y sé apreciar vuestra invitación. No os imagináis lo que cuesta organizar tres fiestas al año.

El obispo se lo quedó mirando boquiabierto, profundamente sorprendido. Ni que decir tiene que en ningún momento había pretendido dar a entender con su propuesta que asumiría los desorbitados gastos de semejante reunión. De repente su frente se perló de sudor, pero antes de que pudiera pensar una respuesta, antes incluso de que comprendiera el descaro con que lo habían hecho caer en la trampa, el menor de los príncipes entró en la sala a la carrera.

-¡Henry, esto es de todo punto imperdonable! -bramó el rey, y Cædmon se preguntó quién además de él sabía cuánto desconcertaba al rey el comportamiento de su benjamín, cuánto respeto le infundía.

Henry alzó la diestra y a punto estuvo de interrumpir al rey.

-Lo sé, *sire*, pero mis nuevas son tan buenas que espero me perdonéis una vez más.

Guillermo apretó los labios y cruzó los brazos.

-Mejor no cuentes con ello. Soy todo oídos.

-Acaba de llegar un mensajero de Canterbury -comenzó Henry-. El arzobispo ha recibido noticias de uno de sus... recolectores de noticias de Dinamarca. El rey Canuto ha muerto, padre.

Guillermo casi se levantó de un salto, al igual que todos los presentes.

-¿Seguro?

Henry asintió.

-Es una fea historia. De no tratarse de tan feliz coincidencia para Inglaterra, ciertamente no habría motivo de alegría. El rey de Dinamarca fue traicionado, hecho prisionero por sus adversarios y llevado a la ciudad de Odense, en cuya iglesia fue asesinado.

En la sala se produjo un pequeño revuelo. La gente se puso a hablar agitadamente entre sí.

El rey se persignó y pidió a Dios clemencia para el soberano de los temidos daneses, alevosamente asesinado, pero, igual que los otros, experimentó un inmenso alivio. Sonriente, posó sus manos en las mejillas de su hijo menor y lo besó en la frente en señal de perdón.

-Los caminos del Señor son verdaderamente inescrutables, Henry, mas démosle las gracias por habernos evitado ese peligro y brindemos con renovada decisión y en alabanza de su nombre para que podamos enfrentarnos a todos los que aún nos acechan.

Todos levantaron gustosos los vasos. De pronto en la sala reinaba un ambiente relajado, casi eufórico. Sólo Eadwig bajó la cabeza y lloró por el rey de Dinamarca.

Helmsby, agosto de 1086

Las tormentas de las últimas noches habían dejado grandes charcos en el patio del castillo, aunque la hierba estaba y seguiría estando agostada. Tras la lluvia, había adoptado un color oscuro, pardusco, y desprendía un perfume embriagador, como de heno mojado.

Cædmon llevó a Frison a la cuadra. Como no había nadie, dejó que sus acompañantes, Odric y Elfhelm, se ocuparan de los caballos.

Cuando se dirigió al puente levadizo, el mayordomo lo estaba esperando en la puerta, como tantas veces.

-Bienvenido a casa, *thane*.

-Gracias, Alfred. ¿Cómo andan por aquí las cosas con la peste bovina?

Cruzaron el puente y Alfred sacudió la cabeza desanimado.

-Es terrible. Mueren más deprisa de lo que nosotros recogemos los cadáveres de los pastos.

-¿Y qué hay de nuestros animales?

Subieron la escalera, y Alfred le abrió la puerta.

-Todavía nos quedan dos vacas lecheras y un ternero, pero ni un solo buey.

La sala estaba desierta. La turbia luz del encapotado y sofocante día de agosto entraba por las pequeñas ventanas e iluminaba las abandonadas mesas y las frías cenizas del hogar.

Cædmon se dejó caer en el primer banco que vio, como si de repente le flaquearan las piernas.

-¿Los dieciséis bueyes muertos? ¿Y sólo quedan dos vacas? ¿De veinticinco?

Alfred se sentó a su lado y bajó la cabeza.

-Sí. Es más o menos la media. De cada veinte animales perecen diecinueve.

-Santo cielo... -Confuso, Cædmon se pasó la mano por el mentón y el cuello. Aquello era una catástrofe.

-Te traeré un vaso de cerveza, Cædmon. Aquí no hay nadie. He mandado a los campos a todo el que puede trabajar, incluso ancianos y niños, para salvar todo lo que sea salvable de la cosecha.

La persistente sequía de la primavera y el verano ya había sido bastante mala, pero el temporal que había empezado casi al mismo tiempo que la época de la recolección había ocasionado los mayores daños.

Cædmon sacudió la cabeza y le puso la mano en el hombro.

-Déjalo, ya voy yo. Estoy seguro de que prefieres volver al trabajo. ¿Sabes dónde está mi esposa?

Alfred señaló la escalera.

-Con el hermano Oswald y los niños.

-Bien. Subiré a saludarlos y luego iré a ayudarte.

-¿No has traído a Ælfric y Wulfnoth? ¿O a Eadwig? -preguntó su primo, esforzándose sin mucho éxito por desterrar de su voz el vago reproche. Alfred opinaba que en una crisis como aquélla todos los hombres de la familia debían acudir a casa.

Cædmon se levantó y negó con la cabeza.

-El rey irá pronto al continente y se llevará a sus hijos. Los príncipes, por su parte, irán con sus caballeros y donceles. Por eso no ha podido venir a casa ninguno. No es culpa suya, ¿sabes?

-No, claro que no. Al menos hemos tenido la suerte de que el rey no te haya arrastrado a ti también.

Aliesa dijo lo mismo ya por la noche, en la cama, cuando por fin pudieron hablar a solas.

-Me alegra y agradezco que el rey te haya dejado aquí, pero me cuesta creer que lo haga movido por el respeto y la bondad. ¿Qué pasa? ¿Os habéis peleado?

Cædmon la miró con incredulidad.

-¿Peleado? El que se pelea con el rey no vuelve a casa sano y salvo. No, no. No ha sido por nada; al fin y al cabo me deja casi siempre que va al continente. Está reclutando tropas de nuevo. Dijo que cuando todo estuviera listo, me haría llamar.

-¿Cuando esté listo qué?

Cædmon no respondió de inmediato. A lo lejos resonaban los truenos, y miró a la ventana distraído y ceñudo antes de decir:

-No lo sé. Creo que nadie lo sabe. Tanto Robert, el hermano del rey, como Montgomery me han preguntado en confianza si podía contarles algo de los planes de Guillermo. Pero, como de costumbre, seguro que será algo colosal.

-¿Crees que por eso os hizo acudir a todos a Sarum la semana pasada para prestarle un nuevo juramento?

Su esposo asintió. Se oyó otro trueno, esta vez mucho más cerca.

-¿Qué tal fue? -preguntó ella con curiosidad.

Cædmon se encogió de hombros.

-Fue... muy conmovedor. Perfectamente escenificado, como siempre. Me parece que hasta al propio Guillermo le emocionó ver a doscientos o trescientos hombres arrodillados ante él jurándole lealtad con el mayor de los fervores.

-¿Tantos? -inquirió ella asombrada.

-Sí. No sólo fueron llamados a prestar juramento los vasallos de la Corona, sino también los subvasallos más notables. -Sonrió-. Había *thanes* ingleses que aún no habían estado en la corte, y no me perdían de vista y hacían todo lo que yo hacía. Al final Guthric estuvo hablando a solas con ellos y les explicó que lo de frotarse el mentón contra el hombro cuando algo me incomodaba era una manía mía y no una costumbre normanda que hubiese que imitar...

Aliesa se echó a reír.

-¿Es cierto? -quiso saber Cædmon, aún incrédulo-. ¿Tengo esa manía?

Ella le acarició la mejilla y lo besó.

-Pues claro. ¿Acaso no lo sabías? Es así desde que te conozco. Pero no te la quites, querido. Es maravillosa.

Él refunfuñó antes de proseguir:

-De todos modos fue un acontecimiento memorable y, a mi juicio, cumplió su cometido. El rey parece volver a confiar plenamente en la lealtad de sus vasallos, y a la inversa, incluso los provincianos más enojados de entre sus vasallos han tomado nueva conciencia de lo que significan la majestad y la lealtad feudal. Lo seguirán sea cual fuere el infernal plan que está tramando esta vez, y él lo sabe. Abandonó Sarum eufórico. Todos estaban eufóricos. Todos menos el obispo, se entiende. Yo diría que está arruinado.

Un cegador rayo iluminó un instante la fantasmal cúpula de nubes del nocturno cielo.

-Si el tiempo sigue así, pronto lo estaremos todos -musitó Aliesa con inquietud.

Aquella tormenta fue la peor que Cædmon había vivido. Incluso el tío Athelstan contó a la

mañana siguiente que no recordaba nada comparable.

Los truenos eran un retumbar continuo que se tornaba en estrépito ensordecedor cada vez que un rayo caía en un lugar cercano. Resplandecían sin tregua en el cielo azabache, y el paso de la oscuridad a la deslumbrante luz hería la vista. El viento aullaba furioso, haciendo que la copiosa e incesante lluvia se colara por la ventana y arrancando gemidos a las vigas de la sala con su azote. Cædmon y Aliesa estaban en la cama, mirando fijamente fuera, estrechamente abrazados y temerosos. Y cuando creían que la tormenta empezaba a ceder, cuando el viento amainó y los truenos parecían perderse a lo lejos, empezó a granizar.

Cædmon se levantó de la cama y corrió a la ventana.

-Oh, no, por favor...

Los rayos le mostraron la terrorífica estampa: enormes granos golpeaban fragorosamente la tierra, algunos gruesos como huevos de gallina. Cayeron desde el cielo durante interminables minutos, hasta cubrirlo todo de un manto blanco y mortal, y aplastar las espigas que aún quedaban en el campo.

-¿Qué estás haciendo, Dios mío? -musitó Cædmon con voz ronca-. ¿Asolas la tierra con plagas porque el corazón del rey es como el pedernal?

Aliesa se acercó a él. Sin darse cuenta, se había protegido el abultado vientre con las manos.

-¿Cædmon?

Éste la miró y dijo:

-Primero la epidemia del ganado, ahora el granizo. ¿Qué será lo próximo? ¿Langostas?

Obtuvo la respuesta antes de lo que habría deseado. Llamaron a la puerta y Alfred preguntó:

-¿*Thane*?

Cædmon percibió en su voz que su primo era portador de malas noticias, y cerró un instante los ojos.

-Pasa, Alfred.

La puerta se abrió de golpe. Alfred apareció en el umbral con un candil de aceite, el rostro pálido al débil resplandor titilante.

-Cædmon, ha caído un rayo en el granero. Está en llamas. El poco grano que teníamos se ha perdido.

Cædmon oyó el sordo grito de espanto de Aliesa y le pasó el brazo por los hombros, mas no podía ofrecerle mayor consuelo. Se paró a pensar, desconcertado, en la vertiginosa rapidez con que un hombre adinerado podía arruinarse, y en cómo podía irse al infierno la seguridad que uno creía tener.

-Pasaremos hambre -anunció.

A la mañana siguiente Cædmon y Alfred fueron a la aldea y después a Metcombe por la orilla del Ouse para comprobar la gravedad de los daños, mientras Aliesa, Irmingard, el tío Athelstan y el hermano Oswald intentaban calmar a la asustada gente del castillo y la heredad y tomar las primeras medidas para el invierno de carestía que se avecinaba. Las provisiones fueron estrictamente racionadas y todos los almacenes, cerrados a cal y canto en el acto. A partir de ese momento la cocinera sólo iría por alimentos en compañía de Aliesa, y nadie podría visitar ya entre horas la despensa y comer un pedazo de pan o beber un trago de cerveza.

Richard, Matilda y los demás niños se percataron de que los adultos estaban preocupados y se comportaban de forma extraña. Matilda se mostraba inusitadamente tranquila, miraba alrededor con los ojos como platos, inquietos, y no dejaba a su madre ni a sol ni a sombra. Richard procuró que no se le notara el miedo, pero ni siquiera pudo probar bocado del frugal desayuno que le sirvió Helen. Cædmon no vaciló en llevarlo consigo, lo sentó ante sí en la silla y por el camino le explicó lo ocurrido. Creía que no tenía sentido engañar a su hijo, pues

tarde o temprano se daría cuenta de que no tenían suficiente comida para el invierno. Era mejor que se fuera haciendo a la idea.

-Pero tenemos dinero -le recordó el muchacho-. ¿No podemos comprar trigo?

-Tenemos dinero, pero poco -corrigió Cædmon-. Tuvimos que pagarle al rey cuantiosos impuestos, ¿entiendes? Y como toda Inglaterra se ha visto afectada por la mala cosecha, los cereales valdrán más. Además, hemos de comprar al menos ocho bueyes, ya que si no podemos arar en invierno, nunca volveremos a cosechar nada. -Se interrumpió de súbito al caer en la cuenta de que, debido a la peste, también se dispararía el precio de los bueyes.

-Entonces, ¿no vas a recibir ningún dinero después de la cosecha? -quiso saber Richard-. Hay muchos campesinos que te deben el arriendo.

-Pero la mala cosecha los ha perjudicado igual que a nosotros, también han muerto sus bueyes y han de reunir los diezmos de la iglesia y de San Peters-Penny, esos que el rey cobra todos los años el día de San Miguel y envía al Papa de Roma. No, creo que será mejor que no contemos con la recaudación de los arriendos.

Richard aún tenía otra idea.

-¿Y nuestro bosque? ¿No puedes ir de caza?

Cædmon intercambió una mirada con Alfred antes de decir:

-No, Richard, no puedo.

-¿Por qué no? -preguntó el muchachito sin comprender-. ¡El bosque es tuyo!

-En rigor, mío no es nada, todo es del rey.

Y Guillermo había vuelto a recrudecer las leyes relativas a los bosques: ningún vasallo suyo podía cazar en los bosques pertenecientes a su feudo si no poseía una cédula real que le concediera dicho privilegio. Para conseguir la autorización era preciso tener la suerte de pedírsela al rey en el momento oportuno, estar dispuesto a pagar el precio por dicho documento y hallarse en situación de hacerlo. Y Cædmon no cumplía ni lo uno ni lo otro. Pese a todo, antes de que sus hijos o cualquier otro morador de la sala común murieran de hambre, iría a cazar al bosque, aunque si lo pillaba Lucien de Ponthieu, que como sheriff estaba encargado de supervisar el cumplimiento de las leyes forestales, las pasaría moradas. Un asesino podía esperar más clemencia del rey Guillermo que un cazador furtivo.

-Todavía nos quedan el río y el pantano -le dijo a Richard-. No tengas miedo, hijo. Va a ser un invierno duro, no cabe duda, pero nos las arreglaremos. Así y todo somos más afortunados que los campesinos modestos, pues aunque se nos hayan muerto todas las vacas, aún tenemos cerdos y cabras, y también podemos sacrificar algunas ovejas.

Mas sus rebaños habían disminuido durante los años anteriores, ya que había tenido que vender animales continuamente para pagar los impuestos, y cada oveja sacrificada suponía una pérdida de ingresos en años venideros. Aquélla no era una solución. En su mesa comían demasiadas personas como para poder alimentarlas a todas a base de carne durante un invierno entero.

-Y hay otras posibilidades. Por ejemplo, tu padrino Alfred, aquí presente, entiende de setas. Cuando llegue el otoño, puedes ir con él al bosque y él te enseñará cuáles son comestibles. Si recogéis bastantes, nos alcanzarán hasta noviembre.

-Sí, Dios sabe que necesitaré ayuda para cogerlas -convino Alfred-. Supongo que puedo contar contigo, ¿no, Richard?

-¡Claro! -exclamó el muchacho, entusiasmado por poder colaborar para aliviar la amenazadora escasez.

Cædmon se emocionó. Le pasó a su hijo la callosa mano por los brunos rizos y señaló al frente.

-Mira, ahí está nuestra iglesia.

Alfred entornó los ojos y añadió:

-Y justo al lado hay humo.

La tormenta había afectado a todo el mundo, y también en la aldea se habían incendiado dos graneros. Los campesinos regresaban de los campos con las manos vacías. No quedaba nada. Al granizo no había sobrevivido ni una sola espiga.

Metcombe ofrecía el mismo aspecto mísero, y se enteraron de que a Hengest lo había matado un rayo. Como si Dios hubiera pensado que, si destruía toda la cosecha, bien podía llevarse de paso al molinero.

Cædmon encontró a Gytha en el molino, a la mesa con sus cinco hijos. Estaban sentados en el banco inmóviles, como estatuas, y los dos pequeños lloraban quedamente.

Cuando vio entrar a Cædmon, Gytha se levantó despacio y dio un paso indeciso hacia él.

-El viento arrancó las ripias del tejado y entró el granizo -le explicó-. Le dije que era demasiado peligroso subirse al tejado, pero no me hizo caso. Nunca me hacía caso.

Él extendió los brazos vacilante, y Gytha se refugió en ellos; apoyó la cabeza en su hombro y cerró los ojos.

-¿Qué voy a hacer ahora, Cædmon? -musitó-. ¿Cómo conseguiré que pasen el invierno cinco muchachos hambrientos sin un hombre que se ocupe de ellos?

-Ven a casa -propuso él sin titubear-. Trae a tus hijos a Helmsby.

Ella negó con la cabeza.

-Vosotros tampoco tenéis nada.

-Todo se arreglará. ¿Qué vas a hacer tú aquí? No puedes ocuparte del molino tú sola.

-Yo lo haré -espetó furibundo el mayor de los muchachos-. Y lograré que mi madre y mis hermanos pasen el invierno, no necesitamos vuestra limosna.

-Cállate, Hengest -ordenó su madre, si bien con suavidad.

Cædmon observó al primogénito del molinero.

-¿Cuántos años tienes? ¿Doce? ¿Trece?

-Catorce.

-Eres demasiado joven. Vendréis a Helmsby y os quedaréis allí.

El joven agachó la cabeza.

-No.

Cædmon se soltó de Gytha despacio y avanzó hacia el muchacho, pero ella lo retuvo por el brazo.

-No, te lo ruego. No te enfades con él. Llora..., llora la muerte de su padre y se siente responsable de nosotros. Has de entenderlo.

Cædmon miró al muchacho con frialdad.

-Harás lo que te digo y no volverás a contradecirme. Tras la próxima cosecha, buscaré un molinero para Metcombe que lleve el molino y te enseñe el oficio de tu padre hasta que seas lo bastante mayor para hacerte cargo de él. ¿Está claro?

El joven Hengest aún permaneció un instante mirando al suelo con obstinación. Luego asintió.

-Sí, *thane.*

-Bien. Recoged vuestras cosas y poneos en camino.

Gytha lo acompañó fuera.

-Estoy segura de que a tu esposa no le entusiasmará que vayamos -dijo con tristeza-. Pasará lo mismo que con tu madre.

Cædmon le puso la mano en la mejilla. El rostro de Gytha estaba marchito, su cabello, encanecido y le faltaban algunos dientes. No tendría ni siquiera cuarenta años, mas era una anciana. Sin embargo, al mirarla a los ojos vio a la muchacha callada y grácil que olía a humo y leche, y lo embargó una extraña ternura melancólica.

-No, no será así. Aliesa no es como mi madre, aun cuando sea normanda, ya lo verás. Además, tú eres la madre de dos de mis hijos, no tienes por qué sentirte como una mendiga.

Ella sonrió tristemente.

-¿Cómo les va a Ælfric y Wulfnoth?

-De maravilla. Puedes estar orgullosa de ellos.

-¿Están en Helmsby?

Él sacudió la cabeza.

-Acompañan al rey y a los príncipes a Normandía.

-¿A la guerra? -preguntó ella asustada.

-No estoy seguro, pero los lleve donde los lleve, tendrán comida suficiente. De momento me preocupa más el bienestar de los niños de aquí.

Helmsby, enero de 1087

Llamaron suavemente a la puerta e Irmingard asomó la cabeza.

-¿Duerme? -preguntó en voz baja.

Cædmon levantó la vista y asintió.

-¿Cómo está el tío Athelstan? -preguntó.

Irmingard bajó la mirada y dijo:

-Esta mañana pareció bajarle un poco la fiebre, pero ahora está ardiendo otra vez. Se muere ante mis ojos. Me temo que no se salvará. Pero mi suegro es un anciano -se apresuró a añadir-, y tu esposa está en la flor de la vida. Es muy distinto.

Él asintió de nuevo, aunque ambos sabían que de tan traicionera fiebre ya habían muerto personas más jóvenes y fuertes. En noviembre, el día del santo rey Edmundo, Aliesa trajo al mundo a una sana niñita. El parto fue mucho mejor que los anteriores, pero ella no acababa de recobrar las fuerzas, y antes de restablecerse del todo la había atacado la fiebre.

Irmingard vaciló, mas al final hizo un esfuerzo.

-Lamento importunarte, pero Alfred dice que he de hablar contigo. Esto es el fin. Las provisiones se han agotado. Mañana por la mañana aún podré servir algo, pero por la noche ya no habrá nada. Lo único que nos queda es miel. Tienes que hacer algo, Cædmon.

Sus palabras no parecieron afectarle, si bien tras un breve silencio dijo: -Está bien. Mañana iré de caza, no nos queda más remedio.

Habían hecho todo lo posible. Habían recogido nueces, hayucos e incluso bellotas, con las que se podía elaborar una especie de harina. Sabía amarga, pero llenaba mucho. Con las setas habían pasado octubre. Cebollas, manzanas y nabos habían alcanzado hasta Navidad; los últimos quesos se habían acabado el día de Reyes, y esa misma noche habían dado cuenta de las últimas salazones. Pero poco antes de que acabara el año había empezado a hacer un frío glacial, y el Ouse y todos los lagos y charcas se habían helado. La gente practicaba orificios en el hielo para pescar, pero el fruto era escaso. Y cuando ya todos creían que no podía irles peor y que Dios había acabado con ellos de una vez, aparecieron los primeros casos de fiebre.

La epidemia se extendió entre la debilitada población y arrasó a la velocidad del fuego en el cañaveral. Cuando Cædmon se dio cuenta de lo grande que era el peligro de contagio, trató de enviar a Aliesa a Ely con el hermano Oswald y los niños. Esperaba que la enfermedad aún no hubiera llegado a la apartada isla, pero la nieve hacía imposible cruzar los pantanos.

Después de que Irmingard los dejara a solas, clavó de nuevo la vista en el rostro de su esposa. Había palidecido y adelgazado, pero eso no era nada del otro mundo: todas las gentes de Helmsby estaban pálidas y delgadas. Le cautivaba la placidez que irradiaba su semblante. Yacía de costado, de cara a él, con una mano bajo la mejilla. Las largas y rizadas pestañas, que tanto le gustaran desde el principio, eran como un finísimo velo sobre el marcado pómulo, y su boca sonreía.

Con sumo cuidado, tímido como el muchacho que se enamorara de ella hacía veintidós años, posó la mano en su frente. Ardía. Era el último día de la segunda semana. Si al día siguiente o al otro la fiebre no remitía, no tendría remedio.

Cuando volvieron a llamar a la puerta pensó que sería Alfred, mas se equivocó, pues era el ama, que entró nada más oír la queda invitación del *thane*. La pequeña Marie dormía en sus brazos.

Cædmon se incorporó deprisa de la cama y fue a su encuentro.

-¿Es que no te he dicho que no traigas aquí a los niños bajo ninguna circunstancia? -la regañó en voz baja pero tajante.

El ama de cría era una chiquilla de catorce años de la aldea cuyo propio hijo había fallecido justo después del parto. Ese invierno habían muerto muchos recién nacidos, y todas las mujeres jóvenes habrían asumido con gusto el papel de ama de la hija menor de Cædmon, pues en el castillo la escasez no era tan grande como en sus casas. Cædmon y Aliesa se habían decidido por la joven Annot porque parecía más fuerte que las demás y tenía abundante leche. No obstante, carecía de experiencia con niños -el que perdió era su primogénito- y en cuanto algo iba mal se ponía a lloriquear, como en ese instante.

-Disculpadme, *thane*, es que...

Él la agarró del brazo, la sacó al corredor y cerró la puerta.

-¿Qué ocurre?

-No lo sé. -Sacudió la cabeza y prorrumpió en sollozos-. Es que... Venid conmigo, os lo ruego.

Presa de un mal presentimiento, Cædmon la siguió hasta la pequeña alcoba que ocupaban el ama y los tres niños. La joven lo llevó hasta la cama que compartían Matilda y Richard, y la señaló en silencio.

Cædmon se inclinó sobre ella. Richard dormía tranquila y apaciblemente, pero Matilda se había destapado, yacía de espaldas, inquieta, y lo miraba con ojos vidriosos.

-Padre..., tengo mucho calor y me duele tanto la cabeza...

Tal fue el desgarrador grito de protesta que pugnó por salir del pecho de Cædmon que por un instante no estuvo seguro de poder acallarlo. Se mordió la lengua hasta hacerse sangre y tomó en brazos a la pequeña. Creyó que su piel lo abrasaría: estaba ardiendo.

-He tenido un sueño -musitó la niña.

Cædmon le tocó la frente y a continuación le puso la mano en el flaco pecho. Su corazón latía desbocado.

-Me la llevo -le susurró al ama-. Acuéstate, Annot. -Y a Matilda le preguntó-: ¿Ha sido un mal sueño, ángel mío?

-No lo sé. He soñado con un barco, un barco blanco. Era precioso, pero me daba miedo..., era el barco de la muerte...

A Cædmon lo recorrió un escalofrío. Sabía que ya había oído hablar de él, aunque fuera incapaz de recordar cuándo y dónde. Besó la encendida frente.

-No tengas miedo. No pasa nada. ¿Quieres quedarte conmigo esta noche?

-Sí.

Matilda se quedó dormida, pero no tranquila, sino como si se sumiera más y más en un mundo febril y de pronto se alejara y apartara de su padre.

Se la llevó a Aliesa, pero no la acostó con ella, sino que la envolvió en una cálida manta y la acogió en su regazo, en un intento de que su proximidad lo condujera hasta ella a través de la neblina de la fiebre. Sin embargo, Matilda parecía abismarse más y más, y su padre sentía que la pequeña tenía cada vez más calor. Su rostro estaba enrojecido y húmedo, los rubios rizos, alborotados y pegados a la cabeza. Al cabo de más de una hora sufrió un espasmo febril, y Cædmon se llevó el brazo a la boca para no aullar como un animal herido.

Oyó que la puerta se abría y dijo sin mirar:

-Ve por el hermano Oswald. -De pronto sintió unas frías manos que trataban de quitarle a su hija de los brazos. Abrió los ojos y estrechó contra sí el cuerpecillo con sumo cuidado-. No...

-Cædmon, soy yo.

Él pestañeó y repuso:

-¿Hyld?

-Dámela. Deprisa, no hay tiempo que perder.

Él lo hizo sin vacilar, se cercioró de un vistazo de que Aliesa seguía durmiendo y siguió a Hyld hasta el corredor y la escalera.

-¿Qué haces? ¿Adónde la llevas?

Ella no dijo nada, atravesó la sala a toda prisa y ordenó:

-Erik, ábreme la puerta.

Su esposo, que parecía un tanto perdido en la nocturna sala, cumplió el requerimiento y salió con ella y Cædmon a la fría y estrellada noche. Hyld bajó los peldaños, se puso de rodillas al pie, le levantó la camisa a Matilda y depositó a la niña en la nieve.

Matilda chilló asustada.

-Hyld, estás loca, qué haces... -Cædmon intentó detenerla, pero una mano le rodeó la muñeca y lo contuvo.

-Déjala -aconsejó Erik-. A nuestro pequeño también lo curó así. Sabe lo que hace.

Cædmon desistió de zafarse. Apartó la cabeza para que su cuñado no viera que estaba llorando y miró un tanto horrorizado a su hermana, que estaba cubriendo de nieve a su pobre niñita enferma. Matilda gimoteaba suavemente.

De pronto a Cædmon lo venció un agotamiento tan plúmbeo que sus piernas dejaron de sostenerlo. Se dejó caer en el último peldaño sin que le importara un comino la endurecida nieve, y preguntó:

-¿Cómo demonios habéis venido? ¿Qué estáis haciendo aquí?

-Llamamos a tu puerta para pedir refugio, cuñado -le contestó Erik con seriedad-. Hyld, nuestra Emma, nuestro pequeño Knut y yo.

-En tal caso, sed bienvenidos. Sólo que últimamente la cocina ha decaído mucho. Si te apetece, puedes acompañarme mañana a practicar la caza furtiva, seguro que es de tu agrado... -Al percatarse de que estaba diciendo necedades, preguntó-: ¿Qué ha pasado?

-¿Es que no lo habéis oído?

-¿Qué?

-Londres ha quedado reducida a cenizas.

Tardó un rato en saber más detalles. Primero llevó a Hyld, que sostenía a Matilda en brazos, con Aliesa. Su hermana prometió ocuparse de madre e hija. Hyld no había descubierto ni mucho menos todos los secretos de las artes curativas de su madre, pero en los años de su infancia, dado que iba con Marie a visitar a los enfermos, había aprendido toda clase de cosas curiosas. La epidemia también había causado estragos en Londres y ella había cuidado de los enfermos del vecindario, de modo que le bastó con echar un vistazo a Aliesa para tranquilizar a Cædmon: su esposa saldría de aquélla. En cuanto a las posibilidades de Matilda, no se atrevió a pronunciarse, aún era demasiado pronto, si bien se mostró esperanzada.

Cædmon despertó a Irmingard, la cual abrazó rebosante de alegría a su hermano y lo condujo a la habitación de Eadwig, que se hallaba desocupada. Emma, que tenía seis años, y su hermano Knut, de cuatro, se habían quedado dormidos en uno de los dos carros en que habían venido desde Londres. Después de llevar a la cama a los niños, Cædmon y Erik se sentaron a la mesa de la sala.

-¿Tienes sed? -preguntó Cædmon en voz baja. A lo largo de las paredes había personas durmiendo-. Me temo que un vaso de agua es todo lo que puedo ofrecerte.

Erik rehusó con la mano y, a instancias de Cædmon, le habló del incendio que había destruido casi por completo la gran villa comercial a orillas del Támesis.

-Dicen que se originó cerca de San Pablo. Nadie lo sabe a ciencia cierta. Tampoco tiene importancia. La ciudad ha quedado reducida a cenizas. Es como si la hubieran invadido los daneses -comentó no sin ironía-. Dicen que el frío seco entraña mayor peligro de incendio que un verano caluroso, ya que la gente suele hacer fuego para calentarse en los peores lugares.

¿Has estado alguna vez en Londres, Cædmon?

El *thane* asintió.

-Oh, sí. Llevaba a menudo embajadas para el rey. Además, estuve prometido con Beatrice Baynard. Su familia vive en Londres y de vez en cuando el rey me mandaba allí a visitarla.

-Entonces sabrás lo juntas que están las casas. Y son todas de madera. El fuego se extendió de tejado en tejado... Fue horrible: pánico, saqueos, todo lo que te imagines es poco. La fortaleza de piedra de Ralph Baynard y la Torre son prácticamente los únicos edificios que siguen en pie. Al ver que tampoco nuestro barrio junto al puerto se salvaría, cargamos en dos carros todo lo que nos pareció útil y aguardamos en el patio. Nuestro patio era grande, un espacio despejado, lo cual equivalía a seguridad, ¿entiendes? Pero impresiona ver arder tu casa, créeme.

Cædmon asintió sin decir nada. Le dolía la cabeza y estaba ligeramente mareado. No sabía a ciencia cierta cuántos días llevaba sin probar bocado. Cuatro o cinco, creía. Estaba agotado y ya no sabía qué hacer, pero el relato de Erik le fascinaba de un modo extraño, enfermizo. Era todo un consuelo oír los reveses que asestaba la fortuna a los demás.

-¿Ha habido muchos muertos?

-Cientos. Algunos se tiraron al río, presas del pánico, y se ahogaron. Muchos murieron calcinados. Hubo un momento en el patio en que creí que también nos atraparía a nosotros.

Cædmon respiró hondo.

-Suerte que estabas en casa. Habría podido pasar mientras estabas en el mar.

Erik sonrió un tanto melancólico y sacudió la cabeza.

-No volveré al mar, Cædmon. Eso se acabó definitivamente.

-Pero... ¿por qué?

-Padezco gota. Aparece de repente. De pronto soy un lisiado. -Rió con suavidad, alzó la vista y miró a Cædmon a los ojos-. Un castigo merecido, ¿no crees?

Su cuñado meneó la cabeza.

-No. Hace ya tiempo que no estás en deuda conmigo.

-Bueno. -Erik se acarició la barba-. Lo cierto es que ya no puedo salir al mar, y al menos Hyld está satisfecha. Pero no puedo quejarme. Aún me quedan mis tres barcos. Ahora mis hijos, Harold y Guthrum, navegan con mis capitanes, pero un día tendrán el mando. Creo que así debe ser. Así son las cosas.

Guardaron un momento de silencio antes de que Cædmon preguntara:

-¿Cuántos años tienes?

Erik se encogió de hombros.

-No lo sé, pero creo que aún no he cumplido cuarenta.

-Y... ¿has sufrido muchas pérdidas en el incendio?

Sus siempre blancos dientes centellearon al esbozar su sonrisa pirata.

-No. Logré salvar todo cuanto era de verdadero valor. ¿Has visto los carros?

Cædmon asintió. Uno albergaba a los niños, junto con algunas bolsas que tintineaban y efectos personales. El otro estaba lleno de pieles de vaca.

-Pero si hoy en día hay un artículo que abunda en Inglaterra, es el cuero -comentó Cædmon-. Al fin y al cabo en el país han muerto casi todas las vacas.

-Las pieles son sólo una tapadera. Debajo hay sacos de trigo.

Cædmon se lo quedó mirando fijamente.

-¿Trigo?

Erik le dirigió una breve mirada y asintió.

-Lo compré el año pasado porque tenía intención de volver a Groenlandia, pero luego la gota empeoró y tuve que desistir. Entonces vino la mala cosecha y los precios del grano se dispararon. Sin embargo no fui capaz. -Sonrió tímidamente-. Me pareció demasiado ruin ganar dinero del hambre y la miseria, así que no vendí el trigo. -Levantó la cabeza y miró a Cædmon-. Quédatelo. Por acogernos, por haber recibido siempre a mi esposa y a mis hijos cuando yo estaba ausente, en contra de la voluntad de tu madre. -Hizo una breve pausa antes

de refunfuñar con brusquedad-: Maldita sea, Cædmon, no te hagas de rogar. Nadie tiene por qué seguir pasando hambre en Helmsby, a no ser que sacrifiques a la gente por orgullo. Yo no puedo vender el trigo, no estaría bien, de modo que acéptalo.

Cædmon sonrió.

-De acuerdo, si tan importante es para ti...

Ambos se echaron a reír tan sonoramente que más de un hombre hambriento despertó sobresaltado de sus ansiosos sueños y fue testigo de cómo el *thane* y su cuñado, el tristemente célebre pirata danés, se abrazaban risueños.

Aquel gélido invierno de hambruna se cobró un elevado tributo en todo el país. Los sacerdotes exhortaron al pueblo a reformarse. La furia de Dios había caído sobre Inglaterra para enseñar a los hombres humildad y piedad, y sólo podía calmarla el abandono del vicio y el pecado y la vuelta a la rectitud.

Cædmon no creía que él y los suyos fueran más rectos o menos libertinos que las gentes de la centuria vecina, pero en Helmsby se había acabado la miseria, y su tío fue la única víctima de la epidemia de fiebre que hubo que lamentar en la familia. Athelstan murió después de que el hermano Oswald le diera la extremaunción y Alfred le suministrara el último vaso de aguamiel que les quedaba, el mismo día que Aliesa pudo ponerse en pie por primera vez y la fiebre de Matilda por fin empezó a remitir.

La sala entera y la aldea al completo lloraron el fallecimiento del tío Athelstan, sobre todo su hijo, claro está, si bien fue el propio Alfred quien dijo en los funerales lo que todos pensaban: Athelstan de Helmsby no había muerto sin cumplir el mayor sueño de su vida, beberse hasta la última gota de aguamiel.

Hyld enseñó a Aliesa e Irmingard a combatir la fiebre con envolturas de nieve y compresas para las pantorrillas, y las tres mujeres se pasaban los días fuera de casa, cuidando de los enfermos. Después de que el hambre tocara a su fin, la epidemia no tardó en remitir. Helen, la anciana cocinera, había sido una de las primeras víctimas, y Gytha ocupó su puesto temporalmente. Repartió las nuevas provisiones con prudencia, y Cædmon pidió dinero prestado a Erik y le compró a Lucien de Ponthieu, su más acaudalado vecino, algunos barriles de salazón. Ese año el deshielo empezó temprano y vivieron un marzo inusualmente templado.

-Creo que hemos pasado lo peor -afirmó Cædmon. Se hallaba junto a la ventana, sintiendo en las mejillas la tibia brisa primaveral y estirándose al cálido sol de la mañana.

Aliesa le acarició con dos dedos la sien derecha, allí donde aparecieran los primeros mechones plateados durante el invierno. Al ser rubio, apenas se le notaba; sólo se le veían cuando la luz incidía sobre ellos en un determinado ángulo, aunque ella se había percatado en el acto.

-Y hemos conseguido que incluso nuestra pequeña Marie sobreviva al invierno -repuso ella-. El día que nació, mis esperanzas eran escasas.

Cædmon asintió. Habían muerto muchos niños, en algunas familias hasta tres.

-Sé que debería sentirme más dichoso, pero así y todo sigo sin acabar de entender cómo ha podido ocurrir esto, que nos hayamos visto reducidos a la miseria sin más ni más. -Hablaba despacio y en voz baja, pero le costaba controlar su ira-. ¿Para esto le he regalado veinte años de mi vida a ese maldito bastardo de Guillermo?

Aliesa le pasó el brazo por la cintura y siguió su mirada hasta los prados y los campos de fértil tierra negra, hasta el río.

-¿Qué otra cosa habrías podido hacer? Tú siempre has dicho que todo el que pueda ha de contribuir al entendimiento entre ingleses y normandos. Eso es lo que tú has hecho más que ningún otro. Y el rey te lo ha agradecido del único modo que sabe: posees más tierra en East Anglia de la que tus antepasados tuvieron jamás.

-Es verdad, pero al que mucho da, mucho quita. Estos últimos años nos ha exprimido de tal

forma que carecíamos de reservas. -Levantó la mano profiriendo un suspiro y se dejó caer sobre el arca que había bajo la ventana-. Puede que me haya equivocado de medio a medio. Etienne tenía razón. Habría podido ser sheriff de Norfolk. Las cosas me irían de otro modo, te lo aseguro. Lucien, Beatrice y sus hijos no han tenido que apretarse el cinturón.

Aliesa se sentó a su lado y le cogió la mano mientras sacudía la cabeza.

-Qué tontería, Cædmon. Desechaste el cargo porque no querías ser una prolongación del brazo del rey. La decisión fue y siempre será la adecuada, y estoy segura de que si el rey te lo ofreciera hoy mismo, lo rechazarías.

Él reflexionó un instante y asintió despacio.

-Mientras Guillermo sea rey, probablemente.

Aliesa se encogió de hombros.

-Entonces, ¿qué te atormenta?

Cædmon se miró los pies.

-Cuando fui a verlo el pasado mes, tu hermano me dijo unas cuantas cosas desagradables, pero por desgracia ciertas: que tú jamás te habrías visto en semejante situación si no te hubieses casado con un inglés, que podías haber aspirado a más y que Etienne tenía más que ofrecerte.

Ella rió con suavidad, le echó los brazos al cuello y lo miró fijamente. Sus ojos verde grisáceo se iluminaron, casi parecieron centellear de una alegría que su esposo no acababa de entender, y seguidamente posó los labios en su oreja y susurró:

-Pero era a ti a quien yo quería.

Ruan, julio de 1087

El patio del gran castillo parecía un hormiguero en el que un niño malicioso hubiese introducido un palo. Estaba rebosante de soldados, caballos y carros, y todos parecían ir de un lado a otro sin rumbo fijo.

-Cielo santo, qué barullo tan poco normando -musitó Cædmon al desmontar.

Sus *housecarls* siguieron su ejemplo y miraron con curiosidad alrededor. Más de uno se quedó boquiabierto. Era la primera vez que estaban en Normandía, y nunca antes habían visto un castillo tan imponente.

Cædmon señaló a la izquierda y le dijo a Odric:

-Ahí detrás está la cuadra. Probablemente ya no haya sitio para los animales, pero tal vez alguien sepa indicaros dónde llevarlos. Permaneced juntos y no os enzarcéis en ninguna trifulca con los mercenarios normandos. Después de vísperas nos veremos detrás de la capilla, y para entonces espero poder deciros dónde descansar vuestros molidos huesos.

Odric le quitó de la diestra la rienda de Frison.

-De acuerdo, *thane*.

Cædmon se abrió paso entre la multitud hasta alcanzar la entrada del torreón y subió la escalera que conducía a la sala. También aquello se asemejaba a una feria, mas una de las primeras personas a las que vio fue su hermano.

-¡Eadwig!

Éste lo miró con la frente fruncida y, al reconocerlo, esbozó una sonrisa radiante.

-Bienvenido a la hermosa Normandía, *thane*.

-Te lo agradezco, pero preferiría haberme quedado en casa.

Eadwig sonrió burlón y le dio unas palmaditas en el hombro.

-Y quién no. Pero no podemos dejar que el rey vaya a la guerra con estos blandengues normandos, ¿no?

Se sentaron en un banco donde acababan de quedar dos sitios.

-¿Qué pasa? -preguntó Cædmon.

-Suponía que ya lo sabías. ¿O es que una voz te dijo en sueños que debías venir aquí para ver si todo estaba en orden?

-No, fue Guthric. Pasó por casa camino de York y me dijo que en el Vexin había problemas y que el rey le había pedido a Lanfranc que enviara a Ruan todos los efectivos disponibles. Eso es todo lo que sé. Salí de inmediato con veinte de mis hombres. ¿Y bien?

-Hugh Estevel y Ralph Mauvoisin, dos caballeros franceses de las tropas de ocupación de Mantes, han irrumpido en Normandía con sus hombres repetidas veces y han devastado la región de Évreux y Pacy, y matado a campesinos y ganado. Después se han retirado al Vexin, pero el rey no está dispuesto a dejar pasar sin más la afrenta.

-¿Y por eso está formando un ejército? -preguntó Cædmon sin entender-. ¿Porque Felipe de Francia ha escupido al otro lado de la frontera?

-¿Felipe de Francia o el príncipe Robert? -repuso, elocuente, Eadwig.

Cædmon asintió ensimismado. Tras la nueva desavenencia con el rey Guillermo de hacía cuatro años, su primogénito se había trasladado abiertamente a la corte de París, y desde entonces era difícil decir si era Felipe, Robert o ambos los que trataban de mermar el poder de Guillermo o de provocarlo, hasta el momento sin éxito alguno.

Eadwig cruzó los brazos.

-Felipe lleva ya diez años de ocupación del Vexin. Creía que Guillermo se había hecho a la idea hacía tiempo, pero está claro que me equivocaba.

-Parece mentira que aún no lo conozcas. Él nunca se hará a la idea de algo semejante. Lo que ocurre es que durante estos diez años se ha visto acosado desde tantos frentes que no ha podido ocuparse de ello. Pero lo cierto es que el Vexin le debe vasallaje tanto como al rey de Francia. Su padre ayudó al padre de Felipe a hacerse con el legítimo trono y en agradecimiento recibió la mitad del Vexin. Los normandos no lo conquistaron, ¿entiendes?, fue un regalo por haber prestado un servicio leal. Se trata de un principio en el que Guillermo cree firmemente, por eso le ofende tanto este asunto.

-Ahora me entero -contestó Eadwig sorprendido-. Creo que Rufus tampoco lo sabe.

-Es que no tenéis por qué saberlo todo -replicó Cædmon risueño, e inmediatamente recobró la seriedad-. Pese a todo es extraño. ¿Cuántos hombres tendrá?

Eadwig se encogió de hombros.

-Aquí en el castillo, al menos cuatrocientos. Fuera, delante de la ciudad, hay un campamento, pero no sé cuántos hay allí.

-He pasado por allí antes. Yo diría que tres mil o cuatro mil.

-Dios mío... ¡Es un ejército de conquista!

Cædmon asintió.

-Es muy probable.

Cædmon encontró al rey de pésimo humor.

-Ya iba siendo hora.

-Os pido disculpas, *sire*, pero acabo de enterarme de que queríais hablar conmigo.

-Ya. Tendría que haberle dicho a ese criado idiota que probablemente os encontraría con ese maldito traidor de Godwinson.

Cædmon se abstuvo de recordarle que Wulfnoth Godwinson no era ningún traidor y de explicarle que a la sazón en el castillo andaba todo revuelto, de manera que dar con alguien podía ser cuestión de horas. Prefirió no decir nada, y el rey puso fin al silencio con un gesto impaciente y diciendo:

-Sea como fuere, levantaos y hacednos el honor de tomar parte en nuestras deliberaciones.

Cædmon se puso en pie y saludó con la cabeza a los príncipes y comandantes que habían acudido a los aposentos de Guillermo.

-Cædmon. -Rufus estaba recostado en un sillón, aparentemente distendido, y sonreía-. Me alegro de que hayas venido. ¿Cuántos hombres has traído?

-Veinte.

-Hemos oído que el invierno ha sido duro -comentó el menor de los príncipes-. ¿Va todo bien en Helmsby?

-Ahora no, Henry -le cortó la palabra su padre-. ¿Estáis al corriente de la situación, *thane*?

Cædmon asintió y resumió lo que Eadwig le había contado.

-Así es -bramó Guillermo-. He enviado una embajada a Felipe de Francia en la que reclamo todo el Vexin. Acaba de llegar uno de sus caballeros con la respuesta. -Miró al centinela que guardaba la puerta-. Que entre ese canalla.

A continuación entró pavoneándose un joven petimetre que ya en el pasillo había llamado la atención de Cædmon. Era un muchacho apuesto, mas sus ropas eran demasiado chillonas y llamativas. Portaba una espada exquisitamente ornada, pero sus manos eran tan delicadas y sonrosadas que cabría pensar que la llevaba sólo de adorno. Su nombre era Roger de Beauvais, anunció con un arrogante gesto en dirección a Guillermo, y Cædmon pensó que Roger de Beauvais era la encarnación de todos los prejuicios que se tenían en Inglaterra y Normandía contra los franceses: era vanidoso, engreído y necio.

-Y bien -dijo el rey-, ¿qué respuesta me traéis del rey Felipe?

-Mi rey y señor os hace saber que rechaza severa y categóricamente vuestras pretensiones, injustas y arbitrarias, al Vexin francés.

Nadie se mostró en exceso sorprendido, y el semblante del rey permaneció impasible cuando preguntó en voz queda:

-¿Y qué hay del Vexin *normando*?

-No hay ningún Vexin normando, *monseigneur*.

-¿Cómo llamaríais vos a la región que el padre de Felipe concedió a mi padre en agradecimiento por su lealtad y su protección frente a Borgoña?

Al parecer Roger de Beauvais carecía de respuesta a tan delicada pregunta, de modo que prosiguió con testarudez con el mensaje que se había aprendido de memoria:

-Además, el rey Felipe me ha encargado que os recuerde que, siendo vos duque francés, sois su vasallo, y os espera este mismo mes en París para que le juréis fidelidad.

Guillermo sonrió desdeñoso.

-Soy rey de Inglaterra y a nadie juro fidelidad salvo a Dios.

De Beauvais enarcó sus estrechas cejas.

-En caso de que ésta fuera la respuesta, mi rey me ha encargado que os recuerde lo siguiente: que sois rey de Inglaterra no por nacimiento, sino por usurpación. Y que sois un bastardo y por eso jamás gozaréis de la gracia divina. Por consiguiente, no disfrutáis de su mismo rango y le debéis vasallaje y juramento de fidelidad.

Los príncipes intercambiaron una mirada horrorizada.

Guillermo se quedó mirando inexpresivamente al mensajero francés un instante con el mentón apoyado en el puño izquierdo.

-De todas las ofensas que Felipe de Francia, ese mocoso cobarde, me ha inferido, probablemente la más imperdonable haya sido enviarme a un mensajero tan increíblemente mentecato como vos.

Rufus no pudo evitar reír y se apresuró a taparse la boca con la mano.

El rey ladeó la cabeza.

-Decidnos, Roger de Beauvais, ¿cuántos hombres de su corte se han ofrecido voluntariamente a traerme esta embajada?

-No comprendo...

Guillermo retiró la pregunta.

-Bueno, ya no tiene importancia. Podría encargaros que le dijerais a ese mocoso que en efecto voy a ir a París, pero de forma distinta a como se imagina. Y podría encargaros que le advirtierais a mi traidor hijo Robert que más le valdría abandonar París antes de que yo llegue, ya que no me hago responsable de lo que pueda pasar si vuelvo a verlo. Mas siendo como sois un patán, a buen seguro olvidaríais o falsearíais el mensaje, y por tanto hemos de hallar otra

salida.

El joven francés estiró el mentón ofendido.

-Transmitiré vuestro mensaje textualmente, perded cuidado.

Guillermo esbozó una sonrisa.

-Sí, en cierto modo lo haréis. Vos seréis el portador de mi inequívoco mensaje a Felipe. ¡Guardia!

Los dos soldados se acercaron y sujetaron a De Beauvais.

-¿Qué os habéis creído...?

-Cortadle la lengua y enviádsela a Felipe -lo interrumpió Guillermo con un siseo-. Esperad tres días y después cortadle la cabeza y mandádsela también. Y ahora, ¡lleváoslo!

Los rechonchos soldados asintieron y sacaron de allí al horrorizado De Beauvais.

Todos los que se hallaban en la sala clavaron la vista en el rey, y fue Rufus quien hizo de tripas corazón y preguntó:

-¿París, *sire*?

Guillermo asintió ensimismado.

-Sí, por Mantes. ¿Recuerdas lo que dijiste hace diez años cuando Felipe ocupó Mantes?

-Naturalmente -respondió el príncipe-. La ciudad es una excelente base para lanzar un ataque sobre París.

-Así es. De Mantes a París no hay más que treinta millas río arriba. ¿Por qué no? -Apoyó las manos en los brazos del asiento y se inclinó ligeramente hacia delante-. Sí, ¿por qué no? Felipe de Francia lleva años siendo el patrocinador más generoso de todos mis enemigos, ha instigado contra mí a Bretaña, Flandes, Anjou y Escocia, y hasta a mi propio hijo. Mi ejército puede partir en una hora. Dadme un único motivo por el cual no deba hacerlo.

El arzobispo de Ruan aceptó el reto:

-Felipe es el rey de Francia.

Guillermo desoyó la objeción con brusquedad.

-Que defienda, pues, su Corona con la espada... si es que puede. -Se puso en pie de súbito-. Preparaos, *monseigneurs*, partimos mañana al amanecer. Llevaremos el fuego y la destrucción al Vexin. Que tiemble Felipe en su trono, pues esta vez Guillermo parte de Normandía en su busca.

Mantes, julio de 1087

Cædmon había luchado en numerosas batallas junto al rey Guillermo y había visto caer muchas ciudades y aldeas. Sabía lo que podía ocasionar un ejército con sólo azuzarlo e incitarlo y luego darle rienda suelta, pero lo que vivió aquellos sofocantes días de julio en el Vexin superó con mucho todo lo demás.

Las tropas de Guillermo remontaron el Sena incendiando y matando, quemaron el trigo en los campos y asolaron toda aldea que encontraron a su paso. Una vanguardia de unos quinientos caballeros cuidadosamente seleccionados se plantó finalmente ante las puertas de Mantes y exhortó a la lucha a la guarnición francesa.

Sus comandantes cayeron en la trampa en el acto y fueron la ruina de su pequeño ejército de ocupación. Apenas hubieron abandonado los seguros muros de la villa y formado para el combate, cayeron sobre ellos las hordas de Guillermo, que los masacraron y asaltaron la ciudad.

La orden de Guillermo de respetar iglesias y monasterios fue desobedecida: los saquearon y prendieron fuego, al igual que a las casas de los desventurados habitantes de la ciudad. Hubo quienes murieron abrasados o asesinados, niñas y mujeres de todas las edades fueron violadas, al cielo ascendieron los gritos, el fragor de las armas, el rugido del fuego y el hedor a madera quemada, humedad y podredumbre.

Por la tarde la villa estaba arrasada. Los soldados se marchaban en tropel, cargados de

barriles y sacos llenos; algunos incluso se habían agenciado un carro. Cædmon, a lomos de su caballo junto a Guillermo, contemplaba tan espeluznante éxodo. Un carro cargado hasta los topes con pieles de animales, cueros y dos mujeres sin vida del que tiraban dos adolescentes llorosos pasó cerca de ellos. Media docena de mercenarios ingleses espoleaba a los muchachos con patadas, golpes y gritos. Se levantó una densa nube de polvo que no tardó en envolverlos. *Frison* empezó a dar nerviosos escarceos, y Cædmon tomó la rienda corta y se frotó el mentón contra el hombro.

El rey, que ya llevaba un rato con la vista clavada en las puertas de la ciudad -abiertas de par en par- y aquel semblante inexpresivo que tan inquietante le resultaba a Cædmon, volvió la cabeza de pronto y lo miró.

-¿Vuestros hombres?

-No.

Pero sus *housecarls* habían irrumpido en la villa como los demás, y él pensó que prefería no saber lo que habían hecho. Odric, Elfhelm, Gorm, todos ellos eran buenos y honrados, mas una ciudad caída podía sumir en un peligroso estado de embriaguez hasta al más juicioso.

-Que los comandantes anuncien que la tropa tiene hasta mañana por la mañana para devolver reliquias, cálices y demás bienes de la Iglesia. Después de la llamada el botín será registrado, y todo el que siga en posesión de dichos objetos será cegado y perderá una mano.

Cædmon asintió.

-Sí, *sire*.

-Y ahora haced el favor de acompañarme a la ciudad. Creo que podemos arriesgarnos. Reina el silencio.

«Por no decir un silencio sepulcral», pensó Cædmon, y, tras indicar a la guardia de corps que los siguiera, cruzó la puerta junto al rey. Ambos recorrieron los carbonizados esqueletos de las casas que un día flanquearan las concurridas calles de Mantes.

Cerca de la puerta, los cuerpos de los soldados franceses que habían buscado refugio tras los muros de la ciudad inundaban la calle. Dentro también había cadáveres por el polvoriento suelo, aves de corral pisoteadas, cerdos y cabras muertos y medio calcinados. Cædmon no vio una sola casa en pie. La destrucción era absoluta. Incluso las iglesias de piedra eran ruinas ennegrecidas por el hollín y sus tejados de madera habían ardido y se habían desplomado.

El rey se detuvo ante una de aquellas iglesias profanadas y alzó la vista a la que fuera la grandiosa fachada oeste.

-Notre Dame -musitó-. Mi padre la hizo construir al recibir el Vexin. Aunque tampoco es que fuera un gran impulsor de la construcción de iglesias. No como yo.

La iglesia se hallaba junto a una gran plaza completamente desierta, hasta que un chucho cojo y con el pelo chamuscado salió de una callejuela, avanzó agazapado, con el vientre casi tocando el suelo, y se puso a olisquear el cadáver ensangrentado de un anciano.

Cædmon sintió náuseas y apartó la cara. En esa parte de la plaza no se movía nada ni había muertos. Al instante sopló una brisa caliente que levantó un torbellino de polvo. Cædmon lo miraba hipnotizado cuando de pronto oyó un fuerte crepitar. Volvió la cabeza en esa dirección.

El viento había vuelto a avivar el latente fuego del interior de la iglesia, y de repente las llamas se abrían paso por el vano de la puerta. *Frison* se encabritó, al igual que el gran caballo negro del rey, y dos de las monturas de los soldados se espantaron y recorrieron un trecho a galope hasta que los hombres lograron refrenarlas y regresar.

Frison dio unos escarceos de costado y se encabritó de nuevo. Cædmon se aferró a la crin sin ninguna elegancia para no caer de la silla y vio de reojo que el caballo del rey corcoveaba, soltaba una coz e impulsaba a su obeso jinete hacia delante.

Luego el ruido cesó, las llamas se extinguieron y los caballos se tranquilizaron.

-¿Todo va bien, *sire*? -preguntó Cædmon.

El rey estaba inmóvil y extrañamente inclinado. Alzó la cabeza despacio y miró a Cædmon con los ojos muy abiertos, como asombrado. Acto seguido su boca se crispó y su pesado y

deforme cuerpo se ladeó sin previo aviso, resbalando del caballo y dándose un duro golpe contra el suelo.

Cædmon y los hombres de la guardia profirieron una asustada exclamación y desmontaron de un salto. El primero en llegar hasta el rey fue Cædmon, que se arrodilló a su lado.

Guillermo yacía aovillado de costado y se lamentaba. Cædmon lo puso boca arriba con cierta dificultad.

-*Sire*..., ¿qué ha ocurrido?

Guillermo se había llevado la gruesa mano izquierda al abdomen.

-No es nada -dijo a duras penas-. Me he dado... con la perilla. -Rió sin aliento-. ¿Por qué será de oro ese maldito chisme? Ayudadme a levantar, Cædmon. Enseguida se me pasará.

«¿A levantarse?», pensó Cædmon horrorizado. «Para eso hacen falta un buey y una cabria...» Miró suplicante a los hombres de la guardia de corps. Uno se compadeció de él y se aproximó, y entre ambos, uno por cada lado, jalaron del rey. Sin embargo, apenas lo hubieron sentado, Guillermo lanzó un grito ahogado, a duras penas reprimido, y perdió el conocimiento.

Cædmon y el soldado se lo quedaron mirando confusos y amedrentados. El rostro del rey estaba pálido como el pergamino, casi ceniciento, y pequeñas gotas de sudor perlaban su frente.

-Dios mío..., ¿qué vamos a hacer ahora, *thane*? -preguntó uno de los hombres.

-Ir por un carro y llevar al rey a su tienda, ¿qué otra cosa podemos hacer? Al fin y al cabo somos siete, seguro que podemos.

St. Gervais, septiembre de 1087

Cædmon recibió a Guillaume Bonne-Ame, arzobispo de Ruan, en la puerta del pequeño monasterio.

-¿Cómo está? -preguntó el prelado, no demasiado orgulloso de que tuvieran que ayudarlo a bajar del caballo. Ya no era ningún jovencito, y la subida de la pronunciada colina situada al oeste de Ruan lo había agotado.

Cædmon sacudió la cabeza.

-Fatal, *monseigneur*. Nunca había visto a nadie sufrir así. Los dolores son terribles. Se..., se domina como tal vez nadie lo haría, pero cuando logra conciliar el sueño, sus propios gritos lo despiertan de nuevo. Y así desde hace casi seis semanas.

-¿Quiénes son sus médicos? -preguntó el arzobispo-. Algo podrán hacer.

-El obispo de Lisieux y el abad de Jumièges.

-Dos afamados sanadores -comentó Guillaume.

Cædmon lo condujo por el silencioso y sombreado claustro. Sus pasos resonaban ligeramente en las gastadas baldosas.

-Sin duda, mas en este caso no pueden hacer nada.

Él abogaba por ir a Winchester en busca de Malachias ben Levi, pero los piadosos médicos habían rechazado la propuesta indignados. En el fondo daba igual. Cædmon sabía que ni siquiera Malachias podría haber hecho más. El cuerpo del rey estaba desgarrado por dentro y no sanaba. El médico judío tal vez hubiera sabido aliviar los dolores con sus secretos polvos levantinos, pero sus manos eran impuras, habían explicado el abad y el obispo, estaban manchadas con la sagrada sangre de Jesucristo, y además sus polvos posiblemente fueran obra del diablo. El rey no debía exponerse a ellos bajo ningún concepto. Furioso, Cædmon había preguntado qué peso habrían tenido semejantes consideraciones teológicas si el que hubiese tenido que soportar los dolores fuera uno de los piadosos hombres, pero todo lo que consiguió fue ofender a los médicos.

Tras llevar al arzobispo a la puerta de la casa que solía habitar el prior, musitó:

-No os asustéis, *monseigneur*. Está... muy cambiado, pero tiene la mente absolutamente

lúcida y se da cuenta de cuándo lo compadecen o lo miran con horror. Y ambas cosas le ofenden.

El arzobispo asintió y se preparó para ello.

La advertencia de Cædmon fue del todo oportuna. Aunque el cuerpo del rey seguía voluminoso y deforme bajo las mantas, su rostro había enflaquecido. El dolor le había dibujado profundos surcos en la frente y las mejillas, y los negros ojos estaban turbios y amarillentos. También la mortecina tez parecía teñida de un leve tono amarillo y el canoso cabello se había vuelto ralo como una telaraña. Guillermo tenía cincuenta y nueve años. Hacía seis semanas parecía estar en la flor de la vida, y ahora era un anciano moribundo.

Cuando vio entrar al visitante, sus agrietados y exangües labios esbozaron una sonrisa.

-Guillaume Bonne-Ame, mi viejo amigo...

El arzobispo estrechó la arrugada mano que le tendía.

-Dios te guarde, Guillermo.

-Me guarda. Siempre lo ha hecho. A él le debo todo lo que he tenido. Siempre ha sido mi aliado, mi mayor fuerza.

Cædmon le llevó un tajuelo al prelado, y Guillaume se sentó entre suspiros, sin soltar la mano del rey.

-Sí, lo sé. Y me has hecho llamar para hacer las paces con él, ¿no?

El rey asintió, apretó los ojos y cerró la mano libre. Su rostro se desencajó y su respiración se tornó un penoso jadeo.

-Deprisa, *thane*, traed a los médicos -musitó el arzobispo, conmovido.

-No pueden hacer nada, *monseigneur* -repitió Cædmon en voz baja-. Esperad un momento. Pronto se le pasará.

Pero tardó en pasársele. Cædmon tenía la impresión de que cada vez se prolongaba más. Intentó no sentir compasión. Pensó en su padre, en el viejo Wulfric, en las víctimas de los jinetes de la muerte en Northumbria y en todos los ingleses cegados y mutilados, pero no sirvió de nada. A pesar de todo seguía sintiendo compasión por el rey. Era algo inevitable.

Finalmente los dolores se fueron aplacando, y Guillermo resopló tembloroso.

-Tengo mucho que confesar, Guillaume. Creo que ya va siendo hora.

-Te escucho -aseguró el arzobispo.

Cædmon se dirigió a la puerta.

-Llamadme si me necesitáis, estaré en el pasillo.

-Cædmon, ¿habéis hecho lo que os he pedido? -preguntó Guillermo.

-Claro, *sire*. Todos están avisados. Llegarán en cualquier momento.

Y llegaron. Rufus, Henry y el hermanastro del rey, Robert de Mortain, vasallos y compañeros de fatigas de Normandía e Inglaterra; Cædmon había hecho llamar a todos los amigos del rey. También a Lucien.

Fueron apareciendo poco a poco en el pequeño monasterio erigido fuera de las murallas de Ruan, se reunieron en el soleado patio interior ante la casa del prior y aguardaron a que los mandaran pasar. Y después de que el rey se confesara y recibiera la extremaunción, los hizo entrar e hizo testamento en su presencia. Una considerable parte de su fortuna personal la legó a distintas iglesias y monasterios para que fuese distribuida entre los pobres y para que reconstruyeran las iglesias de Mantes.

Luego miró uno por uno los familiares rostros que lo rodeaban.

-Rufus, acércate.

El príncipe se aproximó e hincó la rodilla ante la cama.

-Aquí me tenéis, *sire*.

-Deja de llorar, chiquillo.

Rufus, que a la sazón tenía treinta años, se limpió los ojos con la manga, avergonzado, y dijo con voz ahogada:

-Disculpad, padre.

Guillermo sonrió débilmente.

-Siempre has sido un hijo leal y cumplidor, y tendrás lo que te corresponde. He de legar Normandía a tu desleal y traidor hermano Robert, pues le di mi palabra y los jóvenes nobles normandos le son fieles y se alzarían contra cualquier otro duque. Los normandos son un pueblo rebelde. -Suspiró hondo-. Necesitan que los guíe una mano férrea. Robert fracasará y sumirá al país en la discordia y el descontento, mas he hecho un juramento. Sin embargo, tú no, de modo que no estás obligado a renunciar a lo que yo le cedo. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

-Sí, *sire*.

-Inglaterra..., Inglaterra es tuya. Lanfranc está informado y te espera en Winchester. Mientras nosotros nos despedimos, él prepara tu coronación. No pierdas tiempo, Rufus. Ponte en marcha de inmediato. Aguarda en la costa hasta que recibas la noticia de que he abandonado este mundo y hazte a la mar en el acto, antes de que tu hermano el traidor se te adelante.

-Sí, *sire*. Haré todo cuanto deseéis.

-No esperaba otra cosa. Adiós, Rufus.

-Adiós, padre. Dios sea con vos. -Rufus se puso en pie a duras penas y se dirigió cabizbajo hacia la puerta, donde lo esperaba Eadwig. Juntos salieron de la estancia.

-Henry.

Su hijo menor se acercó a la cama.

-¿A mí qué me queda, padre?

-Cinco mil libras. Es la fortuna de tu madre, y era su deseo que fuera tuya.

El joven príncipe bajó la cabeza y asintió, si bien preguntó abatido:

-Pero ¿qué haré con el dinero si no tengo una tierra a la que pueda llamar hogar, padre?

Divertido, Guillermo torció el gesto y buscó la mano de Henry.

-Sé optimista, Henry. Tus hermanos son mayores, y has de aceptar con paciencia sus privilegios. No obstante, te garantizo que un día serás más poderoso y poseerás más tierras que ambos, pues eres más inteligente y fuerte que ellos. Eres el mejor de mis hijos. Ya llegará tu momento.

El joven príncipe abandonó la casa del prior justo cuando al rey volvían a invadirle los dolores, tras lo cual parecía completamente exhausto.

-Creo que es mejor que lo dejemos solo -musitó el obispo de Lisieux.

Los hombres se volvieron hacia la puerta, pero el rey los retuvo.

-No, no os vayáis. Os lo ruego. Tengo... miedo.

Asombrados al oír tan atípica confesión, intercambiaron confusas miradas.

Finalmente el arzobispo dijo:

-No tienes motivo para tener miedo, hijo mío. Te has confesado y tus pecados han sido perdonados.

-¿Es cierto? -preguntó Guillermo ceñudo-. Tengo mis dudas. Dentro de poco me hallaré ante Dios y tendré que rendirle cuentas de toda la sangre que he derramado. Y ha sido mucha. Tenía... tantos enemigos. Desde que tenía ocho años y mi padre murió y me dejó su reino, he tenido enemigos que han atentado contra mi vida o mis posesiones. Los he... vencido a todos. Y su sangre ha sido derramada. Ahora... estoy manchado con ella. ¿Me perdonará Dios?

No obtuvo respuesta. Al parecer nadie quería pronunciarse al respecto. Los allí reunidos conservaban sus propios recuerdos de la crueldad de Guillermo, su terrible ira, sus actos de violencia tan fríamente calculados.

Finalmente Cædmon se aclaró la garganta y dijo:

-Si en verdad lamentáis toda esa sangre derramada, *sire*, tal vez ahora debierais pensar en aquellos enemigos cuya sangre no ha sido derramada. Me refiero a todos los hombres que se hallan en cautiverio aquí y en Inglaterra en vuestro nombre, por haberos ofendido o porque vos temíais que pudieran urdir una rebelión. Mostradles vuestra clemencia, y así Dios sabrá

que vuestro arrepentimiento es sincero y no os negará la suya.

Guillermo lo miró un instante meditabundo y esbozó su sonrisa lobuna.

-Una propuesta realmente cædmónica...

-Tiene razón, *sire* -corroboró inesperadamente el arzobispo-. Son muchos, y algunos han sido injustamente aprisionados. Liberadlos. Sería un verdadero acto de amor al prójimo y compensaría muchos pecados.

El rey apretó los labios y reflexionó. Luego susurró:

-De acuerdo. ¿Por qué no? Que se peleen con ellos mis hijos, en el otro mundo ya no podrán hacerme daño. Id, pues, por vuestro amigo Godwinson y llevadlo a casa, Cædmon, al fin y al cabo eso es lo que queréis.

-Gracias, *sire*.

-Y a todos los demás. Con una excepción: mi hermano Odo jamás quedará en libertad, pues no sólo ha pecado contra mí, sino contra el Papa y contra Dios mismo. Por consiguiente, en este mundo no hallará perdón.

Robert de Mortain se adelantó y se arrodilló junto a la cama.

-Guillermo, os lo ruego. ¡Es nuestro hermano!

El abad de Jumièges le dio la razón.

-Ya lleva en prisión casi cinco años, *sire*. Es suficiente.

-Al fin y al cabo Odo es y siempre será obispo de la Iglesia -añadió el arzobispo-. Y estoy seguro de que, igual que vos, lamenta profundamente sus pecados.

Uno tras otro fueron hablando a favor de Odo, y Guillermo los escuchó forzosamente hasta que su frente se perló de sudor debido a los dolores. Se mordió los labios hasta hacerse sangre para no gritar, su voluminoso cuerpo se puso rígido, como espasmódico, y sus envejecidas manos se cerraron cual garras.

-¡Basta! -siseó en medio del vocerío Lucien de Ponthieu, que hasta entonces no había dicho nada-. ¡Callaos! ¿Es que no veis lo que le estáis haciendo?

Todos enmudecieron y aguardaron abatidos a que pasara el ataque.

-De acuerdo -musitó el rey agotado-. De acuerdo. También a Odo. Ya veréis de qué os servirá.

Cædmon y Lucien pasaron la noche velando el lecho de muerte de Guillermo, y ésa fue la primera vez que estuvieron juntos en verdadera armonía, aunque posiblemente influyera el hecho de que no medió palabra.

Poco después de que saliera el sol, el rey despertó de un sueño medio inconsciente, miró parpadeando los familiares rostros y quiso saber:

-¿Qué campana es esa que escucho?

-Notre Dame de Ruan, *sire* -repuso Lucien-. Las campanas llaman a prima.

-Notre Dame. En tal caso..., en tal caso encomiendo mi espíritu a la Santísima Virgen, que siempre ha sido mi intercesora.

Aún oyeron dos, tres veces su respiración sibilante. Luego se hizo el silencio y la mirada de los oscuros ojos se volvió vidriosa.

Cædmon vaciló un momento, pero como Lucien no se movía, alzó finalmente la diestra y cerró sus ojos.

-Así murió Guillermo *el Bastardo* -dijo en voz baja-, llamado el Conquistador por los ingleses, en prima, el nueve de septiembre del año del Señor 1087.

-El rey ha muerto -musitó Lucien desconcertado.

Cædmon asintió.

-Larga vida al rey Rufus. Uno de nosotros ha de ir en su busca a comunicarle la nueva. ¿Tú o yo? A mí me da igual.

Lucien lo miró y dijo:

-Iré yo. Ya es hora de que haga algo para ganarme el favor de Rufus. Lo acompañaré y me

ocuparé de que llegue sano y salvo a su trono.

Cædmon asintió y lo invitó a ponerse en marcha con un gesto.

Lucien se quedó mirando un instante al difunto, dobló la rodilla ante él, besó su mano y dijo en inglés:

-Que en tu camino halles amigos, los ángeles te guíen y te acompañen los santos.

Acto seguido se marchó a toda prisa.

Cædmon se lo quedó mirando asombrado.

La muerte del rey y duque provocó en primer lugar aturdimiento, una especie de pánico. Los nobles normandos que se habían reunido en St. Gervais y en el cercano castillo de Ruan partieron precipitadamente hacia sus propiedades y se atrincheraron en ellas. Temían que pudiera instaurarse la anarquía y se produjeran altercados sangrientos; cada cual pensaba en proteger sus heredades e intereses. El arzobispo envió una glacial embajada al príncipe Robert, que se encontraba en París, y solicitó su regreso inmediato.

Entre tanto el cadáver de Guillermo fue trasladado a Caén, donde, atendiendo a su último deseo, recibió sepultura en la abadía de St. Etienne, que él mismo hiciera erigir.

Al día siguiente de la inhumación, Cædmon y Henry volvieron a Ruan.

-Sólo estamos de paso -aclaró el príncipe al castellano-. Regresaremos a Inglaterra lo antes posible.

«Y ya no estaremos aquí cuando Robert, el nuevo duque de Normandía, haga su entrada en el castillo», añadió mentalmente Cædmon y preguntó:

-¿Han traído a Morcar de Mercia?

-Está con Wulfnoth Godwinson, *thane* -repuso el castellano.

Cædmon asintió.

-¿Vienes, Henry?

El príncipe sacudió la cabeza risueño.

-Creo que es mejor que os las arregléis entre vosotros los anglosajones. Entre tanto iré en busca de Wulfnoth..., ejem, de tu hijo, me refiero, y haré que dispongan nuestra partida. Hemos de darnos prisa si queremos estar en casa para la coronación de Rufus.

Cædmon le dio unas palmaditas en la espalda, salió de la sala y subió la escalera corriendo.

Como de costumbre, Wulfnoth Godwinson estaba sentado en el tajuelo que había bajo la ventana, tocando el laúd. A su lado se hallaba un hombre encorvado, de cabello cano. De no haber sabido Cædmon que se trataba del conde Morcar, no lo habría reconocido.

Cuando Wulfnoth oyó la puerta, acalló las cuerdas con la mano y levantó la cabeza.

-¡Cædmon!

Morcar hizo lo propio, pero sus ojos lechosos se quedaron mirando el vacío. Estaba ciego. Quince años, pensó Cædmon, y se estremeció. El que fuera conde de Northumbria había pasado quince años en algún sombrío agujero de Beaumont. No era de extrañar que sus ojos se hubieran vuelto inservibles, ya que no había nada que ver.

Cædmon cruzó una mirada afligida con Wulfnoth, que sacudía la cabeza en señal de aviso, y cerró la puerta.

-Todo ha acabado -anunció-. Mañana volvemos a casa. -Se acercó a Morcar-. Doy gracias a Dios de que por fin haya terminado vuestro largo cautiverio, milord, y es para mí un honor acompañaros a Inglaterra.

Morcar asintió con gravedad.

-Gracias, *thane*.

Wulfnoth se levantó inquieto, fue hacia la mesa y guardó amorosamente el laúd en su raída bolsa.

-Se me hiela la sangre sólo de pensar en volver a casa -confesó en voz queda-. ¿Qué

pasará? ¿Qué me encontraré al llegar? De mi familia no queda nadie, sólo alguno de los bastardos de Haroldo, y en mi vida he visto a ninguno de ellos. Ni siquiera sé dónde se encuentran. Creo que la última vez que me sentí tan miserable fue cuando mi padre me envió aquí de rehén. Hace treinta y cinco años.

«Sí -pensó Cædmon-, tu cautiverio ha sido el más largo de todos.»

-No tienes nada que temer -le contestó-. Inglaterra no ha cambiado tanto como tú crees. Muchos honran el apellido Godwinson y te darán la bienvenida.

Wulfnoth asintió, aun cuando no parecía muy tranquilo. Se volvió y empezó a llenar tres vasos con una jarra que descansaba sobre la mesa. Cædmon le quitó la jarra de la mano.

-Santo cielo, deja que lo haga yo. Ya es hora de que recuerdes quién eres.

Wulfnoth rió suavemente.

-Será mejor que no. No creo que al joven Rufus le haga ninguna gracia mi regreso. ¿Y? Cuenta, Cædmon. ¿Cómo fue el entierro? Solemne y majestuoso, espero.

Cædmon repartió los vasos y, después de beber, repuso:

-No, lo cierto es que no. Fue... sencillamente espeluznante, Wulfnoth. -Exhaló un hondo suspiro y sacudió la cabeza-. Los amigos íntimos y los compañeros de fatigas escoltaban el cadáver en solemne procesión por las calles de Caén camino del monasterio, cuando de pronto se declaró un incendio en una casa.

Morcar alzó la cabeza.

-Como en el día de la coronación en Westminster -comentó. Al fin y al cabo, él se hallaba presente aquel memorable día de Navidad hacía veintiún años-. Allí donde va Guillermo, lleva el fuego y la destrucción, incluso después de su muerte.

Cædmon asintió.

-Muchos pensaron lo mismo, milord. También yo. El caso es que el fuego se propagó tan aprisa que amenazaba con destruir el barrio entero, así que todos abandonamos nuestros puestos para ayudar a apagarlo, y sólo los monjes y los obispos finalizaron la procesión a St. Etienne. Cuando por fin nos reunimos de nuevo en la pequeña abadía y el obispo de Évreux comenzó el réquiem, un pequeño hidalgo rural normando irrumpió en la iglesia y dijo que la ceremonia no podía celebrarse, que Guillermo le había arrebatado la tierra sobre la que se alzaba la iglesia valiéndose de medios deshonestos y que exigía un resarcimiento en el acto. Ya conocéis a los normandos, así que podéis imaginar lo tremendamente embarazosas que fueron las escenas que se sucedieron. Robert, el hermano del rey, pagó sin vacilar al tosco perturbador y lo echó de allí con cajas destempladas. Pero aquello no fue todo.

Hizo una breve pausa. Wulfnoth y Morcar pensaron que pretendía tenerlos en vilo antes de llegar al punto culminante del relato, como hacía todo buen contador de historias, pero lo cierto es que fueron tales el horror y la repugnancia que acometieron a Cædmon al recordarlo que por un instante tuvo que luchar por mantener la compostura antes de continuar.

-No sé cómo pudo ocurrir, pero el sarcófago de piedra era demasiado pequeño. Al fin y al cabo todo el mundo sabía que el rey medía cerca de seis pies. La cosa es que el ataúd era demasiado pequeño. Los seis criados que trataron de acomodar en él el cadáver se dieron cuenta de que no cabía y decidieron sin pérdida de tiempo..., decidieron doblar al rey. Al hacerlo, el cuerpo reventó y la iglesia se inundó del hedor más espantoso que he olido en mi vida. Os aseguro que nunca había visto a tantos obispos y abades con el rostro descompuesto. Muchos salieron fuera, y Gilbert de Évreux terminó la ceremonia lo más deprisa que pudo. Fue... horrible. Dios sabe que Henry no fue el único que lloró por tan indigno final. Yo... -Respiró hondo y se frotó el mentón contra el hombro-. Es posible que no lo entendáis, pues Guillermo fue terriblemente injusto precisamente con vosotros y sé que era un monstruo, pero creedme si os digo que no lo merecía. Nadie merece algo así. La dignidad es lo único que aún puede arrebatársele a un difunto. Y precisamente la dignidad le era en extremo valiosa. Ya sabes a qué me refiero, Wulfnoth: a cómo creció, cómo sus enemigos se burlaron de él debido a su origen.

Wulfnoth asintió despacio.

-Sí, tienes razón. Guillermo ha servido tan infatigablemente a Dios que en verdad éste podía haberle ahorrado tan desagradable broma. ¿Y qué hay de Odo?

-Bueno. -Cædmon vació el vaso de un trago y lo dejó en la mesa-. Odo siguió la ceremonia con semblante impasible y no cruzó palabra con nadie, salvo con su hermano Robert. Después del entierro partió de inmediato hacia Bayeux. Al fin y al cabo le pertenece, al igual que sus posesiones en Inglaterra, pues Guillermo nunca lo desposeyó. Sin embargo está profundamente amargado. Me temo que Guillermo podría estar en lo cierto: Odo nos causará problemas. Sólo espero que no se meta con Rufus, ya que el príncipe..., quiero decir, el rey, se deja influir fácilmente.

Wulfnoth había ladeado la cabeza y lo miraba con curiosidad.

-¿Tú qué crees, Cædmon? ¿Qué será de Inglaterra? ¿Qué clase de rey será Rufus?

Cædmon reflexionó un instante.

-No estoy seguro. Rufus es un hombre con claros puntos débiles y fuertes. Sigo creyendo que Richard habría sido mejor para semejante cometido, pero Richard ha muerto y Dios ha elegido a Rufus.

-Es normando -espetó Morcar despectivo-. ¿Qué clase de rey va a ser para Inglaterra?

-Ha pasado casi toda su vida en Inglaterra -medió Wulfnoth-. Visto así es más bien inglés.

Cædmon sacudió la cabeza sonriente.

-Rufus es una de esas extrañas criaturas nuevas que aún no conocéis: es anglonormando.

Winchester, octubre de 1087

Ælfric bajó la escalera, dejó vagar la vista por las numerosas personas que había en la sala, descubrió a su padre y se acercó a él a toda prisa.

Cædmon estaba apoyado contra una columna con los brazos cruzados, inmóvil, y se esforzaba por no impacientarse. Cuando vio venir a su hijo, se enderezó.

-¿Y?

-El rey quiere verte, padre.

-Ya era hora -gruñó Cædmon-. Llevo esperando aquí desde esta mañana. Rufus es un bruto y siempre lo será.

Ælfric bajó la cabeza apenado.

-Tal vez sea mejor que no le digas eso. Está... muy cambiado desde la coronación.

-Querrás decir tiránico, ¿no?

Cædmon no esperaba obtener respuesta. Le dio unas palmaditas en la espalda a su primogénito, atravesó a zancadas la gran estancia y subió con premura la escalera. Estaba que trinaba, tanto que estuvo tentado de irrumpir en los aposentos reales sin ceremonia y lanzarle a Rufus[1] sus amargos reproches, mas se moderó. Si algo había aprendido durante los numerosos años que había pasado junto a Guillermo era que, en una situación así, unos buenos modales y una cabeza fría eran las armas más eficaces.

Después de que los guardias anunciaran su presencia, entró en la familiar habitación. Todo estaba igual, sólo que era otro hombre quien ocupaba el profusamente ornado sillón.

Cædmon dobló la rodilla ante él.

-*Sire*.

Rufus lo observó impasible.

-Os echamos en falta en la coronación, *monseigneur*.

-Estoy seguro de que Henry os informó de que un temporal nos retuvo en Normandía. Habríamos preferido estar aquí que allí, creedme.

-¿No habéis hablado con mi hermano el duque Robert?

[1] Guillermo II el Rojo, rey de Inglaterra (1087-1100). **(N. de los T.)**

Cædmon negó con la cabeza.

-Abandonamos Ruan al día siguiente del sepelio y estuvimos esperando a que mejorara el tiempo en Fécamp. Henry no quería ver a Robert y yo tampoco.

Rufus asintió con aire ausente.

-Levantaos, *thane*. Podéis prestarme juramento de fidelidad mañana por la mañana, después de misa. Y ahora, si nos disculpáis, estamos muy ocupados.

Cædmon se puso en pie e intercambió una breve mirada con Eadwig, que se hallaba junto a la ventana con Leif y miraba a su hermano y a su amado rey sacudiendo la cabeza con tristeza.

Cædmon carraspeó y dijo:

-No deseo robaros más tiempo de lo debido, *sire*, pero dado que me habéis hecho esperar todo el día como a un peticionario cualquiera, os estaría sumamente agradecido si os dignarais a responderme a una pregunta.

Rufus no logró ocultar del todo su desazón.

-¿Y bien?

Cædmon se acercó un poco más.

-¿Por qué ha sido arrestado Wulfnoth Godwinson? ¿Con qué derecho? Vuestro padre lo dejó en libertad, pero, tras treinta y cinco años de cautiverio, apenas le habéis dado tiempo de echar una ojeada a su patria antes de volver a encerrarlo en algún sombrío agujero. ¿Por qué?

Rufus levantó el mentón. Sus rubicundas mejillas se oscurecieron.

-En verdad no sé por qué os habría de rendir cuentas, *thane*, pero si no lo entendéis, yo os lo explicaré: Wulfnoth Godwinson constituye un peligro para la soberanía normanda en Inglaterra por el solo motivo de su apellido. La mitad de mis nobles preferiría ver a mi hermano Robert en el trono. No sé cómo se comportará mi querido tío Odo, de qué lado está. Mi poder no está exento de peligros y un Godwinson suelto es lo último que me faltaba.

-Pero, *sire*...

Rufus se levantó de súbito.

-¡No quiero oír más del tema!

Antes de que el *thane* pudiera replicar, Eadwig le dijo en voz queda:

-No tiene sentido, Cædmon. Lo he intentado todo. He tratado de convencerle utilizando todas mis dotes de persuasión, pero el obispo Lanfranc, Lucien de Ponthieu y algunos otros creen que Godwinson es peligroso y han convencido de ello al rey.

-¿Ah, sí? -Cædmon miró al rey a los ojos-. Bueno, *sire*, sin duda es una sabia decisión confiar en los consejeros de los que también se fiaba vuestro padre...

-No lo hago por eso -lo interrumpió Rufus con rudeza-. Yo no soy mi padre. Soy un hombre completamente distinto. Y escojo por mí mismo a mis consejeros.

Cædmon sonrió burlón.

-Lo que significa que no me cuento entre los elegidos, ¿no? Bueno, debo confesar que añoro retirarme de la vida pública, de modo que os voy a dar mi primer y único consejo aunque no me lo hayáis pedido: si teméis que la nobleza normanda de Inglaterra pueda levantarse contra vos en favor de vuestro hermano, ganaos la lealtad de vuestros súbditos ingleses. Si contáis con el respaldo de todos los caballeros y *thanes* ingleses, vuestro trono en Inglaterra no se tambaleará. Dadles una señal, sólo esperan eso. Dejad libre a Wulfnoth Godwinson.

-No os esforcéis, *monseigneur*. La respuesta es no.

-En tal caso me temo que no podré prestaros juramento, *sire*.

-Entonces tendré que considerar la posibilidad de encerraros con vuestro viejo amigo Godwinson.

Cædmon rió con suavidad.

-Escuchaba esa amenaza una docena de veces al día en boca de vuestro padre. ¿Realmente pensáis que podéis impresionarme con eso? -Hizo una reverencia-. Me gustaría retirarme si me lo permitís. Creo que no tenemos nada más que decirnos.

El rey guardó silencio y, tras un breve titubeo, Cædmon dio media vuelta y se dirigió a la puerta.

-¡No, espera, Cædmon!

Éste se giró y lo miró en silencio.

Rufus se dejó caer en el sillón y lanzó un profundo suspiro.

-No quiero. No quiero que te vayas y no quiero renunciar ni a tu amistad ni a tus consejos. Las cosas... son muy complicadas. Tengo muchos enemigos, tanto aquí como en Normandía. No quiero ser vulnerable. -Cogió el vaso dorado del que tan a menudo bebía Guillermo y bebió un largo trago-. Santo cielo, ojalá mi padre no hubiera muerto precisamente ahora. Ha sido demasiado pronto.

Cædmon se acercó a él con parsimonia y escogió sus palabras con cuidado.

-Si tu..., perdón, si vuestro padre hubiera cumplido cien años, también os habría dejado enemigos y desazón, pues era algo propio de él, pero no veo nada en esta situación para lo que no estéis preparado. Deberíais tener más confianza en vos mismo.

El semblante de Rufus se iluminó un tanto, si bien sacudió la cabeza.

-Aunque me regales de tal forma los oídos, no puedo soltar a Godwinson. Me quitaría el sueño no saber dónde está, qué hace, con quién se reúne. Ese hombre supone un riesgo, digas lo que digas.

Cædmon levantó la cabeza de golpe.

-¿Y si supieseis dónde está y pudierais estar seguro de que no se reúne con nadie?

-¿Cómo podría ser posible?

Eadwig sonrió aliviado y se aproximó a ellos.

-Confiándolo al cuidado de Cædmon. ¿Acaso tu padre no enviaba a sus prisioneros con vasallos de confianza para que se mantuvieran alejados de intrigas palaciegas y al mismo tiempo estuvieran a buen recaudo? Es una buena solución, Rufus. Wulfnoth Godwinson sólo sueña con un lugar donde encontrar la paz. Ya no tiene a nadie en Inglaterra. Deja que vaya a Helmsby con Cædmon. Allí estará en buenas manos y tú podrás estar tranquilo. Ni siquiera Lanfranc, Lucien o Warenne pondrán reparos.

El rey vaciló un instante. «Tal vez para guardar las apariencias», pensó Cædmon. Luego asintió y dijo:

-De acuerdo. Tú te quedas con Godwinson. Yo, con tu juramento.

Cædmon hizo una amplia reverencia.

-Como deseéis, *sire*.

Helmsby, octubre de 1087

-Qué día tan delicioso -musitó Wulfnoth; y alzó la vista hacia aquel cielo despejado, de un azul radiante-. Qué día tan delicioso, Cædmon. Me pregunto si octubre ha sido alguna vez tan precioso en Normandía.

-Naturalmente que no -respondió Cædmon, y ambos se echaron a reír.

El sol hacía resplandecer el follaje rojo y jalde de los árboles. Una gruesa capa de hojas caídas cubría el bosque y crujía bajo los cascos de los caballos. El húmedo suelo había hecho crecer grandes cantidades de setas que inundaban el frío y límpido aire con su aroma a tierra. Atravesaban a caballo el esplendor otoñal. Odric, Elfhelm y otros cuatro *housecarls* los seguían a la debida distancia y se burlaban disimuladamente de las bolsas de laúd que tanto el *thane* como su distinguido invitado portaban a la espalda.

-Qué hermosa es East Anglia -observó Wulfnoth-. Haroldo siempre decía que era un triste erial. Haroldo..., en fin, posiblemente no fuera muy sensible a tan serena belleza.

Cædmon lo miró de reojo. A Wulfnoth todavía se le notaba lo mucho que su inesperado

arresto lo había afectado. Ya antes de llegar a Inglaterra se sentía inseguro y atormentado por miedos y dudas, pero ahora parecía viejo y exhausto.

-Sea como fuere es un buen lugar para olvidar muchas cosas -contestó.

Wulfnoth sacudió la cabeza.

-No, no es eso lo que quiero. Sólo estaría agradecido si los normandos se olvidaran de mí de una vez.

-Descuida, Wulfnoth. Nadie volverá a molestarte. Rufus me ha dado su palabra.

-No sería la primera vez que la rompe -espetó Wulfnoth.

-No. Por eso he acordado con Eadwig y Ælfric que me avisen si llegan a sospechar que corren malos vientos, y si Lucien o cualquier otro vinieran a Helmsby a buscarte, tú ya no estarías aquí. Sin embargo, creo sinceramente que eso no va a ocurrir.

-Seguro que a tu normanda esposa no le parecería bien que te pelearas con su hermano o con el rey por mi causa. Seguro que ya le resultará bastante desagradable tenerme en el castillo.

Cædmon rió con suavidad.

-Creo que mi normanda esposa te sorprenderá. Mira, ésas son las primeras casas de Helmsby.

Wulfnoth contempló asombrado la imponente iglesia. Entre tanto, casi habían concluido las últimas obras en la fachada oeste. En el pueblo reinaba el bullicio, pues era domingo y el sol había sacado a la gente de sus casas. Cuando el *thane* y su huésped avanzaron por la angosta calle de la aldea, todos se detuvieron y saludaron corteses.

-Qué respetuosos son tus campesinos, Cædmon -susurró Wulfnoth sorprendido-. Se nota la disciplina normanda. Antes no era así.

Cædmon sacudió la cabeza y sonrió.

-Ay, Wulfnoth, ¿es que no lo entiendes? Se inclinan ante ti.

En el patio del castillo se respiraba una perezosa calma dominical. Wulfnoth y Cædmon entregaron sus monturas a los *housecarls* y se encaminaron al puente levadizo.

Wulfnoth miró la alta empalizada con una sonrisilla irónica y comentó con sequedad:

-No me va a costar nada sentirme como en casa.

Antes de que Cædmon pudiera replicar, se oyó una agitada voz infantil:

-¡Ya vienen! ¡Ya vienen!

Cædmon miró hacia la puerta. Richard y Matilda se hallaban a la entrada con los ojos radiantes de alegría. Alfred sujetaba a ambos niños por el hombro para impedir que salieran corriendo escalinata abajo sin solemnidad alguna.

Cuando el *thane* y su invitado llegaron al último peldaño, Alfred retrocedió, hizo una reverencia y se aclaró la garganta, aunque no fue capaz de decir palabra.

-Wulfnoth, éste es Alfred, mi primo y mayordomo. Y éstos son Richard y Matilda.

Richard hizo una reverencia perfecta y Matilda, mirando sin ninguna timidez al extraño, informó:

-Mi hermano también se llama Wulfnoth.

Godwinson asintió.

-Lo sé. Uno de los muchos honores que tu padre me ha rendido.

Cædmon estaba acariciando la oscura cabellera de Richard y la rubia melena de la niña cuando vio venir a su esposa.

Aliesa llevaba un sencillo vestido verde oscuro, un *couvre-chef* color hueso y ninguna joya, a excepción de la alianza. Con todo, a Cædmon le pareció una reina cuando se acercó a ellos erguida y a paso lento, con la cuerna guarnecida de plata en las manos.

Miró brevemente a Cædmon y sus verdes ojos resplandecieron. Al instante su semblante se tornó serio y solemne. Le tendió a Wulfnoth la cuerna e inclinó la cabeza.

-Sed bienvenido a Helmsby, milord. Pasad y hacednos el honor de hacer de éste vuestro

hogar.

Wulfnoth se la quedó mirando inmóvil, como hechizado. Acto seguido se dominó, parpadeó con resolución y tomó la cuerna.

-Os doy las gracias, Aliesa. -Bebió un generoso trago y exhaló un profundo suspiro-. ¡Aguamiel! Maravillosa. -Le pasó la cuerna a Cædmon, que asimismo bebió y asintió conforme antes de ofrecérsela a Aliesa, que hizo lo propio.

Tras cumplir así con el ceremonial anglosajón, ella sonrió y los invitó a entrar.

-Vayamos a cenar. Gytha lleva desde la mañana en la cocina; creo que deberíamos empezar pronto si queremos terminar de comer antes de medianoche. Alfred, haz el favor de acompañar a su señoría al sitio de honor de la mesa principal.

Wulfnoth sonrió cohibido.

-*Madame*, os... estaría profundamente agradecido si me llamarais Wulfnoth a secas. Eso también va por vos, Alfred.

Aliesa asintió.

-A partir de mañana, os lo prometo. Esta noche debéis permitir que os honremos y agasajemos, hace días que esperamos tan magno acontecimiento.

Wulfnoth se dejó llevar por Alfred y soportó los sonoros honores de los *housecarls*.

Cædmon abrazó a su esposa y la atrajo hacia sí.

-Bienvenido a casa, Cædmon -le dijo ella en voz baja.

-Gracias. Qué bien lo has hecho, Aliesa. Con ese gesto has compensado a Wulfnoth de muchas de las cosas que Guillermo le hizo estos últimos treinta y cinco años.

Ella se puso de puntillas y le dio un beso en la comisura de la boca.

-Yo diría que exageras. Y me estás cortando la respiración de nuevo.

-Espero que me perdones una vez más -musitó él sin rastro de arrepentimiento.

Matilda tiró con una mano de la capa de su padre y con la otra de la falda de su madre.

-¡Venga! Vamos de una vez. ¡Os están esperando!

Ambos se dejaron arrastrar gustosamente por su hija hasta la festiva mesa. Sobre el inmaculado mantel blanco se alzaban sus mejores candeleros de plata, que habían sido lustrados con tanto esmero que las llamas de las fragantes velas de cera se reflejaban en ellos. El pequeño Richard trató de llenar la copa más delicada para Wulfnoth y, al derramarse un chorro de vino tinto, su padrino Alfred acudió discretamente en su ayuda. El hermano Oswald, Hyld, Erik e Irmingard rodearon a Cædmon para saludarlo. Finalmente todos se sentaron a la mesa y reinó la calma. Oswald fue comprensivo y bendijo la mesa con brevedad.

Acto seguido empezó el banquete.

Observaciones y agradecimientos

Rufus (Guillermo II de Inglaterra) gobernó trece años antes de que también se cumpliera en él la maldición de la anciana y lo matara una flecha extraviada durante una cacería en el Nuevo Bosque. Aunque no ha salido muy bien parado en las páginas de los cronistas, no hay que olvidar que éstos eran religiosos, para los cuales la homosexualidad de Rufus por sí sola ya era motivo suficiente para condenarlo. Por añadidura, no era amigo de la Iglesia; se dice incluso que, en una ocasión, amenazó al arzobispo de Canterbury con la espada. Rufus era un *enfant terrible*, tan belicoso e imprevisible como su padre. Dado que ni se casó ni tuvo descendencia, su hermano Henry lo sucedió en el trono, y la profecía que, según el relato de Ordericus Vitalis, hiciera su padre en el lecho de muerte se cumplió: Henry (Enrique I Beauclerc; rey de Inglaterra, 1100-1135) superó con mucho a sus hermanos en poder y riqueza. Fue el primer monarca -a decir verdad el único- de la dinastía normanda que vino al mundo en Inglaterra y su cercanía a las gentes y sus tradiciones y costumbres fue mayor que la de sus dos predecesores. Logró reconciliar al pueblo inglés con la autoridad normanda. Al igual que su padre, era un defensor convencido de «la ley y el orden» y, conforme a nuestros criterios actuales, cruel, pero asimismo un visionario y, para un hombre de su época, un esteta y un erudito. Sin embargo, los extraños acontecimientos de su larga regencia y lo que significó el barco blanco de la muerte es, como habría dicho J. R. R. Tolkien, otra historia que deberá ser contada en otra ocasión.

El lector avezado habrá podido comprobar que aquí y allá me he desviado de los relatos de los cronistas. Lo ocurrido en el accidente de caza mortal del príncipe Richard, por ejemplo, o los hechos que condujeron a la escaramuza de L'aigle, que tan graves consecuencias tendría, resultan algo distintos en la pluma de Ordericus -al fin y al cabo tampoco él se hallaba presente, sino que escribió su *Historia* treinta años después-, y el gran incendio que destruyó Londres acaeció en otoño de 1087. A este respecto, sólo puedo aducir en mi defensa que una novela tiene leyes propias e ineludibles que en ocasiones exigen ciertas licencias poéticas. Por lo demás, he intentado describir a los personajes y los acontecimientos históricos, así como las condiciones de vida del siglo XI, con toda la fidelidad con que he podido reconstruirlos.

Y todo aquel que crea, por su época escolar, que Harold Godwinson murió en Hastings por una flecha que le alcanzó en un ojo, ha de saber que se trata de un contumaz error. Es muy posible que el rumor tuviera su origen en la equívoca representación del tapiz de Bayeux, pero actualmente los investigadores coinciden en su mayor parte en que en realidad ocurrió algo parecido a lo que yo he narrado aquí.

Ni que decir tiene que estoy agradecida a todos los medievalistas ingleses, franceses y escandinavos, cuya meticulosa labor de investigación me ha proporcionado las bases de esta historia. Y aun cuando sea de la opinión de que una bibliografía no tiene cabida en una novela, es preciso que mencione la biografía de David C. Douglas, *Guillermo el Conquistador*. Douglas tal vez fuera el primer historiador inglés que no consideró el desenlace de la batalla de Hastings una ofensa personal y que, por consiguiente, fue capaz de hablar objetivamente de estos hombres complejos, temibles y fascinantes.

Por lo demás, querría expresar mi agradecimiento a todos aquellos que han acompañado y posibilitado este proyecto en el largo camino que discurre entre su concepción y la versión definitiva: a Sabine Rose y Janos Borsay, por su experto asesoramiento en cuestiones de medicina; a Regina Hütter, por su fiable información en complicados casos dudosos; a Uli Lua, por su atención en todo lo relativo a la historia del arte y su infatigable corrección de pruebas de manuscritos a medio hacer; a Christa y Rainer Holtei, Ulrike Schemmann y Rolf Berninghaus, por su ayuda en la investigación; a Kevin Baker, por sus liberadoras e iluminadoras ideas en lo tocante a la novela histórica; a Susanne Goga-Klinkenberg y al resto de colegas traductores, que me han sacado de más de un aprieto con su fenomenal sabiduría y

fantasía; a mi lectora, Karin Schmidt, y a mi agente, Michael Meller. Mi más sincero agradecimiento a Hildegard y Wolfgang Krane, que no sólo han puesto a mi disposición su sabiduría enciclopédica y su biblioteca, sino que, sobre todo, despertaron en mí el amor por la literatura, el arte y la historia, después de haberme enseñado a leer cuando tenía siete años y estaba convencida de que jamás dominaría este difícil arte.

Esta novela está dedicada a mi esposo Michael, a quien doy mis más sinceras gracias. Por qué y para qué prefiero decírselo personalmente.

R. G.
Abril de 1998 - Noviembre de 1999